

La verdad

de Rosie



KATIE DALE

se

Lectulandia

La madre de Rosie, Trudie, acaba de morir a causa de una enfermedad incurable y hereditaria. De ahí que se vea en una encrucijada: ¿debe hacerse las pruebas para saber si va a desarrollar el mal? La respuesta cambiará su vida para siempre; porque es imposible heredar la enfermedad de alguien que en realidad no es tu madre biológica.

Ese era el secreto guardado por tía Sara, nunca compartido hasta ahora con nadie. Ni siquiera con Trudie. Rosie siente que tiene derecho a descubrir quién es y está dispuesta a encontrar a su verdadera madre, por mucho que la abandonara nada más nacer. Acompañada de Andy, su gran amor, Rosie inicia una búsqueda que no admite vuelta atrás. Pero su verdad no es la única que saldrá a la luz: las mentiras sobre su pasado tienen raíces profundas e insospechadas.

Lectulandia

Katie Dale

La verdad de Rosie

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2017

Título original: *Someone Else's Life*
Katie Dale, 2012
Traducción: Roberto Falcó Miramontes

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



*4º aniversario
Proyecto Scriptorium*



*Más libros,
más libres*

Para mis maravillosos padres. Muchas gracias por todo.

*Y para todos aquellos cuyas vidas se han visto afectadas
por la sombra de la enfermedad de Huntington.
Vuestro valor y fuerza son una lección de humildad
y verdadero motivo de inspiración.*

Ojalá se halle pronto un remedio.

PRÓLOGO

—¿ESTÁS cachonda? —me susurra Josh.

Estamos a oscuras y su aliento me hace cosquillas en la oreja.

—Chis —le riño, con los ojos pegados a la pantalla mientras Patrick Swayze y Demi Moore se sientan ante el torno de alfarero y sus manos entrelazadas se deslizan sobre la arcilla—. Es romántico.

—Y muy sugerente... —dice, y un delicioso escalofrío me recorre la espalda al notar su roce en la oscuridad, secreto y sensual.

«¿Es esto lo que se siente?».

Miro la pantalla mientras los besos de los amantes se vuelven más apasionados, profundos, se han olvidado de la vasija, y se me pone la carne de gallina cuando la piel de Josh acaricia la mía.

Me muerdo el labio. «¿Es esto lo que he estado esperando?».

Observo a los amantes, juntos por última vez en esta vida; su amor recíproco es real, apasionado y más que evidente.

«¿Es eso lo que sentimos nosotros? ¿Amor verdadero?».

Miro a Josh.

«¿Un amor que durará para siempre, pase lo que...?».

Sonríe, y sus ojos de un castaño intenso centellean en la oscuridad mientras me acaricia la cara con ambas manos.

—Dios, te quiero —susurra. Su mirada se entrelaza con la mía.

Lo miro fijamente, mi corazón late desbocado. Es la primera vez que lo dice; la primera vez que lo dice cualquiera de los dos.

«Esto es...».

—También te quiero.

Sonrío de oreja a oreja, y un volcán de sensaciones entra en erupción en mi estómago mientras me deshago en sus brazos y lo atraigo hacia mí como nunca antes lo había hecho...

«Esto es de verdad...».

PRIMERA PARTE

*¿Qué tiene un nombre?
Con cualquier otro nombre, lo que llamamos rosa sería igual de fragante.*

WILLIAM SHAKESPEARE,
Romeo y Julieta

CAPÍTULO UNO

LA luz del sol se desliza por los rizos oscuros de la niña mientras avanza torpemente entre la hierba seca. Sonríe y se le marcan dos hoyuelos en las mejillas sonrosadas, sus ojos verdes refulgen y alza unos dedos pegajosos hacia la cámara.

De repente, tropieza.

Se ve una sacudida, la cámara cae en la hierba y sigue filmando en un ángulo oblicuo mientras una mujer de pelo castaño se dirige corriendo hacia la pequeña, que, sin embargo, no llora. La pantalla se inunda de sonrisas silenciosas mientras la madre la coge en brazos, su bonito rostro lleno de ternura cuando abraza con fuerza a su hija, en un gesto protector, y lo hace de manera tan efusiva que parece que no la vaya a soltar jamás.

La imagen se vuelve borrosa...

Aprieto el botón del mando a distancia, la imagen se apaga y sume la habitación en la oscuridad. Miro fijamente la pantalla en blanco. Es una sensación rara ver tus recuerdos en el televisor, como si estuvieras viendo una película. Es como si en algún lugar, en un mundo maravilloso, esos momentos estuvieran atrapados, embotellados, para poder disfrutar de ellos de nuevo. Me pregunto si el cielo es así, si puedes elegir los mejores momentos de tu vida y revivirlos una y otra vez. Ojalá.

El mundo exterior ya me parece distinto. Un desierto blanco, la primera Nochebuena blanca en Sussex desde hace años. La nieve lo oculta todo, su manto se extiende sobre las irregularidades del terreno y los arbustos, y crea una superficie lisa y perfecta. Como el glaseado de un pastel de Navidad. Sin embargo, todo sigue ahí. La grava sucia que cruje y sale volando cuando la aplastas con el coche, las rocas irregulares del jardín, la zona de barro donde no crece nada... Todo sigue ahí, escondido, hibernando, bajo la máscara de nieve.

Como mi madre.

Nada había cambiado en el interior, dijeron los doctores. Aún podía entender lo que decíamos, pero no podía contestar como hacía antes. No podía abrazarme y decirme que todo iba a salir bien, como siempre había hecho. Como necesitaba que hiciera. Porque no iba todo bien.

Me arrebujé con la manta, pero no cambia nada. Y eso que ya llevo tres jerséis. Desde que mamá se puso enferma siempre tengo mucho calor o mucho frío, no puedo explicarlo. Ayer fue un día de pasar calor, aunque apenas dejó de nevar ni un instante. Todo el mundo me miraba como si estuviera loca, de pie en el cementerio nevado, con los zapatos de tacón de aguja de mamá y mi vestido de terciopelo rojo entre el mar susurrante de suspiros negros de reproche, que se alzaban como señales de humo en el aire gélido. Pero no me importaba, las viejas podían murmurar cuanto quisieran: era mi madre y ella pensaba que ese vestido era el que mejor me quedaba. Me

llamaba su Rosa Roja.

También los zapatos eran sus favoritos: la recuerdo bailando con ellos en la boda de mi prima Lucy. Yo debía de tener cuatro o cinco años entonces, y me había escondido bajo la mesa del bufé en protesta por el vestido de color merengue fucsia que como dama de honor me habían obligado a llevar. Pero cuando mi madre se puso a bailar me olvidé de todo eso. Salí de debajo de la mesa y me la quedé mirando, fascinada. Dios, qué garbo tenía. Todo el mundo se quedó inmóvil para observarla mientras daba vueltas y se deslizaba por el salón, al son de la música y el castañeteo de los zapatos.

Cuando acabó la canción, se detuvo, con la respiración entrecortada y algo mareada, y miró alrededor, como si no estuviera segura de dónde estaba. Entonces alguien empezó a aplaudir. Se sonrojó, avergonzada, se pasó la mano por el pelo, me cogió y me dio un fuerte abrazo, con los ojos bañados en lágrimas. No fue sino más tarde cuando descubrí que era la misma canción con la que papá y ella habían abierto el baile el día de su boda.

Los zapatos de tacón fueron uno de los primeros momentos dolorosos tras el diagnóstico. Recuerdo que un día oí llorar a mamá en su habitación. Me acerqué sin hacer ruido y la encontré sentada en la cama, guardándolos con cuidado en una caja plateada, amortajados con un papel de seda rosa como si los pusiera en un ataúd. Los médicos le advirtieron que los tacones eran un accidente en potencia, y esto, unido a todo lo demás, era lo último que necesitaba. La observé mientras los besaba antes de cerrar la caja con un gesto delicado y ataba el preciado paquete con un lazo azul. Fue el primero de los muchos sacrificios que tuvo que hacer por culpa de la enfermedad de Huntington.

Sin embargo, eso fue hace tiempo. Esa mamá murió mucho antes de que su corazón dejara de latir el martes pasado. La verdadera madre. Tal y como siempre la recordaré, con esos preciosos zapatos, girando y dando vueltas, siguiendo el ritmo de su corazón. Y no en una cama de hospital, sola, pequeña, frágil y vacía.

El estridente timbrado del teléfono me sobresalta. Cuento los sonidos, uno, dos, tres, y salta el contestador.

—¡Hola! —exclama mamá con voz cantarina y me da un vuelco el corazón—. Has llamado a la residencia de los Kenning. Trudie y Rosie no están aquí en este momento, pero si quieres dejar un mensaje... ¡ya sabes cómo hacerlo!

Trago saliva con gran esfuerzo. La tía Sarah no ha parado de insistirme para que lo cambie, y sé que debería hacerlo, pero me veo incapaz de borrar su voz. Suena muy feliz. Muy viva.

La persona que llama carraspea con inseguridad. Es un rasgo que me resulta familiar, a pesar de que ha pasado mucho tiempo. Clavo los ojos en el teléfono.

—Hum, hola... ¿Rosie? Soy Andy. Cuánto tiempo, ¿eh? —Pausa incómoda—. Mira, siento... siento mucho lo de tu madre, debe de ser... —Otra pausa—. Mierda. Mira, me gustaría mucho verte, llámame, ¿vale? Pero no te sientas presionada. Solo

como amigos. ¿Vale? Ya sabes que siempre me tendrás aquí si... Ya sabes dónde estoy. Adiós.

Guau. Andy. Tiene razón, hace mucho tiempo.

—Creo que deberías llamarlo.

Me vuelvo y veo a la tía Sarah en el umbral de la puerta. ¿Tan tarde es ya? Sarah trabaja en el hospital un montón de horas al día, pero no ha dejado de venir a verme siempre que puede para asegurarse de que no me he cortado las venas o he quemado la casa, o algo por el estilo.

Me encojo de hombros.

—Quizá.

«No. —Pienso—. No, no, no».

—¿Y por qué no?

Se apoya en el marco de la puerta, con un gesto recriminatorio.

—No he dicho que no, he dicho quizá —respondo de manera enérgica.

—Es lo mismo. —Replica—. Te conozco.

Es cierto, me conoce. Me conoce desde que nací. Fui la última esperanza que tenía mi madre de tener hijos. Había cumplido los cuarenta y dos años y me convertí en el bebé milagro. Sarah fue la comadrona que asistió en mi parto esa noche. La noche en que mi padre se fue para no regresar.

En realidad no es mi tía, ni tan siquiera es pariente, pero es la mejor amiga de mamá y la vecina de al lado, y ha estado presente en los principales acontecimientos de nuestras vidas. Ha sido nuestro ángel guardián, más joven que mamá, pero mayor y más sabia que yo. Un hecho que nunca me permiten olvidar.

—En serio, Rosie, tendrías que salir, conocer a gente, ¡disfrutar de la nieve! ¡Bien sabe Dios que no durará mucho!

—Me encuentro de fábula —le digo.

—Lo sé, cariño... Pero te vendría bien salir, créeme.

No soporto que la gente me diga lo que me vendría bien: «Toma una taza de té, te sentará bien. Venga, Rosie, llora cuanto quieras, te vendrá bien». Sí, claro, porque todo eso me devolverá a mi madre, ¿no?

Me levanto, cruzo la sala y me dirijo al equipo de música.

—Mira, Rosie, esto no es fácil para ninguna de las dos, ¿sabes? —Sarah suspira y se pasa la mano por el pelo encrespado, que lleva recogido en una coleta—. Pero no deberías esconderte así, es Nochebuena. Deberías estar con gente, con la familia. Sé que mañana irás a casa de tu abuela, pero a ella le encantaría que te quedaras a dormir algún día y que no fueras solo en vacaciones...

Voy pasando de una emisora a otra.

—Rosie...

Veo el reflejo de Sarah en la vitrina. Parece cansada, exhausta. Y avejentada. Nunca ha tenido el aspecto de una persona mayor. Pero me da igual. ¿Cómo puede comportarse igual que los demás? Con una actitud condescendiente y plagada de

clichés, diciéndome lo que debo hacer... Subo el volumen y un coro entona *Joy to the World* a voz en cuello.

—¡Rosie! —grita para hacerse oír—. ¡Baja el volumen!

—¡Esta tampoco me gusta! —replico, alzando la voz—. ¿Qué tal esta? —*Rockin' Around the Christmas Tree* sustituye al coro. Subo aún más el volumen—. *Have a happy ho-o-liday!*

—¡ROSIE! ¡Baja el volumen!

—¿Qué?! —grito, llevándome una mano a la oreja. Quizás ahora sabrá lo que siento.

—ROSALIND KENNING, ¡ESCÚCHAME! —grita Sarah, y apago la radio de golpe.

Su voz resuena en el súbito silencio mientras me vuelvo. Se ha puesto roja y tiene la respiración entrecortada. La luz del pasillo que hay detrás ilumina todos y cada uno de sus pelos encrespados, como si fuera un halo.

—He tomado una decisión —digo de forma racional y con calma—. Tengo que saberlo. —Respiro hondo—. Tengo que saber si padezco la enfermedad de Huntington.

«Ya está. Ya lo he sacado».

El rubor de las mejillas de Sarah desaparece y revela un rostro pálido y serio.

—Rosie...

—He tomado una decisión —digo, tragando saliva—. No puedo vivir así, con esta incertidumbre. Tengo que saber si también voy a desarrollarla, si voy a... —Soy incapaz de pronunciar la palabra—. Tengo que saber la verdad.

—Rosie. —Sarah traga saliva y se acerca hacia mí—. Debes meditarlo con serenidad, tómate tu tiempo...

—¿Y qué crees que he hecho? —le espeto.

—Mira, sé que ahora que tu madre ya no está todo te resulta extraño y que sientes miedo...

—¡No sabes nada! —le grito. Me tiemblan las piernas. Nunca le he chillado a Sarah, jamás le he alzado la voz... pero de repente todos los sentimientos que he reprimido durante demasiado tiempo explotan de manera descontrolada—. No lo sabes. —Niego con la cabeza—. No... No puedes... —Aparto la mirada.

Sarah lanza un suspiro.

—Lo único que digo es que es demasiado pronto para tomar decisiones como esta, para hacerse la prueba...

—¿Demasiado pronto? ¿Cuándo quieres que lo averigüe? ¿Cuando también tenga hijos? Ya no soy una niña, ¡estoy a punto de cumplir dieciocho años!

—Lo sé, Rosie, pero se trata de una decisión que te cambiará la vida. Es una enfermedad que no tiene remedio, y cuando lo sabes, ya no hay vuelta atrás...

—¡De todos modos no puedo volver atrás! —Se me atragantan las palabras—. Y, en realidad, no lo es. No es una decisión que vaya a cambiarme la vida porque, en el

fondo, no cambia nada, ¿no es así? Ya está decidido si voy a vivir o a morir... Pero me gustaría saber cuál de las dos opciones me ha tocado, ¿de acuerdo?

Sarah parece abatida, derrotada.

—¿Qué vida voy a tener, si no? —pregunto en voz baja—. ¿Sin saberlo? Sin saber si un día acabaré como...

—No te pasará.

—Sarah, es hereditaria —suspiro—. Es como echar una moneda al aire.

—No. —Me agarra de los hombros con ternura. Tiene la mirada triste—. Rosie, cariño, no tienes la enfermedad de Huntington. No es necesario que te hagas la prueba.

—No te estoy pidiendo permiso, Sarah —replico, con calma—. El miércoles tengo hora en el hospital y...

—No —insiste—. No me entiendes. —Respira hondo—. No la has heredado.

—Sarah —digo con delicadeza, como si hablara con una niña—. Existe un cincuenta por ciento de posibilidades de que la tenga, es un hecho genético.

—A eso me refiero —dice Sarah lentamente, sin mirarme—. No existe ninguna probabilidad.

—No... —Pestañeo—. No te entiendo...

—Rosie... —Suspira y se acaricia la frente—. ¡Oh, Dios!

Permanezco inmóvil. No me atrevo a respirar.

—Rosie, no la has heredado, es imposible porque... —Pausa desesperada. Traga saliva. Respira—. Porque Trudie no era tu madre.

Clava sus ojos en los míos y aparto la mirada.

Hay una mancha roja en la moqueta, junto a la puerta, en el lugar donde mamá derramó vino tinto mientras servía a los invitados, una Nochevieja de hace años. Me dijo que solo estaba un poco contenta, pero yo sabía que no había probado una gota de alcohol en toda la noche.

Ahora parece sangre.

—Hace mucho tiempo que quería decírtelo, Rosie, sobre todo cuando Trudie empezó a empeorar, para calmarte, para que tuvieras una cosa menos de la que preocuparte, y porque merecías, mereces, saberlo. Pero no podía contártelo mientras ella viviera, ¿lo entiendes? Lo eras todo para Trudie.

Empiezo a quitarme el jersey. Vuelve a hacer calor. Insoportable.

—¡Dios, es horrible! Lo siento mucho, cariño, no es así como quería decírtelo. Pero si te hubieras hecho la prueba podrían haber comparado vuestros ADN, y... No quería que lo descubrieras a través de otra persona. Tenía que decírtelo, explicártelo... —No acaba la frase—. ¿Rosie?

Parpadeo varias veces, intentando concentrarme.

Sarah suspira.

—Rosie, tenías que saberlo, debes saberlo, porque es el único modo de que puedas seguir adelante con tu vida, ¡con tu propia vida, sin problemas de salud!

La sala me da vueltas, cada vez más rápido.

—No lo entiendo.

Otro suspiro. La misma voz suave.

—No has heredado la enfermedad. No era tu madre...

—¡NO! —Me asusto ante mi propio grito—. ¡Era mi madre! ¡Es mi madre!

—Rosie... —Sarah estira el brazo para cogerme.

—¡No! ¡Tú estuviste ahí! —la acuso, apartándome—. Estuviste ahí cuando nací, asististe en el parto. ¿Cómo puedes decir...?

Doy un grito ahogado, me falta el aire.

Asiente. De nuevo esa sonrisa.

—Sí, sí, estuve en tu parto, por eso sé que Trudie no era...

—¡Basta! ¡Basta de mentiras! —grito—. ¡Esto me da asco! Es una asquerosa artimaña para que no me haga la prueba... ¡Admítelo!

La miro con desesperación a los ojos, en busca de alguna señal que me demuestre que no es cierto, que se lo ha inventado todo, pero solo encuentro su aspecto triste y cansado.

Me siento mareada, me da vueltas la cabeza.

«¡Lo era! Era mi madre. ¿No?». Cierro los ojos. «Me lo habría dicho, me lo habría dicho si fuera adoptada. ¿No...?».

—Siéntate, Rosie, estás temblando. Hablemos de esto. Déjame que te lo explique, por favor...

Sarah extiende los brazos para ayudarme.

La aparto de mí y corro, me limito a correr. Salgo por la puerta trasera, la verja, el bosque, bajo la colina y me dirijo hacia los campos, al tiempo que me quito los jerséis, corriendo a ciegas por la nieve. No puedo respirar. Los copos giran cada vez más y más rápido, bailan y dan vueltas en mi cabeza junto con mi madre.

«La he perdido y ni tan siquiera era mía».

Las palabras van dando tumbos mientras bailan, frías y duras y pesadas.

Ni tan siquiera pude perderla porque no era mi madre.



Lo estoy perdiendo.

Las palabras de Josh dan tumbos en mi cabeza:

—Tenemos que hablar.

Sé qué significa esa expresión.

Hace tiempo, desde que empezó la universidad, que espero y que me aterra que pronuncie estas palabras.

—¿Vienes a nadar? —Melissa sonrío y me alcanza corriendo—. ¡A ver quién llega primero a los cincuenta largos!

—Hoy no. —Niego con la cabeza—. No estoy de humor.

Suspira.

—Ya llevas varios días de mal humor. ¡Debe de ser un nuevo récord!

Me abrazo con fuerza.

Adopta una expresión más afable y entrelaza un brazo con el mío.

—¿Has probado con una bolsa de agua caliente?

—¿Qué?

—A mí me funciona... o una manzanilla.

La miro fijamente. ¿Por qué cree la gente que todo puede solucionarse con una infusión?

—He leído que las friegas con aceite de lavanda van muy bien.

—¿Dónde hay que hacerlas? —pregunto, desconcertada.

—En el estómago, tonta. En teoría ayudan a aliviar los calambres.

¿Calambres? De repente lo entiendo.

—No, no lo he probado... —Esas palabras se me clavan en la garganta como espinas mientras hago los cálculos mentalmente.

—¡Ah, ya lo entiendo! —Melissa sonrío—. Lo que pasa es que tienes miedo de que te gane, ¿verdad? ¿Te asusta un pequeño reto?

Esbozo una sonrisa y noto unos pinchazos en la cabeza.

«Cinco semanas... casi seis...».

—Venga. —Se ríe—. ¡No seas infantil!

Me arrastra por la calle. Mis piernas amenazan con ceder en cualquier momento mientras el latido de la sangre atruena en mis oídos.

«No seas infantil...».

CAPÍTULO DOS

TODO me da vueltas y es ahora, tumbada en la nieve, cuando me doy cuenta de dónde estoy.

Las desoladas siluetas de unos árboles esqueléticos se aferran a las primeras estrellas, y la vasta extensión de nieve está cubierta de una hilera tras otra de lápidas frías y negras.

Y ahí está.

«Gertrude Kenning. Amada hija, esposa y madre».

—¡Mentirosa!

El grito desgarrador nace de la garganta, las palabras de Sarah me apuñalan el cerebro mientras cierro los ojos con fuerza, intentando ahogar su voz, su cara compasiva.

Su expresión se transforma en una sonrisa, y el rostro que veo ahora es el de mi madre cuyos ojos castaños rebosan calor, amor y vida.

—¡Mentirosa! —digo entre sollozos, hundiendo las manos en la nieve, lanzando bolas de hielo y barro contra la tumba, contra las mentiras grabadas en piedra, y las tiro cada vez con más fuerza, hasta que me sangran los dedos, se me nubla la vista, ceden mis piernas y las lágrimas me corren por las mejillas—. ¡No eras mi madre!

¡Pero lo era! Era mi madre. La única que he tenido. Y ahora esto... esto es lo único que queda.

Formo un ovillo en la nieve y noto un dolor punzante en la piel cuando las lágrimas se funden con el hielo.

«Te echo de menos, te echo mucho de menos».

Cierro los ojos e intento recordar las figuras que hacíamos así, en la nieve, un ángel mamá y un angelito bebé.

Las lágrimas inundan el recuerdo.

«Nunca fue mi madre, nunca fue mía. Toda mi vida, toda, es una gran mentira...».

Me pongo en pie con gran esfuerzo; me bombardea un caleidoscopio de recuerdos: recuerdos falsos, refulgentes y estridentes. Todos falsos, todos mentira.

«¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué me mintió? Yo tenía derecho... tengo derecho a saber quién soy».

El cementerio da vueltas a mi alrededor.

«¿Quién soy...?».

Cierro los ojos.

—¿Rosie?

Me doy la vuelta, con la respiración entrecortada.

Tiene un aspecto distinto, parece mayor, con la barbilla salpicada con una barba de tres días, el pelo más largo, pero aun así lo reconocería en cualquier parte.

—Me parecía que eras tú. —Andy sonrío, sin demasiada convicción—. ¿Estás bien? ¿Has recibido mi mensaje?

Asiento en silencio y me alegro de que la oscuridad oculte mis lágrimas.

—Iba a pasar a verte, pero... —Arrastra los pies—. No sabía si... si tú...

Traga saliva con los hombros encorvados y las manos hundidas en los bolsillos.

Me abrazo para protegerme de la gélida brisa y no levanto la mirada de los zapatos.

—Además, con la visita de mi abuela he estado en arresto domiciliario. —Andy carraspea—. Acabamos de volver de la iglesia.

Sigo su mirada hasta la iglesia. El edificio está iluminado y resplandece. Las vidrieras arrojan luz de colores sobre las familias que charlan en el exterior. De repente me estremezco.

—Joder, Rose, te estás congelando. Toma. —Se quita la chaqueta, me tapa con ella y cae una botella. Vodka—. ¡Esto también te ayudará! —Se ríe, nervioso, y se agacha para recogerla.

Miro la botella, sorprendida.

—Bueno, ya sabes. —Se encoge de hombros—. Los sermones pueden ser un poco aburridos... —Sonrío, con esa sonrisa familiar y maliciosa, y el corazón me da un vuelco—. En realidad no es por eso, es que voy a una fiesta. Esta sobredosis familiar navideña me está volviendo loco y... —Una mueca le ensombrece el rostro fugazmente—. O sea...

Cojo la botella y la levanto hacia el cielo. El líquido me quema la garganta y me dan ganas de vomitar. Tomo otro trago.

—¡Con calma! —Andy se ríe—. Te conozco, tomas dos copas de vino y ya pierdes el conocimiento.

Lo miro. «Te conozco». Siento un dolor en el pecho.

—Bueno, me... me alegro de verte, Rose. —Sonrío y esos ojos de un azul increíble me hacen palpar el corazón. Una marea de recuerdos me inunda la cabeza. Recuerdos felices, alegres y reales—. Hacía ya mucho desde la última vez.

Tiene razón, pero de pronto me parece que fue ayer.

—¿Quieres que te lleve a casa? —Me ofrece.

«Casa». Me estremezco al pensar en la casa vacía y oscura llena de mentiras. Niego con la cabeza. No es mi casa. Ya no.

—Vale. —Arrastra los pies y se vuelve para irse—. Bueno...

—Espera —digo rápidamente. Se vuelve.

Dudo. La oscuridad de la noche y el frío a nuestro alrededor, su chaqueta cálida sobre mis hombros, el vodka que corre por mis venas.

—¿Has dicho algo de una fiesta?



Se abre la puerta y me someto a la música. El lugar vibra al son de esta —pum, pum, pum, pum—, consume y aniquila todos los pensamientos, todas las conversaciones. Me entrego, agradecida. Dejo la botella vacía junto a la puerta y me adentro en la multitud.

Rostros anónimos se agolpan mientras Andy me arrastra por la sala, entre destellos de melenas rubias y pendientes relucientes; góticos de párpados pesados y brillo de labios llamativo; carne, *piercings*, botellas, hileras de chupitos, risas agudas e, impregnándolo todo, el olor inconfundible a hierba.

—¿Quieres comer algo? —pregunta Andy, sin que pueda oírlo.

Niego con la cabeza y cojo uno de los chupitos. Me lo tomo de un trago, sin apenas sentir el ardor cuando se desliza por mi garganta. Intento coger otro, pero Andy me agarra del brazo y señala por encima de mi hombro.

—¡Eh, ahí está Bex!

Me doy la vuelta y miro entre la multitud, pero en la oscura masa de gente los cuerpos se retuercen y se funden entre sí, anónimamente. Me vuelvo hacia Andy, confundida, cuando recibo un empujón por detrás, doy un cabezazo contra su hombro y alguien derrama una cerveza en mi espalda.

—¡Eh! —Andy aparta al chico que me ha empujado—. Cuidado, ¿vale?

El muchacho se aleja inseguro y se deja caer en un sofá.

—Oh... —Gruño, en voz baja.

Noto el sabor de la sangre fresca y salada en la lengua, el aroma del *aftershave* de Andy me hace cosquillas en la nariz.

Me mira, preocupado.

—¿Estás bien?

Me limpia los labios cuidadosamente con el pulgar, y la cabeza me da vueltas, inundada por más recuerdos.

—¡Estás empapada! —Sonríe e intenta secarme el pelo—. Venga, vamos a algún lugar donde puedas limpiarte.

Aparte de un montón de chaquetas, el baño está vacío, y el leve y lejano bum, bum, bum se cuele entre las tablas del suelo. Andy coge una toalla húmeda y me limpia el corte con cuidado; con la frente arrugada en un gesto de concentración, se inclina hacia delante y mi sensación de mareo aumenta. Me acaricia la mejilla y siento un calor abrasador, mi corazón late desbocado cuando nuestras miradas se cruzan.

Sin pensarlo, me inclino hacia delante y lo beso.

Andy se aparta, sorprendido.

—Rosie... —Busco sus ojos, nerviosa, y me mira fijamente.

De repente nos besamos. El sabor de sus labios suaves es muy dulce y familiar, y mi corazón late con fuerza contra las costillas.

«Dios, hace tanto tiempo que no me besan, que no me tocan...».

Me acerco más a él, los besos se vuelven más apasionados, más intensos; mi mente se sume en el olvido y mi cuerpo es presa del fuego.

«Esto es. Esto es lo que necesito. Huir. Dejarme llevar por completo. Olvidar...».

Lo beso con más pasión, aprieto mi pecho contra el suyo y deslizo la mano hasta su cremallera.

—Mm... —gime Andy.

Tiro de la pequeña pieza metálica.

—Rosie...

Me acerco aún más, mi lengua se entrelaza con la suya mientras introduzco la mano...

—Rose, no... ¡Rosie!

Me aparta. Los labios me escuecen en el aire vacío.

—Lo siento —suspira, pasándose las manos por el pelo—. Lo siento, no puedo... No puedo hacerlo.

—¿Qué? —Parpadeo. Su rostro da vueltas frente al mío—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Aparta la mirada y arrugo la frente, intentando encontrar sus ojos, pero no se está quieto y no puedo centrar la mirada.

—¿Andy?

—Rosie, es que... no puedo. —Me mira con una expresión de dolor, aparta la mirada y suspira.

Entonces me doy cuenta de lo que sucede.

—No me quieres. —Trago saliva. Siento un sabor agrio y me estremezco. De repente tengo frío—. Nunca me has querido.

—Rosie, no, eso no es lo que he...

Lo aparto y me voy. Siento un dolor en el pecho y el cuarto de baño se difumina mientras me dirijo tambaleante hacia la puerta.

—Espera, Rose... —Intenta agarrarme.

—¡Suéltame!

Me aparto y tropiezo al precipitarme por el pasillo.

Hay cuerpos por todas partes, apoyados en las paredes y tirados por el suelo, que me gritan cuando los piso. Mis piernas amenazan con ceder en cualquier momento. Me apoyo en la pared y avanzo a tías, intentando no detenerme, sin perder el equilibrio, salir de ahí y respirar.

De pronto se acaba la pared. Noto que caigo y no puedo parar. Me estremezco, dispuesta a sentir el fuerte dolor. Pero no llega.

—Eh, tranquila. —La cara de un chico aparece ante mí. Me sujeta y me apoya contra la pared—. ¿Estás bien? Has estado a punto de caer.

—¿Otra que cae rendida a tus pies, Kyle? —bromea uno de sus amigos.

Kyle se ríe y oigo que me uno a ellos. El chico toma un sorbo de cerveza y me ofrece la botella. Tomo un trago con avidez, demasiado rápido, me doy un golpe en

los dientes y derramo el líquido frío. Kyle se ríe y yo también. Me relamo los labios y noto el sabor amargo de la cerveza fría en la boca.

—¿Cómo te llamas, por cierto? —pregunta y me aparta el pelo de los ojos—. ¿Te conozco?

—Me... —Intento concentrarme, pero me resulta imposible enfocar la mirada en su rostro—. Hum... Ro...

—¿Ro? —Cuando ríe se le forman unos hoyuelos—. Bueno, Ro —dice, inclinándose hacia mí—, tienes unos ojos muy bonitos.

Hace el gesto de ponerme un mechón de pelo detrás de la oreja y de repente lo beso apasionadamente. Él sonrío, sorprendido, y me besa con avidez, acercando su cuerpo al mío. Me golpeo la cabeza contra la pared, pero el dolor es bienvenido, los besos bruscos, desesperados, su barba de tres días me rasca las mejillas y su lengua se retuerce en mi boca. Me agarra con más fuerza y me aferro a su espalda, con los ojos cerrados, borrando todo lo demás.

De repente se aparta bruscamente. Los labios me queman y respiro entre jadeos.

—¡Eh! ¿Qué te pasa, Andy? —exclama Kyle.

Andy. Mierda.

—Déjala en paz, Kyle.

—¡Ha sido ella! No ha podido reprimirse.

Andy me agarra del brazo.

—Vámonos.

—Eh. —Kyle lo detiene—. Ya es mayorcita, Hunter, puede hacer lo que quiera. —Le guiña un ojo—. Y me quiere a mí.

—Ha bebido demasiado.

—¿Quién eres, su madre?

Me estremezco.

—Mira... Déjala en paz y ya está, ¿vale? —insiste Andy.

—¿Por qué te importa tanto? —replica Kyle, en tono desafiante.

—Te he dicho —Andy da un paso al frente— que la dejes...

—Sí, Andy —digo, arrastrando las palabras—. ¿Por qué te importo tanto?

Andy se detiene. Me mira, pero no puedo verle los ojos.

Kyle se ríe.

—Oh, vaya, Hunter. Parece que aquí no te necesita nadie. Haznos un favor, ¿vale, tío? Lárgate. —Kyle me echa un brazo sobre los hombros—. Venga, cielo, busquemos un lugar donde no nos moleste nadie. —Aparta a Andy de un empujón.

—Espera. —Andy me agarra del brazo.

—¡Apártate, Hunter!

—Rose —dice Andy—. Rose, mírame.

No levanto los ojos del suelo.

—¡Rosie!

—Eh, un momento. —Kyle aparta el brazo de mis hombros—. ¿Rosie? Espera,

¿eres Rosie Kenning? —Me aparta el pelo de los ojos y me mira fijamente—. Joder. —Esboza una sonrisa despectiva—. ¿Qué hace la hija de Kenning «la Loca» suelta por aquí?

—¿Qué? —Se me encienden las mejillas.

—¡Eh, mirad todos! ¡Es la hija de Kenning «la Loca»!

—¡Kyle! —Andy lo agarra y Kyle levanta las manos, en un falso gesto de rendición.

—Eh, es toda tuya, Hunter. Ha sido un error por mi parte, tío. —Se aleja por el pasillo, tambaleándose de una pared a otra—. Debería haberla reconocido por la forma de andar, ¿verdad, chicos? Como su vieja... ¿recordáis el baile? —Se ríen y gritan, dándole la razón—. ¡Uaaauh! Y la caída... ¡Uuups! —Kyle cae en los brazos tendidos de un chico regordete—. Es marca de la casa.

—Yo... —No puedo pensar. No puedo respirar.

—Lo siento, cielo. —Se acerca bailando hacia mí y me echa un brazo alrededor del cuello—. No es nada personal. Eres muy mona, de verdad. Pero son tus genes los que están locos.

Calor. Demasiado calor.

—¿Ah, sí? —Gruñe Andy—. ¿Por qué no vienes aquí y me lo dices?

—Mira —susurra Kyle—, Hunter, colega. No quiero que me guardes rencor, ¿vale? Es tuya y lo respeto. —Le da una palmada a Andy en el hombro—. De hecho, te debo una, tío. ¡Si hubieras llegado un poco más tarde podría haber pillado algo!

Andy intenta darle un puñetazo, pero Kyle se aparta justo a tiempo, riéndose.

—Oh, oh, parece que la pandilla chalada ya tiene otro miembro, ¿eh, chicos? ¿No son una pareja adorable? Él con ese orgullo de macho y ella... ¡Uuf!

Me escuecen los nudillos, la habitación da vueltas frenéticamente y golpeo la pared de espaldas, caigo al suelo y veo a Kyle, que cae de cabeza sobre la mesa de las bebidas.

«Feliz Navidad», pienso, mientras todo se tiñe de negro.



Me dejo caer al suelo mientras Melissa corre el pestillo de la puerta del baño.

—Venga —dice—. Desembucha.

Mastico la galleta, que no sabe a nada, mientras se desmenuza en mi boca, para ganar tiempo.

—¿Qué te pasa? —Me rodea los hombros con un brazo—. Has estado muy callada todo el día. No es habitual en ti.

Cierro los ojos. «¿Cómo puedo contárselo?».

Suspira.

—Como si no lo supiera.

Abro los ojos de par en par.

—Te conozco. —Esboza una sonrisa triste—. Y lo estás enfocando mal: tienes

que animarte, volver a la fiesta, beber un poco de ponche ¡y divertirme!

La miro fijamente.

—¡Tienes que demostrarle al idiota de mi hermano lo afortunado que es por tenerte!

Aparto la mirada y lanzo un suspiro. «No lo sabe...».

Alguien llama a la puerta.

—¡Un momento! —dice Melissa—. Créeme, cielo, esconderte aquí y atiborrarte de galletas no te servirá de nada.

Me quita el paquete y yo estiro el jersey con gesto de timidez para taparme la barriga.

—Sí, Josh conocerá a muchas universitarias, es un hecho. Va a ir a la universidad.

Asiento tristemente y me estremezco cuando la virulencia de los golpes en la puerta aumenta de forma brusca.

Universitarias. Mayores, más modernas, sin complicaciones...

—¡He dicho que esperes un minuto, joder! —grita Melissa, que le da un puñetazo a la puerta—. Pero, cielo, no tienes nada de qué preocuparte. —Me abraza con fuerza—. Porque hay otro hecho mucho más importante. —Sonríe—. Josh te quiere. Tal y como eres.

«No», pienso, y cierro los ojos mientras los golpes continúan en mi cabeza.

«Tal y como era...».

CAPÍTULO TRES

ABRO los ojos súbitamente cuando alguien me golpea de forma violenta el cráneo.

«¡Aaah! ¿Qué? ¡Mierda! ¡Aaay!».

Me agarro la cabeza y entreabro los ojos, intentando ver algo. «¿Qué es eso?».

De pronto, la puerta se abre de par en par y choca contra la pared.

«Ooooooooooh... ¡Mierda!».

—¡Andy! —Me aferro al edredón cuando mi cabeza implosiona—. ¿Qué hac...
Cómo...?

—He llamado. Unas cinco veces. Se te enfría el café.

—Pero... ¡¿Qué haces aquí?!

—Estoy en mi casa.

Tira un montón de cosas en un rincón y abre las cortinas con un gesto brusco. La luz implacable me quema los ojos y me obliga a esconderme bajo el edredón. Un edredón azul. El edredón de Andy. La cama de Andy. ¡Mierda! Echo un rápido vistazo a mi jersey y mis vaqueros arrugados... Algo es algo.

Oigo el golpe de una taza junto a mi cabeza. Ay.

—Café.

—Hum. Gracias. —Murmuro, parapetada tras el edredón.

—Dale las gracias a mi madre. Lo ha hecho ella.

—Lo haré.

Se queda de pie un momento, alto y en penumbra frente a la ventana luminosa. No puedo verle la cara.

—Mira, Andy, yo... —digo con voz áspera. Carraspeo—. ¿Qué hago, o sea, cómo...?

—¿No lo recuerdas? —pregunta con incredulidad—. ¿No recuerdas lo que pasó anoche?

—Yo...

Titubeo y niego con la cabeza en un gesto de impotencia.

Me mira un instante, luego lanza un suspiro y se agacha junto a la cama. Me aparta el pelo de la cara.

—Estabas muy borracha —dice con dulzura.

Me lo creo. Me cuesta enfocar la mirada y el cuerpo entero me duele una barbaridad. Sobre todo la cabeza.

—¿No recuerdas nada? —pregunta, mirándome.

Esos ojos. Unos ojos de un azul muy intenso.

—Y... —digo mientras siento el calor del edredón en torno a mi cuerpo.

—¿Sí?

—Yo... —Lo miro a los ojos—. ¿Hicimos...?

Tuerce el gesto.

—No —responde—. No hicimos nada.

Se pone en pie rápidamente y mira la hora.

—Mierda, la abuela me matará. Venga, bébete el café y nos vemos en el coche. —
Me lanza mi móvil—. Tienes unas ocho llamadas perdidas.

El teléfono parpadea de un modo recriminatorio. Abuela. Cierro los ojos y me invade un sentimiento de culpa.

—Le he dicho que te dejaría en su casa de camino.

Levanto la mirada.

—¿De camino?

—A la iglesia. Es Navidad.

Señala el montón de regalos abiertos que ha traído antes, un montón de libros de viaje, una cámara y una gran mochila.

—¿Te vas de vacaciones? —Me aventuro a preguntar.

—No, me tomo un año sabático antes de empezar la universidad. ¿Alguna pregunta más? —me espeta.

Lo miro, sorprendida. ¿Su año sabático?

—Tienes cinco minutos.

Sale de la habitación con un portazo y se me parte el cráneo en dos.

«¿Qué pasó?».

Recorro la habitación con la mirada, veo el póster de Arctic Monkeys y su querida Wii, el cesto para la ropa sucia con canasta de baloncesto y asciendo por la colección de cedés hasta el fotomontaje que le ayudé a colgar con Blu-Tack alrededor del espejo que hay sobre el lavamanos. En realidad, no ha cambiado mucho en los dieciocho meses que han pasado desde que estuve aquí por última vez.

Me tapo la cara con el edredón, el olor a almizcle del *aftershave* de Andy me hace cosquillas en la nariz, y de pronto recuerdo el beso de anoche, el olor de su piel, su pelo, el abrazo, el sabor de sus labios, tan familiar, rozando los míos. La cabeza me da vueltas cuando cierro los ojos. «Dios, cuánto lo he echado de menos». Andy. La habitación de Andy, la cama de Andy. Acogedora, cálida y cómoda, tal y como la recuerdo.

No es que nunca... Jamás... Y no por falta de ganas, tan solo... Yo no quería que fuera una situación incómoda después de clase, con una oreja en la puerta de la calle, para tener que acabar poniéndome el uniforme deprisa y corriendo si llegaba alguien a casa. Tenía que ser especial. Perfecto. Y habíamos planeado la ocasión perfecta.

Después de los exámenes de secundaria, la escuela organizó un baile, una gran despedida formal antes de que nos adentráramos en el vasto mundo: algunos de nosotros habíamos encontrado un trabajo normal o de becarios; otros, como yo, íbamos a disfrutar de unas gloriosas vacaciones estivales de seis semanas, seis maravillosas semanas que Andy y yo íbamos a invertir en descubrir Europa con

nuestros billetes de Eurail, antes de que pudiera acompañarlo al instituto de Maybridge.

A decir verdad, eso fue lo que me permitió sacar adelante los exámenes, ese sinfín de horas deprimentes e interminables de repaso, las discusiones con mamá sobre cualquier tontería: fue saber que me esperaba esta increíble aventura, el baile de la noche antes, una velada mágica en la que me pondría mi vestido de fiesta y bailarían con Andy, y luego... Bueno, sus padres iban a pasar el fin de semana fuera...

¿Y qué más podía desear? Desaparecieron los pupitres que exigían los exámenes, y en su lugar apareció una bola de discoteca que reflejaba una marea de estrellas relucientes en las paredes de la sala de la escuela mientras nos mecíamos al ritmo de la música del grupo, y nuestro secreto nos iluminaba por dentro y refulgía en nuestros ojos.

Nos fuimos pronto.

La casa de Andy estaba oscura y vacía y subimos las escaleras bajo la luz de la luna; mis sentidos, a flor de piel, percibían todos los roces, los sonidos, los latidos de mi corazón desbocado al entrar en su habitación. De repente encendió un interruptor y solté un grito ahogado cuando cien bombillas diminutas de colores cobraron vida sobre el espejo, alrededor de la ventana y en torno a la cama, cubierta con pétalos de rosa. Era precioso. Perfecto.

Se volvió hacia mí, le brillaban los ojos y me besó: fue un beso largo, prolongado, que me dio escalofríos e hizo que la cabeza empezara a darme vueltas cuando caímos en la cama. Yo lo besé con más pasión, disfrutando del peso de su cuerpo sobre el mío mientras Andy deslizaba los dedos por la espalda, la cintura, la cadera y, al final, solté un pequeño grito cuando se introdujeron en mis braguitas, suaves, cálidos y muy, muy delicados.

Intentó seguir avanzando... pero entonces le agarré la mano y lo detuve.

—Lo siento —dije con la respiración entrecortada, intentando recuperar el aliento—. Lo siento.

—Eh —sonrió y me besó—. No tienes de qué disculparte. —Me apartó el pelo de la frente y me miró fijamente—. Tú tienes la última palabra. ¿Vale?

Asentí y nos sentamos. Volví a bajarme el vestido y me abracé las rodillas. Tenía las mejillas encendidas.

«¿Y ahora qué?».

Andy se puso en pie.

—¿Le apetecen unos bombones, *mademoiselle*? —preguntó con acento francés. Cogió una bonita caja de la mesita de noche y me la ofreció con un gesto expresivo—. Hechos con un chocolate negro y delicioso, y tan cremosos que parecen de ensueño, esta caja de exquisitos bombones belgas es un producto obra de los maestros chocolateros de... hum, supermercados Tesco's.

—*Magnifique* —exclamé entre risas, y lo miré mientras quitaba el envoltorio, con las mejillas sonrosadas bajo la luz tenue y el pelo rubio alborotado, en deliciosa

armonía con su camisa arrugada. Estaba muy guapo, muy atractivo... Muy Andy.

—*Voilà!* —exclamó al abrir la caja—. ¿Desea una delicia de trufa, *mademoiselle*? ¿Una sensación de caramelo? O, tal vez, la más controvertida de las exquisiteces, ¿un bombón de crema de fresa?

Una pequeña sonrisa de desconcierto se dibujó en su rostro cuando le quité la caja de bombones de las manos y la dejé a un lado.

—Eres maravilloso —le dije.

Sonrió.

—Tú también.

Entonces le di un beso ardiente y efusivo, y deslicé los dedos por los botones de su camisa.

—Rosie. —Andy se apartó bruscamente y me miró a los ojos—. Rose, no tienes que...

Le tapé los labios con un dedo y sonreí.

—Quiero hacerlo.

Me senté en su regazo y lo besé de nuevo, desabrochando un botón tras otro, arrancando la camisa de su cuerpo firme, suave y cálido, levantando los brazos mientras él me quitaba el vestido por la cabeza y lo dejaba caer en un mar de lilas que había en el suelo, temblando mientras sus dedos se deslizaban con dulzura por mi espalda desnuda. Por fin sus ojos hallaron los míos.

—Eres preciosa —me dijo y me besó—. Te quiero. —Me acarició la cara—. Pero ¿estás segura...?

Lo besé a modo de respuesta, le cogí la mano y me la llevé a los pechos, y entonces ataqué su cinturón. No tuve que insistirle más. Me atrajo hacia sí y el calor de su piel en contacto con la mía hizo que me estremeciera de forma incontrolada; sus jadeos y sus besos cálidos fueron a más cuando lo atraje hacia mí, en un gesto de pasión desenfrenada. Sus manos no se detenían ante nada —mi pelo, mi espalda, mis pechos, mis piernas—, pero entonces se quedaron inmóviles.

—¿Has oído eso?

—No. —Respondí, entre jadeos, abrazándolo con más fuerza.

Me besó pero se detuvo de nuevo.

—Escucha.

Oí un leve zumbido en mi bolso. El móvil.

—No le hagas caso —susurré, con los dedos entrelazados en su pelo—. Ya dejarán un mensaje.

—Pero estamos en mitad de la noche, podría ser algo importante...

El zumbido cesó.

—¿Lo ves? —Sonreí—. No puede ser tan importante.

—Supongo que no. —Sonrió y me puso debajo de él con un gesto rápido. Solté un grito de felicidad—. ¿Por dónde íbamos? —Nuestras bocas se unieron de nuevo.

Entonces el zumbido empezó otra vez.

—Vale. —Gruñí y hurgué en el bolso para coger el móvil.

La pantalla verde brilló en la oscuridad: Bex.

—Típico. —Sonreí y lo cerré—. Quiere un informe de la situación, seguro.

—Bueno, entonces más vale que tengas algo que contarle —murmuró Andy, que me mordió el cuello y me hizo reír.

De repente, el sonido estridente del teléfono de la casa nos sobresaltó.

—¿Qué demonios...? —Andy arrugó la frente y miró el reloj—. ¡Es la una de la madrugada!

—No contestes —le supliqué, mientras le besaba la oreja—. Aquí no hay nadie.

Me besó de forma distraída, sin dejar de prestar atención al teléfono.

—Es mejor que lo coja.

—Andy... —Otro beso.

—Enseguida vuelvo, te lo prometo. —Sonrió y se zafó con ternura de mi abrazo—. ¿Vale?

Puse mala cara y me besó en los labios.

—¿Vale?

—Vale. —Sonreí—. ¡Pero date prisa!

El teléfono dejó de sonar y me quedé ahí quieta, escuchando, aunque no oí nada. Cogí la camisa de Andy, aún caliente, aún impregnada del su delicioso olor, me la puse y me tumbé con una pose seductora justo cuando volvió.

—¿Y bien? —susurré—. ¿Qué te parece...?

Andy me dio el teléfono.

—Es para ti.

—¿Para mí?

—Bex. —Puso los ojos en blanco.

—No puede ser. ¿Ha llamado a tu casa? —Bajé de la cama para coger el teléfono—. Bex, más te vale que sea algo importante...

—¡Rosie, por fin! ¡Te he llamado cinco veces al móvil!

—Lo siento, no lo he oído, estaba ocupada... —Le lanzo una sonrisa a Andy—. ¿Qué es eso tan importante que ha sucedido?

—Es tu madre —dijo Bex—. Está aquí.

—¡Mierda! —exclamé, enfadada—. ¿Quiere que vaya a casa? Pues dile que tengo dieciséis años y que haré lo que...

—No, Rosie —me interrumpió Bex, con voz apremiante—. Ha sufrido un accidente.



Me sobresalto al oír la bocina del coche de Andy. Tiro el edredón al suelo y salto de la cama... demasiado rápido. La habitación da vueltas y me agarro al lavamanos para no perder el equilibrio, cierro los ojos y rezo para no vomitar. Espero un segundo.

Nada. Abro un ojo con cautela y veo un reflejo pálido y hosco. Me miro

fijamente.

La chica de mejillas sonrosadas que se miró en este espejo ya no existe. La chica con un montón de amigos y con el novio increíble, la chica que se moría de ganas de que llegara un verano sin preocupaciones y lleno de viajes, de que llegara el resto de su vida. Esa chica desapareció hace dieciocho meses.

La busco en las fotos que rodean el espejo, pero aunque veo docenas de rostros sonrientes, no conozco ninguno. Los miro fijamente. Ya no están las fotografías que pegamos juntos de nuestros amigos de la escuela, de nuestras citas, de nuestros recuerdos; en su lugar, desconocidos: en discotecas, de vacaciones, en el parque. Andy aparece riendo con gente a la que no conozco, pasándoselo en grande. Disfrutando de su vida. Viajando, recuerdo, y se me cae el alma a los pies.

No es conmigo con quien viaja.

Siento un dolor en el pecho. De repente tengo la sensación de que Andy se encuentra a un millón de kilómetros de distancia. Me equivoqué. Las cosas han cambiado. Hemos cambiado. Todo cambió esa noche. La última noche que estuve aquí.

«Pero ayer me besó. —Me recuerdo con desesperación—. ¿Significa eso algo?».

Recorro frenéticamente las fotos con la mirada, desesperada por encontrar una mía, nuestra —una fiesta, una cita, algo—, algún signo que me demuestre que ha pensado en mí en todo este tiempo, que me ha echado tanto de menos como yo a él. De pronto se me para el corazón, clavo la mirada en una fotografía de Andy en la que abraza con fuerza a una chica y sonrío a la cámara mientras esta lo besa con ternura.

Una chica rubia y guapa.

Arranco la foto de la pared y me tiemblan los dedos mientras observo sus dedos entrelazados, sus camisetas a juego de la selección inglesa, el estadio que hay tras ellos, donde se jugó la Eurocopa hace dos veranos...

Siento un golpe en el pecho. Fuerte.

Hace dos veranos. Justo después de que rompiéramos. El verano en el que íbamos a viajar por Europa.

El verano que se fue sin mí...

No puedo respirar. Noto una presión en el pecho cuando el dolor que me causó la marcha de Andy me invade de nuevo, la irrefrenable inseguridad de que no era lo bastante buena, de que nunca lo había sido, de que se había cansado de esperar a que estuviera lista, o, peor aún, de que después de verme desnuda ya no me quería.

«No me quieres». Mi voz resuena en mis oídos y se me encienden las mejillas al recordar cómo se fue anoche, cuando aún me escocían los labios por el rechazo. «Nunca me has querido».

Abro el grifo, me mojo la cara ardiente, las lágrimas me queman los ojos mientras todas mis esperanzas de que podamos volver a estar juntos se desvanecen.

De modo que fue esto lo que sucedió. Por eso quería parar cuando sonó el teléfono esa noche, por eso se fue de viaje sin mí. Me dejó. Me dejó y se fue a buscar

a otra. Y la encontró a ella...

Abro los ojos con fuerza y busco más fotos de ella, de otras chicas, otras novias. ¿Cuántas ha habido? Rastreo las instantáneas —fiestas, gente, caras—, entonces, de repente, aparece una cara familiar sonriendo, al fondo. Sus ojos inquietos se cruzan con los míos, y recuerdo de inmediato la noche anterior. Kyle... la fiesta... el beso con Andy... el beso con Kyle... las burlas de Kyle... su imitación burlona de mamá...

Siento una brusca sacudida.

Mamá.

Las palabras de Sarah vuelven a mi cabeza y la habitación empieza a dar vueltas.

«Trudie no era tu madre».

Me agarro al borde del lavamanos y se me revuelve el estómago al recordar la pesadilla, más cruda, más dolorosa, más atterradoramente real en la fría luz del día.

«Trudie no era... Nunca fue mi madre...».

Y nunca me lo dijo. ¿Cómo... cómo pudo ocultarme un secreto como ese después de todo lo que pasamos con la enfermedad?

Sobre todo cuando averiguó que estaba enferma...

La habitación da vueltas y sumerjo la cara en el agua helada, intentando ahogar las preguntas, el dolor, las imágenes que inundan mi cabeza...



Aquella noche, después de la llamada de Bex, tomé un taxi y volví a la escuela —si mamá estaba enfadada conmigo por pasar la noche en casa de Andy, él sería precisamente la última persona a la que querría ver—, pero cuando llegué ya se había ido.

Mamá había aparecido en el baile buscándome, dijo Bex. Al parecer había olvidado que le había dicho que iba a quedarme en casa de Bex, pero cuando no me vio en la escuela se puso hecha una furia. Entró en el baile, contoneándose con su vestido y sus zapatos de tacón favoritos, buscándome, a voces. Bex intentó explicárselo, intentó llamarme, pero yo no cogí el móvil, claro...

Entonces mamá se dirigió al coche. Los profesores intentaron detenerla, le advirtieron que no podía conducir en su estado, pero ella se los quitó de encima.

Entonces tropezó con un árbol, se cayó y se rompió un tobillo. Uno de los profesores la llevó al hospital y fue ahí donde se dieron cuenta de que no estaba borracha. De que sucedía algo más grave, muy grave. Y su vida cambió para siempre.

Y también lo hizo la mía.



La puerta del dormitorio de Andy se abre de forma brusca.

—Tengo mejores cosas que hacer el día de Navidad que esperarte, ¿lo sabes? —

me espeta.

—Seguro que sí —digo, y le tiro la foto a los pies.

La mira, sorprendido.

—Rosie, yo... No es lo que crees.

—Sí, claro. —Y aparto la mirada.

—Solo fue una aventura, hace mucho...

—Hace dieciocho meses, para ser exactos.

—Rosie... —balbucea—. No es... No somos... No significó nada.

—Lo que tú digas.

Trago saliva e intento salir de la habitación.

—Rose...

Me agarra del brazo y está frío como el hielo.

—Suéltame.

—Rosie, yo...

—Andy...

—¿¿Qué querías que hiciera?!

Me detengo y me cuesta respirar.

—¿Qué querías que hiciera, Rose? ¿Que te esperara durante dieciocho meses por si acaso decidías llamarme? ¿Por si volvíamos a salir?

Se me forma un nudo en la garganta.

—Dime, Rosie, ¿qué tenía que hacer?

—No lo sé —murmuro, impotente—. Creía que me querías.

—Te quería —dice Andy con voz triste—. Pero me echaste de tu mundo. —Chasquea los dedos—. ¡Sin pensártelo! Yo no sabía el motivo, no me lo dijiste, ni tan siquiera contestaste al teléfono ninguna de las cincuenta veces que te llamé para saber por qué no estabas en la estación tal y como habíamos acordado. Me dejaste plantado en el andén, como un idiota, Rosie... ¡Y estuve a punto de perder el tren!

—Pero no lo perdiste —digo en voz baja—. Te fuiste.

—Sí, me fui. Estaba dolido, furioso, había invertido todos mis ahorros en un billete de Eurail que estaba a punto de perder. No me explicaste por qué no ibas a venir, no me diste un motivo para que me quedara, solo me enviaste un mensa, ¡un mensaje!, para pedirme perdón y decirme que no podías ir conmigo. ¡Ninguna explicación, nada! —Aparto la mirada—. Dejar a alguien así es una putada, Rose.

Lo miro fijamente.

—¡No te dejé! Es que... Tenía que enfrentarme a muchas cosas y no podía...

—¿No podías hablar de ello conmigo? ¿No podías contármelo?

—¡No podía! —exclamo en tono recriminatorio—. Por aquel entonces no podía.

—¿Por qué?! —Estalla—. ¿Qué era eso tan horrible que no podías contarme?

Me cuesta mucho respirar; incluso ahora me resulta difícil encontrar las palabras para describir la horrible incertidumbre, la confusión y el pánico que sentí ese día atroz que marcó mi vida, cuando le diagnosticaron la enfermedad a mamá.

Andy suspira.

—Como si no lo supiera.

—¿Qué?

Aparta la mirada.

—Es bastante obvio. El momento... lo que sucedió... o no sucedió... —Arrastra los pies y se sonroja—. Lo siento si hice algo mal, si teforcé a hacer algo que no querías...

Lo miro, asombrada.

Él me mira, afligido.

—Pero podrías haber hablado conmigo. No me importaba esperar.

—¿Qué? ¡No! —exclamo, con las mejillas encendidas. ¿Cree que lo dejé por lo que pasó esa noche?—. No, no fue... —Respiro hondo, debo poner mis pensamientos en orden—. Andy, no fue por ti, no tiene nada que ver contigo. Fue mamá...

—Entonces ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me llamaste?

—Estaba en el hospital, tenía el móvil apagado, no podía.

—Podrías haberlo hecho si lo hubieras intentado. Podrías haberme llamado, podrías habérmelo explicado, podrías haberme contado lo que estaba pasando para que no hubiera seguido albergando esperanzas...

Lo miro, boquiabierta.

—En todas las ciudades, en todas las estaciones, en Roma, en Atenas, en Barcelona, rezaba para que hubieras cambiado de opinión, para que estuvieras allí esperándome y me dieras una explicación, para que me acompañaras en el resto del viaje, de la aventura que habíamos planeado durante tanto tiempo. —Se encoge de hombros—. Pero no apareciste. No apareciste y para mí estaba claro que no ya no ibas a venir. —Suspira—. Me cansé de esperarte.

—Pues tampoco es que esperaras demasiado, ¿no? —Señalo la foto—. ¿Cuánto? ¿Un par de semanas? No debías de quererme tanto.

Balbucea.

—Fui yo quien te esperaba —le digo—. No podía creerme que te hubieras largado sin mí. Me pasé el verano esperando que me llamaras, que vinieras a verme cuando regresaras. Te necesitaba. —Trago saliva—. Pero no lo hiciste.

Aparta la mirada.

—Creía... Creía que me habías dejado.

—Y yo creía que tú me habías dejado a mí —replico con tristeza—. ¡Pero no me metí en la cama con el primer chico que se cruzó en mi camino!

—No fue...

—¿Y cómo te atreves, cómo demonios te atreves a decirme con quién puedo y con quién no puedo estar ahora?!

—¿Qué?

—Eres un hipócrita. Ahí estabas, con otra chica justo después de cortar, y sin embargo ahora, un año y medio después, ¡te pones hecho una furia cuando estoy con

otro chico!

—¡Eso no es lo que pasó!

—¿Qué? —pregunto con incredulidad—. ¡Apartaste a Kyle a empujones!

—Bueno, sí... ¡Pero lo hice porque estaba preocupado por ti!

—¿Preocupado por mí? ¿Por eso me besaste?

—En realidad, fuiste tú quien me besó. —Me recuerda.

—¿Sí? Bueno... ¡Estaba borracha! —replico con amargura.

Me arden las mejillas.

—¡Exacto!

—¿Qué?

—Rose... No controlabas. No sabías lo que hacías, y... después de lo que pasó la última vez... —Traga saliva—. Lo siento. Nunca debería haber sucedido. Fue un error.

Un error. Se me desgarran el corazón, aparto la mirada y entonces reparo en una fotografía situada en el borde derecho del montaje, casi oculta entre las otras. Soy yo. Andy y yo. Nuestra primera cita. Fuimos a patinar sobre hielo, luego a comer *fish and chips*, ¡a quién se le ocurre!, y nos sentamos bajo las estrellas, con los cucuruchos de papel de periódico. Miro la foto fijamente. Ambos tenemos las mejillas sonrosadas, nos brillan los ojos de tanto reír. Parecemos muy felices. Cierro los ojos para contener las lágrimas.

—Rosie —suspira Andy—. Mira, lo siento, ¿vale? Anoche solo pretendía cuidar de ti, no quería que hicieras nada de lo que pudieras arrepentirte.

Trago saliva.

—Pero tienes razón, si quieres salir con Kyle, con quien sea... —Suspira—. Es asunto tuyo.

Cierro los ojos con más fuerza. «Eres el único. Para mí siempre has sido el único...».

—Sé que últimamente lo has pasado mal, con lo de tu madre y todo eso... —dice con dulzura—. Pero me habría gustado que me hubieras contado lo que le pasaba. Lo habría entendido. Habría estado a tu lado para apoyarte.

Se me hace un nudo de arrepentimiento en la garganta. «Si lo hubiera llamado ese día, si se lo hubiera contado. Tiene razón. ¿Qué otra cosa podía él pensar? ¿Qué esperaba yo que hiciera? Todo esto es culpa mía. Si le hubiera contado la verdad, las cosas habrían sido tan distintas...».

—Pero entiendo por qué no lo hiciste. —Admite—. Da un poco de vergüenza, ¿no?

Levanto la cabeza con un gesto brusco.

—O sea, no debe de haber sido fácil. —Se apresura a decir—. Dejar el instituto para cuidar de tu madre alcohólica.

Se me desencaja la mandíbula.

—¿Qué?

—Rosie... —Titubea—. Sé que intentaste mantenerlo en secreto, pero todos la vimos: se tambaleaba al caminar, hablaba arrastrando las palabras y derramó varios vasos...

Lo miro, perpleja, y una sensación de aturdimiento se apodera de mis entrañas. La imagen de la estúpida imitación que hizo Kyle de la torpe forma de caminar de mi madre me cruza la mente.

Andy suspira.

—Sé que no podía evitarlo, que era una adicción, pero mira por lo que te ha hecho pasar. No has podido hacer los exámenes para entrar en la universidad, tus amigos... ¡Dieciocho meses de tu vida!

—¡No! —lo interrumpo. Tengo las mejillas en llamas—. ¡Mi madre no era una alcohólica!

—Venga, Rose...

—No me lo puedo creer... ¡Cómo te atreves! —Lo miro con incredulidad—. O sea, Kyle es distinto, pero tú, ¿cómo puedes pensar que mi madre...? Tú la conocías. ¡La conocías muy bien! —Le doy un empujón y bajo las escaleras corriendo.

—¡Rosie! —Andy me sigue—. ¡Lo siento, Rosie!

Abro la puerta de golpe.

—Espera, Rosie... —Me agarra del brazo—. Lo siento, sé que era tu madre, que la querías, no pretendía...

—¡No sabes nada! —grito y me aparto de él. Siento las palpitations de la furia—. ¡No era alcohólica!

Andy suspira, con un gesto triste y compasivo.

—Rose...

—Tenía la enfermedad de Huntington, ¿vale? Por eso no pude tomar el tren contigo, por eso dejé el instituto. No era una alcohólica, lo que le pasó no fue culpa suya, ¡tenía la enfermedad de Huntington!

El corazón me late con fuerza. Me precipito por la puerta, echo a correr con la cara arrasada en lágrimas.

No podré volver, no podré volver al tiempo en que todo era distinto. Andy no me quiere, siente pena por mí. ¡Siente pena por mí porque creía que mi madre era una alcohólica! Esa fue la noche horrible y espantosa en que la vida de mi madre cambió para siempre, y la mía llegó a su fin.

Y ahora ya no está. Mi madre se ha ido y no me queda nada, ni amigos, ni vida, ni futuro...

¡Y ni tan siquiera era mi madre!



El corazón me late desbocado, salgo corriendo al jardín y se me revuelve el estómago mientras me lanzo sobre el parterre de flores.

—Oh, Rosie. —Melissa aparece a mi lado y me aparta el pelo de la frente—. ¿Ha

sido el ponche? ¿Lo he hecho demasiado fuerte? ¿Quieres que llame a tu padre?

Niego con la cabeza de forma vehemente y me arrepiento al instante de haberlo hecho, cuando mi estómago se vacía de nuevo. Me frota la espalda.

—Oh, Rosie. ¿Quieres un vaso de agua? ¿Café?

—Agua. —Asiento con un gesto débil y me agarro la barriga.

—¡Enseguida vuelvo! —Sonríe y me alborota el pelo—. No te preocupes, la próxima vez no le pondré vodka. O quizás era ron. —Me besa en la frente—. ¡Quizá sería mejor que no probáramos ninguna de las dos cosas durante unos días!

Me guiña un ojo y desaparece en la casa.

Apoyo la cabeza en la fría pared y cierro los ojos.

Ni tan siquiera he probado el maldito ponche.

CAPÍTULO CUATRO

LA corona de flores de Navidad cae al suelo cuando abro la puerta de la calle y apoyo la cabeza en el frío cristal. Cierro los ojos y tengo que esforzarme para recuperar el aliento, para recobrar las fuerzas que me permitan entrar y enfrentarme a la casa que ya no es mi hogar.

Tuvimos que quitarlo y guardarlo casi todo después del diagnóstico: cualquier cosa con la que mamá pudiera tropezar o romper a medida que empeoraran los movimientos bruscos, llamados corea; cualquier objeto con el que pudiera hacerse daño a sí misma o a otra persona, cuando empezaran los episodios de paranoia; todos los adornos, las alfombras y los marcos de fotografías y recuerdos, lo metimos todo en cajas y lo guardamos en el garaje, que había quedado vacío desde que vendimos el Mini.

El coche supuso el golpe más duro. Estaba obligada por ley a comunicar su diagnóstico a las autoridades de tránsito, que la obligaron a examinarse de nuevo. Cuando suspendió, se le cayó el mundo encima.

—¡No tiene sentido! —gritó mi madre en el centro de examen—. Hasta Jenson Button suspendió el examen de conducir la primera vez que lo hizo. ¡Exijo una nueva prueba!

Se la negaron. Y sin el coche, en nuestro pequeño pueblo rural, perdió la independencia.

De modo que dejé el instituto. A pesar de los lamentos de la abuela sobre la importancia de mi educación, no soportaba el mero hecho de pensar que mamá se pasara el día encerrada en casa, sola. Quería estar con ella, cuidarla, hacer todo lo posible para animarla. No fue fácil. Yo no soportaba las miradas que le lanzaban los desconocidos cuando salíamos a la calle, los codazos que se daban y sus cuchicheos, que si estaba loca o borracha. Sin embargo, lo peor de todo eran sus cambios de humor.

Podía estar eufórica, y al cabo de un instante era presa de un ataque de ira incontrolable por cualquier tontería. Un día de puente se enfureció porque no emitieron *Neighbours*, empezó a lanzar cosas contra la televisión y rompió la pantalla. Intenté calmarla, intenté explicarle lo que pasaba, pero fue imposible hacerla entrar en razón; necesitaba su rutina y no entendía por qué no podía ver su querido culebrón. Al final, el marido de Sarah, Steve, tuvo que contenerla para evitar que se hiciera daño. Luego, cuando la soltó, mi madre llamó a la policía, les enseñó los moratones e hizo que lo detuvieran por agresión.

Lo único que parecía calmarla era el tabaco, pero al igual que sucedía con su humor, parecía incapaz de saber cuándo, o cómo parar. Fumaba un cigarrillo tras otro,

casi cincuenta al día, dando caladas de forma compulsiva hasta que se quemaba los dedos. Entonces, si no había ya una docena de paquetes en el armario (algo que comprobaba continuamente de manera obsesiva), se ponía hecha una furia.

En otras ocasiones se hundía en una depresión brutal, desesperada por lo que le estaba sucediendo, asustada por el futuro, y le entraba la paranoia de que yo iba a abandonarla. Pero no lo hice. Era mi madre, mi mundo.

Y me sentía muy culpable. Hacía años que ella lo pasaba mal y yo no me había dado cuenta en ningún momento. De modo que aprendí a sobrellevar la situación: empecé a seguir una rutina, tenía episodios grabados de todos sus culebrones por si acaso, compraba cigarrillos al por mayor y dejaba ceniceros en todas partes. Para evitar que se quemara los dedos le compré incluso una boquilla antigua y le encantó, dijo que se sentía como Audrey Hepburn.

La abuela y Sarah me ayudaban cuanto podían, preocupadas por el hecho de que hubiera dejado el instituto, que hubiera perdido el contacto con mis amigos y mi futuro. La abuela quiso que me hiciera una prueba predictiva de inmediato, pero no me dejaron: tenía solo dieciséis años y era demasiado joven. Además, había que tener en cuenta otros factores.

Bex me bombardeó con preguntas: ¿qué haría si la prueba daba positivo? ¿Valdría la pena ir a la universidad o aprender a conducir? ¿Debería casarme? ¿O tener hijos, si ellos también podían heredar la enfermedad? ¿No sería un gesto cruel, irresponsable o egoísta? Fueron un sinnúmero de preguntas dolorosas e imposibles que me dejaron confundida, mareada y aturdida.

Después de eso recuperé parte de la rutina y le dije a Bex que hiciera lo mismo. Intenté ser normal, mantener el contacto con mis amigas, que iban a empezar el bachillerato sin mí, saliendo algún día con ellas o mediante el teléfono y Facebook. Sin embargo, tenía la sensación de que lo único que sabían hacer era cotillear sobre sus nuevos compañeros, reírse de los chicos o quejarse de los deberes. De pronto me pareció muy trivial. En el fondo fue un alivio cuando dejaron de llamarme.

Además, tenía nuevos amigos, a través de internet, de la Asociación Juvenil de la Enfermedad de Huntington. Adolescentes que entendían por lo que estaba pasando, que habían vivido con la enfermedad durante años, habían sido testigos de cómo iba minando lentamente la independencia y la vitalidad de sus seres queridos, día a día. Aunque entonces nos dimos cuenta de que mamá había tenido síntomas durante años antes de que le diagnosticaran la enfermedad, conocimos a gente de su grupo de apoyo que se encontraban en fases mucho más avanzadas, personas a las que sus familias habían abandonado debido a su comportamiento impredecible, sin saber que padecían Huntington; familias destrozadas por negar la realidad; padres cuyos hijos no iban a visitarlos por miedo a ver su propio futuro; pensionistas que habían soñado con una jubilación que les permitiría disfrutar de sus aficiones y nietos, que no iban a visitar a sus esposas, otrora fuertes y sanas, o a sus hijos ya adultos, debilitados y postrados en camas de hogares de acogida.

Mamá tenía mucho miedo de convertirse en una carga como esa. No soportaba imaginar que un día necesitaría que alguien le diera de comer con una cuchara y le limpiara el trasero; ella no era así. Aunque me duela decirlo, en cierto sentido tuvo suerte.

Durante un tiempo gozó de un estado de salud razonable. Los médicos le recetaron unos medicamentos que aplacaron la ira, la depresión y los movimientos bruscos, y en los días más buenos desarrolló una actitud de *carpe diem* exultante, y fue capaz de olvidarse de sus preocupaciones durante un rato cuando fuimos a nadar al mar, a navegar por el río o de pícnic a los Downs. El día de su cumpleaños la abuela, Sarah y yo la llevamos a París, a comer pastel bajo la torre Eiffel. Incluso la habían elegido para formar parte de un experimento clínico para probar un medicamento nuevo, que esperaban que pudiera ralentizar el avance de la enfermedad.

Sin embargo, al cabo de unas semanas, subió en mitad de la noche al piso de arriba a buscar algo y perdió el equilibrio. Cayó rodando por las escaleras y se dio un golpe contra la pared en la cabeza, que le causó una hemorragia cerebral. Ese fue el principio del fin. A partir de ese momento, los síntomas parecieron avanzar mucho más rápido. Quedó postrada en la cama, le costaba un gran esfuerzo tragar comida y contrajo una neumonía.

Fue horrible.

La abuela y Sarah hicieron cuanto pudieron, venían día y noche, y también nos visitaban los asistentes sociales, pero yo era la única que estaba con ella veinticuatro horas al día, siete días a la semana. La única que vio cómo la abandonaba la vida. La única que fue testigo de lo que podía sucederme.

Lo que creía que podía sucederme.

«Pero ella sabía que nunca me pasaría nada».

Ese pensamiento se me clava en el pecho como una guadaña ardiente mientras miro las barandillas, los cierres infantiles, su silla, objetos que han rondado mi futuro, objetos que nunca necesitaré, ¡y ella lo sabía! ¡Me dejó creer que yo podía correr la misma suerte, y desde el principio sabía que no era así!

Cojo un par de tijeras de un cajón con cierre de seguridad infantil y me abalanzo sobre la silla; profiero un grito y clavo las hojas afiladas una y otra vez; mutilo, rajo su superficie limpia, y la destripo con unos grandes cortes que supuran espuma. Odio esta silla con toda mi alma. Odio sus patas acolchadas, el respaldo plegable, el tapizado anteriorina. Es tan práctica. Tan funcional. Tan fea y aterradora, y estaba esperándome, era mi destino. ¡Pues ya no! La pongo de lado, le propino patadas y golpes con toda mi fuerza hasta que por fin se parte un brazo y choco contra la pared, pero me da igual hacerme daño. Nadie volverá a sentarse en ella jamás, a apoyarse en ella, a sucumbir a ella.

Escudriño la habitación con avidez, buscando nuevos blancos; entonces, bruscamente, se abre la puerta de la calle y un hombre irrumpe en casa con un bate en

la mano.

—Eh, tú... —Steve se detiene cuando me ve—. ¿Rosie?

—¿Rosie?! —Sarah lo aparta—. ¿Rosie! ¿Qué demonios haces? —Repara en la silla destrozada y las tijeras—. ¿Estás bien?

—Sí. —La miro fríamente mientras sujeto las tijeras con fuerza. Me palpitan las sienes.

—Hemos oído ruido y creíamos... —mira a Steve—, ¡creía que habían entrado a robar!

—Pues no —digo—. Así que podéis iros.

Sarah mira a su marido y le da una palmada en el brazo.

—Vete tú.

Steve arruga la frente.

—¿Estás segura?

—Tú también —le digo a ella.

—Vete. —Sarah le dirige una sonrisa a su marido y este se va—. Yo me quedo.

—No es necesario. —Aprieto los dientes—. Vete de una vez.

Se cruza de brazos y me mira a los ojos con calma.

Estallo.

—¿Qué quieres?

—No quiero nada.

—¡Entonces, piérdete! ¡Piérdete de una vez! Esta es mi casa y no quiero que entres aquí, ni tú ni tus mentiras... ¡Me dais asco! Eres... Eres... —Se me saltan las lágrimas—. ¡Eres igual que ella!

—Rosie... —Intenta cogerme del brazo.

—¡No me toques! —Me aparto—. ¿Cómo pudiste? ¡¿Cómo pudiste?! —La miro, presa de la ira—. Durante dieciocho meses vi sufrir a mi madre, vi cómo se apagaba, la vi morir... —Me deshago en lágrimas—. Aterrada ante la posibilidad de que yo también estuviera afectada, de que algún me sucediera todo eso a mí. Pero no iba a ser así, ¿verdad? Nunca iba a sucederme... ¡porque no era mi madre!

—Rosie...

—¡Y ella lo supo desde el principio! Dieciocho meses y ¿nunca se le pasó por la cabeza la posibilidad de decírmelo para calmarme un poco? «Ah, por cierto, Rosie, no puedes tener la enfermedad de Huntington». Habría bastado con eso, una simple frase para borrar una cadena perpetua. ¡Dieciocho meses! Y si no hubiera pillado la neumonía podría haber pasado más tiempo, ¿no? Años y años... y ¿nunca me lo habría dicho?

—Rosie —dice Sarah, nerviosa—. Rosie, ella no lo sabía...

—¡Ah, ya sé que no lo sabía! ¡Yo no lo sabía! ¡Ni tan siquiera tú sabías que tenía Huntington y eso que eres enfermera, por el amor de Dios! Pero cuando le diagnosticaron la enfermedad debería habérmelo contado... ¿Cómo es posible que no lo hiciera? ¿Cómo podía quedarse sentada en esa silla horrible sabiendo que yo nunca

heredaría la enfermedad y no decírmelo? ¿Qué creía que haría? ¿Que la dejaría? ¿Cómo pudo ser tan egoísta?!

—¡Basta ya, Rosie! Rosie... ¡Ella no lo sabía!

—¡Lo sabía! Sabía que era imposible que yo desarrollara la enfermedad, y sin embargo...

—¡No, Rosie, no lo sabía! —Me agarra de las muñecas y me fulmina con la mirada—. ¡No sabía que no eras su hija!

La miro fijamente, paralizada por el miedo.

«¿Cómo?».

Me aguanta la mirada, con la respiración entrecortada.

—Siéntate.

Abro la boca, pero no puedo hablar y me flaquean las piernas en cuanto me dejo caer en el sofá. La cabeza me da vueltas mientras intento entender qué me he perdido, a qué se refiere... Y lo único que hago es chocar contra una pared de incompreensión.

«¿No lo sabía...?».

Sarah se sienta junto a mí y me coge las manos.

—Rosie —dice con cuidado, buscando las palabras adecuadas—. Quiero que me escuches, que dejes que te lo explique todo sin interrumpirme. —Traga saliva—. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza. De todos modos, no creo que pudiera hablar. Tengo la garganta como papel de lija.

—A ver. —Suspira—. A ver. —Respira hondo—. Sabes que Trudie siempre quiso tener hijos, lo deseaba de todo corazón. Pero tu madre, no sé si lo sabes, sufrió varios abortos...

Asiento de nuevo. Algo me oprime el pecho.

—David y ella intentaron adoptar, pero eran demasiado mayores, había demasiadas reglas estúpidas, demasiado papeleo. —Suspira—. Entonces, Trudie se quedó embarazada de nuevo. David se enfadó mucho con ella, como todos. Nos preocupaba que hubiera puesto su vida en peligro. Sin embargo, ella no paraba de decir que sabía que esta vez todo iba a salir bien, que estaba convencida de ello. Y durante meses pareció que tenía razón. Todo iba de fábula, llegó al tercer trimestre y ambos estaban eufóricos.

»Pero, entonces, una horrible noche de tormenta, justo cuando acababa mi turno en el hospital, llegó tu abuela con Trudie, que tenía dolores abdominales, varias semanas antes de salir de cuentas. David estaba trabajando con el taxi, pero le enviaron un mensaje al busca y ya estaba de camino. Trudie se había puesto histérica, la aterrizzaba la posibilidad de perder el bebé, de modo que me quedé en el hospital, decidida a hacer todo lo que pudiera por ella y el bebé.

»Sin embargo hubo... complicaciones. El bebé nació, pero tenía problemas respiratorios. Lo trasladaron a la unidad de cuidados especiales para recién nacidos y le pusieron respiración asistida mientras organizaban un traslado urgente a la Unidad

de Cuidados Intensivos Neonatales del hospital de Westhampton. Me sentí impotente. Lo único que pude hacer fue mirarla mientras la pequeña luchaba para sobrevivir. Era diminuta y muy frágil.

»De repente llegó mi amiga Jamila, que trabajaba en la unidad de cuidados especiales para recién nacidos, y empezó a compadecerse, a decir que la vida no era justa, que algunos bebés morían mientras otros no los querían sus padres. Yo no le prestaba mucha atención, pero siguió hablando de otra recién nacida que también era prematura, cuya madre tenía diecisiete años e iba a entregarla en adopción. Me estaba volviendo loca. Tenía ganas de decirle que se callara, como si el silencio fuera a salvar al bebé de Trudie, que a cada respiración se consumía un poco más...

»Entonces Jamila me pidió que la cubriera. Ya había acabado el turno, pero la otra enfermera aún no había llegado. “Por favor”, me suplicó; se iba de vacaciones y tenía que coger un avión, y como yo iba a quedarme de todos modos, le dije que se fuera. Me daba igual con tal de tener un poco de paz y silencio.

Sarah traga saliva y respira hondo.

—Al cabo de poco entró corriendo una enfermera auxiliar, gritando que la adolescente de Jamila se había ido. Salí y estuve a punto de chocar con tu abuela, que me estaba buscando. Trudie estaba desesperada y quería verme, por lo que nos dirigimos a la sala de partos; en efecto, la cama de la adolescente estaba vacía. Los guardas de seguridad me confirmaron que se había ido, que no sabían que había abandonado a su bebé. Entonces oímos a Trudie. Se había puesto histérica, nunca la había visto tan alterada. La policía se había desplazado hasta el hospital por culpa de un accidente. David había... —Me mira, pálida—. Tuvo muy mala suerte, no pudieron hacer nada...

Trago saliva.

—Fue horrible. Tu abuela intentó consolarla, pero Trudie estaba fuera de sí. Entonces, cuando me vio, solo quería a su bebé, estaba desesperada por saber si se encontraba bien. Se sentía tan asustada, tan disgustada, que fui incapaz de decirle la verdad. Le dije que iba a comprobarlo y regresé a la Unidad. Sin embargo, su bebé había empeorado y la ambulancia no había llegado aún. Yo estaba desesperada. El bebé iba a morir, lo sabía. La pequeña ni tan siquiera lloraba, no tenía fuerzas. No podía enfrentarme a Trudie, volver y decirle... No después de lo que le había pasado a David...

»Entonces el otro bebé empezó a llorar. El bebé de la adolescente. Prorrumpió en unos sollozos hondos y desgarradores. La miré: era mucho más fuerte, se encontraba en mejor estado y tenían la misma talla...

A Sarah se le acelera la respiración.

—No dudé —dice—. Ni por un instante. Estaba sola, de modo que aproveché la oportunidad. Cambié las pulseras identificativas y las etiquetas de las incubadoras. Y ya está. Entonces llegó la ambulancia preguntando por el bebé Kenning y les dije que había habido un error con el apellido del bebé, que era Woods, y me creyeron. Al fin

y al cabo era obvio que la recién nacida estaba enferma y se la llevaron. —Traga saliva—. Ya estaba hecho. Si hubiera querido, no habría podido dar marcha atrás. Pero tampoco quería, hice lo correcto, sabía que era lo mejor... para todo el mundo.

Me mira y bajo la vista. La cabeza me da vueltas.

La adolescente... dos bebés... ¿intercambiados?

—Entonces llegó la sustituta de Jamila y me apresuré a volver con Trudie. —Sarah sonrío, con los ojos llorosos—. Tendrías que haber visto la cara que puso cuando le dije que su hija estaba bien. No se lo podía creer, no hasta que por fin la vio... Te vio. —Me aprieta la rodilla. Le tiemblan los labios—. Oh, Rosie, fue un amor a primera vista.

Miro las quemaduras de cigarrillos que salpican la moqueta que empiezan a dar vueltas y se vuelven borrosas. Los pensamientos se me agolpan en la cabeza.

—Entonces soy... Esa adolescente era...

Sarah asiente.

—Tu madre biológica, sí.

Trago saliva.

—¿Y no llegó a saber lo que sucedió? ¿Mamá tampoco supo...?

Niega con la cabeza.

—Nadie lo sabe. No lo he contado jamás.

—¿Ni a Steve? ¿Ni a la abuela?

—No. —Suspira—. Sabía que si lo hacía, que si alguien lo sospechaba, os separarían. —Cierra los ojos—. Nunca me lo habría perdonado.

—Y mamá... ¿Nunca mostró ningún recelo?

—Nunca. —Sarah me mira—. En lo que a ella respecta, eras su niñita, su bebé. —Sarah me aprieta la mano—. Y lo eras, Rosie. Ella era tu madre y siempre lo será. Da igual quién...

—¿Y la otra chica? —La interrumpo en voz baja, apartando la mirada—. ¿Cómo se llamaba?

—Rosie, no puedo... —Deja la frase a medias y suspira—. Se llamaba Holly. Holly Woods.

—Holly. —Digo en voz alta para saber cómo suena. Es un nombre joven. El de una adolescente—. Y ella, mi madre, ¿me abandonó?

—Oh, cielo —dice Sarah con ternura—. Hay mil motivos por los que pudo huir, por los que decidió darte en adopción. Imagina que tuvieras un bebé ahora, a tu edad, no creo que sea lo mejor...

—Me lo quedaría.

—Sí, bueno... Quizás ella no pudo. Quizá creía que su decisión te permitiría tener una vida mejor. —Me aprieta la mano—. La cuestión es que Trudie te quería, más que nada en este mundo. Esa noche fuiste su salvación. Os salvasteis mutuamente.

Miro el marco de la puerta: mi altura marcada con la letra inclinada y púrpura de mamá todos los cumpleaños. Recuerdo que siempre me ponía de puntillas,

impaciente por llegar a ser tan alta como ella. Lo rara que me sentí cuando me di cuenta de que la había sobrepasado.

De pronto siento un dolor tan fuerte en el pecho que me desmorono.

—La echo de menos —digo con voz entrecortada—. La echo muchísimo de menos.

—¡Ya lo sé, cielo! —Sarah me abraza y me acerca a ella—. Ya lo sé. Yo también.

—¿Por qué tuvo que irse? ¿Por qué tuvo la maldita enfermedad de Huntington? ¡No es justo!

—Lo sé, cariño. Lo sé. —Me besa el pelo con efusividad y me abraza con más fuerza—. Pero tú no. Eres joven, tienes salud y eres tal y como ella quería. Estaba orgullosísima de ti, ¿lo sabes? Te quería con locura.

Asiento y empiezan a correrme las lágrimas por las mejillas.

—Y siempre será tu mamá, pase lo que pase. Nada lo cambiará. Recuérdalo. Recuérdala. —Hurta en el bolso y saca una tira de fotografías—. Mírala.

Obedezco. Son las fotos que nos hicimos en un fotomatón. Llevamos ropa absurda y ponemos caras tontas. Miro a mamá, vestida con una boa, con las mejillas pintadas de un rojo brillante, pone ojitos con sus enormes y falsas pestañas, y sonrío a mi pesar. Fue el día que despidió a su fisioterapeuta.

—Pobre Eileen, apenas pudo pasar de la puerta, ¿verdad?

Sarah sonrío.

—¿Pobre Eileen? ¡No tenía ni idea!

La chica entró, se presentó y luego le habló a mamá muy len-ta-men-te y en voz alta. Mamá la miró a los ojos, luego me miró a mí y a Sarah y dijo: «Perdona, ¿te encuentras bien?».

—¡Qué cara puso! —exclama Sarah, que se ríe—. ¡Qué risa!

Nos echamos a reír, pero Eileen no le encontró la gracia a la situación. Así acabó todo. Mamá dijo que si solo le quedaba un tiempo limitado de vida no pensaba malgastarlo con unos idiotas ignorantes, y que muchas gracias.

—Entonces Trudie dijo: «¡Venga, si la gente va a mirarme, les daremos algo que mirar!».—Sarah se ríe.

Y eso hicimos. Nos pusimos nuestra ropa más atrevida y alquilamos una limusina rosa con chófer para que nos llevara a Brighton, donde paseamos por el muelle, comimos helado, *fish and chips* y algodón de azúcar, y luego montamos en las atracciones hasta que nos mareamos, ataviadas con nuestras boas y sombreros ridículos.

¿Y sabes qué? Nadie nos miró, nadie se quedó boquiabierto. Apenas nos lanzaron una mirada de reojo en todo el día.

—Dios, y luego empezó a llover, ¿te acuerdas?

Asiento.

—Pero fui incapaz de arrastrarla para ponerla a cubierto, era demasiado fuerte, ¡y estaba demasiado ocupada bailando!

—¡Y cantando!

Sarah se ríe y yo también, mientras recuerdo a mamá dando vueltas y girando alrededor de las farolas y cantando.

—No me puedo creer que me convencierais para que os acompañara, ¿qué pinta teníamos?!

—¡Y a quién le importa! —Sarah sonrío—. Ella fue feliz.

Es cierto. Hacía mucho que no la veía tan feliz. Cantando a grito pelado y disfrazada en pleno Brighton.

—Y entonces... —Sarah casi no puede hablar de la risa—. Entonces, cuando llegó al estribillo de *It's raining Men* se paró...

—¡Sí! Se quedó inmóvil, muy seria, mirando hacia el mar...

—Y dijo...

—«¡Qué demonios van a llover hombres aquí!».

Estallamos en carcajadas, histéricas.

Me río hasta que casi no puedo respirar, el recuerdo de esa visión maravillosa y alocada da vueltas en mi cabeza, fue divertidísimo. Nuevas lágrimas en mis mejillas borran las marcas de sus desdichadas predecesoras.

—Está lloviendo. —Sonrío y miro por la ventana.

—¿Hombres? —pregunta Sarah, y me río, hasta que se detiene un coche en el camino de casa.

Es la abuela. Me aparto de Sarah y se me borra la sonrisa. La abuela.

—Sarah, es...

—Chis, no te pasará nada. Ya verás como todo marcha bien, te lo prometo —insiste.

—¿Cómo quieres que vaya bien? —La miro fijamente—. No... no puedo. No lo sabe. ¡Me has dicho que no lo sabe!

Sarah se pone en pie y me agarra de los hombros con firmeza.

—No lo sabe —dice y me mira a los ojos—. Pero no pasa nada. Comportate con normalidad.

La miro fijamente.

¿Que me comporte con normalidad?

—Sigue siendo tu abuela y te quiere —me dice, mientras me acaricia la mejilla—. Ambas te queremos.

Suena el timbre y me quedo paralizada.

—Mira, pase lo que pase —dice Sarah con dulzura—, depende de ti. Si quieres, se lo puedes contar, si va a servirte de algo, si te va a hacer la vida más fácil.

Me mira con tristeza.

—Lo siento mucho, Rosie. Siento que hayas tenido que descubrirlo de esta forma, después de todo lo que has pasado. —Suspira—. Pero ahora eres la única que manda en tu vida y vas a tener que tomar tus propias decisiones. Sin embargo, elijas el camino que elijas, quiero que sepas que siempre estaré a tu lado, en todo momento, a

cualquier hora del día y la noche, ¿de acuerdo?

Asiento.

—De acuerdo.

Me besa en la mejilla y va a abrir la puerta.

Respiro hondo. «Compórtate con normalidad». Con normalidad. «Solo es la abuela». La abuela...

De pronto ahí está, entra en la sala, con una sonrisa cálida.

—Hola, abuela. —Intento sonreír, pero me noto mareada.

—¡Hola, cariño! —Me da un abrazo y estrecho su cuerpo pequeño y frágil—. Me ha llamado Steve... ¿Estás bien? Andrew me dijo que te acercaría a mi casa...

—Oh, abuela, lo siento mucho, la comida de Navidad... —Miro el reloj—. Debería haberte llamado.

—No digas tonterías. —Sonríe—. La comida aún está caliente y, además, me gusta que salgas y veas a tus amigos. Sobre todo ahora. —Me aprieta la mano—. Cuando pienso en las fiestas que daba Trudie... Dios mío, ¡al día siguiente no aparecía hasta la hora del té!

Esbozo una sonrisa. Es la abuela de toda la vida, la que siempre mira el lado positivo de las cosas.

—Bueno, es mejor que vuelva a casa —dice Sarah—. ¡Si no, la familia de Steve creerá que los evito! Adiós, Laura. —Abraza a la abuela y me lanza un beso—. Adiós, Rosie. Feliz Navidad.

«Feliz Navidad».

Observo cómo se aleja por el camino de grava.

—¿Nos vamos? —pregunta la abuela con una sonrisa—. En casa hay un gran pavo que lleva nuestro nombre y quiero que me cuentes lo que hiciste en esa maravillosa fiesta. Oooh, y luego ponen *Vivir para gozar*, me encanta Cary Grant, y... ¡Brrr! —Se estremece cuando sopla el viento con fuerza—. Y no sé tú, pero me apetece una buena taza de chocolate caliente. ¡Te calienta desde dentro hacia fuera, como decía siempre Trudie!

Esbozo una sonrisa cuando me coge del brazo, como siempre, y salgo a la noche oscura y fría, alzando el rostro hacia la lluvia.



Cierro la puerta del baño conteniendo la respiración y oigo la fuerte lluvia que azota la ventana.

Por favor, rezo, con los dedos entrelazados mientras me bajo las bragas.

«Por favor, esta vez...».

Nada. Mierda.

Me dejo caer al suelo y enredo los dedos en el pelo.

«Relájate —me digo a mí misma—. No significa nada, no es tan tarde...».

«Seis semanas...».

Las gotas corren como lágrimas por el cristal de la ventana y ocultan las estrellas.
Cierro los ojos con fuerza y me concentro en la respiración.

«Igual es... Igual es por el estrés. A veces pasa. Es algo que se oye a menudo, falsas alarmas, no significa...».

Se me forma un nudo en la garganta.

«Cálmate. No pasa nada, todo va a salir bien. Llegaré...».

Me muerdo el labio, respiro hondo, me obligo a ponerme de pie y me lavo la cara con agua fría.

Todo va bien.

Abro los ojos y la chica del espejo me mira fijamente.

Parece tan poco convencida como yo.

CAPÍTULO CINCO

LAS estrellas, con su leve resplandor en la oscuridad, brillan sobre mí mientras miro fijamente el techo de la habitación de invitados de la abuela. Me zumba la cabeza. Imágenes de Sarah, la abuela y mamá se agolpan sobre los rostros en blanco de Holly, mi verdadera madre, y del bebé muerto de mamá; los acontecimientos de esa noche fatídica giran como un tornado en mi cabeza, las preguntas me azotan como el granizo, atraviesan y destruyen todas las verdades que he atesorado hasta ahora, y dejan un vacío tan negro y vasto como el cielo nocturno, pero con unas estrellas muy valiosas que me sirven de guía.

Mi futuro.

Una persona no puede existir sin pasado, dijo alguien famoso. Pero ¿y si toda tu existencia es una mentira? Es como si hubiera llevado zapatos de tacón toda la vida, dejando huellas allí donde iba, y entonces un día alguien dijera «¡Eh! ¡Esos zapatos no son tuyos!» y te los quitara. Entonces miro hacia atrás y lo único que me queda son las viejas huellas, que ni siquiera encajan ya en mi pie, por lo que no puedo retroceder, pero tampoco tengo unos zapatos nuevos que me permitan avanzar, de modo que estoy atrapada. Congelada en ese lugar. Ni tan siquiera existo.

Suspiro y meto la mano en el bolso. Saco la lista que llevo encima desde que decidí hacerme la prueba:

Si es positiva - Me enfrentaré a Huntington:

Comiendo alimentos nutritivos: un cuerpo fuerte es un cuerpo con salud.

Haciendo ejercicio de forma habitual: ídem.

Tomando vitaminas, aceites de pescado, etc. Si existe la mínima posibilidad de que surtan algún efecto, vale la pena probarlo.

Manteniendo la mente despierta: aprender italiano, jugar a ajedrez, ir al programa de televisión «Mastermind».

Si es negativa -

La página se queda en blanco. No soportaba albergar esperanzas, imaginar el sinfín de abrumadoras posibilidades...

¿Y ahora?

Suspiro. Ahora mi pasado y mi futuro están en blanco.

Me levanto de la cama, cojo la bata y me dirijo a la sala, donde me acurruco en el sofá y me dedico a pasar los canales sin volumen. En el reloj de pared, los segundos

pasan inexorablemente, cada tictac es una punzada en el cráneo mientras los minutos van cayendo poco a poco. Alzo la vista al reloj y, sin advertencia previa, los retratos de familia me miran: fotos en blanco y negro de los abuelos cuando eran jóvenes; el día de su boda; mamá de bebé con el abuelo —todo elegante y orgulloso con su uniforme de policía— unos meses antes de que un ladrón armado lo enviara a él y su secreto genético a la tumba antes de tiempo.

Hay muchas fotografías de mamá cuando era niña, luego con papá: riendo mientras cortan el pastel de boda; morenos y despeinados en una playa desconocida; mamá en un columpio, sonriendo a la cámara y abrazando con fuerza a una niña pequeña de pelo oscuro.

Las miro con incredulidad... ¿Cómo es posible que nunca me diera cuenta? No nos parecemos en nada, es de una obviedad que salta a la vista. La abuela y mamá tienen el mismo pelo castaño, los mismos ojos color avellana, pero yo tengo el pelo negro y los ojos verdes. Y no es que papá fuera moreno, ¡era rubio! ¿Cómo he podido estar tan ciega? Nunca se me pasó por la cabeza, nunca lo supuse, nunca lo imaginé.

Los rostros me lanzan una sonrisa borrosa, pero no es real, no son mi familia. Ya no. Las piezas se han roto y no se pueden volver a unir con abrazos y chocolate caliente y el maldito Cary Grant. Las mentiras se filtran, como el agua a través las grietas de una vidriera, y lo arruinan todo.

—Te pareces mucho a ella.

Levanto la mirada rápidamente y parpadeo para limpiar las lágrimas de los ojos. La abuela está en la puerta. Tiene el pelo apelmazado, acaba de levantarse.

—Cuántas mañanas me levanté y la encontré acurrucada en el sofá como tú, con una taza de chocolate caliente. —Sonríe—. ¿No podías dormir?

Niego con la cabeza y se sienta a mi lado. Sigue la dirección de mi mirada.

—Estaba muy orgullosa de ti. —Sonríe y se le arruga el rostro como un pañuelo de papel—. Te quería muchísimo, desde el primer momento en que te cogió en brazos. —Me acaricia el pelo y me lo recoge detrás de la oreja tal y como hacía mamá. Siento un dolor en el pecho—. Eres lo mejor que le sucedió. Un regalo de esperanza, de felicidad... Justo cuando más lo necesitaba.

Trago saliva y las palabras de Sarah resuenan en mi cabeza: «Esa noche fuiste su salvación. Os salvasteis mutuamente...».

La abuela me aprieta la mano.

—Colmaste su vida de alegría... —Se le quiebra la voz, pero no deja de sonreír. La luz del televisor resalta todas sus arrugas—. La verdad es que no sé qué habría hecho sin ti. Qué habríamos hecho todos. Nuestro regalo. Nuestro milagro. —Me agarra la mano con fuerza—. Mi queridísima nieta.

Se le desenchaja el rostro mientras yo parpadeo con fuerza para reprimir las lágrimas.

«No soy su nieta...». No tenemos ningún parentesco...

Dirijo de nuevo la mirada hacia las fotografías familiares.

De repente me doy cuenta de que somos las únicas que quedamos. Soy lo único que le queda, y ni tan siquiera soy suya...

—Bueno. —Sonríe con los ojos empañados—. ¿Qué planes tiene la inteligente y bonita Rosie Kenning?

La miro con la mente en blanco.

¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo empiezo?

—¿Y el instituto? —sugiere—. Podrías volver y así te reunirías de nuevo con tus amigos...

—Este año harán el examen de acceso a la universidad —digo abatida—. Se irán en junio.

Se irá todo el mundo. A la universidad, para empezar a trabajar, o se tomarán un año libre antes de seguir estudiando. Solo yo quedaré atrás. La abuela y yo. Una abuela a la que me veo obligada a mentirle... o a partirle el corazón.

—¿Has pensado en hacer un viaje? —me sugiere—. Siempre has querido viajar, ¿por qué no ahora?

La miro, sorprendida.

Sonríe.

—¿Qué te detiene?

—No... no puedo —digo—. No puedo dejarte ahora, sobre todo en estos momentos...

—¡Tonterías! —se ríe—. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma, muchas gracias. Y puedes permitirte... Ya sabes que Trudie apartó ese dinero para ti.

—¿Qué? No, abuela. No puedo. Es para el futuro.

—El futuro empieza hoy —dice la abuela con firmeza—. Si Trudie nos ha enseñado algo es que la vida es demasiado corta para aplazar los planes. No podemos perder ni un valioso instante.

—Abuela...

—Rosie. —Me interrumpe, con mirada seria—. Te has sacrificado durante demasiado tiempo. Estás a punto de cumplir dieciocho años. —Me aprieta la mano—. ¿Has vuelto a pensar en la posibilidad de hacerte la prueba?

—¿Qué? —La miro, sorprendida.

—La prueba de la enfermedad de Huntington. No puedes permitir que te eclipse la vida...

Suena el timbre de la puerta.

—¡Voy yo! —digo rápidamente.

Me levanto de un salto y paso corriendo junto a mi abuela. Las punzadas de dolor en la cabeza aumentan a medida que las paredes de mentira reducen el espacio.

¿Cómo puedo decírselo? ¿Cómo voy a decirle que ya no necesito los resultados de la prueba porque sé que serán negativos, porque Trudie no era mi madre y porque, en realidad, no soy su nieta? Solo soy una desconocida, una impostora. Una farsante.

De pronto me doy cuenta de que no se lo puedo contar a nadie. Tendré que mentir, tendré que vivir con este secreto, con este horrible y espantoso secreto, durante el resto de mi vida...

Abro la puerta y veo a Andy temblando en el frío sol matinal. Lo miro, sorprendida.

—Supongo que soy la última persona a la que querrás ver ahora mismo, ¿no? —Me mira nervioso—. Siento mucho... lo que pasó ayer.

Me encojo de hombros.

—Olvídalo.

—Y en cuanto a tu madre, que en realidad tenía la enfermedad de Huntington, cuando yo creía que era... —Niega con la cabeza—. Lo siento muchísimo. No me extraña que no pudieras venir de viaje, que no pudieras llamar... Debería haberte esperado, debería haberme quedado, debería haber estado a tu lado. —Me mira, compungido—. Lo siento mucho, Rosie.

Niego con la cabeza.

—No pasa nada.

—He buscado información sobre la enfermedad de Huntington en internet... No he dormido. ¿Te has hecho las pruebas? ¿También la tienes?

—¿Rosie? —me llama la abuela desde la sala—. ¿Quién es?

—¡Es Andy! ¡Enseguida entramos! —le digo, y cierro la puerta detrás de mí.

—¿Y bien? —insiste—. ¿Te has hecho las pruebas?

—Andy, yo... —Sus ojos azules se clavan en los míos y vacilo—. Sí —suspiro, harta de mentir, de tener que actuar a escondidas, de ir a la clínica a pedir consejo, de hacerme la prueba sin que nadie lo supiera, sin presión, sin que nadie pudiera convencerme de que no me sometiera a ella... Y resulta que me habría bastado hablar con Sarah.

Me mira atemorizado.

—¿Tienes los resultados? —pregunta con un susurro.

Niego con la cabeza.

—Tengo cita mañana, pero...

—Te acompañaré.

—¿Qué?

—Que te acompañaré. Te llevaré en coche.

—No, Andy, gracias, pero...

—Por favor. —Suplica con sinceridad y una mirada clara e intensa—. Déjame acompañarte. Déjame estar a tu lado esta vez. —Me coge la mano con la suya, muy suave y cálida—. Por favor, Rose. —Suplica—. Me siento fatal.

Le aprieto la mano.

—No te sientas mal —susurro—. No lo sabías.

—Pero ahora sí. —Me mira—. Y estoy aquí.

Siento un dolor en el pecho al mirarlo.

No le hará daño a nadie, ¿no? Ir a la clínica, recoger los resultados, aunque ya sé cuáles son. Así la abuela se quedará más tranquila y me ahorraría una mentira... Y tampoco está de más que me asegure...

—De acuerdo —susurro.

A Andy se le ilumina la cara y de repente me da un fuerte abrazo. Me relajo en sus fuertes brazos, mi cara enterrada en su pecho, impregnándome del olor familiar a almizcle de Andy.

No, no le hará daño a nadie.



La sala de espera de la clínica es de un amarillo narciso, está llena de pósteres y plantas grandes y frondosas, y en las mesitas hay una montaña de revistas de papel satinado en las que aparecen mujeres sonrientes y guapas; hasta el último truco y artimaña para levantarle el ánimo a los pacientes.

No era necesario que se tomaran tantas molestias. Debo de haberlas hojeado todas y nunca he leído ni una palabra. Ningún método de distracción funciona cuando estás esperando para averiguar tu destino. Ninguno.

Cuando le dieron el diagnóstico a mamá hice lo mismo que Andy y busqué información sobre la enfermedad de Huntington en internet. Nunca había oído hablar de ella, por lo que me sorprendió descubrir tantas páginas que ofrecieran información y consejo.

En pocas palabras, entendí que se trata de una mutación genética que causa una degeneración progresiva de las células cerebrales —algo parecido a los efectos físicos del Parkinson combinados con el deterioro mental del Alzheimer— que te priva lentamente de la capacidad de caminar, hablar y razonar. La mayoría de gente desarrolla síntomas entre los treinta y los cuarenta y cinco años, pero también hay formas juveniles y de aparición tardía. El caso de mamá fue este último.

Me sorprendió leer que en la actualidad hay unos 6.700 casos en Inglaterra y Gales, y unos 30.000 en Estados Unidos, aunque la mayoría de las páginas que consulté parecían coincidir en que era probable que las cifras reales fueran el doble que las «oficiales», ya que la gente acostumbra a ocultar la enfermedad por el estigma que acarrea, por cuestiones familiares o relacionadas con seguros, o porque simplemente decide no someterse a las pruebas. En cuanto los síntomas comienzan, la mayoría de pacientes sobreviven entre diez y veinte años, aunque el porcentaje de suicidios es estremecedoramente alto, y los hijos de padres afectados tienen un cincuenta por ciento de posibilidades de heredar la enfermedad. Ah, y no tiene cura.

Hablando en plata, es lo peor que podría haber imaginado.

A medida que fui informándome, todo me parecía más inconcebible: el descubrimiento de la enfermedad, su progresión... Nada de eso podía sucederle a mi madre, ¿no? Pero cuando llegué a los síntomas, me di cuenta de que padecía varios: movimientos involuntarios (corea), dificultades en el habla, cambios de humor,

estallidos de ira, dificultad para realizar varias tareas a la vez, problemas de memoria, torpeza, reacciones lentas, pérdida de peso, depresión, paranoia... De pronto me di cuenta de que los últimos años estaban llenos de señales, cada una de las cuales me advertía que algo no iba bien.

Sin embargo, por entonces parecían todos insignificantes, sin importancia. Mamá siempre había sido voluble, olvidadiza, perdía los nervios con facilidad, no soportaba que yo cambiara de planes en el último momento o que le pidiera que hiciera varias cosas a la vez, como por ejemplo que me ayudara a repasar para un examen mientras preparaba la cena o hacía la colada. Recuerdo que una vez me enfadé mucho con ella porque me tiñó de rosa la camisa de la escuela sin querer, luego me echó la culpa, me dijo que la había distraído, tuvimos una gran bronca y al final me fui a mi habitación dando un portazo.

Pero todo eso era normal, ¿no? Los adolescentes discuten con sus madres, ¿no? Bex lo hacía, se discutía con su madre a gritos. Por suerte, la mía siempre se calmaba muy rápido, mucho antes que yo. Se alteraba, estallaba y luego se le pasaba enseguida. Volvíamos a ser amigas. Yo creía que eran cosas de la menopausia.

No obstante, después del diagnóstico tuve que replantearme todas las discusiones, todas las peleas que habíamos tenido e intentar separar a mamá de la enfermedad, mientras las cosas horribles que le había dicho resonaban en mis oídos.

No me di cuenta de las señales físicas, como los movimientos bruscos. No reparé en el tintineo familiar de pulseras que anunciaba su llegada, y la incordiaba porque era incapaz de estarse quieta mientras veía la televisión... Incluso en mi infancia ya había algunos signos. A mamá nunca se le dieron bien los juegos de cartas en los que primaban los reflejos. No era lo bastante rápida y siempre la ganaba. A mí, claro, me encantaba jugar con ella porque nunca perdía.

Y ahora... Miro a mi alrededor en la sala de espera, presa del sentimiento de culpabilidad, y me pregunto quién estará afectado por la enfermedad y en qué fase se encuentran. Según las estadísticas, la mitad de la gente que hay aquí tendrá la enfermedad.

Pero yo no.

Varios meses antes había decidido que tenía que saberlo de una vez. Había tenido un mal día con mamá, había perdido los nervios y tiré un plato de pasta, que se rompió al caer al suelo. Entonces me entró el pánico. Empecé a analizar todo lo que hacía, a evaluarme en busca de síntomas. Me volví loca. Al final llamé a la clínica y pedí hora para mi primera sesión de asesoramiento psicológico. En teoría debes ser mayor de edad, pero como solo me faltaban unos meses para cumplir los dieciocho me admitieron mientras las sesiones fueran bien. Tenían que estar convencidos de que estaba psicológicamente preparada, de que sabía a qué me enfrentaba, fueran cuales fuesen los resultados. Porque no hay marcha atrás. No hay remedio para la enfermedad. Lo sabes o no lo sabes. La tienes o no la tienes. Cara o cruz.

A menos, claro está, que de repente descubras que no guardas parentesco con un

afectado de Huntington, posibilidad que no estaba prevista en las sesiones.

—¿Rosalind Kenning?

La enfermera alza la mirada de la carpeta.

Andy me aprieta la mano y la acompañamos a la consulta.

—Me alegro de verte, Rosie —dice Dan, mi asesor genético—. Y has traído a un amigo. Bien.

Presento a Andy, que se sienta junto a mí y me coge la mano con fuerza. Nunca lo he visto tan nervioso.

—Bueno, hemos recibido tus resultados —dice Dan—. Y son buenas noticias. —Sonríe de oreja a oreja—. ¡No tienes los genes que causan la enfermedad de Huntington!

Espiro el aire contenido. No me había dado cuenta de que estaba aguantando la respiración.

—¿Está seguro? —pregunta Andy, nervioso.

—Completamente. Tras analizar el número de repeticiones CAG de sus cromosomas cuatro, quince y diecisiete podemos afirmar que Rosie no ha heredado el gen. De lo contrario, uno de los recuentos estaría alrededor de cuarenta. Y Rosie está muy por debajo. Así que no cabe la menor duda de que no está afectada por la enfermedad.

—¡Oh, Dios! —Andy me da un abrazo muy fuerte—. ¡Oh, gracias a Dios!

Dejo que me abrace, mi cuerpo lánguido e insensible en sus brazos.

«Quince y diecisiete... Los de mamá eran el cuarenta y cinco y el diecinueve... Y no los comparto con ella...».

Lo sabía. Claro que lo sabía, pero ahora... es real.

No tengo la enfermedad de Huntington. Nunca la tendré. Nada de lo que temía y me aterraba se hará realidad. Nunca me sucederá lo que le sucedió a mamá.

Porque no era mi madre.

Unas lágrimas calientes se deslizan por mis mejillas.

—Eh. —Andy se aparta con ternura y me limpia los ojos—. ¿Estás bien?

Asiento y aparto la mirada para tragar saliva.

—¡Esto es fantástico, Rosie! —Luce una sonrisa radiante.

Sin embargo, tengo que esforzarme para esbozar una sonrisa.

Sí. Fantástico.

—Es normal que sientas una leve conmoción —dice Dan con voz suave—. El alivio puede traer consigo una sensación de incredulidad, incluso de culpa. Es del todo normal.

Sonrío mientras siento las lágrimas que corren por mis mejillas.

Tenía razón. Sarah tenía razón. No hay vuelta atrás. O te pasas la vida preguntándote, preocupándote, fingiendo... o lo averiguas y ya está.

Y ahora lo sé.

Seguro.



Miro la pequeña tira de plástico, esperando que se decida mi futuro... que se revele, en realidad. Sin embargo, ya está decidido. Sea positivo o negativo. Esto tan solo es una prueba. Una confirmación científica de lo que ya es... o no es.

A pesar de todo, no puedo evitar ponerme a rezar, albergar esperanzas de que todo haya sido una coincidencia, un caso grave de intoxicación alimentaria, un estirón tardío, una regla que se ha retrasado...

Cierro los ojos con fuerza, deseo, espero y rezo para que no sea lo que me temo.

Contengo la respiración al abrir un párpado.

Se me para el corazón y cierro el ojo de nuevo, rápidamente, como si fuera a tener una segunda oportunidad...

Me muerdo los labios y abro los ojos.

Pero no ha cambiado nada. Claro que no. El hecho de desear algo no va a cambiarlo. Esto no es una varita mágica... y no puede hacer milagros.

Lloro y apoyo la cabeza en las manos.

Lo sabía... Claro que lo sabía. Pero ahora tengo la confirmación. Estoy segura. Completa, irrevocable y científicamente.

Positivo.

Estoy embarazada.

Mi vida se ha acabado.

CAPÍTULO SEIS

«NEGATIVO».

«No es un paciente de riesgo».

«No es mi madre».

Dios, es cierto. Todo es cierto. Todo lo que dijo Sarah. Aunque al final resultó que no era necesario que me hubiera dicho nada, porque no compararon nuestros resultados, no lo descubrieron.

Cierro los ojos.

La cabeza me da vueltas.

«Negativo».

¿Cómo es posible que una sola palabra cause tanta alegría y tanta desesperación?

—¿Qué le apetece? ¿Tinto? ¿Blanco? ¿Rosado? —Andy sonrío y finge acento francés mientras inspecciona las botellas de vino de la cocina—. ¿Rosado para Rosie?

Esbozo una débil sonrisa.

—No, gracias.

—¿No? —Arruga la frente—. ¡Ya lo sé! ¡Champán! Creo que incluso tenemos las copas en algún lado... ¡Hay que celebrarlo!

Desaparece por la puerta y miro por la ventana. Unas nubes negras se ciernen sobre los campos y ocultan el sol.

Creía que me alegraría al tener los resultados, que me sentiría liberada... Pero en lugar de eso me siento... perdida... Tengo la sensación de que cuando por fin obtengo la respuesta, de repente me asaltan un millón de preguntas: no tengo la enfermedad, no soy la hija de Trudie, entonces ¿quién soy? ¿Y quién es esa chica, esa tal Holly Woods, mi verdadera madre? ¿Aún está viva? ¿Por qué huyó? ¿Por qué me abandonó?

—Bueno... ¡Champán y copas! —Andy vuelve, orgulloso, con una botella y dos copas—. ¡Ahora solo nos falta el pastel!

—No, de verdad, no quiero...

—¿Qué tenemos por aquí? —Abre un armario—. Bizcocho relleno de chocolate... tortitas...

—Andy...

—¡Tarta de Battenberg! ¿Te gusta?

—¡No me apetece! ¡De verdad!

—¿De verdad? —Se vuelve.

—De verdad.

—¿De verdad? Porque apenas has abierto la boca desde que salimos de la clínica. —Me mira—. No quieres ir a celebrarlo...

Aparto la mirada.

Suspira.

—Podría entenderlo si la prueba hubiese dado positivo, pero te comportas como si todo el peso del mundo recayera sobre tus hombros, ¡y el resultado ha sido negativo! ¡Estás sana! —Se sienta a mi lado—. ¿Por qué no eres feliz?

Me muevo, intranquila.

—Y no digas que es esa chorrada del sentimiento de culpa del que hablaba el asesor. —Suaviza el tono y me coge la mano—. Rose, ya has sufrido demasiado. Tu madre estaría contentísima de que no hubieras heredado la enfermedad.

Aparto la mano.

—No lo entiendes.

—No —suspira—. Tienes razón, no lo entiendo.

—Andy...

—¡No lo entiendo porque nunca me cuentas nada! —Se levanta y camina de un lado a otro de la cocina—. Te encierras en tu mundo e intentas enfrentarte a todo tú sola. ¡Por eso rompimos, porque no pudiste, no quisiste decirme qué te pasaba!

Lo miro fijamente, sonrojada, me escuecen los ojos. Aparto la mirada.

—Podría haberlo asimilado, Rosie. Podría haberte ayudado... Podría ayudarte ahora si me dejaras.

Cierro los ojos.

Suspira.

—Sé que debe de ser difícil, que has tenido que encajar muchas cosas...

—No es verdad —murmuro.

—Claro que lo es.

—No he tenido que encajar demasiadas cosas, ¿vale? —Lo miro—. Porque... ya lo sabía.

Andy arruga la frente.

—¿A qué te refieres?

Aparto la mirada.

—No lo entiendo —dice lentamente—. Creía que la enfermedad de Huntington era hereditaria.

—¡Exacto! ¡Exacto, es hereditaria!

Me mira un instante y niega con la cabeza.

—No te entiendo.

—¡Es hereditaria! —Lo miro. El dolor me escuece los ojos—. Pero no puedes heredar una enfermedad de alguien que no es pariente tuyo... ¡que ni tan siquiera es tu madre!

Me mira fijamente.

—No era mi madre, Andy... No era...

Dejo la frase a medias. Los ojos y la garganta se me hinchan de dolor. Hay un largo silencio. Entonces respira hondo, estira el brazo y noto su mano cálida y suave

sobre la mía.

—Bueno —dice en voz baja—. Creo que ha llegado el momento de que me lo cuentes todo, ¿no?



—Guau —suspira cuando se lo he contado—. Guau...

—Sí. —Me siento muy bien después de haberlo echado todo. Me siento... aliviada. Pero exhausta.

—¿Y Trudie nunca lo descubrió?

Niego con la cabeza.

—O sea, Dios, no sé qué decir... —Suspira—. ¿Cómo te enfrentas a algo...? ¿Se lo has dicho a tu abuela?

Niego con la cabeza.

—No puedo. Después de la muerte del abuelo y de mamá, solo le quedo yo. ¿Cómo voy a decirle que lo de estos últimos años ha sido una gran mentira? ¿Que su verdadera nieta murió el día que nació? Le partiría el corazón. —Trago saliva y aumenta el dolor que siento en el pecho—. Ya me lo ha partido a mí.

—Bueno, no pasa nada.

—Sí. Sí que pasa. No sabes lo que se siente. Estoy aquí, atrapada en una vida que ni tan siquiera es la mía, con una abuela a la que tengo que mentir, sin amigos, sin haber acabado los estudios, sin vida... ¡No me queda nada! —Se me quiebra la voz—. Para ti es distinto, puedes recorrer el mundo, ¡puedes huir!

—Entonces ven conmigo.

—Sí, claro.

—Lo digo en serio. ¿Por qué no? Tú misma lo has dicho, ¿qué te retiene aquí? —Me mira—. Siempre quisimos viajar, ¿no? ¡Es nuestra segunda oportunidad!

Dudo y me aprieta la mano con fuerza. Me mira con dulzura.

—Ven conmigo, Rose. Sin ti no fue lo mismo... Te eché de menos durante todo el viaje. Al fin y al cabo, era nuestro sueño. Lo planeamos juntos, era nuestro sueño y no se hizo realidad por culpa de un estúpido malentendido... ¡Hagamos ahora el viaje!

Lo miro mientras le doy vueltas a la idea en la cabeza. Es muy tentadora. Coger un avión e irme con Andy, dejarlo todo atrás, retomarlo desde donde nos separamos, pero... son demasiadas cosas, demasiado súbito.

—Sin condiciones —me promete al percatarse de mis dudas—. Te he echado de menos. Te he echado de menos, a ti y a la posibilidad de estar contigo... de pasar el rato juntos, educando tus gustos musicales. —Sonríe y esos hoyuelos me hacen flaquear—. Venga, es lo que necesitas, te olvidarás de todo.

—¡No lo conseguiré!

Eleva la mirada al oír mi tono airado.

—No lo entiendes, ¿verdad? ¿Crees que irme de viaje por el mundo me hará

olvidar que mi madre ha muerto? ¿Que en realidad no era mi madre? —Lo miro—. ¿Cómo quieres que vuelva aquí, si me voy? ¿Que regrese a este desastre de mentiras y engaños, y...? —Dejo la frase a medias y miro por la ventana, pero lo único que veo es mi reflejo manchado de lágrimas y las nubes oscuras detrás—. Esto es un desastre, un absoluto desastre, y no... No me queda nada. Nada de esto es real... —Cierro los ojos.

Andy suspira y se frota la frente.

—Entonces ¿ahora qué?

Me encojo de hombros.

—No lo sé.

Permanecemos sentados en silencio durante un rato.

—De hecho, sí que lo sé —digo y respiro hondo—. Voy a buscarla.

—¿A quién?

Trago saliva.

—A mi verdadera madre.



—¿Hola? ¿Señor Woods? ¡Hola! —Cruzo los dedos con fuerza—. Hola, soy una amiga de Holly y... ¿Disculpe? ¿Holly Woods? ¿No vive ahí? —Se me cae el alma a los pies—. Siento haberlo molestado. Adiós.

Lanzo un profundo suspiro, cuelgo el auricular y apoyo la cabeza en las manos. Había treinta y cinco Woods en el listín telefónico. Ese era el último.

—Dime que has tenido más suerte con las partidas de nacimiento.

Andy niega con la cabeza ante la pantalla del ordenador.

—Me temo que no. Según la página del registro, ni tan siquiera existía una Holly Woods de diecisiete años cuando naciste.

—¿Cómo? —Levanto la mirada—. ¡Eso es imposible! Quizá Sarah se equivocó con su edad. Prueba con un par de años de margen.

—Ya lo he hecho. —Andy suspira—. Con un margen de cinco años antes y después. No hay ninguna Holly Woods.

—¿Ni una?

Niega con la cabeza.

—No lo entiendo. —Arrugo la frente—. Es imposible. Sabemos que estuvo aquí, que tenía diecisiete años, que huyó, que tuvo un bebé...

Dejo el listín telefónico y cojo la chaqueta.

—Vamos.

Andy me mira fijamente.

—¿Adónde vamos?

—Al único lugar donde sabemos seguro que ha estado.



Cogemos el coche y nos dirigimos a la ciudad. La nieve casi se ha fundido, quedan unos montículos, restos de los muñecos de nieve del pasado que brillan en los campos y jardines mientras el sol del atardecer intenta abrirse paso entre las nubes.

—¿Preparada? —me pregunta Andy en el aparcamiento.

Respiro hondo y me aferro a mi carpeta.

—Preparada.

Me aprieta el hombro y nos dirigimos hacia el pequeño hospital. El olor de desinfectante me escuece en la nariz cuando entramos en un pasillo de linóleo y seguimos las señales que nos llevan a una sala pintada con colores pastel.

«Maternidad».

Noto la carne de gallina en la espalda. Aquí es. Fue aquí donde sucedió todo. Gracias a Dios Sarah tiene la semana libre, de modo que es imposible que me cruce con ella.

—¿Puedo ayudaros?

Se nos acerca una enfermera de aspecto alegre.

Carraspeo y tengo que hacer un verdadero esfuerzo para sonreír.

—Hola, somos estudiantes del instituto Maybridge y estamos haciendo un trabajo sobre el día que nacimos.

Utilizo un tono profesional y educado mientras recito el breve discurso que hemos ensayado en el coche.

—Ya veo. —Sonríe—. ¿Y en qué puedo servirlos?

—Bueno, nací aquí —digo, confiada—. Y me preguntaba si podría decirme... —Me fijo en el nombre que aparece en su chapa. Jamila Price—. ¿Cuántos...? —Jamila...—. ¿Cuántos...?

Enarca las cejas.

—Cuántos bebés nacieron el mismo día que nosotros. —Andy acaba la frase por mí—. Y cualquier otra información que pueda proporcionarnos sobre ellos.

—Lo siento. —Jamila se disculpa con una leve sonrisa—. No podemos daros esa información por cuestiones de confidencialidad de los pacientes, ya sabéis.

—Claro —dice Andy—. Gracias de todos modos.

—¿Y usted? —pregunto, desesperada, mientras la enfermera se vuelve—. ¿Podría hacerle algunas preguntas a usted? ¿Ha conocido algún caso de una madre que haya huido y abandonado a su bebé?

Me mira fijamente.

—Lo siento, me temo que no puedo ayudarte.

—Venga, Rose. —Se apresura a decir Andy—. Vámonos.

—Pero...

—Venga. —Andy me agarra del brazo y me arrastra a la puerta.

—Mierda. —Le doy una patada a la nieve mientras regresamos al coche—. Qué mierda. No nos ha ayudado en nada.

—Bueno, para ser sincero no sé qué esperabas. No creerías que fuera a decirte

«Ah, sí, recuerdo esa madre, toma su nombre, su dirección y su teléfono», ¿verdad?

—Podría haberlo hecho —replico—. ¿Podría haberlo hecho porque fue ella quien le habló de mí a Sarah!

Andy se detiene.

—Estaba aquí. Conoció a Holly. Podría recordarla, podría decirme...

Me vuelvo pero me agarra del brazo.

—No te va a decir nada. Existen ciertas leyes, ¿sabes?

—Lo sé —admito, enfadada—. Pero...

—Y Sarah infringió la ley. —Prosigue Andy, con un susurro—. Como alguien lo descubra, la meterá en un buen problema. Vas a tener que ser muy prudente con todo este asunto.

—Ya soy prudente. —Me aferro con fuerza a la carpeta—. Pero ¿cómo esperas que encuentre a mi madre si no es así?

Suspira.

—Quizá no quiere que la encuentres.

Lo miro.

—Piensa un poco en ello. Tenía diecisiete años. Diecisiete, y estaba embarazada y sola. Iba a entregarte en adopción y huyó, incluso es probable que utilizara un nombre falso... No consta que hubiera ninguna Holly Woods de diecisiete años, ¿lo recuerdas?

Lanzo un fuerte suspiro y clavo la puntera del zapato en la grava. Andy tiene razón, no tiene sentido seguir este rastro de hace casi dieciocho años. Lo único que tengo es un nombre, y si es falso... Entonces no tengo nada. Mi madre salió del hospital, se esfumó y me abandonó... Soy la única prueba de su existencia.

Ni tan siquiera tiene una partida de nacimiento.

Hundo todavía más el pie en las piedras y los dedos desaparecen en la tierra y la grava.

No hay ni rastro de ella, ni con un margen de cinco años antes y después.

Repaso abatida la conversación que mantuve con Sarah. Tenía diecisiete años, estaba ahí... «La chica se llamaba Holly Woods».

De pronto se me acelera el corazón.

La chica...

Me dirijo hacia el coche.

—Tenemos que comprobar el registro de nuevo.

—¿Qué? Espera, Rosie...

—Las partidas de nacimiento —le digo, corriendo—. ¡Nos equivocamos de año!

—Rosie, ya lo hemos comprobado —me dice Andy—, con un margen de cinco años, ¡y no había ninguna Holly Woods que pudiera ser tu madre!

—No. —Sonrío. Noto las mejillas calientes en contraste con el aire gélido—. No mi madre...



Introduzco la información en la base de datos con dedos torpes. Contengo la respiración, dando golpecitos con el pie, hecha un manojito de nervios, mientras el ordenador busca en las partidas de nacimiento.

Aparece ante mí una página con resultados.

—Bingo —susurro, y hago clic con el ratón.

«Holly Marie Woods», dice.

«Apellido de soltera de la madre: Sinclare».

«Distrito de registro: Maybridge».

«Fecha de nacimiento...».

El cinco de enero del año en que nací.

Miro el documento y apenas me lo puedo creer. Ahí está, en blanco y negro. Holly Woods, el nombre del bebé, no de la madre. Sarah no debió de entenderme cuando le pregunté, o quizá fue culpa mía. Pero ahí está. El otro bebé. Holly Woods.

—Esto es morboso —murmura Andy junto a mí—. Es muy morboso. La niña murió, el bebé de Trudie murió...

Miro la pantalla y se me pone piel de gallina en los brazos. El bebé de mamá. Si hubiera sobrevivido, se habría quedado con mi madre, con mi vida. Pero murió. Parpadeo y pienso en su diminuto cuerpo, su diminuto ataúd. Sarah nos intercambió y el otro bebé murió... Y mamá jamás lo supo. El otro bebé murió... Y yo ocupé su lugar.

Miro la partida de nacimiento mientras el sentimiento de culpa se extiende por mis hombros.

El día en que nací. Mi ciudad. Podría estar mirando mi propia partida de nacimiento, es muy parecida.

De pronto un gélido escalofrío me recorre la espalda.

Esta es mi partida de nacimiento.

Miro la página fijamente, con los ojos muy abiertos, los hechos reclaman mi atención a gritos, claros como el cielo raso. No se trata de una niña cualquiera, de una desconocida, ni tan siquiera de la hija de Trudie...

Estos son mis detalles: mi nombre, mi madre.

—Qué raro —dice Andy, que lee por encima de mi hombro—. ¿Por qué le puso un apellido distinto al bebé? ¿Por qué Woods y no Sinclare?

Me encojo de hombros.

—¿Quizá porque era el apellido del padre?

—Creía que estaba sola.

—Aun así podría habérselo puesto.

—O a lo mejor quería distanciarse... —sugiere Andy, con tacto.

—¿De mi verdadero padre?

Arrugo la frente.

—Sí... —Duda—. O... de ti.

Lo miro fijamente.

—Rosie... —Suspira—. Lo único que digo es que... iba a entregarte en adopción. Tal vez era más fácil ponerte otro nombre. Quizá quería impedir que alguien la pudiera encontrar.

—Eso no tiene sentido —digo, con las mejillas encendidas—. Podría haber un millón de motivos por los que me puso ese apellido. ¡Quizás era muy cinéfila! ¡O quizá solo le gustaba el nombre! La cuestión es que no lo sabemos. Y nunca lo sabremos a menos que demos con ella.

—¿Cómo? —pregunta—. Ni tan siquiera sabemos su nombre de pila... ¡Es imposible!

Miro la pantalla del ordenador, abatida. Solo tenemos un apellido.

Y una ciudad...

Sin perder el tiempo, hago clic en «nueva búsqueda». Introduzco «Sinclare» en la base de datos y al instante aparece una breve lista ante mí. Una sonrisa se dibuja en mi cara mientras observo la pantalla. Solo hay unas cuantas entradas de treinta y cinco años atrás... ¡y solo una en Maybridge!

—¡Bingo!

Katharine Sinclair.

¡Mi madre!

El corazón me late desbocado, cojo el listín de nuevo y paso las hojas con torpeza.

Doy un grito ahogado. Solo hay una persona con el apellido Sinclair.

En Maybridge.

Me quedo mirando la página. La he encontrado. La he encontrado de verdad.

Andy me mira, serio.

—Y ahora ¿qué?



Y ahora ¿qué?

Me miro en el espejo.

Me quito la camiseta holgada, me pongo de lado y me acaricio la barriga.

De momento no se nota. Tengo el aspecto de siempre... Tal vez he engordado un poco, pero nadie se daría cuenta a simple vista. Jamás lo adivinarían...

Me muerdo el labio.

No puedo tener un bebé... ¿Cómo voy a tenerlo? ¡Lo arruinaría todo! Tengo una vida, un sueño. Un sueño que no incluye convertirme en madre adolescente y soltera...

Me miro mientras una cálida lágrima me corre por la mejilla.

No puedo hacerlo. Yo sola, no. Soy demasiado joven, hay mil motivos...

No, no puedo.

Respiro hondo.

Ha llegado el momento de tomar una decisión, de elegir mi futuro.

Vuelvo a ponerme la camiseta y me estremezco.

Y nadie deberá saberlo.

CAPÍTULO SIETE

LAS primeras farolas empiezan a encenderse cuando nos detenemos unas puertas más allá de la casa semiadosada acabada en piedra proyectada. La miro, hipnotizada. Las luces de Navidad brillan en las ventanas y un reno guarda el camino de entrada de grava.

No me puedo creer que la haya tenido tan cerca durante todo este tiempo. He pasado por delante de esta casa un millón de veces, está de camino a la escuela, ¡por el amor de Dios!

—Rosie... —Andy duda—. No creo que sea una buena idea.

Me vuelvo.

—¿Qué?

—No puedes aparecer en casa de un desconocido y soltarle una serie de acusaciones descabelladas...

—No son acusaciones descabelladas —me quejo—. ¡Es mi madre!

—Podría ser tu madre. —Replica Andy—. No lo sabes, no puedes estar segura.

—Lo es —insisto—. Todo encaja: Holly Woods era su hija, nació el mismo día que yo, cuando tenía diecisiete años, y vive en Maybridge... ¡Es ella!

Andy suspira.

Aparto la mirada.

—Sé que crees que estoy loca, pero...

—No es verdad —dice en voz baja—. No creo que estés loca. Pero sí que te has tomado esto de un modo demasiado visceral. —Suspira—. Estás corriendo muchos riesgos y la caída podría ser muy dura.

—Bueno, quizá sí. —Me desabrocho el cinturón—. Pero es una decisión mía.

Andy me coge la mano.

—Tienes razón —dice—. Es decisión tuya. Pero, por favor, piénsalo bien...

—¡Ya lo he hecho! —Aparto la mano.

—¿Seguro? —pregunta con tono desafiante—. ¿Seguro que has pensado en ella? ¿En Katharine? ¿En Sarah?

—¡Que le den a Sarah! —le espeto—. Todo esto es culpa suya, ¡fue ella quien lo hizo! ¡Mintió a mamá y a todo el mundo!

—Sí, mintió. —Admite Andy—. Pero ¿merece ir a la cárcel por ello?

Lo miro.

—Porque eso es lo que sucederá, Rosie. Irá a la cárcel por intentar ayudar a tres personas desesperadas: una adolescente demasiado joven para hacer frente a la maternidad, un bebé abandonado, y una viuda desconsolada, desesperada por tener un hijo. —Me mira—. Sarah se jugó el cuello por ti, no por ella. Y ¿ahora quieres

destaparle todo?

Aparto la mirada.

—Y en cuanto a Katharine —insiste Andy—. Huyó, Rose, te abandonó, hace dieciocho años. Ahora ya tendrá una nueva vida, quizás incluso familia. ¿Cómo crees que se sentirá si apareces de repente y le dices que eres su hija?

Cierro los ojos y los pensamientos se agolpan en mi cabeza de forma dolorosa.

—Solo... Solo quiero verla... —suspiro—. Conocerla. Darle la oportunidad... la oportunidad de conocerme...

—No será una oportunidad para ella, Rosie —dice Andy con dulzura—. Será una oportunidad para ti.

Lo miro.

—Ella ya tomó una decisión —dice—. Se fue.

Aparto la mirada.

—Rosie...

—¿Y qué? ¿Qué hago, me rindo y ya está? ¿Me rindo ahora que estoy tan cerca?

Andy aparta la mirada.

—¡Andy! —Lo miro a los ojos—. Pero... pero entonces ¿por qué me has ayudado a buscarla? ¿Por qué me has ayudado a llegar tan lejos?

Suspira.

—Es que... Creía que no la encontrarías. ¡O que tardarías más! Todo está sucediendo muy deprisa. Esta misma mañana te han dado los resultados de las pruebas de diagnóstico de la enfermedad de Huntington y ahora... —Niega con la cabeza—. Creía que tardarías mucho, que tendrías tiempo de asimilar todo lo que ha pasado. Que solo necesitabas enfrentarte a esto para poder seguir adelante con tu vida.

—¿Seguir adelante con mi vida? —Lo miro fijamente—. ¿Qué vida, Andy?

Aparta la mirada.

—Genial. Muy bien. Así que querías ayudarme mientras me encontrara en un callejón sin salida, pero en cuanto averiguo algo, cuando la encuentro, ¿de repente te echas atrás? ¡Pues muchas gracias! —Abro la puerta del coche.

—Rosie... —Me agarra el brazo, pero me suelto—. ¡De acuerdo! —me espeta, enfadado—. ¡Ve y haz lo que quieras! ¡Pero más te vale saber lo que estás haciendo, de lo contrario, le arruinarás la vida a mucha gente!

Aprieto los dientes y cierro con un portazo.

«No lo entiende —me digo a mí misma mientras camino por la acera—. A él ya le está bien porque tiene una vida normal, una familia normal y el futuro planeado. Pero yo no tengo nada de eso, no tengo nada, y necesito saber, necesito...».

Me freno cuando me acerco a la casa. La ventana delantera está oscura, las cortinas corridas. Un folleto de una pizzería sobresale del buzón.

Respiro hondo y levanto la aldaba. Ha llegado el momento. Esta es su puerta...

De repente dudo. Las palabras de Andy se agolpan en mi cabeza. ¿Estoy a punto

de cometer el mayor error de mi vida...?

Trago saliva con la aldaba helada en la mano.

Quizá... Quizá debería tomarme un tiempo, meditar un poco más sobre la situación. Es un gran paso, un paso enorme, quizá no debería precipitarme.

Oigo el susurro del viento mientras miro la casa oscura. Andy tiene razón, no debo precipitarme. Aún estará aquí. Puedo volver cuando quiera, planificar lo que le diré, lo que haré, joder, lo que me pondré... Me miro el jersey y los vaqueros andrajosos.

¿De verdad quiero conocer a mi madre con estas pintas?

Lanzo una última mirada a la casa y suspiro al soltar la aldaba, que apenas hace ruido cuando me doy la vuelta para irme.

De inmediato, una figura oscura, que no para de ladrar, se abalanza sobre el cristal helado. Doy un salto hacia atrás, con el corazón en un puño, y se encienden las luces, que revelan mi presencia bajo un resplandor amarillo. Se abre la puerta y aparece una mujer con el pelo envuelto con una toalla, agarrando al perro del collar, que quiere saltarme encima.

—Lo siento, cielo —dice—. No te preocupes, perro ladrador poco mordedor. ¿En qué puedo ayudarte?

—Yo... Yo... —Me la quedo mirando. Un mechón de pelo rizo se escurre bajo la toalla y le cae sobre el rostro—. ¿Es usted Katharine Sinclair?

—¡Cielos, no! —se ríe—. ¡Hace años que no vive aquí!

Se me cae el alma al suelo. Al final resulta que no la he encontrado. Y si no está aquí... Nunca la encontraré. Le he perdido el rastro.

—Pero quizá pueda ayudarte. —La mujer sonrío—. Soy su madre, Pam.

La miro. ¿Su madre? ¿Es la madre de Katharine? Parpadeo. ¡Mi abuela!

—Hum, sí, sí, por favor... —Ya está. No pienso echarme atrás—. Soy Rosie Kenning —digo. El corazón me late con fuerza—. Soy una estudiante del instituto de Maybridge y estoy haciendo un trabajo. —Las palabras fluyen antes de que pueda detenerlas. ¿Qué estoy haciendo?—. Pero... Si quiere vuelvo otro día si no la cojo en un buen momento.

—¿Cómo? —Se toca la toalla y se ríe—. ¡No, no digas tonterías, entra! ¡Para, Toby! Pasa, pasa. Siéntate, enseguida vuelvo.

Pam enciende la luz de la sala de estar y desaparece por el pasillo.

Oigo un secador de pelo.

Recorro la sala lentamente, fijándome en todo, como si estuviera en un museo: las hileras de postales de Navidad que cuelgan en todas las paredes, en torno a fotografías de escuela enmarcadas y dibujos infantiles; el árbol de Navidad con sus adornos caseros y un ángel torcido; el sofá de cretona y la mecedora cubierta con una colcha de *patchwork*... Y por todas partes, abarrotando la repisa de la chimenea, la televisión, los alféizares de las ventanas, un sinfín de baratijas: postales y recuerdos y fotografías, medallas y trofeos y certificados... Pistas sobre mi madre, su vida, mi

familia...

—Bueno, ¿en qué consiste el trabajo? —pregunta Pam tras apagar el secador.

—Ah, es esto... el tema es, más o menos, «¿Dónde están ahora?». —Miento sin dudar. Mis ojos se posan en una fotografía de dos colegialas sonrientes.

—¿Ah, sí?

Cojo la fotografía y se me para el corazón. Dos chicas con el pelo negro, reluciente, y una amplia sonrisa. Una de ellas tiene que ser Katharine.

—Tenemos que elegir a alguien que fuera adolescente cuando nacimos, y...

—De modo que has elegido a Kitty.

Me vuelvo cuando Pam regresa a la sala, cepillándose su tupida melena oscura.

—Bueno, supongo que es lógico. —Sonríe al ver la fotografía que tengo en la mano—. Después de todo, es la famosa.



—Y aquí está Kitty, en la primera obra de teatro de la escuela. —Pam pasa las páginas de un álbum de fotos—. Por aquel entonces ya le había picado el gusanillo. Ese mismo año, se disputó con otras cinco niñas el papel de María en la obra de Navidad, ¡incluida la hija del párroco!, y acabó perdiendo los dos dientes delanteros, ¡pobre! —Señala una fotografía de una niña sonriente y desdentada, con un trapo de cocina en la cabeza.

—Y aquí está en *Annie*, y en *José y su túnica multicolor*, y en el papel de Sandy en *Grease*. ¡Dedicó demasiado tiempo a los ensayos y poco a estudiar para los exámenes de secundaria, si quieres saber mi opinión! —Pam se ríe—. Sin embargo, las notas no lo son todo y ese mismo verano se fue a Londres con la Compañía Nacional Juvenil de Teatro, donde la vio un agente, que empezó a representarla.

—¡Guau!

—Estábamos muy orgullosos de ella. —Pam sonríe de oreja a oreja—. No la vimos mucho, claro, porque estaba muy ocupada presentándose a pruebas, rodando y viviendo la gran vida en Londres. Aunque tampoco se quedó mucho tiempo ahí... ¡Se fue después de Navidad!

—¿Por qué? —pregunto con precaución.

—¡La descubrió otro agente! ¡De nuevo! ¿Te lo puedes creer? —Pam se ríe—. Nos llamó a finales de enero... Se iba a Los Ángeles. —Suspira—. En busca de su sueño.

«O para olvidar su pasado».

—Ahora es la estrella de una telecomedia —dice, con una gran sonrisa—. *Rico o pobre*. Mira.

Saca una fotografía del álbum y suelto un grito ahogado. El pelo negro de Kitty refulge bajo una diadema, y sus ojos verdes se clavan en los míos. Todas las dudas que albergaba se desvanecen al instante.

Es igualita a mí.

—Es muy guapa, ¿verdad? —Pam sonrío—. Y ese es su nombre artístico «Kitty Clare», sin el «Sin», solo con Clare... Creo que te estoy liando.

Sonrío mientras la emoción fluye por mis venas.

—¿Podría contactar con ella de algún modo? Me gustaría hacerle una entrevista.

—Por supuesto —dice Pam, que me entrega la foto—. Encontrarás la dirección del estudio en el reverso. Además, supongo que necesitarás una foto para el trabajo. Tengo muchas más.

—Gracias. —Cojo la fotografía con un gesto reverencial. Mi madre...

De pronto, *Toby* se levanta y se pone a ladrar como un loco cuando una llave gira en la cerradura de la puerta de la calle.

—Cielos, ¿ya es la hora? ¡Cómo pasa el tiempo! —Pam se levanta—. Lo siento, es mi otra hija, Jenny, y sus hijos. Nos vamos al teatro. ¡Me temo que en esta familia no sabemos estar quietos!

—No pasa nada. Muchas gracias por su ayuda.

Sonrío y me levanto.

—¡Mamá! ¿Estás lista? —Aparece una mujer, que se aparta el pelo negro de la cara—. Oh, lo siento, no sabía que tenías visita. Hola. —Me dirige una sonrisa cálida.

—Hola —digo con una gran sonrisa. ¡Mi tía!

Entran corriendo dos niños, persiguiéndose con espadas de plástico. ¡Y mis primos!

—Niños... ¡Cuidado! —Esboza una sonrisa a modo de disculpa—. ¡Lo siento! Están muy emocionados... Vamos a ver *Peter Pan*.

Sonrío al pasar a su lado. ¡Una familia al completo!

—Lamento tener que echarte de forma tan precipitada —dice Pam, que aguanta la puerta abierta—. Ven a verme si necesitas algo más. Siempre me gusta hablar de mis hijas.

Me lanza una sonrisa y de pronto le doy un abrazo espontáneo, empapándome con el aroma a frutas de su champú, y ella me devuelve el gesto.

—Cuídate —me dice—. Y, recuerda, ¡vuelve cuando quieras!

—Adiós.

Me despido con la mano cuando cierra la puerta, y me ciño la chaqueta mientras una sensación cálida y agradable crece en mi interior.

¡La he encontrado, he encontrado a mi madre! Y a Pam, y a Keith, a Jenny y los niños... ¡Una familia completa! Mi verdadera familia. El viento me azota las mejillas y se me humedecen los ojos. Mi madre. Sí, está en Los Ángeles... Casi en el otro extremo del mundo. ¡Pero la he encontrado! ¡La he encontrado!

Andy me mira cuando abro la puerta del coche.

—¿Y bien?

Recuerdo sus duras palabras, su cinismo, y titubeo.

—No era ella, ¿verdad?

Suspira, estira un brazo y me limpia una lágrima.

Dudo, no puedo mirarlo a los ojos.

—Oh, Rose. —Tira de mí y me da un fuerte abrazo—. Lo siento mucho, pero quizá sea lo mejor.

Miro hacia la casa con la cabeza apoyada en su hombro. Se abre la puerta de la calle y sale la familia, riendo y charlando alegremente.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta con dulzura.

Niego con la cabeza. Es un momento demasiado frágil y valioso para hablar de lo que ha sucedido. Sobre todo con Andy. No puedo contárselo, no puedo permitir que eche a perder este momento, no ahora.

Arranca el coche y miro por el retrovisor mientras nos alejamos. Observo a los Sinclare, que ríen mientras van entrando en el coche, *Toby* no para de dar vueltas alrededor, emocionado, y una sensación de mareo se apodera de mí ante la avalancha de posibilidades. Mi familia... mi abuela... mi madre...

—No la necesitas, ¿lo sabes?

Me vuelvo, sobresaltada, cuando Andy me aprieta la mano.

—El hecho de que te diera a luz no la convierte...

—Hablemos de otra cosa, ¿vale? —lo interrumpo rápidamente y aparto la mano.

Me mira, preocupado.

—Por favor. —Trago saliva—. Háblame del viaje.

—Vale... —dice, con inseguridad—. Empezaré en Estados Unidos. Tengo familia en Nueva York y Washington, así que me quedaré a dormir en su casa para ahorrar pasta.

—Parece un buen plan —respondo, distraída.

—Sí, mi primo es taxista en Nueva York, uno de los auténticos, y me ha prometido que me llevará a ver los sitios más famosos. Y mi tía se encargará de cebarme antes de que coja el avión a Chicago, San Francisco, y luego un autobús Greyhound, que me permitirá disfrutar del sol de Los Ángeles.

—¿Los Ángeles? —pregunto.

—Sí, quiero ver todo lo relacionado con el mundo del espectáculo: el Teatro Chino, el Paseo de la Fama, Hollywood.

Hollywood... Holly Woods. Me reclino en el asiento y sonrío. ¡Claro! ¿Qué mejor nombre para la hija de una adolescente fascinada por el mundo del cine?

—Luego iré al sudeste asiático: Vietnam, Camboya, Tailandia... —prosigue Andy, pero desconecto.

En mi cabeza solo hay lugar para mi familia... ¡Que estaba tan cerca! Y mi madre, que vive en Los Ángeles...

Al final nos tenemos en el camino de entrada de la casa de mi abuela.

—Andy...

—Rose... —Pronunciamos el nombre del otro al unísono.

—Tú primero —insisto.

—Solo quería decirte... Que siento mucho que no hayas encontrado a tu madre.

Sé lo mucho que significaba para ti, pero... —apoya la mano en la mía—, no quería que volvieras a sufrir.

Me arden las mejillas y aparto la mirada.

—Lo sé —digo en voz baja.

Me estrecha la mano.

—Te toca.

—¿Qué? Ah, no, no era nada. —Me encojo de hombros.

—¿De qué se trata? —Sonríe.

—Me preguntaba... —Dudo—. O sea, tu viaje...

Arruga la frente.

—Podría retrasarlo un poco, si quieres. ¿Preferirías que me quedara un tiempo más aquí?

Me apresuro a negar con la cabeza.

—No, no es eso, es que...

—¿Qué? —pregunta con afecto.

—¿Te importaría... que te acompañara...?

—¿En el viaje?

Asiento.

—¡Sería fantástico!

—¿Sí?

—¡Sí! —Sonríe—. ¿Bromeas? ¡Nos lo pasaremos en grande!

Sonríe y a continuación me estremezco al sentir una ráfaga de viento.

—Venga, entra, te estás congelando. Te llamo mañana, ¿vale? Ya quedaremos para organizarlo todo. ¡Va a ser maravilloso! —Le brillan los ojos y se aparta—. ¡No te arrepentirás!

Esbozo una sonrisa.

—Y Rosie...

Me vuelvo.

—Trudie estaría muy orgullosa de ti.

Sonríe de oreja a oreja.

Los focos del coche me deslumbran cuando da la vuelta y desaparece por la colina.

Me deja sumida en la oscuridad, helada de frío y presa de un sentimiento de culpabilidad.



Un sudor frío me recorre la nuca mientras hojeo con inquietud el montón de folletos de la mesita de la clínica, esperando el turno con impaciencia.

¿Embarazo no deseado?

Tus opciones:

a) Adopción.

No, necesito solucionarlo antes.

b) Aborto.

Respiro hondo y leo la página...

Hasta siete semanas: Aspiración manual

Puaj. Se me revuelve el estómago.

Aborto médico (píldora abortiva).

Me muerdo los labios. Parece fácil. Una pastilla y ya está.

Sencillo.

—¿Hayley Wilson?

Doy un respingo cuando la recepcionista llama a la siguiente paciente. Pero no soy yo. Aún no. Observo a la chica, que se levanta con la cabeza agachada y cruza la puerta doble.

Me seco las manos con los vaqueros y cojo otro folleto, lo que sea con tal de tener las manos ocupadas, distraídas.

Tu bebé, semana a semana

A pesar de mis reticencias, miro la imagen de las siete semanas mientras me asaltan las palabras. —Manos, pies, codos, rodillas, nariz, párpados—. Este puñado de células no es mayor que una goma de borrar y ¿ya tiene párpados? ¿Ya se mueve por sí solo? Su diminuto corazón late 150 veces por minuto, ¿el doble de rápido que el mío?

Antes de darme cuenta, me he ido. He salido por la puerta y no paro de andar. Noto el aire frío en las mejillas y los pulmones. Respiro hondo, con tanta intensidad, que el oxígeno y la sensación de vida hacen que me maree. Me alejo cada vez más de la clínica.

Hacia un futuro que no entraba en mis planes.

CAPÍTULO OCHO

—¡HA llegado el taxi! —grita Andy, que se echa mi mochila al hombro y finge tambalearse bajo su peso—. Caray, ¿qué has metido aquí dentro? ¡Ni que te vayas para ocho meses!

Sarah se ríe mientras Andy echa a andar por el camino de casa. La abuela me da un abrazo tan fuerte que creo que voy a estallar.

—¡Ocho meses! ¡Oh, cariño!

La abrazo con fuerza y siento una punzada de dolor en el pecho: es una mujer muy frágil, muy pequeña.

—Te echaré de menos, abuela.

—¡Ah, te lo pasarás demasiado bien para echar de menos algo de aquí! —Sarah sonrío.

—Cuídate, ¿de acuerdo? —dice la abuela, que me coge las manos—. Te quiero mucho.

—Yo también —le digo con ternura.

—Quiero muchas postales, y ¿quizás alguna llamada de vez en cuando?

—Te lo prometo. —Sonrío—. Eh, nada de fiestas locas mientras esté fuera, ¡que te conozco de sobra!

Se ríe.

—¡Intenta evitarlo!

—Buena suerte, cielo. —Sarah me abraza; me pongo tensa sin querer, pero sonrío para que la abuela no note nada.

No sé cuáles deben ser mis sentimientos hacia Sarah, si debo estar enfadada o resentida, o agradecida incluso. Todo lo que ha sucedido en estos últimos días se ha convertido en una nebulosa, no he parado de hacer recados, de planear el viaje y no he tenido mucho tiempo para pensar en nada más. Ni tan siquiera en Kitty. Siempre tenía a la abuela y a Andy a mi alrededor y el único ordenador estaba en la habitación de la abuela. Solo he podido buscar a mi madre en Google una vez, y tuve el tiempo justo de devorar un puñado de fotos con avidez antes de que la abuela entrara en el dormitorio y yo cerrara la página deprisa y corriendo, sin poder reprimir un sentimiento de culpa.

Entro en el taxi y miro hacia atrás. La abuela me dice adiós con la mano desde la puerta, y me siento mal. Ella es muy feliz por mí, está encantada de que los resultados del análisis fueran negativos, de que por fin me vaya de viaje. ¿Qué pensaría si supiera la verdad?

Miro a Sarah, que echa un brazo sobre los hombros huesudos de la abuela y me lanza un beso.

«¿Cómo lo hace?». ¿Cómo ha logrado mantener el secreto durante todos estos años sin dejar de mirarnos a los ojos? Yo no he parado de torturarme por mentirle a la abuela, he andado con pies de plomo, comprobando dos veces todo lo que digo y hago.

Suspiro cuando doblamos una esquina y las pierdo de vista tras los árboles, campos y casas que se interponen entre nosotros.

Al menos ahora no tendré que mentir durante unos días.

A la abuela, claro.

—Eh —dice Andy en voz baja—. ¿Quieres que paremos en el cementerio? Tenemos tiempo.

—No. —Niego con la cabeza y aparto la mirada—. Fui hace poco.

Otra mentira. Una cosa ha sido mantener las apariencias delante de todos los demás, pero he sido incapaz de visitar la tumba de mamá; no con las maletas preparadas y un billete en la mano para ir a buscar a Kitty. Un billete pagado con la herencia que me dejó.

—Me alegro mucho de que cambiaras de opinión. —Andy me regala la mejor de sus sonrisas. Le brillan los ojos—. Nos lo vamos a pasar en grande. Tú y yo contra el mundo.

Esbozo una débil sonrisa, le aprieto la mano y me vuelvo para mirar por la ventanilla mientras avanzamos por la autopista. Tengo un nudo en el estómago.

¿Qué es una mentira más? Es como si fueran contagiosas, cada vez que suelto una, otra empieza a asomar su horrible cabeza. Pero Andy no lo entendería, me lo ha dejado muy claro. Y no necesito su aprobación, en realidad. Es mi vida y tomo mis decisiones.

Además, nos lo vamos a pasar de fábula viajando juntos, como siempre habíamos planeado, y luego, cuando lleguemos a Los Ángeles... Se me acelera el corazón a medida que atravesamos estos paisajes familiares, el pequeño pueblo, las casas y los campos, mi vida tal y como ha sido hasta ahora empieza a quedar muy, muy atrás.

¿Quién sabe...?



Todo está cubierto de nieve, pero el cielo es de un azul intenso cuando por fin aterrizamos en Nueva York.

Con los ojos desorbitados, nos plantamos en la terminal de llegadas. Todo el mundo se abre paso a empujones, agita carteles y letreros mientras se pelean por el mejor lugar. Yo me acerco a Andy.

De pronto, un tipo con una chaqueta gruesa de cuadros escoceses le da un fuerte abrazo y lo levanta del suelo.

—¡Eh, renacuajo! ¿Qué tal estás? —exclama—. Y tú debes de ser la adorable Rosie. —Sonríe y me besa la mano.

—Bueno, ya basta de galanterías. —Andy se ríe—. Rosie, Casey; Casey, Rosie. Y

ahora pongámonos en marcha, ¡que se me está helando el culo!

—Ay, qué trasero tan mono y delicado —dice Casey en tono burlón. Le da una palmada a su primo en el culo, me guiña el ojo y se echa al hombro mi bolsa—. ¿Quién quiere desayunar? ¡Estoy hambriento!

El desayuno en cuestión no se parece en nada a ninguno de los que haya visto hasta entonces: salchichas, huevos y tostadas luchan para no quedar arrinconadas por largas lonchas de beicon, patatas fritas con cebolla y un montón de tortitas empapadas en delicioso jarabe de arce. La imagen de mi plato rebosante no me abandona en todo el día, sobre todo mientras el transbordador surca las aguas agitadas, en dirección a Liberty Island.

—¡Buf! ¡Tendría que haber comido menos! —Gruño. Se me revuelve el estómago—. ¡Eso o haberme quedado en tierra firme!

—Sí, pero vale la pena. —Andy sonrío—. ¡Mírala!

Levanto la mirada ante la imponente dama verde, con la antorcha en alto sobre las luces de Manhattan. La vista de la ciudad al otro lado del río resulta espectacular, los rascacielos se alzan como cohetes en el cielo azul, el aire es frío y las olas resplandecen bajo nosotros. Esta fantástica vista es la que recibe a todos los inmigrantes que están a punto de empezar una nueva vida en la Tierra de las Oportunidades.

—¡Rápido, haz una foto! —exclama Casey, que coge a Andy y hace la pose de *Titanic*.

Me río mientras busco la cámara en mi bolsa. Noto un cosquilleo en los dedos al rozar la fotografía de Kitty. Me pregunto si se sintió así cuando llegó aquí por primera vez. Llena de esperanza y expectativas. Lista para empezar su nueva vida. Para seguir su sueño.

Tomo la fotografía y tengo la sensación de que mi corazón alza el vuelo y surca el cielo con las gaviotas; el viento me acaricia el pelo y de repente la sensación de mareo desaparece.

Atravesamos la ciudad con el taxi amarillo de Casey. Las calles son muy bulliciosas. Nunca había visto tanto ajetreo, ¡tanta vida! Suenan bocinas por todos lados y los conductores se insultan mientras los compradores cruzan el torrente infinito de tráfico en dirección a las luces y escaparates resplandecientes del otro lado.

—Bueno, Toto. —Andy me guiña un ojo—. ¡Supongo que ya no estamos en Kansas!

No bromea. Al ver esta jungla urbana me siento a un millón de kilómetros del aletargado pueblo de Bramberley.

—¡Todos fuera! —dice Casey de repente, tras aparcar junto a Central Park—. Yo me encargo de las bolsas, podemos ir a pie desde aquí.

—¿Qué? —exclama Andy.

—Confía en mí. —Casey le guiña un ojo—. Te encantará.

Tiene razón. El paseo por el Central Park nevado es precioso, las luces de la ciudad refulgen como estrellas sobre nosotros. Un patinador pasa a toda velocidad junto a nosotros, deslizándose como un tren, serpenteando entre la multitud de turistas japoneses, vendedores de globos, gente que corre... Un flujo continuo de personas.

—Mola, ¿eh? —Andy sonrío.

Le devuelvo la sonrisa. Mis sentidos están sometidos al bombardeo de nuevas vistas, sonidos y olores... ¡Es como si pudiera ocurrir cualquier cosa!

No me extraña que Kitty viniera a Estados Unidos.

Como para demostrar que tengo razón, cruzamos un arco y de repente aparece ante nosotros un castillo de hadas, ¡justo en pleno parque!

Lo miro, embelesada, y empieza a sonar *Jingle Bells* en un reloj que tenemos encima: unos pequeños animales de bronce bailan mientras unos monos tañen la campana cinco veces para dar la hora en punto. Es precioso. Mágico.

Andy sonrío y me mira con ojos resplandecientes.

—¿Qué pasa? —pregunto con recelo—. ¿Se me ha cagado un pájaro encima?

—¡No! —se ríe—. No, es que... Me alegro mucho de que hayas venido.

Sonríó y entrelazo mi brazo en el suyo. Una cálida sensación fluye por mi cuerpo a pesar del frío gélido.

—Yo también.



Por fin, exhaustos y con las mejillas sonrosadas, llegamos al apartamento de Casey, y me siento como si estuviera en un capítulo de *Friends*, aunque este piso es la mitad de grande que el de Monica, y da a la pared de ladrillos del edificio de al lado.

—¡Bienvenidos! —Casey sonrío y se echa una trapo sobre el hombro—. Estáis en vuestra casa. ¡Lola, despierta!

—¡Dos minutos! —suplica la chica menuda y rubia que está pegada a la pantalla del portátil—. ¡Está a punto de acabar! Hola, chicos, lo siento, ¡encantada de conoceros!

—Chicos, os presento a Lola, camarera fantástica y adicta incorregible a la televisión. —Casey pone los ojos en blanco—. Es imposible arrancarla de sus telecomedias... ¡Ni para fregar los platos!

—¡Te toca a ti! —se queja ella, con una sonrisa afable.

Telecomedias. Kitty.

—¿Las puedes ver por internet? —Miro la pantalla con apremio—. ¿Cuál es esta?

—¡Son todas iguales! —se queja Casey—. Unos cuantos chicos, unas cuantas chicas, chistes malos y muchas risas enlatadas...

Lola le saca la lengua.

—Que sepas que los graban con público en directo.

—¡Vista una, vistas todas!

Casey coge el ordenador y Lola le chilla.

—Como lo hagas te mato. ¡La nueva jefe de Brad está a punto de entrar y lo encontrará vestido de gigoló! Pero él no sabe que, en realidad, ella está enamorada de él y cree...

—Mira tú —dice Casey, serio—. Todo muy creíble... ¡Ay! —Se ríe cuando Lola le pega—. Ya lo acabarás de ver luego, ¡es Nochevieja!

—¡Vale, vale! —Lola sonrío, coge su chaqueta y se vuelve hacia mí—. ¿Qué vais a hacer esta noche?

—Sí, ¿queréis venir al bar? —Entonces Casey se da un golpe en la cabeza—. ¡Qué tonto! Todavía no tenéis los veintiuno, ¿verdad?

Andy le lanza un cojín.

—Pero a Times Square sí que venís, ¿no? —pregunta Lola.

—De hecho, estoy bastante cansada —digo entre bostezos.

—¡Solo son las siete y media! —se queja Lola.

—Sí —dice Andy—. Pero para nosotros es más de medianoche. ¡Ya hemos celebrado el Año Nuevo!

Sonrío. Hicimos un brindis con tazas de chocolate caliente en un pequeño café, antes de llegar a casa.

«¡Feliz Año Nuevo, cariño! —gritó la abuela para hacerse oír a pesar del alboroto de la fiesta de casa de Sarah—. ¡No malgastes ni un minuto!».

Miro el portátil de Lola. No pienso hacerlo.

—¡Pues celébralo dos veces! —insiste Lola—. ¡Venga, no puedes perderte el momento en que baja la bola!

—Acaban de llegar de un vuelo transatlántico, tienen *jet lag*, ¡y apestan!

Casey se tapa la nariz con un gesto muy teatrero y me río.

—Bueno, llamadnos si queréis que nos veamos. —Lola sonrío—. O tal vez nos veamos allí.

—Sí, claro, como solo habrá dos millones más de personas... —Casey se ríe—. Que os divirtáis, chicos, ¡hasta luego!

Cierran la puerta y nos dejan sumidos en un súbito silencio, excepto por la sirena que aúlla a lo lejos.

—¡Bueno! —Andy sonrío—. ¡Menudo día!

Le devuelvo la sonrisa.

—Sin duda.

—Voy a ducharme. —Coge su mochila—. ¡Casey tiene razón, apesto!

Espero hasta que oigo correr el agua y entonces cojo el portátil. Me tiemblan los dedos, tecleo *Rico o pobre* en el buscador y oigo la atronadora sintonía. Cojo los auriculares y los conecto de inmediato, con la respiración contenida mientras escucho con atención.

Al sonido del agua se une la voz desafinada de Andy. Suspiro de alivio y me vuelvo hacia la pantalla.

Se está reproduciendo el último episodio. Veo a dos chicos guapísimos que intentan salvar a un gato que está encaramado a una salida de incendios. Espero con impaciencia y nervios y miro el resto de la página.

«Guía de episodios - ¡Ponte al día!».

«¡Cotilleos de entre bastidores! ¿Se han prometido Luke Reynolds y Kitty Clare en secreto?».

¿Prometido? Miro la fotografía. ¿Kitty prometida? Su rostro me lanza una gran sonrisa. Agarra del brazo al hombre alto y moreno que he visto en el vídeo. Sus ojos verdes y felinos refulgen con intensidad.

«Fotos. Entrevistas. ¡Conoce a las estrellas!».

Hago clic en el icono, con impaciencia.

«¡Asiste como público al estudio! Ahora mismo estamos de vacaciones, pero las grabaciones empezarán de nuevo el 16 de marzo...».

¡No! Me quedo mirando la página. ¿No empiezan hasta marzo? ¡Aún faltan muchos meses! Y dentro de tres semanas llegamos a Los Ángeles...

—¡Baño libre!

Me sobresalto cuando Andy me tira una toalla limpia. Se fija en la pantalla del ordenador.

Demasiado tarde, cierro la página.

—Oh, no —dice, serio—. Oh, Rosie.

—Andy, yo...

—¿Te traigo hasta Nueva York y te pones a ver la televisión? —Niega con la cabeza en un gesto de desaprobación.

—¿Qué? ¡Ah! No, no, solo estaba... mirando, eso es todo.

—Entonces no te importará que le eche un vistazo a mi correo electrónico. — Sonríe—. ¡Aparta!

Aturdida, le doy el portátil y me encierro en el baño. Saco la fotografía de Kitty de mi bolsa y me dejo caer al suelo.

De vacaciones hasta marzo. Hasta marzo... Sabe Dios dónde estaremos entonces, en Camboya, Tailandia o... Y dentro de tres semanas llegamos a Los Ángeles.

Lanzo un fuerte suspiro y acaricio el rostro sonriente de Kitty con los dedos.

Parecía que estaba tan cerca de ella...

Pero ahora podría estar en cualquier lado.



Nueva York.

Ese pensamiento recorre mi cuerpo como una descarga eléctrica. No me puedo creer que nunca haya estado en la ciudad. Durante todos estos años la he tenido a tiro de avión, tren o autobús... Pero ahora por fin voy a visitarla. Sonrío ante mi billete, mi pasaporte a la Gran Manzana, la ciudad que nunca duerme, la ciudad que ha inspirado más canciones que cualquier otra, desde Frank Sinatra hasta Jay-Z, hogar

de Carrie Bradshaw, Will & Grace, el Central Perk, Broadway...

Sonrío de oreja a oreja.

Es un sueño hecho realidad. Por fin se están haciendo realidad todos mis sueños.

Siento algo que se mueve en el estómago y, a pesar de todo, meto la mano en el bolso y saco la ecografía manoseada que vive ahí, que siempre llevo conmigo.

Deslizo el dedo sobre la diminuta forma en blanco y negro, recordando lo asustada que estaba cuando me la hicieron, lo insegura...

Y ahora...

—¿Cariño?

Escondo la imagen rápidamente y me vuelvo para mirarlo, tan alto y moreno, tan increíblemente atractivo. El hombre de mis sueños.

—Ven aquí. —Sonríe y me derrito por dentro como el chocolate cuando me besa —. ¿Estás lista para empezar un nuevo año?

—Por supuesto.

Sonrío, escondo la fotografía en la bolsa, y me la pongo a la espalda. Lo cojo de la mano y lo sigo hasta la calle. Los minutos pasan rápidamente y dejan atrás el pasado. En algún lugar encima de nosotros un cohete estalla y todo reluce.

Sonrío, los malos recuerdos se entremezclan con los fuegos artificiales, cada vez más grandes, brillantes y espectaculares.

—Me muero de ganas de que llegue.

CAPÍTULO NUEVE

TIRO de la manta hasta la barbilla y cambio de postura en el sofá por enésima vez mientras unos cohetes estallan antes de tiempo en algún lugar por encima de nosotros, los faros de los coches se deslizan por la habitación como reflectores, bailando sobre los libros y al pasar sobre los marcos de las fotografías lanzan destellos cegadores. Me tapo la cabeza con la manta y cierro los ojos.

No puedo dormir. El rostro de Kitty flota ante mí, burlón, me atormenta. Parece muy cercana, muy real. Durante todo este tiempo, en Inglaterra, me parecía alguien muy lejano, muy distante, un sueño. Y ahora aquí estoy, en su país, ¡y la he perdido! Podría estar en cualquier parte, y yo estoy aquí, en un sofá del centro de Nueva York... ¿haciendo qué? Lanzo un fuerte suspiro. Ya ni tan siquiera lo sé.

—¿No puedes dormir? —Andy está en el suelo, pero se da la vuelta en el saco para mirarme.

Niego con la cabeza. No podría estar más despierta.

—Yo tampoco. ¡Debe de ser el *jet lag*, o el *antijet lag* o algo así! —Sonríe—. Venga, ¿por qué no salimos?

—¿Ahora?

—¿Por qué no? —Sonríe y sale del saco de dormir—. Estamos en la ciudad que nunca duerme, ¿no lo recuerdas?



El parque es incluso más bonito de noche, ya que brilla iluminado por miles de farolas, pero aun así no me levanta el ánimo.

«¿Qué hago aquí?». A un millón de kilómetros de casa, de todo aquello que me resulta familiar, mintiéndole a Andy, utilizando el dinero de mamá. Se me parte el corazón. ¿Por qué? Nunca encontraré a Kitty, ya no. Este país es tan grande, tan bullicioso, hay tanta gente... que podría pasar a mi lado en la calle y ni me daría cuenta. Andy tenía razón. He sido una estúpida. Intentar encontrarla también ha sido una idea estúpida. Nunca debería haber venido, nunca debería haber abandonado a la abuela, nunca debería haberle mentado a Andy...

Y ahora tengo por delante ocho meses de viaje, largos y vacíos, cuando lo único que quiero hacer es volver a casa y acurrucarme en la cama.

—Es bonito, ¿verdad?

Andy sonrío y malinterpreta mi suspiro mientras mira una pista de patinaje resplandeciente rodeada de estrellas brillantes y de unos rascacielos que se alzan sin temor.

Observo a los patinadores hipnotizada, oigo risas cuando resbalan y caen, otros se deslizan plácidamente, ajenos a toda preocupación. Los envidio.

—Venga, vamos a ponernos los patines —dice Andy, que me coge de la mano y me arrastra a la pista.

—¿Qué? —Lo miro fijamente—. ¡No puedo! Hace siglos que no patino, desde...

—Es algo que no se olvida.

Me mira a los ojos y noto cómo me palpita el corazón al recordar la última vez que fuimos a patinar sobre hielo... fue nuestra primera cita. Miro la superficie resplandeciente con recelo. Mis mejillas arden a pesar del gélido aire, y los recuerdos inundan mi cabeza. Entonces pone esa sonrisa que tan bien conozco, sus ojos azules refulgen y los hoyuelos me ayudan a vencer las últimas dudas.

—Venga, Bambi. —Sonríe y me rodea con su brazo fuerte y cálido mientras nos dirigimos hacia el hielo resbaladizo—. No dejaré que caigas.



En la pista resulta imposible pensar en algo que no sea mantenerse en pie. Intento aferrarme a Andy mientras patinamos y reímos, hasta que me queda el trasero magullado de tanto caer y nos duele el costado de tanto reír.

De pronto, Andy mira la hora y me coge de la mano.

—¡Rápido! ¡Tenemos que darnos prisa!

—¿Adónde vamos? —me río—. ¡Estamos en la ciudad que nunca duerme, recuerda!

—Ya lo verás, ¡venga!

Apenas hemos tenido tiempo de devolver los patines y Andy me arrastra por las calles, una manzana tras otra, hasta que de pronto doblamos una esquina y doy un grito ahogado.

Nunca había visto a tanta gente. La marea de cuerpos inunda las calles, abarca hasta donde alcanza la vista; apiñada entre los edificios, se mece de forma armoniosa y los altavoces reproducen una música atronadora; las chisteras con la leyenda «Feliz Año Nuevo» se balancean alegremente mientras la gente baila, se abraza, grita y chilla de emoción bajo los edificios imponentes iluminados con unas enormes carteleras parpadeantes que refulgen, deslumbran y encandilan con diversos colores, formas e imágenes, junto a los enormes carteles resplandecientes de Broadway. El ambiente es electrizante.

—Justo a tiempo. —Andy sonríe, mira la hora y se abre paso entre la muchedumbre.

De pronto, la música se detiene y la gente empieza a corear:

«¡Cincuenta y nueve! ¡Cincuenta y ocho! ¡Cincuenta y siete! ¡Cincuenta y seis!».

—¡No podíamos perdernos el momento en que baja la bola!

Andy se ríe y señala un punto por encima del edificio más iluminado, en el que una bola titila como una estrella, con un millón de colores y formas distintas mientras

desciende lentamente con la cuenta atrás.

«¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho!». Se me pone la piel de gallina, se me acelera el corazón y agarro a Andy de la mano.

«¡Siete! ¡Seis!». Me estrecha la mano y me lanza una sonrisa.

«¡Cinco! ¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno!».

El cielo estalla con una lluvia de fuegos artificiales de color azul, rojo, verde oro; un mar de confeti engulle a la multitud, que enloquece con unos gritos ensordecedores; todo el mundo salta, se abraza y se besa al son del *Auld Lang Syne*.

—¡Feliz Año Nuevo!

Un desconocido me da un fuerte abrazo y me río cuando una mujer con el pelo rosa le planta un beso en la mejilla a Andy, que sonrío bajo la lluvia de confeti.

De pronto empieza a sonar *New York, New York*, y doy un grito: Andy me agarra y nos ponemos a bailar en la calle, cantando a grito pelado. Me hace dar varias vueltas y no puedo reprimir la risa, aturdida por el ambiente festivo, la emoción contagiosa y la esperanza.

—¡Feliz Año Nuevo!

Andy sonrío y noto su aliento cálido en mi rostro.

Me atrae hacia sí y se me pone la piel de gallina al notar su tacto. Un nuevo año...

De repente toda la tensión y el estrés del último año —con mamá, Sarah y Kitty— parece algo muy, muy lejano. Como si estuviera en el otro extremo del mundo. Otra vida. A fin de cuentas, puedo ir a buscar a Kitty cuando quiera. No hay prisa.

Sin embargo, aquí estoy ahora, en una ciudad increíble, vibrante y estremecedora, a punto de empezar un año que promete ser fantástico y una aventura muy emocionante. Con Andy, que me mira del mismo modo en que me miraba no hace tanto...

—Feliz Año Nuevo. —Sonrío y me sumerjo en esos ojos azules tan brillantes y que tan bien conozco.

Y aunque estamos rodeados por un millón de desconocidos, en la ciudad más bulliciosa del país, en la noche más ruidosa y loca del año, de pronto somos las dos únicas personas del mundo.



La sensación dura toda la semana, tiempo que dedicamos a recorrer la ciudad, a explorar todo lo que puede ofrecernos: vamos de compras a Bloomingdale's y cruzamos a pie el puente de Brooklyn; desayunamos frente a Tiffany's y cenamos en la Quinta Avenida; vemos *Wicked* en Broadway y a los Knicks en el Madison Square Garden; visitamos museos de arte, historia y de ciencias, enviamos postales desde todos los lugares a los que vamos, hasta que al final, en nuestra última noche en Nueva York, solo queda un lugar al que no hemos ido.

Se me encoge el estómago mientras subimos más y más... Hasta que al final se abren las puertas y salgo corriendo fuera, al fresco aire de la noche, seguida de cerca

por Andy. Entonces, cuando estoy a punto de llegar al borde, me agarra de la cintura y me da la vuelta.

—¡He ganado! —exclama, me sujeta con un brazo y toca la barandilla con un gesto triunfal.

—¡Tramposo! —protesto, riendo y con la respiración entrecortada.

En ese momento, me quedo boquiabierta. Ahí está, la ciudad entera refulge a nuestros pies, hermosa e infinita. Me empapo de ella, me siento mareada, eufórica, en la cima del mundo. Es el final perfecto para una semana perfecta, como todas esas películas que acaban aquí: *Algo para recordar* y la película de Cary Grant favorita de la abuela, *Vivir para gozar*.

—Me siento como Meg Ryan —susurro, recreándome en la espectacular vista que refulge en la oscuridad.

—¿No como Naomi Watts? —pregunta Andy, con ojos brillantes—. ¿En *King Kong*?

Me levanta y suelto un grito. Mis risas rasgan el aire de la noche.

—Tú, gran gorila —me burlo, pero me hace callar con un beso dulce y delicado. En algún lugar suenan unas campanas.

—Feliz cumpleaños —susurra, me mira y saca una cajita de terciopelo negro. Lo miro, sorprendida.

—No es hasta mañana, tonto.

—Ah. —Sonríe—. Pero en casa ya es mañana.

Cuento las campanas. Son las siete de la tarde. Sonrío. En casa es medianoche. Tiene razón.

Abro la caja con cuidado y veo un precioso collar de piedra natal granate que había visto en una pequeña tienda del Village. Doy un grito ahogado.

—¡Andy!

—Feliz cumpleaños, Rosie. —Sonríe, me atrae hacia sí y me pone el collar con un gesto hábil. Le brillan los ojos—. Te quiero. —Me acaricia la cara y me mira fijamente—. Nunca he dejado de quererte.

Lo miro, emocionada y radiante de felicidad.

No me puedo creer que mi vida haya cambiado tan rápido y de forma tan espectacular. Hace unas semanas todo parecía deprimente, huero... Y sin embargo aquí estoy ahora, mi futuro rebosa entusiasmo, promesas, con Andy, mi Andy, el único chico al que he amado, en la cima del mundo. Literalmente.

—Yo también te quiero —susurro—. Siempre te he querido.

Me besa de nuevo. Sus labios suaves, su cuerpo cálido en contacto con el mío, la cabeza me da vueltas en algún lugar entre las estrellas, cuando por fin retomamos nuestra historia donde la dejamos esa noche de hace mucho tiempo, en la ciudad que nunca duerme...



El edificio del Empire State resplandece bajo la luz del sol mientras lo miro desde nuestra habitación de hotel en el piso cincuenta. El bullicio de la ciudad a nuestros pies. Perfecta, tal y como siempre la he imaginado.

Es un lugar repleto de magia, de historia: el Empire State, el puente de Brooklyn, el doloroso vacío que dejaron las Torres Gemelas. Es increíble, esta ciudad, con todas sus cicatrices y su dolor, no se detiene, no se recrea en su desgracia, no duerme, siquiera. Prospera, es bulliciosa y se precipita hacia las desorbitadas esperanzas y emoción del futuro; me siento arrastrada por su hechizo, de nuevo como una niña.

Pero no lo soy.

Inclino la mano y la luz se refleja en el anillo.

«Cásate conmigo —me dijo, e hincó una rodilla en medio de Central Park. Sus ojos refulgían bajo la luz del sol—. Te quiero. ¿Quieres casarte conmigo?».

Aún ahora me cuesta creerlo. Sonrío al mirar el anillo, que brilla como una promesa en mi dedo. Una promesa de amor, de un futuro tan radiante que todas las preocupaciones de mi pasado se desvanecen...

Cierro los ojos.

Ojalá pudieras ver este bebé, ojalá estuvieras aquí ahora, ojalá...

Respiro hondo, cierro los ojos con fuerza y al soplar las velas pido un deseo secreto y en silencio.

Miro el pastel. El aroma de la cera se entremezcla con el humo. Y, a pesar de que es muy poco probable, espero que mi deseo se haga realidad.

Feliz cumpleaños, Holly.

CAPÍTULO DIEZ

ABRO los ojos y por un momento no sé dónde estoy ni por qué me siento tan increíble e inexplicablemente feliz. Intento recordar con qué soñaba mientras mis ojos recorren la habitación desconocida, el televisor de pantalla plana y una alfombra roja de felpa hasta llegar a una enorme ventana. Fuera, los rascacielos relucen bajo el sol matinal, y el Empire State resplandece ante mí.

De repente lo recuerdo todo.

Una gran sonrisa me ilumina el rostro y me doy la vuelta.

—Buenos días. —Andy sonrío y sus ojos brillan iluminados por el sol; su pelo rubio, alborotado sobre la almohada, lo hace aún más atractivo—. ¿Qué tal estás?

Sonrío de oreja a oreja.

—De fábula.

—Estoy de acuerdo —susurra sin dejar de mirarme mientras me aparta el pelo de la cara—. Total y absolutamente.

Se me acelera el corazón cuando desliza la mano hasta la cintura, y con un movimiento rápido y suave me atrae hacia sí. Mi cuerpo se estremece al notar el roce de su piel.

—Feliz cumpleaños. —Me besa con dulzura, su boca cálida sobre la mía, y me deja sin aliento—. Entonces ¿crees que lo del hotel ha sido una buena idea?

—La mejor que has tenido —respondo, y me acurruco junto a él—. Aunque no puedo decir que haya dormido demasiado.

—Yo tampoco. —Admite Andy, que desliza los dedos por mi espalda y los enreda en mi melena—. Qué raro.

—Humm. ¿Quizás ha sido por las almohadas?

Me besa en el cuello.

—¿O por el colchón?

—¿O por las sábanas? —Le acaricio la espalda.

—Humm. ¿Quizá deberíamos quejarnos en recepción?

—Ah, yo no pienso quejarme.

Sonrío y entrelazo una pierna con la suya.

—¿No?

—Además, quizá nos hemos precipitado en nuestro juicio...

—Gran argumento. —Sonríe—. ¿Crees que deberíamos volver a someter a examen la habitación?

Me encojo de hombros.

—Me parece lo más justo.

Suelto un chillido cuando Andy me agarra y se pone encima de mí. Nunca había

sentido unas sábanas tan suaves, un colchón tan blando y unas almohadas tan mullidas.

No, no era un sueño...

—¡Washington, allá vamos! —Andy sonrío y me aprieta la mano mientras nos dirigimos hacia la estación. Casey se encuentra un poco más adelante—. Se acabaron los taxis amarillos, el Central Park, el Empire State...

—Oh... —me quejo.

—Pero —se apresura a decir, y me aprieta la mano con más fuerza— ¡en Washington tienen el monumento de Lincoln, el Pentágono y la Casa Blanca!

—¡Guau! —Sonrío.

—Y el Smithsonian, ¡el mayor complejo museístico del mundo!

—¡Mucho mejor!

Le lanzo una sonrisa. En realidad, me da igual adónde vayamos mientras estemos juntos. Solo los dos, como en el pasado. Mejor. Sonrío al pensar en el hotel. Andy y yo solos, viajando por fin alrededor del mundo, tal y como habíamos planeado. No se me ocurre una forma mejor de pasar mi cumpleaños.

La abuela no se podía creer que le hubiera enviado un mensaje desde la cima del Empire State. «¡Tendrías que haber ido el día de San Valentín! —me ha dicho cuando la he llamado esta mañana—. ¡Podrías haberte encontrado a Cary Grant!».

Le aprieto la mano a Andy. ¿Quién necesita a Cary Grant?

Me guiña un ojo.

—Adiós, Nueva York. Se acabaron las ridículas estatuas y los edificios minúsculos y lamentables...

—Se acabaron los desayunos escasos y el irse a la cama temprano... —añado, con una sonrisa.

Andy se ríe.

—Se acabaron los pósteres horteras de las obras de teatro de Broadway, los taxis apestosos... ¡Eh! —exclama Andy, agitando las piernas, cuando Casey lo coge, se lo echa al hombro y se pone a correr por la estación.

Me río al verlos haciendo el payaso y me fijo en un póster, *Sueño de una noche de verano*, una versión horrible, a juzgar por el aspecto que tiene. El tipo que interpreta a Oberón parece un drogadicto, y la mujer...

Me quedo paralizada. No puede ser.

Los ojos verdes de Kitty se cruzan con los míos. No me lo puedo creer... Es ella. Aquí. En Nueva York... El corazón me late con fuerza mientras me fijo detenidamente en el póster. La obra ha estado en cartel durante toda la semana y acaba esta noche. Ha estado aquí toda la semana...

Y ahora nos vamos...

—«Interpretada por Kitty Clare, actriz protagonista de *Rico o pobre*. —Lee

Casey, que se estremece—. Gracias a Dios que Lola no se ha enterado... ¡Es su actriz favorita! —Sonríe y me da un fuerte abrazo—. Me alegro de haberte conocido».

—Ah, sí, sí, yo también.

Nos despedimos y sigo a Andy, aturdida, hacia la máquina de validación de los billetes.

¿Cómo es posible? ¿Cómo puede haber sucedido? Me siento mareada.

—Andy...

—¿Humm? —murmura, mientras mira los paneles de información—. Andén tres.

—Andy. —Me detengo en seco—. No... No puedo hacerlo. No puedo irme de Nueva York.

Sonríe.

—Han sido unos días fantásticos, ¿verdad? —Me besa en la nariz—. ¡Pero espera a ver todo lo demás!

—No. —Lo agarro de la mano y lo obligo a pararse—. No, no lo entiendes.

Arruga la frente.

—¿Qué?

—Andy. —Lo miro con tristeza—. No puedo ir contigo. Ahora no.

—¿Qué? —Me mira. Sus ojos azules reflejan una gran confusión—. Pero... ¿por qué?

Suspiro. ¿Cómo se lo puedo contar?

—¿Qué pasa, Rosie?

—Yo... —Respiro hondo, intentando encontrar las palabras.

—¿Es por nosotros? —pregunta seriamente, mirándome a los ojos—. Es por lo de anoche, ¿verdad? No deberíamos... No debería haberte... Fue demasiado, demasiado precipitado. Lo siento mucho, yo...

—No, no... ¡No tiene nada que ver con eso! —Le doy un beso—. Eres increíble... Y lo que sucedió anoche también lo fue. —Le aprieto las manos—. Y lo de esta mañana.

—Entonces ¿qué te pasa? —Andy mira el reloj—. ¿No podemos hablar de ello en el tren? No tenemos mucho tiempo.

—Lo sé, pero...

«Pasajeros del tren Vermonter setecientos cinco, con destino a Washington DC, embarquen en el andén tres», anuncia una voz masculina por la megafonía.

Miro a Andy.

—Es mejor que te vayas —suspiro, y me vuelvo.

—¡Rosie! —Agarra mi bolsa de mano con tanta fuerza que se abre y se cae todo al suelo.

—Oh, Dios, lo siento. —Empieza a recoger mis cosas.

—Es mejor que te vayas —digo de nuevo, mientras recojo la bolsa—. Perderás el tren.

—No me voy sin ti.

—No puedo, Andy...

—No voy a dejar que me lo hagas otra vez. —Me mira fijamente—. ¿Qué pasa? ¿Qué te sucede? Cuéntamelo.

—Es...

De pronto veo la fotografía de Kitty, que ha caído de la bolsa. Suspiro y se la doy.

—No lo entiendo —dice—. ¿Quién es Kitty Clare? ¿Una actriz?

Asiento y trago saliva.

—Es Katharine Sinclare.

—¿Katharine qué? —Andy me mira a mí, luego la foto—. No te entien... —Se le desentaja el rostro.

—Es ella, Andy, está aquí...

—No. —Me interrumpe y que niega con la cabeza. Mira la fotografía y se le crispa el rostro—. ¿Has venido... por esto? —Me fulmina con la mirada—. ¡Claro que sí! —Se vuelve, furioso—. ¡Qué estúpido soy!

Le cojo la mano.

—¡No eres estúpido!

—¡Sí que lo soy! —Aparta la mano con un gesto brusco—. Creía que tú... que nosotros... —Aprieta los dientes—. Da igual lo que yo creyera. Está claro que me equivoqué. —Se vuelve.

—¡Espera, Andy!

—Tengo que coger un tren.

—¡Andy!

—Adiós, Rosie. Espero que encuentres lo que estás buscando.

—Por favor, Andy...

Cruza el tornio que da acceso al andén.

—¡Andy!

Veo cómo desaparece lentamente entre la multitud. Siento un desgarramiento en mi interior que me parte en dos: por un lado quiero correr tras él, explicarle lo que ha pasado... pero por algún motivo me siento paralizada.

«Tengo que hacerlo —me digo a mí misma mientras parpadeo con fuerza y me obligo a dar la vuelta, con un gran dolor en el pecho—. He venido para esto; es el motivo por el que decidí venir con Andy».

Entonces ¿por qué siento este dolor tan grande?



Tardo una eternidad en encontrar el teatro. No está en la calle principal de Broadway, sino escondido en un callejón, frente a un McDonald's. Cruzo los dedos, me acerco a la taquilla y lanzo un suspiro de alivio cuando por fin tomo asiento junto a un grupo de adolescentes, que no paran de hablar y reír, pasándose fotos de Kitty, mientras una joven pareja sentada delante comparte un programa, con las cabezas inclinadas mientras susurran y se besan.

Siento una punzada en el estómago y aparto la mirada. Parpadeo rápidamente y entonces se apagan las luces y empieza a alzarse el telón.

Las primeras escenas se convierten en un recuerdo vago en el que asisto a disputas corteses y peleas de amantes, esperando a que aparezca ella. Entonces, de repente, ahí está, un torbellino de gasa fina, rodeada por hadas resplandecientes, y todo lo demás se desvanece.

Es ella. Es ella de verdad. Ahí, en vivo y en el escenario ante mí, a unos pocos metros. Kitty Clare, Katharine Sinclair, mi madre, deslizándose sobre las tablas. Su pelo negro brilla bajo los focos, su voz melodiosa resuena en el auditorio. La observo embelesada, me empapo del momento, prendada de cada movimiento, cada palabra, cada emoción (cuando llora, sonrío, frunce el ceño). La grabo en mi mente.

Por fin, baja el telón; no puedo respirar aún. Abandono el patio de butacas, bajo las escaleras, atravieso el vestíbulo y salgo a la lluvia, cargando con la voluminosa mochila mientras me abro paso en la calle oscura y bulliciosa, en dirección a la salida de los artistas. Cuando llego ya se ha congregado una muchedumbre y me pongo de puntillas, estirando el cuello, para intentar ver mejor.

De pronto, mil *flashes* se disparan cuando le abre la puerta, ¡y ahí está!

Un guardaespaldas corpulento sujeta un paraguas sobre su melena negra lisa y brillante mientras ella saluda a la gente sin dejar de sonreír.

Las chicas se vuelven locas, chillan, saltan y dan empujones, le tienden fotografías y le suplican autógrafos.

—¡Hola a todos! —dice Kitty con un claro acento inglés—. ¡Muchas gracias por venir! ¡Te echaré de menos, Nueva York! —Lanza un beso.

—¡Te echaremos de menos, Kitty! —grita una chica detrás de mí—. ¡Kitty, te queremos!

Kitty sonrío, la saluda y, durante un fugaz instante, me mira a los ojos. Se me detiene el corazón.

—Kitty...

—¡Kitty! —grita la multitud cuando empieza a bajar los escalones.

Todo el mundo empuja y da codazos para intentar acercarse a ella.

—¡Kitty! —grito, al verla pasar, perdida en la multitud—. ¡Kitty!

Sonríe y pasa de largo, en dirección a una limusina que la espera.

—¡Gracias, gracias a todos! —dice y se despide con un leve gesto de la mano—. ¡Y buenas noches!

—¡Kitty! —La multitud se precipita hacia la limusina.

—¡Kitty! —grito—. ¡No! ¡Espera, Kitty!

La puerta del coche se cierra con fuerza.

Me abro paso entre la muchedumbre y agarro al guardia de seguridad por la manga.

—¡Por favor! —le suplico—. ¡Tengo que hablar con ella! Soy...

—Su mayor fan, sí, ya lo sé —dice, pero no me hace caso y se sube en el asiento

delantero.

—¡No! Soy... ¡Eh!

Alguien tira de mí hacia atrás mientras la multitud se abalanza sobre el coche.

—Soy... Soy su hija... —murmuro, abatida, cuando la limusina arranca y desaparece en el torrente de tráfico que circula de noche.

Observo la escena con impotencia hasta que solo quedo yo. Llueve con ganas.

Me siento en la acera.

No me puedo creer que la haya encontrado. He estado tan cerca de ella que casi la podía tocar, pero ahora ya no está. Siento una punzada en el pecho y me abrazo las rodillas.

La he perdido.

Un taxi se detiene y toca la bocina, pero niego con la cabeza.

¿Adónde voy a ir?

No puedo volver a casa de Casey y no puedo ir a Washington con Andy.

Andy...

Cierro los ojos y rompo a llorar. Hace unas horas era la persona más feliz del mundo, pero lo he echado todo por la borda por culpa de un sueño, una fantasía. Miro la fotografía de Kitty, manchada y sucia por la lluvia. La he encontrado, su fama me ha permitido encontrarla con facilidad, pero al mismo tiempo me ha impedido acercarme a ella. Nunca lo conseguiré. Ya no. Se ha ido.

El taxi hace sonar la bocina de nuevo y niego con la cabeza de forma más insistente. Me froto los ojos. Hace sonar el claxon de nuevo y me pongo en pie, enfadada.

Se abre la puerta del taxi y baja un chico.

Le lanzo una mirada fugaz, y vuelvo a mirarlo, con incredulidad, mientras se dirige hacia mí, con las manos metidas en los bolsillos.

—Eh —dice Andy—, me alegra encontrarte aquí.



—¡Se aloja en el Ritz! —Lola se vuelve en el asiento—. ¡Lo he leído en *TV Extra*! ¡Qué emocionante es todo esto! —exclama—. ¡¿Por qué no nos dijiste que tu madre era Kitty Clare?!

Miro a Andy, que aparta la mirada; la cabeza aún me da vueltas.

Lola mira a Andy, luego a mí, entonces se da la vuelta y cierra la mampara.

Permanecemos en silencio durante un rato. Las luces de la ciudad se deslizan por el espacio que hay entre nosotros.

—Andy, yo...

—¿Algo de lo que ha pasado era real? —Me interrumpe sin alzar la voz y sin apartar la mirada de su regazo—. Lo que sucedió anoche... Todo lo que ha sucedido durante esta semana, ¿ha sido real? ¿O tan solo formaba... parte de una especie de plan para tenerme contento mientras no la encontrabas?

—¡No! —me apresuro a responder—. No, Andy, todo ha sido real, todo. ¡Ha sido la mejor semana de mi vida!

No levanta la mirada.

Dudo.

—O sea, sí, venir a Estados Unidos me parecía la forma ideal de encontrar a Kitty, pero todo lo que ha sucedido desde que... —Lo miro con sinceridad. Me muero de ganas de abrazarlo, besarlo, de demostrarle que hablo en serio—. ¡Han pasado muchas más cosas de las que podía esperar!

Por fin alza la vista y me mira, inseguro.

—Se suponía que ni tan siquiera estaba en Nueva York. Yo creía que se encontraba en Los Ángeles, que tendría tiempo suficiente para contártelo todo, para explicártelo. Pero entonces vi el cartel y... —Dejo la frase a medias—. Es mi madre, Andy, y estaba muy cerca. Si no lo hubiera intentado, si... —Suspiro—. Lo siento mucho.

Asiente en silencio.

—Creía que habías subido al tren —digo, con voz suave.

—Y me subí. —Admite—. Estaba sentado en el vagón, solo, consumido por la sensación de *déjà vu*; no me podía creer que me hubieras dejado tirado otra vez, que me hubieras ocultado cosas, que me hubieras mentido.

Cierro los ojos.

Andy suspira.

—Entonces recordé por qué lo hiciste la última vez, recordé que tenías un buen motivo.

Lo miro.

—Andy.

—Y aunque no me vuelve loco la idea de que me utilicen ni me mientan, tú sí que me vuelves loco, Rosie Kenning. —Me aprieta la mano y se me saltan las lágrimas—. Y quiero estar a tu lado. Sabes que puedes confiar en mí.

Asiento.

—Lo sé.

Suspira.

—¿Por qué no me lo contaste?

—No lo sé. —Me encojo de hombros, compungida—. Te oponías a la idea. Creía que te enfadarías conmigo, que lo echarías todo a perder, y lo único que yo quería era encontrarla, verla. —Suspiro y no aparto la mirada del regazo. Se me hace un nudo en la garganta—. Pero no ha servido de nada, ¿verdad? Esto se ha acabado.

Andy me mira un instante y niega con la cabeza.

—No, ni hablar de ello.

Lo miro.

—¿Qué?

—Si has venido hasta aquí para encontrarla, si tanto significa para ti, no pienso

dejar que te rindas ahora.

—Pero... Es imposible, jamás podré acercarme a ella. No la viste, está rodeada de guardias de seguridad...

—Bueno. —Andy me guiña un ojo—. Ahí es donde entra en juego nuestro plan maestro.



—Cariño. —Mira el reloj por enésima vez—. ¿Estás lista? ¡Vamos a llegar muy tarde si no salimos ya!

—Mi querido prometido. —Sonrío, la palabra me produce un cosquilleo divino en la lengua—. Tenemos tiempo de sobra. Tú busca un taxi, yo solo quiero cambiarme.

Me quito el vestido por la cabeza y noto al instante que me abraza por la cintura.

—No cambies nunca. —Sonríe y me mira fijamente—. Eres preciosa, ¿te lo había dicho alguna vez?

Me río.

—Una o dos.

—Pareces... —Me besa el cuello, el hombro—. Una estrella de cine.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Cariño... —murmuro—. ¿Y el taxi?

—¡Pero has dicho que teníamos mucho tiempo! —se queja y me besa el brazo y el dedo anular.

—Es cierto. —Sonrío—. Tenemos el resto de nuestras vidas.

—El resto de nuestras vidas. —Sonríe de oreja a oreja—. Solos tú y yo.

CAPÍTULO ONCE

—ESTO no funcionará jamás. —Gruño, mientras camino con la bandeja de plata por el pasillo del hotel sin que se caiga la tapa.

—No funcionará si te rindes —me dice Andy—. ¡Venga, tienes que haber heredado parte del talento interpretativo de Kitty! Siguiendo habitación.

Gruño y me detengo junto a la puerta.

—¡Servicio de habitaciones! —canturreo por enésima vez.

Me abre la puerta un hombre de mediana edad, con una barriga prominente que le cuelga sobre los bóxers.

Le dedico una falsa sonrisa.

—¿Servicio de habitaciones?

—No he pedido nada. —Gruño—. ¿Qué...?

—¡Lo siento, nos hemos equivocado de habitación! —lo interrumpe Andy, que me arrastra por el pasillo mientras tiro de la diminuta falda negra hacia abajo para taparme el trasero.

—¡Me siento ridícula! —murmuro—. ¡Además, llevo uniforme de camarera, no de servicio de habitaciones!

—Bueno, es lo único que tenía Lola. —Andy sonrío—. Y es muy mono.

Lo fulmino con la mirada.

—Ni tan siquiera sabemos en qué habitación está —me lamento—. No ha pedido el servicio de habitaciones, pero ¿y si resulta que otra persona sí lo ha hecho? ¡Solo tenemos bombones!

—¿A quién no le gustan los bombones? —Andy sonrío—. Venga, siguiente habitación.

Según el plan maestro de Lola, tomado de una de sus telecomedias favoritas, ella tenía que realizar una maniobra de distracción en el vestíbulo del hotel «fingiendo» ser una fan chalada, para que Andy y yo pudiéramos colarnos y cambiarnos en los lavabos. Ahora, empezando por el último piso del hotel, vamos llamando a todas las puertas. Yo llevo la bandeja de plata de Lola y la idea es hacernos pasar por el servicio de habitaciones hasta que demos con Kitty. Ya hemos recorrido dos pisos, pero aún no hay ni rastro de ella.

La siguiente puerta se abre casi de inmediato. Un hombre inmenso y trajeado me fulmina con la mirada. Su enorme cuerpo ocupa todo el hueco de la puerta.

—¿Sí? —Gruño.

—Hum, ¿servicio de habitaciones? —pregunto tímidamente.

—¡Típico! —Aparece otro hombre y el increíble Hulk se hace a un lado—. ¿Puedes encargarte de las maletas, Stan? Típico de ella: pedir el servicio de

habitaciones en el último momento. ¡Nos vamos a ir! Creo que se ha enamorado de tu ciudad. —Me guiña un ojo y su sonrisa cálida hace que me sonroje—. Entra, por favor. Y dile que he ido a ver qué demonios le ha sucedido a nuestro taxi, ¿de acuerdo?

—Esto... ¡Sí, claro! —respondo mientras veo cómo se aleja por el pasillo, seguido por Hulk, que carga con las pesadas maletas.

—Oh. ¡Dios mío! —murmuro, y me vuelvo hacia Andy—. ¡Era Luke Reynolds!

—¿Quién? —Arruga la frente.

—El compañero de serie de Kitty... ¡Están prometidos!

—Bueno, entonces, hemos encontrado la habitación, ¿no? ¡Venga! —Me empuja al interior.

—¡Oh, Dios mío!

Me detengo en la entrada y me quedo boquiabierta al ver la chimenea de mármol, el fuego encendido, los candelabros de plata, los preciosos ramos de flores y la lujosa y mullida alfombra que hay en el suelo de la habitación. Es totalmente increíble... Y muy distinto de la casa adosada de sus padres en Bramberley.

—¿Has olvidado algo, cariño? —Kitty sale del baño de la *suite*.

Me la quedo mirando con la respiración entrecortada. Aquí está, delante de mí, en carne y hueso. Su melena negra se mece en el aire cuando se detiene y me mira fijamente con sus ojos verdes.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta con una voz que mezcla el acento nasal norteamericano y las vocales redondeadas del inglés británico.

—Yo, hum, esto... —Miro la bandeja que llevo en las manos—. ¡Servicio de habitaciones!

Arruga la frente.

—No he pedido nada... —Levanta la tapa, sorprendida—. ¡¿Bombones?! No como bombones.

—Oh, lo siento. Yo...

—Bien sabe él que no los pruebo. —De pronto sonrío—. Cuánto quiero a ese hombre. Le encanta mimarme. —Me guiña un ojo y se lleva uno a la boca—. ¿Adónde ha ido, por cierto?

—Esto...

—Ha bajado a buscar un taxi, señora. —Me interrumpe Andy, que agacha la cabeza y cierra la puerta tras entrar en el recibidor de la habitación.

—He encontrado al hombre perfecto, ¿verdad? —Sonrío—. Bueno, dejadme que os dé una generosa propina. —Coge el bolso, pero una diminuta arruga se dibuja en su rostro—. ¿Te conozco?

—Yo...

Me quedo sin habla y con un gesto de impotencia y un nudo en el estómago. ¿Es posible? ¿Es posible que me haya reconocido...?

—¡Ah, ya lo sé! —Me señala con un dedo—. Estabas en la función de esta tarde,

¿verdad? ¿Una mochila grande y sin paraguas? —Sonríe.

Asiento rápidamente.

—¿Y bien? —pregunta con entusiasmo—. ¿Te ha gustado? Nunca me fío de los críticos.

—Creo que ha sido maravilloso —respondo.

Me dedica una gran sonrisa.

—¿Un cigarrillo? —Me ofrece y abre una cajetilla.

—No, gracias.

Se sienta en el sillón. Es muy joven y muy guapa.

—En realidad no sois del servicio de habitaciones, ¿verdad? —pregunta de repente—. A menos que el Ritz haya cambiado el uniforme desde esta mañana.

Me sonrojo.

—Y los bombones... ¿también son tuyos?

—Yo... —Me cuesta respirar—. Lo siento mucho...

—¡Tranquila! —Se ríe—. En mi época yo también hice locuras para conocer a estrellas, créeme. Y gracias, son deliciosos. —Sonríe—. Bueno, ¿qué puedo hacer por ti? —pregunta mientras se lleva el cigarrillo a los labios y busca un encendedor—. ¿Un autógrafo? ¿Una fotografía? Me temo que no tengo mucho tiempo. No creo que tarde en llegar el taxi que me llevará al aeropuerto. Me voy a disfrutar del sol de Las Vegas.

Sonríe, expectante.

El nudo del estómago no para de crecer. Es ahora o nunca.

—Me llamo Rosie. —Trago saliva—. Rosie Kenning.

—Encantada de conocerte, Rosie.

—Y soy... —Respiro hondo. Me arden las mejillas—. Soy tu hija.

Levanta la cabeza con un rápido gesto.

La miro atemorizada, como un conejo paralizado ante los focos de un coche, no me atrevo a respirar. No me puedo creer lo que acabo de hacer... ¡Se lo he soltado así, sin más!

Me mira fijamente durante unos instantes. El corazón me late con fuerza. Ha llegado el momento de la verdad.

Entonces sonrío e inclina la cabeza hacia un lado.

—No sabía que tenía una hija.

Exhala el humo con serenidad.

—Lo sé —digo, sin apenas respirar—. Lo siento, yo...

—Ah, no te preocupes, siempre soy la última en enterarme —dice y agita el cigarrillo con la mano—. Normalmente me entregan un guión y luego «¡Acción!». Está bien saberlo con un poco de antelación para variar.

Arrugo la frente, confundida.

—De hecho, Janine lleva tiempo diciendo que tendría que aparecer un niño en la serie, que tengo que cambiar de imagen para no perder la frescura. —Niega con la

cabeza—. No para de decir que necesito un gancho, ya sabes, para atraer la imaginación del público, el interés de los medios de comunicación, para potenciar mi imagen...

—No —la interrumpo—. Soy...

—Qué curioso, tenía que interpretar el papel de Maria en la nueva versión de *Sonrisas y lágrimas*, pero me dijeron que no era una estrella, a pesar de que llevo ocho años trabajando en la televisión en horario de máxima audiencia, ¡y que no resultaría creíble como monja maternal después de *Rico o pobre!* En lugar de eso me ofrecieron el papel de la baronesa, ¡la baronesa! Pues se van a enterar, ¿eh? Se van a enterar de lo maternal que puedo ser.

Sonríe y me mira de arriba abajo.

—Debo decir que han hecho un buen trabajo. Pelo negro, ojos verdes... ¡Hasta eres británica! —Se inclina hacia delante—. ¿O es que sabes imitar muy bien el acento?

—No, lo soy.

—Vaya, estoy muy impresionada. —Sonríe y se reclina en el sillón sin dejar de mirarme—. Aunque eres un poco mayor, ¿no?

—¿Perdón?

—Bueno, seguro que podrían darte un aspecto más joven con el maquillaje adecuado, pero ¿cuántos años tienes, diecisiete? ¿Dieciocho?

—Dieciocho.

—¡A eso me refería! No soy lo bastante mayor para...

—Tienes treinta y cinco años.

Se atraganta con el humo del cigarrillo.

—¡Eres una descarada!

—Tengo dieciocho años —repito—. En realidad, los cumpla hoy. Es mi cumpleaños.

—Pues felicidades, pero eso no es excusa para que...

—Y hace dieciocho años, cuando tenías diecisiete... —Respiro hondo, aprovechando la oportunidad—, me diste a luz.

Me mira fijamente y tose.

—¿Qué?

La miro, expectante.

—En Inglaterra.

Clava los ojos en mí durante un buen rato, entonces se ríe, se pone en pie y se abraza a sí misma.

—Vaya, eres buena, debo admitirlo... ¡Incluso tienes tu propia historia! El estudio debe de haberse involucrado al máximo, aunque no entiendo por qué no me lo han dicho antes, es decir...

—¡No tiene nada que ver con el estudio! —La interrumpo con un grito—. ¡No soy una actriz! Soy real. ¡Soy tu hija de verdad!

Se pone blanca como la cera y se me queda mirando.

—¿Stan...?

—Escúchame, por favor...

—No sé qué quieres, pero...

—Me diste a luz en el hospital de St. Anne, en Maybridge.

—No creo...

—Huiste después de que naciera...

—Mira —dice de repente y se vuelve hacia mí—. Cariño, estoy segura de que eres una gran persona y espero que encuentres a tu madre, de verdad, pero has dado con la mujer equivocada.

—Era una noche de tormenta y...

—Rosie. —Me corta—, mira, no sé con quién has hablado, pero...

—Con tu madre.

—¿Qué? —Me mira fijamente.

—He hablado con tu madre, Pam Sinclare. —Le aguanto la mirada—. Mi abuela. Me mira, estupefacta.

—Así fue como te encontré. Me dijo que siempre habías querido ser actriz, que viniste a Estados Unidos cuando tenías diecisiete años. Pero no sabe el verdadero motivo por el que te fuiste de casa, ¿verdad?

—Yo...

—No sabe que acababas de tener un bebé, que estabas asustada, que huiste.

—Escúchame...

—Pero después de que huyeras, Kitty, se produjo un error...

—¡Por supuesto que ha habido un error! —grita, mientras se dirige a la puerta dando grandes zancadas y la abre—. Stan siempre me dice... ¡¿Stan?!

—Kitty —le suplico—. Por favor.

—Rosie... —Entra Andy.

—¿Y quién demonios eres tú? —pregunta ella.

—¡Kitty, soy tu hija!

—¡No tengo una hija! —Se vuelve hacia mí, con los ojos encendidos—. ¡Ahora, por favor, iros los dos!

—No. Kitty...

—¡Stan! —lo llama de nuevo—. ¡Stan!

—Rosie —murmura Andy—. ¿Estás segura de esto?

—¡Sí! —Escapo de él—. Kit...

Andy me agarra del brazo con fuerza.

—¿Estás convencida de verdad?

Lo miro.

Baja la voz.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si no es ella?

—¿Qué?

Lo miro. Tiene que ser ella.

¿No?

Miro a Kitty, que está marcando un número en el teléfono del hotel. Es igual que yo, tiene el mismo pelo, los mismos ojos... La edad adecuada. Tuvo una hija llamada Holly Woods... Me quedo sin respiración.

¿No...?

Sinclare... Había varias en el registro. El hecho de que Kitty viviera en la zona no significa por fuerza que...

Trago saliva.

«Mi madre había huido de casa... podría haber venido de cualquier parte para dar a luz en secreto».

Siento un escalofrío. Pam no mencionó un bebé ni un embarazo en ningún momento... Supuse que se debía a que Kitty lo había mantenido en secreto, pero y si...

Miro fijamente a Kitty, que agarra el auricular del teléfono.

—¿Seguridad?

«¿Y si no hubo ningún bebé?».

El corazón me late con fuerza y siento una punzada de dolor.

«¿Y si resulta que simplemente se fue, tal y como dijo Pam, para hacer realidad su sueño?».

Estaba tan segura. Tanto... Pero ¿y si todo ha sido un gran error? ¿Y si es la Sinclair equivocada?

—Rosie —dice Andy con delicadeza, y me pone un brazo sobre el hombro—. Quizá deberíamos irnos.

Miro fijamente a Kitty y las dudas me clavan sus garras heladas.

«No es ella... ¡Después de todo lo que me he esforzado resulta que ni tan siquiera es ella!».

—Venga, Rose. —Andy me conduce hacia la puerta y la habitación me da vueltas a toda velocidad.

Estaba convencida del todo. He cruzado el océano, he dejado a mi abuela en Inglaterra, le he mentado a Andy... Y todo para nada. Me he equivocado de pleno, absolutamente... «No es mi madre. No soy su hija, no...».

—Espera... —Me detengo en la puerta, es la última oportunidad que tengo—. Holly Woods. —Me vuelvo hacia Kitty con desesperación—. Kitty, soy Holly Woods.

Me mira durante un segundo, sus ojos verdes abiertos de par en par. Cuelga el teléfono, temblando.

—¿Quién te ha enviado? —susurra, con la respiración entrecortada, blanca como la cera—. ¿Te envía Jack?

—¡No me envía nadie! —insisto.

El corazón me late desbocado.

—¿Qué quiere? ¿Dinero?

—No, Kitty, no lo entiendes.

—¡No, eres tú quien no lo entiende! —grita, con los ojos desorbitados, sin apartarlos de mí—. ¡No tengo ninguna hija!

Sus palabras me duelen como una puñalada. La miro fijamente. Está pálida y no para de temblar.

—¿Qué pasa?

Me vuelvo y veo a Luke en la puerta.

Kitty lo mira. Una expresión de pánico se dibuja fugazmente en su rostro. Entonces desaparece.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclama, y corre junto a él—. Oh, cariño, se han colado en la habitación, son unos acosadores, ¡no quieren irse!

¿Acosadores?

Luke saca el teléfono y marca un número.

—¿Policía?

—Nos vamos —insiste Andy, que me coge del brazo.

—Pero... —Miro a Kitty, impotente—. Espera...

—Oh, cariño, estaba muy asustada... ¡La chica no ha parado de decir cosas sin sentido!

Me quedo boquiabierta.

—No pasa nada, cielo, ya se van.

Luke cuelga el teléfono y abraza a Kitty, que me mira.

—Venga. —Andy me arrastra por el pasillo. Todo me da vueltas.

¿Cosas sin sentido?

Me ha reconocido, ¡sabe que digo la verdad!

Me apoyo en el espejo del ascensor, el cristal frío y duro en contacto con mi frente mientras bajamos, y luego Andy me saca a la calle, donde las luces del hotel se reflejan en la acera mojada y el viento gélido me azota las mejillas.

—Dios, Rosie, ¡estás temblando! ¿Y tu ropa? ¿Se ha quedado dentro?

Me encojo de hombros. Estoy temblando sin control. Pero no noto frío. No noto nada.

—Espera aquí, voy a buscarla.

Aturdida y ausente, miro la gente que llena la calle, una imagen borrosa de color y movimiento.

No me lo puedo creer. La he encontrado. He encontrado a mi madre real... y me ha echado. Me apoyo en la pared, no paro de darle vueltas en la cabeza a la conversación que he mantenido con ella: la sorpresa, la ira, la negación, el reconocimiento. Su mirada cuando he mencionado el nombre de Holly Woods, ese nombre inusual que me puso antes de huir...

De pronto caigo en la cuenta y me siento como si me hubieran dado un fuerte puñetazo en el estómago.

Kitty huyó. De mí. Por eso me dio un nombre inventado. No me quería, nunca me quiso, iba a entregarme en adopción. Andy tenía razón, ella tomó una decisión. No hubo ningún error, ni arrepentimiento. Su voz resuena en mis oídos de forma dolorosa: «¡No tengo ninguna hija!». Nunca quiso tener un bebé, y ahora, en lo que a ella respecta, no dio a luz a uno.

Una forma amarilla aparece ante mí. Un taxi. Casey. Intento caminar hacia él, me apoyo en la pared para no perder el equilibrio mientras el taxista se dirige al hotel. Pero no es Casey. Pasa de largo, abre una de las pesadas puertas de cristal del hotel y una pareja sale corriendo; los tacones de ella resuenan en la acera. Se vuelve, se aparta el flequillo negro de los ojos al entrar en el coche, y yo me oculto en las sombras cuando el taxi se pone en marcha y desaparece en la marea de tráfico.

Ahí va. Mi madre. Fuera de mi vida para siempre, tal y como ella quería...

—¡Toma! —Andy sale corriendo—. Venga, llueve a cántaros.

Me envuelve con mi abrigo y me abraza. La lluvia arrecia. Esquivamos a los demás peatones y los charcos hasta que encontramos el taxi de Casey.

—¿Está bien? —pregunta Lola con un susurro cuando me dejo caer en el cálido asiento trasero.

—Creo que está en estado de *shock* —dice Andy en voz baja y cierra la puerta—. No ha ido muy bien.

—Oh, no —suspira Lola—. Lo siento mucho. Toma, Rosie, cielo, toma un trago.

Pasa una botella a través de la mampara de seguridad y Andy me la pone en las manos.

Levanto la botella y el suave líquido se desliza por mi garganta.

—Buena chica. —Lola sonrío y Andy me besa en la frente.

—Bueno. —Casey arranca el coche—. ¿Adónde vamos?

—¿Rosie? —pregunta Andy con dulzura y con una voz que parece que está a un millón de kilómetros de distancia.

—A donde sea —murmuro—, mientras no nos quedemos aquí.

Apoyo la cabeza en la ventanilla fría y noto que me pesan los párpados mientras observo las gotas que corren por el cristal y que cambian de color mientras al deslizarse hacia abajo, difuminando el mundo exterior cuando nos ponemos en marcha y dejamos muy, muy, muy atrás el hotel, mi madre y todas mis esperanzas. Para siempre.

«Adiós, Kitty Clare».

Suspiro.

«Adiós, Holly Woods».



Veo las gotas de lluvia que surcan la ventanilla mientras las luces de la ciudad pasan fugazmente, intentando no hacer caso de la sensación de mareo que siento.

Jugueteo con el anillo, nuevo y extraño en el dedo, que me pesa en la conciencia.

Pienso en la fotografía que llevo en el bolso, en mi nueva vida, mi nuevo prometido, mi secreto...

—¿Cariño? —Me vuelvo hacia él, pero ya duerme, con la cabeza inclinada sobre el asiento.

Le acaricio la mejilla. Parece muy feliz, muy tranquilo.

Miro de nuevo el anillo, que brilla en el dedo, y lo beso con ternura.

«Adiós, Holly Woods», suspiro.

Hola, futuro.

CAPÍTULO DOCE

ME despierto de golpe de repente, sobresaltada y desorientada. La cálida luz del sol me ilumina la cara y estoy tapada con una manta en el asiento trasero de un taxi vacío.

Me duele el cuello cuando intento estirarme para ver por la ventanilla... el océano. ¿El océano? ¡¿Dónde estoy?!

¡Pom! ¡Pom! ¡Pom!

Me vuelvo y veo a Andy fuera, en la ventana opuesta, cargado de bolsas, y con una flor en los dientes. Me estiro y abro la puerta.

—Me temo que no es una rosa, pero es lo único que he podido encontrar con tan poca antelación. —Sonríe, deja las bolsas y me tiende la flor—. Feliz cumpleaños.

—¿Qué?

Sonrío, confundida, y acaricio los pétalos delicados y aterciopelados. Mi estómago ruge en cuanto huelo el delicioso aroma de café que inunda el taxi.

—¡Feliz cumpleaños! —repite Andy, que mete la mano en una bolsa y me da una taza de poliestireno y una magdalena—. Como el día de ayer no fue demasiado bien para ser tu cumpleaños...

—¿De verdad? —suspiro.

—He decidido que deberíamos volver a celebrarlo. Y esta vez en condiciones.

—¿Por eso me he despertado en un taxi en mitad de la nada? —Sonrío y miro hacia el mar azul pálido y las gaviotas que vuelan sobre nosotros.

—Venga. —Sonríe y coge su café—. Los mejores cumpleaños empiezan despertándote en un taxi en mitad de la nada. —Me guiña un ojo—. ¡Bienvenida a Plymouth!

—¿Plymouth? —Miro por la ventanilla—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

Andy se ríe.

—Plymouth, Massachusetts, Nueva Inglaterra. Aunque me sorprende que hayas dormido toda la noche, sobre todo en un coche. Debes de estar destrozada.

—Sí. —Tomo un sorbo de café—. Destrozada.

—Lo siento mucho, Rose —dice Andy con voz suave—. Nunca pensé que Kitty fuera a pensar así.

—Suspiro.

—Lo que no te mata... Eso dicen, ¿no? —Esbozo una sonrisa.

—Así es. —Suspira—. Ella es quien se lo pierde, ¿vale?

Lo miro y se me hace un nudo en la garganta.

—Gracias. —Respiro hondo—. Lo único que quiero es olvidar lo sucedido.

—Claro —dice—. Y eso es lo que vamos a hacer hoy. Es un nuevo comienzo.

Casey y Lola han salido a dar una vuelta, así que me temo que vamos a pasar la mañana solos... tú, yo, la playa y el mar. —Sonríe.

—Perfecto —digo con una gran sonrisa.

—Casi perfecto —dice.

Entonces saca una vela del bolsillo y la clava en la magdalena.

Sonríe mientras la enciende, el calor de la llama se extiende por todo mi cuerpo y ahuyenta las sombras de ayer, de los últimos dieciocho años.

—Pide un deseo —dice Andy. Sus ojos brillan a la luz de la vela.

Respiro hondo, cierro los ojos y la apago.



Nueva Inglaterra es el antídoto perfecto para Nueva York. Tranquilo y plácido, con sus antiguas cercas que rodean los jardines de unas bonitas casas de madera, parece un lugar aislado del mundo y de todas sus preocupaciones y problemas. A mamá le habría encantado.

Dedicamos la mañana a pasear por Plymouth. Compro algunas postales y llamo a la abuela, luego nos reunimos con Casey y Lola y cogemos el coche para ir hasta el final del cabo, a Provincetown. El pequeño pueblo está casi desierto en invierno: carteles que hasta hace poco anunciaban que un establecimiento estaba abierto, ahora lo declaran cerrado, mientras que otros proclaman con alegría «¡Nos vemos en abril!»; las calles y los restaurantes, que a buen seguro están abarrotados de turistas en verano, ahora están ocupados por los habitantes del pueblo, más relajados: los pescadores con su enorme árbol de Navidad hecho con las nasas para pescar langostas, las familias que buscan almejas en la arena de la orilla desierta. Es perfecto.

Tras una deliciosa mariscada, Andy y yo nos despedimos de Casey y Lola y cogemos una habitación en un hostel acogedor. Deshacemos las mochilas, nos duchamos y luego salimos a pasear hasta el muelle de madera; el monumento del Peregrino arponea el cielo azul y despejado, y los enormes rostros en blanco y negro de las mujeres de los pescadores escudriñan el horizonte desde los muros del embarcadero mientras las pequeñas embarcaciones de colores vivos cabecean en el agua, zarandeadas por las olas. Por vez primera desde hace mucho tiempo tengo la sensación de que puedo respirar bien.

—¡Sorpresa! —exclama Andy cuando llegamos a un pequeño barco blanco llamado *Wesley*.

—¿Qué?

—Esta es tu sorpresa de cumpleaños. ¡Lo he organizado esta mañana!

Enarco las cejas.

—¿Un barco?

—Un viaje en barco. —Me corrige, y me ayuda a subir—. Pero no se trata de un viaje cualquiera, así que toma asiento y permanece muy atenta.

—¿A qué?

—Es una sorpresa, tú... mira las olas.

Navegamos durante mucho rato, tengo la sensación de que transcurren varias horas; el agua salada me salpica los labios, el viento me alborota el pelo y las olas relucientes me ciegan con su resplandor mientras miro al horizonte, donde el mar azul se funde con el cielo. El sol brilla en mi cara, la brisa marina me llena los pulmones y el balanceo constante del barco me arrulla con su ritmo pausado.

Mis pensamientos se entremezclan con las gaviotas que vuelan por encima de nosotros, con las alas extendidas, entregadas al viento como grandes cometas blancas.

Cuando cumplí seis años, mi madre me regaló una cometa. Era muy bonita. De un blanco níveo, con una larga cola de lazos. Ella sujetaba el cordel y yo corría tan rápido como podía, pero siempre acababa cayendo al suelo. Cuando me cansé, me substituyó mamá, que la sostuvo por encima de la cabeza y se puso a correr, y entonces, una súbita y maravillosa ráfaga de viento alzó la cometa hacia el cielo, y tuve que entrecerrar los ojos para verla.

«¡Sujétala, Rosie! —me dijo mamá—. ¡Sujétala con fuerza!».

Y eso hice, agarré el cordel con todas mis fuerzas mientras la cometa bailaba en lo alto, resplandeciente y blanca sobre el cielo azul, los lacitos centelleando en la luz del sol, cabeceando como un pájaro, tirando del cordel que sujetaba en las manos, cada vez más y más arriba, luchando por obtener la libertad.

Entonces la solté. Se me escapó el cordel y se fue volando. Mamá corrió tras ella, pero se alejó demasiado rápido y demasiado alto, por encima de los árboles. Al final me dio un abrazo y me dijo que no pasaba nada, que me compraría otra. Pero yo no quería otra. Esa era la mía y ahora era libre. La había soltado. La cometa ansiaba tanto ser libre que no había podido retenerla. Sonreí mientras veía cómo se alejaba, por encima de las copas de los árboles, de los pájaros, de las nubes, centelleando en su camino hacia el cielo, bailando libre.

Nunca he visto nada tan bonito.

—¡Eh! —Andy me da un ligero golpe con el codo y abro los ojos—. ¡Se supone que tienes que mirar!

—¿Que mire qué? —Me río—. ¡Dame una pista! ¿El muelle, la playa? ¡Estamos a punto de volver!

—¡No, no puede ser! —dice Andy, aterrorizado—. ¡No las hemos visto! —Se precipita hacia el otro lado del barco.

—¿A quién? —pregunto y lo sigo.

—¡Las ballenas! ¡Se suponía que salíamos a ver ballenas!

Se apoya en la barandilla del barco, se inclina hacia delante y entrecierra los ojos.

Yo también miro, pero solo veo agua.

—¿Ballenas?

—¡Se suponía que era un viaje para ver ballenas! —Se lamenta Andy—. Si no las vemos, esto no es más que... ¡un paseo en barco! —Se deja caer sobre la barandilla

mientras el barco reduce la marcha hasta detenerse. Mira las olas vacías con furia—. Menuda sorpresa, ¿eh?

Me río al ver su expresión de disgusto.

—Ha sido maravilloso. —Le cojo de la mano mientras bajamos por la tabla hasta tierra firme—. Gracias. —Lo beso—. Por todo. Por lo de hoy, por esto... por todo lo que hiciste ayer...

—De nada —dice con delicadeza; su mano cálida en la mía mientras caminamos por el embarcadero—. Siento que no saliera como esperabas.

—Sí —suspiro—. Bueno, quizá fue mejor así.

Me mira, sorprendido.

—¿Ah, sí?

Me encojo de hombros.

—Ahora al menos sé quién es, dónde está, y ya le he dicho quién soy. —Trago saliva—. Es lo único que quería.

Andy arruga la frente.

—O sea, claro que habría sido fantástico que hubiera querido conocerme, que tuviéramos algún tipo de relación —admito. Me quito los zapatos al acercarnos a la playa—. Pero está claro que eso no es lo que quiere, que no lo ha querido jamás. Y tengo que respetarlo. Es la elección que ha tomado. —Suspiro de nuevo y siento la arena helada bajo mis pies descalzos—. Además —sonrío—, ya he tenido la mejor madre del mundo, de modo que Kitty nunca habría estado a su altura, a pesar de todo el oropel y su *glamour*. Así que... —respiro hondo—, es lo mejor. Ahora al menos lo sé.

—¿De verdad? —Andy me estrecha la mano—. ¿Aún te alegras de haberla encontrado? ¿A pesar de todo?

—Sí. —Asiento—. Lo que sucede es que no quería pasarme toda la vida preguntándome «¿Y si...?». Es como lo de la enfermedad de Huntington, podría haber asumido el hecho de padecerla, pero nadie podía decirme si la tenía o no. Tuve que ver sufrir a mamá, preguntarme si iba a pasarme lo mismo, pero sin saberlo. —Suspiro—. Pero ahora... —Inspiro y lleno los pulmones de aire fresco, frío y salado—. Ahora puedo seguir adelante con mi vida. Tengo dieciocho años, a fin de cuentas... ¡ya era hora! —Sonrío—. Ya era hora de que fuera yo misma, de que viviera mi propia vida... y cometiera mis propios errores.

Lo miro.

—Siento haberte mentado, Andy.

Niega con la cabeza.

—No pasa nada.

—Sí, sí que pasa. Debería habértelo contado —digo—. Los secretos... no hacen más que empeorarlo todo, ¿no crees?

Asiente con la cabeza.

—Así que, se han acabado los secretos y las mentiras. Te lo prometo. Soy lo

bastante mayor para enfrentarme a la verdad, a lo que sea.

Andy asiente.

—Basta de secretos.

Le aprieto la mano y echo la mirada a nuestras espaldas, al embarcadero, la playa, el largo rastro de huellas claras que conducen al lugar donde nos encontramos ahora. Mis huellas, me doy cuenta con una sonrisa. Mi camino.

—Bueno —dice Andy finalmente—. Y ahora ¿qué?

Respiro hondo.

—¿Ahora qué...?

Es la pregunta del millón de dólares. Un amplio y mareante futuro se extiende ante mí, con un millón de caminos entre los que escoger, decisiones que tomar, sueños que seguir...

Pero esta noche no. Sonrío. Esta noche no.

—¡Comida! —exclamo con una sonrisa—. ¡Tengo hambre!

—¡Genial! —Andy sonrío y entrelaza su brazo con el mío—. Conozco el local perfecto...



—*Fish and chips!* —Me río cuando nos detenemos ante un enorme cartel de madera que dice: EL LOCAL DE WOODY—. ¿Vamos a comer *fish and chips*?

—El local perfecto... ¿lo pillas? —Andy sonrío—. El local perfecto, el de Woody...

Suelto un gruñido y le doy un golpe cariñoso en la cabeza.

—Necesitas un nuevo libro de chistes.

—¿De qué hablas? —se queja—. ¡Todo es material mío!

—¡Yo de ti no lo admitiría en público!

Suena una campanilla cuando Andy abre la puerta y es como si entráramos en el camarote de un barco. Estamos rodeados de objetos náuticos: extraños y maravillosos instrumentos de pesca, brújulas relucientes, redes y telescopios cuelgan de las vigas; corales y trozos de madera en las paredes, y un precioso mascarón tallado de sirena custodia la antigua caja registradora. Debería parecerme horterera, pero no es así; es como una cueva del tesoro de Aladino, iluminada por la luz titilante de la lámpara e impregnada del olor avinagrado y cálido del rebozado crujiente.

Pedimos *fish and chips* y miramos hacia la bahía.

—Es bonito. —Lanzo un suspiro, me llevo la última patata a la boca y observo el sol, que se hunde lentamente bajo las olas rosas y resplandecientes—. Hoy todo ha sido precioso. Gracias.

—De nada. —Andy sonrío y sus ojos brillan a la luz de las velas—. Feliz cumpleaños, otra vez.

—Eeeh, ¿es el cumpleaños de alguien? —Un hombre con el pelo oscuro se detiene al pasar junto a nuestra mesa—. ¿Por qué no me lo habéis dicho? ¡Os habría

puesto una vela en el bacalao! —Sonríe—. ¡Felicidades!

—Gracias. —Le devuelvo la sonrisa.

—¡Y sois ingleses! Siempre es un placer conocer a gente de casa. Me llamo Jack y, para mi desgracia, soy el dueño del restaurante. ¿Os ha gustado la comida?

—Estaba deliciosa —le digo—. Como la de casa.

—¡Qué halago! —Hace una gran reverencia—. Creía que a Nueva Inglaterra no le vendría mal un poco de cocina tradicional inglesa, ¡sobre todo porque nos han robado todos los nombres de nuestros pueblos y ciudades!

Me río.

—Bueno, ¿qué os apetece de postre? Os recomiendo el pastel de chocolate, pero también tenemos un *apple crumble* casero increíble.

—Oh, no puedo más —digo entre risas—. ¡Estoy llenísima!

—Venga, Rosie, tienes que comer un pedazo de pastel. ¡Cumplés dieciocho años!

—¡Guau! ¡Entonces, felicidades por partida doble! Ah, y estás en Estados Unidos, donde no puedes beber... legalmente, quiero decir. —Jack me guiña un ojo—. ¡Qué pena! Bueno, muchas felicidades. —Empieza a recoger nuestros platos, pero de repente se detiene—. Pero... Mira, tengo una idea —dice. Le brillan los ojos—. Enseguida os traigo el postre.

Se va corriendo con nuestros platos y no puedo contener una risa cuando desaparece en la cocina.

—¿Te lo puedes creer? —Le dirijo una sonrisa a Andy—. ¡Ni tan siquiera hemos pedido postre!

—Sí... —Responde Andy, distraído.

—¿Qué te pasa? Oh, ¿querías el *apple crumble* casero?

Sonrío y le alboroto el pelo.

—¿Qué? No, no es eso. —No aparta la mirada de la mesa.

Lo miro.

—¿Andy?

—Rosie... —Se pasa la mano por el pelo—. Es que... —Duda y se inclina hacia delante—. Mira, ¿sabes lo que has dicho antes sobre la verdad y los secretos, y que te alegrabas de haber encontrado a Kitty aunque no hubiera salido bien, porque por fin has averiguado la verdad?

—Sí... —respondo con precaución.

—Y que nos hemos puesto de acuerdo... en que no podíamos tener más secretos, ¿verdad?

Asiento, nerviosa.

—Bueno. —Respira hondo—. No te enfades, pero cuando he vuelto al baño del hotel a buscar tu abrigo, ha entrado Kitty...

—¿Qué? —Se me hace un nudo en el estómago.

—No me ha visto porque estaba hablando por teléfono. —Andy hace una pausa y me mira—. Llamaba a una telefonista y quería que hablar con Jack Woods.

Lo miro. «¿Woods? ¿Como el apellido de Holly Woods?».

Andy no aparta la mirada.

—Un Jack Woods de Provincetown.

Lo miro fijamente y siento un hormigueo en la piel. Las palabras de Kitty resuenan en mis oídos: «¿Te envía Jack?».

—Bueno, pues... yo también he llamado a la telefonista. —Prosigue Andy, que me coge las manos—. Rosie, esta es la única dirección en la que vive un Jack Woods en Provincetown. Este restaurante.

Me quedo mirando el menú.

—El local de Woody...

Andy asiente.

—Y es inglés.

De pronto se apaga la luz y quedamos sumidos en la oscuridad. Le cojo la mano a Andy, sobresaltada.

—¿Qué...?

—¡Cumpleaños feliz! —cantan las camareras, que salen por la puerta de la cocina—. ¡Cumpleaños feliz! ¡Te deseamos todos...!

Jack aparece tras ellas, con una sonrisa enorme. Lleva un gran pastel cubierto de velas.

—¡Cumpleaños feliz!

Jack deja el pastel en nuestra mesa, pero no puedo apartar la mirada de él.

—Pide un deseo —me dice. Le brillan los ojos.

Lo miro un instante más, respiro hondo, soplo las velas con todas mis fuerzas y pido un deseo. Cuando abro los ojos las velas se han apagado y todo el mundo grita de alegría.

—Feliz cumpleaños, preciosa. —Jack sonrío—. Muchas felicidades.

—¡Gracias! —Sonrío y miro el pastel. Incluso le han puesto «Feliz cumpleaños» y un 18 gigante. Trago saliva—. ¿Tiene pasteles especiales listos para los cumpleaños de todos sus clientes?

—¡No! —Jack se ríe—. Simplemente has tenido suerte. Ayer fue el cumpleaños de mi hija, pero... bueno, no lo ha podido comer porque no está aquí, así que ¡feliz cumpleaños! —Sonrío y regresa a la cocina.

Me quedo mirando el pastel.

—¿Estás bien? —susurra Andy.

—Es él, ¿verdad? —Trago saliva—. ¿Es él de verdad?

—Eso parece.

—Nunca se me ocurrió... Es decir, ¿mi padre? —Miro hacia la cocina—. ¿Crees que lo sabe? ¿Qué sabe de la existencia del bebé...? ¿Que sabe que existo?

—Acaba de decir que ayer fue el cumpleaños de su hija.

—¡Lo sé! —Un escalofrío me recorre la espalda—. Y aún lo celebra, hace un pastel... —Lo miro y el cuchillo me tiembla en la mano—. ¡Es mi pastel!

Ambos lo miramos, con el bonito glaseado y las velas... Las dieciocho. «A pesar de todo el tiempo que ha pasado, aún me hace un pastel... Para la hija que nunca conoció».

Me da un vuelco el corazón.

«Para la hija que nunca conoció».

—Tengo que decírselo —decido de pronto—. Tengo que decirle quién soy. Es el destino, sé que lo es. Encontrarlo aquí, ahora, el día de mi cumpleaños, el pastel... — Me vuelvo hacia la cocina y se me parte el corazón por ese pobre hombre y su trágico ritual anual—. Andy, cree que estoy muerta.

—Rosie... —dice.

—¿Va todo bien? —Una camarera aparece detrás de mí—. ¿Queréis algo más?

—No, no... Solo me preguntaba si el señor Woods está muy ocupado —pregunto con indecisión. El corazón me late con fuerza—. Es que me gustaría darle las gracias por el pastel y...

—Me temo que acaba de irse —dice la camarera—. Lo siento.

La miro a los ojos.

—¿Se ha ido? —No puedo haber perdido esta oportunidad...

—Podemos volver mañana —dice Andy—. Ya hablaremos con él entonces.

—¿Sabe adónde ha ido? —le pregunto a la camarera, desesperada. No puedo esperar, no puedo.

—Sí, acaba de llamar su mujer —dice, mientras limpia la mesa de al lado—. Ha tenido que volver corriendo a casa.

Andy me mira.

—¿Sabe dónde vive? —pregunta—. ¿Tiene una dirección?

—Sí. —Una sonrisa de desconcierto se dibuja en su rostro y señala el techo—. Justo ahí. Jack vive en el apartamento que hay sobre el restaurante.



—Bueno —digo, con la mirada fija en las ventanas iluminadas que hay sobre el restaurante. El corazón me late con fuerza—. Ha llegado el momento. No hay vuelta atrás.

—No hay vuelta atrás. —Admite Andy.

—¡Oh, Dios! —digo, y me dejo caer en el banco por enésima vez—. Pero ¿y si no quiere conocerme? ¿Y si...?

—Rose, hay un millón de «y si» —dice Andy con cariño—. Pero solo hay una manera de averiguarlo. Piensa que es imposible que salga peor que el encuentro con Kitty, ¿no crees?

Lanzo un fuerte suspiro.

—No —admito a regañadientes—. Pero... quizá sería mejor que volviera mañana. Tal vez no sea una buena hora, es tarde...

—Son las siete.

—Sí, pero...

—Mira, tú decides. —Andy sonrío—. Si quieres, nos vamos ahora. Podemos volver mañana, o podemos no volver jamás. La decisión es únicamente tuya.

Suspiro y miro la casa.

—Tengo que hacerlo, estoy preparada, pero es que... tengo miedo.

—Lo sé. —Andy me coge la mano—. No hay prisa.

Asiento, con un gesto ausente, sin apartar los ojos de la puerta.

—Pero ¿y si reacciona como Kitty? —susurro—. ¿Y si tampoco quiere conocerme?

—Rosie. —Andy me aparta el pelo de las mejillas, me mira a los ojos y sonrío—. Te ha hecho un pastel.

También sonrío y una cálida sensación se extiende por el interior de mi cuerpo.

—Es cierto, ¿no? Me ha hecho un pastel.

Respiro hondo, me levanto, cruzo la carretera y subo los escalones antes de que cambie otra vez de opinión. Andy me masajea los hombros cuando llamo a la puerta. Cruzo los dedos con fuerza y me doy cuenta de que me sudan las manos.

Aparece una mujer de pelo rubio y rizado. Me quedo paralizada.

«Oh, Dios. ¡Esto no formaba parte del plan!».

—Hola —balbuceo—. Me llamo... Me llamo Rosie, yo...

—Encantada de conocerte, pasa, pasa, rápido. ¿No te ha dicho Jack que podías entrar por la puerta trasera? —Nos deja pasar y cierra la puerta—. Soy Megan. —Sonrío—. Muchas gracias por venir a pesar de haberos llamado con tan poca antelación. Como sabéis, no los esperábamos hoy, pero han llamado desde la estación, y ahora esto es un caos. Hay comida ahí y las bebidas están en la cocina, ¿de acuerdo?

—Yo... —Intento decir, pero ya se ha ido.

—Parece que van a celebrar una fiesta —dice Andy.

La casa está llena de gente que bebe cerveza y come patatas fritas, que ríe y charla. Busco a Jack con la mirada, pero no hay ni rastro de él. Dirijo la mirada hacia los muebles de un color crema claro, las estanterías de pino natural, todo en tonos de mar. Un bonito paisaje marino ocupa el lugar de honor sobre el fuego crepitante de la chimenea, y por toda la sala hay pedazos de madera, de restos de naufragio, utilizados como objetos decorativos, curvos y estirados como criaturas vivas. Miro a mi alrededor, fascinada por todo lo que veo, hasta que reparo en un *collage* fotográfico que cuelga en la pared. Me acerco un poco más.

De pronto, algo pequeño y azul choca con mi rodilla.

—¡Hola! —Sonrío y miro al niño vestido con un pijama de Spiderman, con un flequillo oscuro que le tapa los ojos cuando levanta la cabeza para mirarme.

—¡Lo siento! —Megan se acerca enseguida y lo coge en brazos—. ¡Ben! ¿Qué haces fuera de la cama?

—¡Quería decir sorpresa! —se lamenta el pequeño, que se frota un ojo con el

puño.

—Bueno, ya veremos qué dice papá, ¿vale?

Megan sonríe, murmura un «perdón» y se lo lleva.

—¿No es mono? —le pregunto a Andy con una gran sonrisa.

—Sí... —responde y señala la cocina con la cabeza—. Y mira quién es «papá».

Me vuelvo y veo salir a Jack, que se pone al pequeño Ben sobre los hombros.

—¡Oh, Dios mío! —Miro a Andy y se me acelera el pulso—. ¿No creerás que...?

—Dirijo la mirada hacia Ben, que no para de reír mientras Jack camina dando saltos con él a cuestas—. ¿Tengo un hermano?

—Chis. —Jack se acerca y Andy me da un codazo.

Respiro hondo e intento recuperar la compostura mientras la emoción se apodera de mí.

—¡Vaya, hola de nuevo! —Sonríe.

—¡Hola! Lo siento, he intentado encontrarte en el restaurante, pero la camarera me ha dicho que te habías ido y que vivías aquí, entonces hemos llamado a la puerta y... ¡Quería darte las gracias otra vez por el pastel! —baluceo con torpeza y sonrojada.

—¡Ah, de nada! —Jack sonríe—. Siento haberme ido tan deprisa, ¡pero tenía que improvisar una fiesta sorpresa! Y como estáis aquí, podéis tomaros el trago al que no he podido invitaros en el restaurante. —Jack me guiña un ojo y coge un par de cervezas—. El día que cumplas dieciocho años tienes que beb... Un momento... —Se queda paralizado—. ¿Qué es eso?

Se oye un coche en el camino.

—¡Rápido! ¡Que se esconda todo el mundo! —grita Jack, que apaga las luces, coge a Ben y se esconden tras el sofá.

Todo el mundo se agacha y se oculta, y Andy y yo nos miramos, desconcertados, antes de agazaparnos con torpeza tras un sillón.

—¿Qué estamos haciendo? —me susurra Andy al oído.

—¡No tengo ni idea!

Me encojo de hombros en un gesto de impotencia.

Una llave se introduce en la cerradura y Jack hace callar a la gente.

Se abre la puerta delantera y se encienden las luces.

—¡SORPRESA!

Todo el mundo se pone en pie y Jack se precipita hacia la puerta, seguido de Ben.

—¡Sorpresa!

Andy me mira y sonríe cuando nos ponemos en pie, sin entender nada. Estiro el cuello, pero hay demasiada gente. Todo el mundo se arremolina en torno a la puerta, aplaudiendo y gritando de alegría.

—¡Feliz cumpleaños! —exclama la gente, bajo una lluvia de confeti y *flashes* de cámaras.

Me quedo paralizada, embargada por una inquietante sensación de *déjà vu*.

—¡Feliz cumpleaños, cariño! —exclama Jack—. No creías que íbamos a dejar que cumplieras los dieciocho años sin una fiesta, ¿verdad? ¡Aunque sea un día tarde!

Se me hace un nudo en el estómago.

—Gracias, papá. —Risas de chica—. Josh, ¿sabías algo de esto? ¿Melissa?

De repente tengo calor. Me pongo de puntillas, estiro el cuello hacia un lado y otro, pero no veo nada.

—¡Guau, esto es increíble! —se ríe de nuevo—. ¿También me habéis preparado un pastel?

La sensación de mareo se extiende por mi estómago.

—Vaya, pues nos ha pasado algo muy curioso, cariño. Se lo he dado a otra persona... Como dijiste que ibas a quedarte en Nueva York y...

—¿Qué has hecho? —La chica se ríe.

Retrocedo rápidamente, paso junto a Andy y me dirijo a la cocina.

—Rosie... —Me agarra del brazo.

Niego con la cabeza al pasar a su lado. Algo me oprime el pecho.

Tengo que salir de aquí. Es un error. Todo es un error. Me he equivocado... Me he equivocado otra vez. Jack no es mi padre, tiene una hija, una hija de verdad, viva y de dieciocho años. Las lágrimas me escuecen en los ojos y tengo que abrirme paso, tengo que escapar.

—¡Ven, cariño! ¡Está aquí!

La voz de Jack resuena detrás de mí y me paro. Me da unos golpecitos en el hombro y me vuelvo, aturdida.

—¡Hola! —La chica me sonrío, se recoge un mechón de pelo castaño tras la oreja y se me para el corazón—. ¿De modo que eres tú quien se ha comido mi pastel? —Sus ojos color avellana brillan y me tiende la mano—. ¡Encantada de conocerte! Soy Holly.

—Yo... —Se me corta la respiración. Es igual que... De pronto me doy cuenta.

«Holly».

Holly Woods.

La hija de Jack...

La hija de Jack...

¡No!

La miro y se me hiela la sangre en las venas.

No puede ser... Es imposible... El pelo castaño... los ojos avellana... mi edad... mi cumpleaños... Holly Woods...

La miro, presa de la impotencia, mientras la habitación empieza a dar vueltas... Es ella... Cierro los ojos pero su rostro queda grabado a fuego en mi mente, imborrable. Está aquí... Sobrevivió... De algún modo, sobrevivió... De algún modo...

Es yo.

SEGUNDA PARTE

Sabemos qué somos, pero no qué podemos llegar a ser.

WILLIAM SHAKESPEARE,
Hamlet

HOLLY

LA luz del sol se filtra a través de mis párpados y una sonrisa se dibuja en mi rostro, incluso antes de recordar el motivo. Palpo bajo la almohada y un escalofrío me recorre la espalda.

No ha sido un sueño.

Echo una rápida mirada hacia la puerta y me saco el anillo, muy lentamente; por mis venas fluye la misma sensación de mareo, la misma emoción que sentí cuando me lo dio.

Tal vez no sea un diamante, acaricio la gema de plástico y sonrío cuando se ilumina, pero eso hace que todo sea aún más perfecto. ¿Cuántos hombres serían tan atentos como para dejar que su prometida eligiera el anillo de compromiso?

—Al fin y al cabo, eres tú quien va a llevarlo el resto de tu vida —dijo con una gran sonrisa y unos ojos que relucían con la misma intensidad que la gema que se ilumina.

La luz cambia de color, sonrío y, con un gesto impulsivo, beso el anillo.

«El resto de mi vida...».

—¿Holly? —Papá llama a la puerta y doy un respingo—. ¿Estás despierta?

—Mmmmm... ¡Sí, pasa! —respondo y escondo la mano bajo el edredón cuando entra.

—Buenos días, Holly-Berry. —Sonríe, con el pelo todavía alborotado después de dormir—. ¡Te he traído el desayuno!

Me enseña una bandeja llena de beicon grasiento y huevos. Se me revuelve el estómago.

—¡Papá! —exclamo entre risas, mientras intento quitarme el anillo del dedo—. Ya sabes que normalmente solamente desayuno cereales...

—Bueno, tal vez eso sea lo adecuado para una niña. —Sonríe—. ¡Pero no para una mujer de dieciocho años! —Me acerca la bandeja.

Tiro con desesperación, pero el anillo no cede.

—Además —prosigue—, no te hice tu desayuno de cumpleaños...

—Otra vez no. —Sonrío. Finalmente me quito el anillo y me incorporo para coger la bandeja—. Ya te lo dije, fue uno de esos viajes que solo se hace una vez en la vida, lo había ganado Josh, ¿y cuándo se me iba a presentar la oportunidad de ir a Nueva York?

—¿Y dio la casualidad de que fue cuando cumplías dieciocho años?

—Y dio la casualidad de que fue cuando cumplía dieciocho años, sí. —Sonrío y le doy un mordisco a la tostada—. Venga, papá, ahora estoy aquí... ¡y le has dado mi pastel a otra persona!

Tuerce el gesto.

—Lo siento. Había olvidado que lo había encargado, y además, ya sabes, tú estabas fuera...

Pongo los ojos en blanco.

—Y la tarta estaba ahí, triste y sola, y se suponía que no ibas a llegar hasta la noche...

Me muerdo el labio. Otra vez no.

—Y como era un pastel de crema fresca hecho especialmente para ti, creía que no aguantaría dos días...

—¡Bueno, ya vale! ¡Lo siento! —Me río—. Soy una hija horrible y ella lo merecía más que yo. —Le sacó la lengua—. ¿Ya se ha levantado?

—¿Rosie? No, aún está fuera de combate. Megan le llevará el desayuno dentro de un rato, a ver qué tal se encuentra.

—Fue un poco raro, ¿no? —digo y tomo otro bocado—. Que se desmayara así de repente.

—Sí. Vio esa cara fea que tienes y... ¡plaf!

—Cuidado —digo con una sonrisa—, o me vuelvo a Nueva York.

—No te esperábamos hasta hoy —dice papá, con un tono de voz más suave—. Creí que ibas a pasar un fin de semana largo.

Arqueo las cejas.

—¿Te estás quejando?

—En absoluto, solo quería asegurarme de que mi chica está bien.

Pongo los ojos en blanco.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—Seguro. Ya soy una mujer adulta, ¿recuerdas?

Papá sonrío.

—¿Qué tal te lo has pasado?

Sonrío de oreja a oreja y pienso en el anillo que escondo bajo la almohada.

—De fábula.

—Genial. —Sonríe y me besa en la frente—. Te lo mereces.

Espero hasta que cierra la puerta y entonces lanzo un suspiro.

Me siento rara ocultándole esto. Tengo muchas ganas de decírselo, por eso hemos vuelto antes de tiempo a casa, pero... Sonrío al recordar la cara de papá cuando apareció detrás del sofá. ¡Eché a perder mi sorpresa con la suya!

Miro hacia la puerta y saco el anillo con cuidado. Acaricio la pequeña gema con la punta de los dedos. De no haber sido por la fiesta, y si Josh no fuera tan tradicional, ahora ya lo sabría. Me cuesta creer que quiera pedirle permiso a papá antes de contárselo a nadie, ¡como si fuera a decir que no! Sin embargo, es algo típico de Josh. Ya me parece bien seguir las normas, ¡pero guardar este secreto me está matando porque papá y yo no acostumbramos a tener secretos!

Bueno, solo algunos. Me llevo las manos al estómago. Me pregunto si se lo habría contado a mamá si estuviera viva... Seguramente no, al menos no antes que a Josh. Sonrío. No es el único capaz de guardar secretos. Aún no puedo creerme que me llevara a Nueva York por mi cumpleaños (¡ha sido la primera vez que subo a un avión!) solo porque sabe lo mucho que me gusta viajar. ¡No me puedo creer que me haya pedido que me case con él! Inclino el anillo, que refleja un arcoíris en las paredes de la habitación.

¡Ahora soy yo la que se muere de ganas de contarle mi secreto y ver la cara que va a poner! Pero lo primero es lo primero, y no se lo diré hasta que estemos comprometidos oficialmente. Si Josh quiere ser tradicional, yo también lo seré. ¡Al menos haré una cosa bien!

Lanzo un último vistazo al anillo de plástico, abro el cajón de abajo, donde escondo todos mis secretos: los diarios que llevo escribiendo desde que tengo doce años; fotografías de cantantes, estrellas de cine y chicos guapos con los que Melissa y yo soñábamos con casarnos; folletos de lugares exóticos a los que queríamos viajar, guardados dentro del pasaporte vacío que tengo desde los dieciséis años, en caso de que nuestros sueños se hicieran realidad.

Y los sueños pueden hacerse realidad. Sonrío, escondo con cuidado el anillo entre los folletos y la fotografía de Josh, que ha sido el primero de mi lista, enmarcado con un corazón, desde el día que lo conocí...

Cierro el cajón, me tumbo en la cama y sonrío mirando al techo, disfrutando de la deliciosa sensación que me proporciona mi tesoro escondido, mi preciado secreto, que espera a ser revelado...

ROSIE

ESTÁ oscuro, muy oscuro, y no veo nada. Me muevo a tientas, presa de la impotencia, me aferro a todo lo que encuentro, tropiezo y me hago rasguños, camino sobre piedras, zarzas y una superficie que parece hielo. Entonces, de pronto, mis pies se hunden en algo suave, y camino sobre arena, su tacto agradable y fresco me calma los pies.

Una luz parpadea a lo lejos. Camino ciegamente hacia ella y oigo el susurro de una cálida brisa.

La puerta de madera se abre fácilmente, un hombre se vuelve y sonrío, los rizos negros le cubren las orejas y un niño pequeño, su réplica en miniatura, se pone en pie.

—¡Nos has encontrado!

El hombre sonrío y ambos me dan un fuerte abrazo. Yo los estrecho entre mis brazos con más fuerza, apretujada entre el intenso abrazo del hombre y el cálido apretujón del niño. Los tres nos acoplamos a la perfección. La pieza que faltaba.

—Por fin nos has encontrado, Rosie. —Cierro los ojos—. Por fin estás en casa.

—¿Rosie?

—Mmm... —Vuelvo la cabeza y disfruto del calor que me rodea, del suave roce que me acaricia las mejillas.

—¿Rosie? —dice una mujer—. ¿Estás despierta?

—¡Buenos días!

—De pronto siento una fuerte sacudida y abro los ojos.

El niño de pelo oscuro me salta encima, entre risas, mientras la luz del sol inunda la habitación.

Parpadeo varias veces, lo miro fijamente y sonrío.

—¡Ben! —exclama una mujer rubia y con el pelo rizo—. ¡Baja de ahí!

Deja una bandeja y coge de la barriga al niño, que se retuerce.

—¡Lo siento! —dice y esboza una sonrisa de disculpa—. ¿Cómo te encuentras?

—Hum, bien, gracias.

La miro sin comprender el motivo de su pregunta.

—Soy Megan. —Sonríe—. ¿De la fiesta?

La fiesta. Fragmentos de la noche anterior flotan en mi cabeza como un rompecabezas.

Fish and chips, el pastel, la fiesta...

—Sí, lo siento. —Miro la habitación desconocida—. Gracias por dejarnos pasar la noche aquí.

Sonrío y Ben me devuelve el gesto entre las piernas de su madre. El flequillo negro le tapa los ojos casi por completo.

—Oh, cielo, no hay de qué. Además, no iba a permitir de ninguna de las maneras que volvierais a ese hostel después de que cayeras. Tenía que asegurarme de que estabas bien.

—Ah, estoy bien, gracias. —Intento incorporarme y noto un fuerte dolor en la cabeza—. ¡Ay!

—Tómalo con calma. —Megan me pone su mano fría en la frente—. Cuando bajas te pondré una crema especial para ese morado, pero antes: ¡el desayuno! —Deja caer una bandeja rebosante de beicon y huevos en mi regazo.

—¡Guau! —exclamo.

—¡No es cosa mía! —Sonríe de oreja a oreja—. A Jack le gusta preparar estos banquetes grasientos cuando se encarga del desayuno. No es necesario que te lo acabes.

—Gracias. —Sonrío y el corazón empieza a latirme con fuerza a medida que recuerdo más de lo sucedido.

Jack. Mi padre. Mi verdadero padre. Y me ha preparado el desayuno, un verdadero desayuno inglés con huevos y beicon del bueno, no esas tiras de panceta con vetas de grasa que hay aquí, ¡y sin tortitas!

—El baño está al otro lado del pasillo. Encontrarás una toalla y cepillo de dientes; utiliza cualquier otra cosa que veas y necesites.

—Gracias, Megan —le digo—. Siento haberos causado tantas molestias.

—No digas tonterías. —Se ríe y se recoge un mechón detrás de la oreja—. Como si estuvieras en tu casa.

El corazón me late con fuerza. Estoy en casa. Con mi padre —le guiño un ojo a Ben, que me arranca un trocito de tostada—, ¡y mi hermano pequeño!

—Da un grito si necesitas algo. Estamos abajo. —Megan sonrío y coge al niño en brazos—. Y Holly también está en casa, ¡a ver si se levanta de una vez!

La tostada se me atraganta cuando cierran la puerta.

Holly.

Se me pasa el hambre, dejo la bandeja en la mesita de noche y tiro algo, que cae al suelo.

—¡Mierda!

Me inclino hacia abajo y cojo el marco roto. Le doy la vuelta y se me para el corazón. Ahí están. La familia feliz. Jack, Megan, Ben y Holly, que llama mucho la atención con su melena pelirroja, en contraste con el pelo negro de Jack y Ben, y el rubio de Megan.

Holly Woods.

La hija de Trudie.

Es igualita que ella. Tiene el mismo pelo, los mismos ojos, la misma sonrisa radiante... Dejo caer la fotografía como si me quemara en las manos y noto un sudor frío en la nuca.

Tengo que irme de aquí. No puedo verla, no...

Alguien llama a la puerta. La miro, paralizada, y se abre de golpe.

—Buenos días. —Andy sonrío—. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien —respondo. Me levanto de la cama de un salto y me fijo en los pantalones de chándal y la camiseta que llevo. Observo la habitación—. ¿Dónde está mi ropa?

—Bueno, como anoche nos empapaste en Coca-Cola cuando caíste, Megan la ha puesto en la lavadora —me dice Andy, que lleva unos pantalones parecidos a los míos—. Ha insistido bastante, me ha dicho que no podía dejarnos marchar con la ropa sucia. Incluso está lavando mis calcetines. —Sonrío—. ¡Es valiente!

—Genial —digo, mientras camino de un lado a otro de la habitación—. Fantástico. ¡Maravilloso!

—¿Te encuentras bien? —Andy arruga la frente.

—No. —Niego con la cabeza—. Tengo que irme. Tenemos que irnos. Ahora.

—¿Qué?

—¡Que no deberíamos estar aquí! —grito—. Nunca deberíamos haber venido, tenemos que irnos...

—Rosie. —Andy me agarra del brazo—. ¿Qué pasa? ¿Qué te sucede?

—¿Es que no lo has visto? —Lo miro fijamente, temblando—. ¿No la has visto?

—¿A quién?

—¡A la hija de Jack! —Lo miro con incredulidad.

—¿Qué? Sí, un momento, pero estaba más preocupado por ti cuando perdiste el conocimiento.

—Es ella, Andy —digo con seriedad—. Es la hija de Trudie.

Andy me mira a los ojos.

—Rosie... La hija de Trudie murió.

—¡Es obvio que no! —Lo miro, asustada—. Es obvio que no... ¡Es un error más que añadir a la lista!

—Pero, espera, quiero decir... ¿estás segura?

—Andy, es Holly Woods.

—¿Qué? —Abre los ojos de par en par—. Se llama Holl...

—Holly. —Asiento, muy seria—. Holly Woods. Y tiene la misma edad que yo, nació el mismo día, vive con mi padre y es la viva imagen de Trudie... ¡Mira! —Le lanzo la fotografía.

«¡Pom! ¡Pom!».

Me quedo paralizada cuando la puerta se abre lentamente. Holly asoma la cabeza con una sonrisa amable.

—¡Hola! ¿Qué tal estás? ¿Has dormido bien?

Asiento, con impotencia, y me quedo pálida como la cera.

—¡No me extraña! Después del golpe que te diste... —dice, con un tono compasivo—. Megan te está lavando la ropa, así que te he traído unos vaqueros míos, una camiseta y un jersey. Tenemos la misma talla, ¿no? —Sujeta la ropa en alto.

Asiento de nuevo y la miro: su pelo refulge bajo la luz del sol. Tiene el mismo tono...

—¿Necesitas algo más?

Sonríe y sus ojos avellana resplandecen.

Niego con la cabeza, aturdida. Incluso tiene la misma marca en la oreja...

—Bueno. —Sonríe y nos mira a Andy y a mí—. ¡Hasta luego!

Cierra la puerta y me dejo caer en la cama.

—Oh, Dios mío. —Andy se sienta a mi lado—. Oh. Dios. Mío.

Miro fijamente la puerta.

—¿Crees... crees que nos ha oído? —susurro, con la voz quebrada.

—No. —Niega con la cabeza—. No, no lo creo.

—No me lo puedo creer. Sobrevivió. Está viva. Está aquí. ¿Cómo pudo suceder?

Me mira.

—No lo sé. No tengo ni idea, Rosie. Debíó de ser... un error. El bebé debíó de recuperarse...

—Pero ¿cómo? —exclamo con una voz aguda y lágrimas en los ojos—. ¿Cómo es posible que Sarah no lo supiera?

Andy me aprieta la mano.

—No lo sé. —Niega con la cabeza—. Supongo que estaba demasiado preocupada por Trudie y... y por ti...

—¿Por mí? —Lo miro con incredulidad—. ¿Por mí? Ella es yo, ¡Andy! Es Rosie Kenning, la hija de Trudie. —Lo miro, desconsolada—. ¿No te das cuenta de que no era necesario que Sarah nos cambiara, de que todo esto ha sido en vano? ¡El bebé de Trudie no murió!

Andy me abraza con fuerza y mi corazón late contra el suyo.

—Holly... debería haberse quedado con Trudie, debería... y yo debería...

—Chis... —Me acaricia el pelo.

—Esta es mi familia —susurro contra su pecho—. Mi padre, mi hermano...

—Entonces debes contárselo.

Lanzo un suspiro desconsolado.

—No puedo, forman una familia. Una familia feliz.

—Son tu familia.

—No. —Niego con la cabeza. Las palabras me clavan sus garras en la garganta y me escuecen en los ojos—. No, no lo serán jamás. Ahora ya no. Es imposible. Son la suya. —Me muerdo la uña—. Sarah nos intercambió, así que ahora son la familia de Holly. Se quieren mucho. Merecen estar juntos.

—Pero, Rose...

—No puedo, no puedo destrozarles la vida, no se lo puedo contar... No puedo ser tan egoísta.

Suspiro de nuevo y me seco los ojos con la manga.

—He aguantado mucho tiempo sin ellos, ¿no? —Trago saliva—. Sobreviviré.

—Rosie...

—No, Andy. —Me levanto—. Tenemos que irnos.

—Escúchame un segundo. Si tienes toda la razón, si es la hija de Trudie...

—¡Lo es!

—Entonces, Rosie, tienes que decírselo.

—¡Andy! No me estás escuchando...

—Tienes que contárselo —me interrumpe— porque Holly podría haber heredado la enfermedad de Huntington.

HOLLY

EL viento me alborota el pelo y la brisa salada llena mis pulmones mientras camino por el puerto. Me encanta esta época del año. El aire frío, el sol invernal que rielas en las olas, el año anterior pasado y finiquitado y la promesa de un año nuevo recién estrenado. Un año nuevo, un inicio nuevo, un nombre nuevo...

Sonrío y de pronto siento una cálida sensación a pesar del aire gélido.

«Señora Holly Samuels». El nombre me hace sentir un cosquilleo en la lengua y me río como una tonta. Me muero de ganas de que llegue el momento. La primera vez que vi a Josh supe que era él. Sonrío al recordar su aspecto serio y atractivo, estudiando en la biblioteca de la escuela, ¡hasta que Melissa le lanzó una bola de papel!

Aún veo la cara que puso cuando se volvió, enfurecido, ¡y nos la devolvió! Entonces sonrió, nos regaló una sonrisa amplia y contagiosa, y ya está. Caí rendida.

Me pregunto qué ve en mí...

No será mi inteligencia, sobre todo en comparación con él, que siempre ha estado predestinado a acabar estudiando en una de las universidades más prestigiosas del país. No es que yo sea tonta, pero no entiendo cómo alguien puede estudiar tan arduamente; cómo puede utilizar toda esa fuerza y energía que contienen esos brazos grandes y musculosos únicamente para cargar con los libros de la escuela; cómo puede disfrutar pasando un montón de horas en una biblioteca polvorienta mientras el sol brilla con tal intensidad que lo único que apetece es pasar el día al aire libre, cuando el agua de la piscina refulge de modo tan tentador, o cuando el cielo es tan azul que te entran ganas de navegar hasta el cabo para comprobar si el mar luce el mismo color... ¡cuando hay un mundo ahí fuera que está esperando a que lo exploremos!

Está claro que no fueron nuestros intereses comunes lo que lo atrajo de mí...

Entonces... ¿fue mi personalidad deslumbrante? ¿Mi hilarante sentido del humor? Ja, ja.

¿Mi aspecto? Echo un vistazo fugaz a mi reflejo en un escaparate.

No lo creo.

Entonces... ¿qué fue? ¿Qué tenemos en común?

Aminoró el paso y de pronto me estremezco. Me acechan de nuevo las dudas que me persiguen desde que Josh empezó a estudiar en Harvard, y recuerdo lo asustada que estaba cada vez que me llamaba, convencida de que iba a decirme que lo nuestro no funcionaba, que se había dado cuenta de que éramos polos opuestos, que había conocido a otra persona...

Pero en lugar de eso me llevó a Nueva York a celebrar mi cumpleaños... ¡Y me

pidió que me casara con él!

Todas mis dudas se desvanecen con el recuerdo centelleante de mi anillo, la prueba reluciente de sus sentimientos.

¿A quién le importa el motivo? A fin de cuentas, los polos opuestos se atraen. Nos queremos, eso es lo único que importa. ¡Estamos prometidos!

Sonrío de oreja a oreja mientras recorro las últimas manzanas que llevan hasta su casa, incapaz de esperar más, de reprimir la emoción desbordante e intensa de este secreto increíble que anhela salir de mí, que ansía con desesperación que lo comunique a gritos desde los tejados.

¡Vamos a casarnos!

ROSIE

LA ropa me queda casi perfecta. Me miro en el espejo de cuerpo entero: llevo los vaqueros desteñidos de Holly, su sudadera verde de GAP con capucha, y me estremezco. Es como si estuviera contemplando otra vida, la vida que habría tenido: la ropa que podría haber llevado, la casa en la que viviría, la familia que tendría... la persona que sería. Me miro a los ojos. Holly Woods. Pronuncio el nombre para comprobar cómo suena, primero con un susurro y luego en voz alta.

—Holly Woods.

Mis labios adoptan unas formas que me resultan ajenas. No soy yo, no suena bien. Lo intento de nuevo, alargando las vocales e intentando imitar un acento norteamericano.

—Holly... —No—. Hoolly —me corrijo—. Hoolly Woods.

Me estremezco. La chica del espejo me resulta irreconocible.

—¿Qué haces?

Andy aparece en la puerta.

—Esto es un error —le digo—. No puedo hacerlo. Es su vida, no la mía.

—Lo sé. —Andy arruga la frente—. Pero tienes que contárselo. —Me mira—. ¿No?

Me echo en la cama.

—Sí... ¡no! —Me meso el pelo con fuerza—. ¡No lo sé!

—Rose —dice Andy con voz suave, y se sienta a mi lado—. ¿Recuerdas cómo te sentías cuando no sabías si tenías la enfermedad de Huntington?

Asiento, abatida.

—Decías que lo peor de todo fue el hecho de no saberlo, ¿no? ¡Bueno, pues Holly no tiene ni idea!

—¡Ya lo sé! ¡Pero esa es la diferencia! —Lo miro—. Esa es la diferencia, Andy. Yo sabía que existía la posibilidad de que hubiera heredado la enfermedad, bueno, creía que lo sabía, y vi los efectos que tuvo Huntington en mamá. Tuve que seguir adelante acechada por la posibilidad. Holly podría vivir muchos años sin mostrar ningún síntoma... Es más, ¡quizá ni la haya heredado! Entonces ¿de qué serviría saberlo? —Niego con la cabeza—. Le arruinaría la vida.

—Ah, muy bien, ojos que no ven corazón que no siente, ¿verdad? —dice Andy en voz baja—. ¿Quieres que le pase lo mismo que a Trudie? ¿Que no lo sepa hasta que sea demasiado tarde?

Aparto la mirada.

—¿Y si tiene hijos? ¿Y si les transmite la enfermedad porque ni tan siquiera sabe que la tiene?

—¡No lo sé! No lo sé, Andy. —Miro al suelo—. ¿Qué es peor? ¿Llevar una vida normal hasta que un día descubres que tienes la enfermedad de Huntington, o que de repente te digan que no eres quien creías que eras, que tu familia no es tu familia, ah, y que hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que hayas heredado una enfermedad mortal?

Andy aparta la mirada.

—¡Es imposible! —Me encojo de hombros, impotente—. ¿Cómo puedo tomar esta decisión tan importante que podría cambiar la vida de una chica a la que ni tan siquiera conozco?

—No puedes. —Andy suspira y me coge la mano—. Porque no eres tú quien debe tomar la decisión.

Alzo la mirada.

Me aprieta la mano.

—Es ella.

Lo miro con desesperación, lanzo un fuerte suspiro y me dejo caer en la cama.

—Le arruinaré la vida. —Me limito a decir, y cierro los ojos—. Haga lo que haga, le arruinaré la vida.

HOLLY

LLAMO al timbre de la casa de Josh, pero cuando nadie responde me dirijo al jardín trasero y encuentro a Melissa en plena sesión de estiramientos.

De pronto me entran ganas de contarle la noticia, de ponerme a chillar, gritar y dar saltos con mi mejor amiga.

«No hasta que se lo diga a papá», me recuerdo por enésima vez, mordiéndome la lengua.

—¡Holls! —Melissa sonrío y me mira—. Llegas en el momento oportuno. ¿Quieres venir a correr? Es un récord absoluto: ¡he logrado mantener el buen propósito de Año Nuevo de correr durante una semana!

—¡Felicidades! —digo y tengo que esforzarme para no sonreír—. Pero ahora no me apetece, gracias. ¿Está tu hermano en casa?

—Sí. —Se pone a correr sin moverse del lugar donde se encuentra—. Pero aún está en la cama.

—¿Todavía?

—Ajá. Debéis de haber tenido un fin de semana muy ajetreado, ¿no? —Me guiña un ojo—. Está exhausto, y tú tienes un aspecto tan radiante que casi das rabia.

Sonrío.

—Ha sido un fin de semana especial.

—¡Ahórrame los detalles, por favor! —Sonrío y pone los ojos en blanco mientras echa a correr por el camino que lleva a la calle—. Nos vemos luego. ¡Algunas tenemos que seguir haciendo ejercicio solas!

No puedo contener la risa. Me lanza un beso, desaparece al doblar la esquina y abro la puerta trasera. Me quito las zapatillas, subo al piso de arriba sin hacer ruido, me acerco al dormitorio de Josh y escucho. Silencio. Bajo la manija lentamente...

Josh está tumbado en la cama, sonriendo.

—¡Estás despierto! —le recrimino, decepcionada—. ¡Quería darte una sorpresa!

—Me la has dado. —Estira los brazos mientras me quito la holgada sudadera—. Cada día que pasa eres más guapa. ¿Es una camiseta nueva? ¡Guau!

—¡Mírame a la cara! —Sonrío y me siento en la cama, a su lado.

—Siempre, cariño, siempre —insiste y me acaricia el pelo—. Me refería a que resalta el color de tus ojos.

Sonrío, me atrae hacia sí, me dejo caer sobre su pecho y jugueteo con sus rizos negros y suaves. Josh me coge la mano y entrelaza sus dedos con los míos. Parecemos una chocolatina: el marrón del chocolate combinado con la cremosa vainilla.

—¿Dónde está el anillo? —me pregunta con un susurro.

Sonrío.

—En un lugar seguro.

—¿Has logrado mantenerlo en secreto? —pregunta—. ¿A pesar de lo difícil que te resulta mantener la boca cerrada?

—¡Eh! —Le doy un golpe en el pecho y me acurruco entre sus brazos—. De momento sí. —Suspiro—. Pero se lo vas a preguntar hoy a mi padre, ¿verdad? Vuelves a Harvard esta noche.

—Sí —me promete Josh. Su corazón late con fuerza bajo mi mejilla—. Se lo preguntaré hoy. Después de comer.

—Antes —le pido, y me incorporo—. Por favor, ya no lo aguanto más. ¡No puedo esperar más!

—Vale, vale. Antes de comer. —Acaba cediendo. Tira de mí y entrelaza una pierna con la mía—. En cuanto reúna el valor necesario.

—¡Eh! —Me río—. ¡No es valor lo que estás buscando!

Inclina la cabeza hacia mi cuello, siento su cuerpo cálido en contacto con el mío, y me tumba en el colchón...

—¡No! —Me río y lo aparto de mí—. ¡Joshua Samuels, creo que no me tomas en serio!

—Holly Woods. —Sonríe—. Voy a tomarte, lo quieras o no.

Desliza la mano por debajo de mi camiseta mientras me mordisquea la oreja derecha, lo que me provoca unos deliciosos escalofríos cuando me dejo caer sobre los cojines.

—¡No! —Lo aparto de mí con una gran fuerza de voluntad, y me incorporo—. ¡Venga!

—¿Ni tan siquiera me dejas que te mordisquee la oreja de hada? —pregunta de modo inocente.

—¡Sobre todo la oreja! —Me río y me pongo de nuevo la sudadera.

Me mira, triste.

—¿Hablas en serio?

—Mucho. —Sonrío, le beso la nariz y me arreglo el peinado—. ¡Hasta después de comer, nada! Cuando ya estemos prometidos oficialmente. —Me inclino hacia delante—. Luego podremos hacer lo que queramos. —Le beso la mejilla—. Lo que —la nariz— queramos. —Le cojo la cara con ambas manos, le doy un beso apasionado y aprieto mi cuerpo contra el suyo durante un rato. Al final me aparto y ambos quedamos sin aliento.

Me mira un segundo, de pronto me levanta en brazos y se pone a gritar.

—Bueno, entonces ¿a qué esperamos? ¡Vámonos!

ROSIE

—¿LISTA? —pregunta Andy.

Asiento. El corazón me late con fuerza.

—Nunca lo estaré más.

Me aprieta la mano, respiro hondo y entramos en la cocina.

—¡Ah, qué bien! —Megan levanta la vista de la tabla de planchar—. Holly te ha prestado ropa. ¡Lo siento, no quería dejarte sin nada! Pero me pareció que era mejor lavártela para quitarle las manchas cuanto antes. Espero que no te importe.

—Gracias —digo con una sonrisa—. Y lo siento...

—No digas tonterías, ¡era una fiesta! Ben no para de derramar cosas. ¡Intenta limpiar todo lo que mancha un niño pequeño! —Sonríe—. Además, a juzgar por tu ropa, ¡creo que te llevaste la peor parte! Pero ahora ya está todo limpio. —Señala un montón de prendas dobladas y planchadas—. Pero creo que la ropa de Holly te sienta bien, ¿no?

—Sí. —Me invade una sensación de incomodidad y no paro de moverme. Miro a Andy—. ¿Está Holly en casa? —Cierro los puños y me clavo las uñas en las palmas por culpa de los nervios.

—No, lo siento, ha salido. —Megan niega con la cabeza y sus rizos rubios bailan mientras plancha una camiseta—. Volverá a la hora de comer. Os quedáis, ¿verdad? Si queréis luego os acompaño al hostel.

—Gracias. —Sonrío, aliviada. No está aquí. Aún tengo tiempo.

—Hola, ¡ya has despertado! —Jack sonrío y entra en la cocina.

—Hola.

Sonrío y lo miro. No puedo evitarlo. Su pelo negro, sus ojos verdes y centelleantes. Mi padre.

—¿Qué tal la cabeza? —pregunta.

—Ah, bien, bien, gracias —balbuceo—. Lo siento, no sé qué me pasó.

—No digas tonterías. —Jack me guiña un ojo—. Cuando cumples dieciocho años tienes que perder el conocimiento, ya sea de un modo u otro. ¡Es la tradición!

Sonrío.

—Y gracias también por el desayuno.

—De nada. Un auténtico desayuno inglés, ¿eh? Y sin esas tonterías de las tortitas. Megan pone los ojos en blanco.

—Era delicioso —digo con una sonrisa—. Igual que el de casa.

—¿Lo has oído? —Jack se vuelve hacia Megan—. Quizá también deberíamos hacer desayunos en el restaurante, enseñarle a la gente cómo se hacen las cosas.

—De momento ya hay suficiente grasa en la cocina, gracias. —Megan se ríe—.

Además, no puedes con todos los clientes que ya tienes. Solo esta mañana te han dejado siete mensajes en el contestador.

—¿Ya?

—Sí. —Lo mira—. ¿Escuchaste los mensajes ayer?

Jack se hace el despistado.

—Yo... esto... hum...

—¡Jack! —exclama Megan—. ¿De qué sirve tener contestador si nunca escuchas los mensajes?

—Sí que lo hago. —Se queja Jack, que la abraza alrededor de la cintura—. Los escucho, cuando me acuerdo...

—¿Y cuándo fue la última vez que te acordaste? —pregunta Megan con escepticismo.

—Hum... ¿ayer?

—Vamos a comprobarlo, ¿de acuerdo?

Pulsa el botón del contestador.

—«Primer mensaje: recibido el viernes, cinco de enero» —dice la voz del contestador.

Megan le da un golpe suave en la cabeza a Jack.

—¡El viernes!

—¿Qué puedo decir? —Jack se encoge de hombros—. El fin de semana estábamos sin niños, me distraje... —Besa a Megan en el cuello.

—¡Jack! —Megan se ríe y lo aparta—. ¡No estamos solos!

—No pasa nada. —Nos apresuramos a responder—. De todos modos íbamos... esto... ¡a cambiarnos!

Cojo nuestra ropa y nos dirigimos hacia la puerta.

—«¿Hola?» —dice la mujer del contestador con impaciencia—. «¿Hola? ¿Jack? ¿Estás ahí? ¿Jack?».

La voz familiar hace que me detenga en seco y me quedo paralizada en el pasillo.

—«¡Jack!» —grita, enfurecida—. «¡Jack, coge el maldito teléfono!».

Es Kitty.

HOLLY

—¿ESTÁS listo? —pregunto.

Miro a Josh, que está alisando la chaqueta. Parece muy nervioso, incómodo con el traje, sudando a pesar del frío que hace en enero.

—Estás guapísimo —le digo. Me pongo de puntillas para darle un beso—. ¡Eres muy inteligente y estudias en Harvard! —Le enderezo la corbata—. ¿Qué hombre no te querría como yerno?

Josh me mira y esboza una fugaz sonrisa nerviosa que relaja sus rasgos tensos.

—¿Tu padre?

—¡No te preocupes! —Suelto una risa—. Te adora. Casi tanto como yo.

Le lanzo una sonrisa y abro la puerta trasera de casa. Para mi sorpresa, papá y Megan están sentados a la mesa de la cocina.

¡No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy!

—Papá... —Sonrío, respiro hondo y le aprieto la mano a Josh—. Papá, Josh y yo queremos pedirte una cosa...

—Josh, vete a casa, por favor.

La reacción de mi padre me hiela la sonrisa.

—¡Papá!

—Holly —dice Megan en voz baja.

La miro, luego a papá, que tiene el semblante tenso.

—Por favor, Josh. —Papá no alza la vista—. Tenemos que ocuparnos de unos asuntos familiares.

—Pero papá... —Miro a Josh—. Papá, Josh...

Josh me aprieta la mano.

—Quizá debería irme —susurra.

—No —murmuro y le cojo la mano con más fuerza—. No, Josh...

—No es un buen momento —dice Josh de forma muy seria, que deshace el nudo que formaban nuestros dedos y me besa en la frente—. Nos vemos luego.

—Josh...

Lo miro cuando cierra la puerta tras él y me vuelvo hacia mi padre. Me hierve la sangre.

—¿Y bien? —pregunto—. ¿Bien? ¿Qué es eso tan importante que ha hecho que te comportes de forma tan grosera con Josh?

—¿Por qué no me lo dices tú? —No levanta la vista.

Lo miro fijamente.

—¿Qué?

—¿Por qué no me dices —prosigue— qué hacías en Nueva York?

—¿A qué te refieres? —pregunto, con las mejillas encendidas—. Solo he ido de vacaciones.

—Solo de vacaciones —repite papá, que asiente con un gesto lento de la cabeza—. ¿Y qué sucedió?

—¿Qué?

—¿Por qué has vuelto antes de tiempo? —pregunta con sequedad—. ¿Por qué os habéis quedado menos días de lo previsto?

—Yo...

—El viaje estaba pagado, ¿no? A Josh le tocaron los billetes.

Lo miro fijamente.

—Entonces ¿por qué no os habéis quedado todo el fin de semana?

Ahora levanta la mirada y balbuceo.

—De acuerdo —suspiro—. No le tocaron en un premio... Los compró.

Cierra los ojos y asiente con un gesto sombrío.

—Siento no habértelo dicho, pero creíamos que si te decíamos la verdad no me habrías dejado ir, no habrías permitido que pasara el cumpleaños fuera de ca...

—Entonces ¿por qué volviste antes de tiempo? —me interrumpe, mirando la mesa—. Si Josh compró unos billetes tan caros, ¿por qué los dejasteis perder?

Suspiro.

—No teníamos el vuelo de vuelta —confieso, abatida—. Decidimos volver en autobús desde un principio. Hicimos la ida en avión porque Josh encontró una oferta y porque yo nunca había subido a un avión, fue mi regalo.

—Tu regalo... —Papá asiente, con la mandíbula tensa.

Me acerco a él.

—Lo siento, papá.

—Entonces ¿por qué no me cuentas la verdad?

Levanta la vista de forma brusca y me detiene en seco.

—¿Qué?

—¿Por qué no me cuentas el verdadero motivo por el que fuiste a Nueva York?

—Yo...

—Y qué sucedió exactamente para que volvieras antes de lo previsto.

Me mira a los ojos. Lo sabe. No entiendo cómo lo ha averiguado, pero lo veo en sus ojos.

—Si ya lo sabes, ¿por qué quieres que te lo diga? —murmuro.

Megan, nerviosa, se revuelve en la silla.

—Porque soy tu padre y tengo derecho a...

—Tengo dieciocho años, papá, no necesito tu permiso —replico con amargura—. Ni tu aprobación.

—¿Mi aprobación? ¿Mi aprobación? —Me mira fijamente—. ¡Está claro que creías que no aprobaría tu decisión porque, de lo contrario, me lo habrías dicho!

Aparto la mirada, incapaz de contener las lágrimas. Nunca creí que fuera a

sentirse así. Nunca. Creía que Josh le gustaba, creía que Josh, al pedirle permiso, quería demostrar que era un chico formal. Nunca se me pasó por la cabeza que mi padre fuera a decir que no...

Siento un escalofrío.

¿Qué dirá del bebé?

—Holly, tienes que entender que ha sido un error...

Se me revuelve el estómago. ¿Un error?

Papá suspira.

—Creo que deberías romper el contacto...

—¿Cómo? —Lo miro fijamente.

—Es lo mejor.

—No puedes... ¡No puedes decirlo en serio! ¡Megan! —Le suplico ayuda, pero aparta la mirada—. No lo haré —le espeto en tono desafiante—. No puedes obligarme. ¡Es mi vida y seré yo la que decida quién forma parte de ella!

—No.

—¡Papá!

—Lo siento, Holly —dice, frotándose la frente—. Lo siento de verdad, pero no puedo mantenerme al margen mientras...

—Entonces no te obligaré —lo interrumpo sin alzar la voz.

—¿Qué?

Me muerdo el labio.

—Si es eso lo que sientes... —Aparta la mirada—, entonces me iré de casa.

Papá vuelve la cabeza con un gesto brusco.

—Será mejor que viva con alguien que me quiera de verdad —le digo mientras las lágrimas me corren por las mejillas—. Me iré de casa.

—¡Holly! —Me mira, estupefacto.

—No quiero hacerlo —digo con voz quebrada—, pero si me obligas a elegir...

Me mira y, entonces, se pone en pie. Retrocedo pero, para mi sorpresa, se dirige al otro lado de la encimera y pulsa un botón del contestador.

—«¿Jack? ¿Estás ahí? ¿Jack?».

Se vuelve hacia mí. Arrugo la frente, confundida, y miro a Megan, que aparta la mirada.

—«¡Jack, coge el maldito teléfono! ¿Cómo te atreves a enviarme a tu hija? Teníamos un acuerdo. Ella no tiene nada que ver conmigo. ¿Tienes la más remota idea de lo perjudicial que podría ser todo esto para mi carrera? ¿Para mi relación? ¿Para mi vida? Sabía que esto era un error. Nunca debería haber confiado en ti. ¡Nunca debería haberte conocido!».

El mensaje finaliza de forma brusca y se hace el silencio.

ROSIE

¡OH, DIOS! No lo soporto. No soporto oír ese horrible mensaje de nuevo, estar aquí de pie, al otro lado de la puerta entreabierta, viendo lo que le está pasando a Jack, y a Holly, pero tampoco soy capaz de moverme, no puedo entrar en la cocina, no puedo hablar. Andy me coge de la mano.

—Siento que hayas tenido que oírlo, cariño —suspira Jack—. Pero es por tu propio bien.

Holly mira a Jack.

—¿Qué ocurre? ¿Quién era esa?

Jack suspira de nuevo.

—Holly...

—¿Qué?

—No estoy enfadado, solo quiero saber la verdad.

—¿Qué verdad, papá? ¿De qué hablas?

Jack niega con la cabeza.

—Podríamos haberlo solucionado, podríamos habernos enfrentado a esto juntos si hubieras acudido a mí, si hubieras confiado en mí. Siempre hemos confiado el uno en el otro, ¿no es cierto? —La mira con ojos tristes y cansados—. Fue lo mejor. Estaba convencido que todo lo que hice fue lo mejor. —Le aprieta la mano—. ¿Cómo lo has averiguado?

Ella lo mira fijamente.

—¿Qué he averiguado?

Jack cierra los ojos, con tanta fuerza que debe de hacerse daño.

—Lo de Katharine.

Oh, Dios.

Holly lo mira, desconcertada.

—Ya lo sé, Holly —dice él, con un suspiro—. Sé que fuiste a Nueva York para conocer a Katharine. —Abre los ojos, con las facciones muy tensas—. Para conocer a tu madre.

Holly mira a Jack con la mandíbula desencajada. Está pálida como la cera.

La frustración que reflejaban los ojos de Jack se transforma lentamente en miedo.

—¿No es así?

—Papá... —balbucea Holly, con los ojos muy abiertos—. Mi madre está muerta...

¡Oh, Dios!

—Pero... pero has ido a Nueva York... —insiste Jack—. Has ido a Nueva York para encontrarla... ¡Y la has encontrado!

Holly niega lentamente con la cabeza y le tiemblan los labios.

—Mi madre está muerta —repite con un hilo de voz—. Tú me lo dijiste, papá. Mamá murió. Murió cuando nací... —Ella lo mira fijamente y traga saliva—. ¿No es cierto?

Él la mira, horrorizado.

—¿Papá? —susurra Holly—. ¿Está viva mi madre?

Cierro los ojos y rezo para que se me trague la tierra.

—Pero entonces ¿cómo...? ¿Por qué...? No lo entiendo... —balbucea—. Si no la encontraste, si no fuiste a buscarla a Nueva York...

—Fui yo —murmuro.

Me sobresalto al darme cuenta de que es mi voz la que he oído. La puerta se abre y noto que me arden las mejillas cuando todo el mundo se vuelve para mirarme. No puedo respirar, no puedo creer lo que acabo de decir, pero no podía mantenerme al margen durante más tiempo...

Jack me mira fijamente.

—Lo siento, ¿qué?

—Fui a Nueva York...

Pierdo el hilo, las palabras no pueden salir de mi garganta mientras miro a Holly, tremendamente asustada y confundida. Oh, Dios... El corazón me late con fuerza y empiezo a sentir pánico. ¡No puedo... No puedo hacer esto!

—Cariño. —Megan esboza una sonrisa amable—. Mira, creo que estás un poco confundida, ¿podrías dejarnos a solas un minuto?

—Claro —respondo, invadida por una sensación de alivio—. Claro, lo siento, yo...

—Creo —dice Andy con voz suave— que todos deberíais escuchar lo que quiere decir Rose. —Me mira a los ojos—. Es muy importante.

Lo miro, desesperada.

—Adelante, Rose —susurra, y me estrecha la mano para darme ánimos—. Puedes hacerlo.

Trago saliva y me vuelvo, no sin realizar un gran esfuerzo.

—Yo...

Empiezo, pero las palabras se desvanecen en la punta de la lengua cuando miro a Jack a los ojos. Parece muy triste, perdido. Y estoy a punto de empeorarlo todo un millón de veces más.

Andy me estrecha la mano de nuevo. Le devuelvo el gesto, con fuerza, y respiro hondo. Me tiemblan las rodillas.

—Fui yo —les digo—. Fui a Nueva York y encontré a Katharine Sinclare. —Me asaltan las dudas y busco los ojos verdes de Jack—. La chica de la que habla en su mensaje soy yo.

Frunce el ceño y se frota la frente.

—No... No lo entiendo.

—Soy su hija —respondo rápidamente, aunque pronuncio las palabras a trompicones. Jack abre los ojos y aparto la mirada, incapaz de aguantar la suya—. Soy... soy tu hija.

HOLLY

EL silencio es ensordecedor. Creo que ni tan siquiera respiro. La miro, a esa chica desconocida que se encuentra en mi cocina, que lleva mi ropa, que no osa moverse.

¿Qué? Miro a papá, que la observa fijamente, paralizado. ¿Su hija? ¿Mi hermana?! ¿Tengo una hermana?!

Papá se mesa el pelo y, de repente, veo a Rose en mi padre, en su pelo negro, sus ojos verdes. Su hija. Intento atar cabos de forma desesperada. Cumplimos años el mismo día, tenemos dieciocho años, oh, Dios mío, ¡somos gemelas! Lo que significa... que compartimos madre, una madre que está viva, ¡está viva! El corazón me late con fuerza. Después de todos estos años, mi madre está viva, ¡y vive en Nueva York!

—¡Guau! —exclamo, rompiendo el silencio. La emoción se apodera de mí. Cruzo la cocina para verla bien, para cogerla de las manos, mi hermana, ¡mi gemela!—. ¡Guau, guau, guau! Esto es... ¡Esto es increíble!

Sonrío pero ella me mira de forma insegura y luego desvía la mirada a papá. ¿Por qué no me lo ha dicho nunca? Tantos secretos... ¡Mi madre, mi hermana gemela! ¡Es como en *Tú a Boston y yo a California!*

—No lo entiendo —murmura papá, que carraspea—. ¿Cómo... cómo es posible que Katharine sea tu madre...?

Rose asiente con la cabeza.

—Nací en el hospital St. Anne, de Maybridge, la noche del cinco de enero de hace dieciocho años —dice. Habla rápido, pero de forma clara, como si lo hubiera ensayado—. Fui un bebé prematuro...

—¡Papá, somos gemelas! —La interrumpo y me río ante la aparente confusión.

Entonces Rosie me mira fijamente y se tambalea. Me suelta las manos y se deja caer en una silla, completamente pálida.

—Nací prematura. —Prosigue. Carraspea y no aparta la mirada de la mesa—. Katharine Sinclare me dio a luz...

—Nos dio a luz —la corrijo, con una sonrisa.

Rose cierra los ojos.

—Me trasladaron de inmediato a la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Oh, Dios, ¿está enferma? ¿Creían que había muerto? ¿Es así como nos separaron? La miro fijamente mientras jugueteo con un mechón de pelo.

—Entonces —respira hondo— hubo una confusión en la unidad —dice, y me mira.

No me atrevo a respirar.

—A mí me entregaron a una madre distinta, no a Katharine. —Mira a papá—. Esta otra mujer, Trudie, fue la que me crio. Durante toda mi vida he creído que era mi madre. —Mira a la mesa—. Pero no es así. Mi madre biológica era Katharine. Y tú —dice, con voz vacilante— eres mi padre.

Guau. Oh, Dios mío. Veo cómo intenta controlar sus emociones. Siento una gran pena por ella. Tengo ganas de abrazarla, de decirle que no pasa nada, que la aceptaremos y la querremos... Es mi hermana perdida. Pero hay algo en su mirada que me lo impide.

Papá clava su mirada en ella.

—Pero... ¿gemelas...? Katharine no tenía...

Rose niega con la cabeza y le tiembla todo el cuerpo.

—No, no tenía gemelas...

Me mira, pero enseguida aparta la mirada. Su novio le estrecha los hombros.

Me quedo paralizada, estoy desconcertada. Miro a papá en busca de una explicación, repaso la conversación mentalmente.

—Había... otro bebé —dice, con la respiración entrecortada—. La mujer a la que me entregaron también había dado a luz a una niña preciosa. —Me lanza una sonrisa con los ojos arrasados en lágrimas—. Y ella... Katharine...

Rose traga saliva y evita mi mirada.

—Como he dicho —susurra—, hubo una confusión.

Se me para el corazón. Juro que se para de golpe. Miro a Rose, a mi padre, y esta increíble historia empieza a dar vueltas en mi cabeza.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto sin alzar la voz.

Me mira con un gesto de dolor.

—Holly, yo... acabo de averiguarlo...

—¿Qué me estás diciendo? —repito, con voz áspera y crispada.

—Holly —susurra, cogiéndome la mano—. A las pocas horas de nacer, nos confundieron.

Esas palabras se me clavan como un puñal. La mano que me estrecha pierde toda la fuerza.

—No... No lo entiendo. —Miro a papá, que no aparta la mirada de Rose—. No... No... —Me quedo sin palabras.

Rose suspira.

—Lo sé, lo siento. Sé que esto supone una gran conmoción, pero...

—¿Qué te hace pensar eso? —Papá la interrumpe. Está pálido.

Rose lo mira, con tristeza.

—Lo siento, sé que resulta difícil de creer. Yo al principio tampoco podía... —Duda y me mira—. Pero entonces, me hice unas pruebas que demostraron que no estaba emparentada genéticamente con mi madre. Cuando nací, Katharine se encontraba en el mismo hospital, en el mismo día, y cuando la conocí... —Hace una pausa y esboza una sonrisa—. Bueno, todo quedó muy claro.

Siento una gran presión en el pecho, miro a papá y rezo para que diga que no está de acuerdo, pero sus ojos reflejan un reconocimiento tácito. Rose se parece a mamá, la madre que nunca conocí, la madre que me dijeron que había muerto. La madre que... que no es mi madre.

Rosie traga saliva.

—Pero no estuve totalmente convencida hasta que te conocí, Holly.

Alzo la mirada bruscamente.

—Eres tan... —Sonríe—. Eres muy guapa...

La miro con recelo.

—Y eres la viva imagen de mi madre, de Trudie.

Saca una fotografía y la deja en la mesa.

Me vuelvo, me niego a mirarla, aunque en el fondo me muero de ganas de lo contrario, de demostrarle que se equivoca.

Paralizada, miro a papá, que coge la fotografía lentamente. Suelta un grito ahogado y me mira fijamente, boquiabierto.

No puede ser cierto, no puede...

Le quito la fotografía de las manos y un escalofrío me recorre la espalda mientras la miro, con incredulidad, horrorizada.

Soy yo... Soy yo de mayor. El pelo castaño, los ojos de color avellana, las pecas, hasta la malformación de la oreja...

—¡Esto es una estupidez!

Me echo hacia atrás y suelto una carcajada ante lo absurdo de todo el asunto, pero entonces miro a la chica, que parece muy triste y compasiva, y a Megan, confundida, y entonces veo a papá, mi padre, que me mira como si fuera la primera vez que me ve, y dejo de reírme.

—¡Díselo, papá! —le suplico con una voz preñada de pánico—. Dile que no es cierto... ¡Que es absurdo!

—Es imposible —dice papá, que frunce aún más el ceño—. No puede ser... y sin embargo...

—¡Vete! —le grito a Rose, abriendo la puerta trasera—. ¡Sal de aquí!

—Holly... —dice Megan con voz suave.

—¡Sal de mi casa! —le chillo. Me tiembla todo el cuerpo—. ¡Díselo, papá!

—Déjame que me explique, por favor. —Me suplica—. Hay más...

—¿Cómo te atreves? ¡Cómo te atreves! Después de que te hemos dado una cama, comida, un pastel de cumpleaños, ¡mi maldito pastel de cumpleaños! —Las lágrimas me escuecen los ojos—. ¡Y mi ropa! ¡Incluso llevas mi maldita ropa!

Me abalanzo sobre ella, que cae al suelo mientras le arranco la sudadera, mi sudadera, e intento quitársela por la cabeza.

—¡Eh! —Su novio intenta apartarme.

—¡Suéltame! —grito y le doy una patada tan fuerte que lo tiro al suelo—. ¡Esto no tiene nada ver contigo! ¡Esta es mi casa! ¡Mi vida!

—¡Holly! —Megan intenta cogerme.

—¡No se la puede quedar! —grito, aferrándome a la sudadera, tirando de ella, forcejeando, desesperada por recuperarla—. ¡No puede quedarse con mi vida!

—¡Holly! —brama papá, que me agarra bruscamente del brazo—. ¿Qué demonios haces?

Todo el mundo me observa como si fuera un bicho raro. Miro a papá con impotencia y se me parte el corazón en mil pedazos.

—Dile que no es verdad —le pido, con la voz entrecortada—. ¡Dile que es una mentirosa, que se vaya y que nos deje en paz! —le suplico—. ¡Por favor, papá!

Me mira y me doy cuenta de que ha envejecido de golpe. Su rostro está surcado por arrugas que no había visto antes.

—No, Holly-Berry —dice, con un suspiro, y utiliza mi apodo, un gesto que me parte el corazón—. No... No puedo...

Clavo la mirada en él, y los pedazos de mi corazón se convierten en hielo.

—Entonces, te alegras de que esté aquí.

Les doy la espalda a todos y salgo de la cocina dando un portazo.

ROSIE

MIERDA. MIRO a Andy, que me ayuda a levantarme, y se frota la pierna en el lugar donde Holly le ha dado la patada.

Bueno, ha salido a pedir de boca.

Jack está paralizado, incapaz de apartar la mirada de la puerta que acaba de cerrar Holly. La cocina no ha dejado de temblar.

—Mira —dice Megan sin alzar la voz—. Todo esto ha supuesto una conmoción para nosotros, creo que necesitamos un poco de tiempo...

Asiento.

—Lo entiendo. Lo siento mucho... Es...

—Increíble... —murmura Jack, que mira por la ventana, paralizado, en estado de *shock*—. ¿Eres la hija de Katharine? —Se vuelve, con una mirada indescifrable—. ¿Eres de verdad la hija de Kathy?

Lo miro un instante fugaz y de repente, a pesar de todo, no estoy segura. Entonces asiento tímidamente.

—Soy tu hija —digo con un susurro.

Relaja la mirada, pero aparta los ojos enseguida.

Yo miro al suelo, consciente de los latidos que siento en el pecho, en la cabeza.

—Lo siento —dice con un suspiro, y se deja caer en una silla—. Es que todo resulta tan...

—Increíble —añado en voz baja.

—Cielo. —Megan se vuelve hacia mí—. ¿Has... quiero decir, te... importaría... —Duda—. Estarías dispuesta a hacerte una prueba... para confirmar...?

—Por supuesto. —Asiento rápidamente. Tengo las mejillas encendidas.

—Lo siento, no quiero insinuar... —No encuentra las palabras—. Lo digo solo para estar seguros. El hecho de que Holly y tú nacierais la misma noche...

—No pasa nada.

Trago saliva. No quiero hablarles de Sarah, de que intercambié los carteles con el nombre... Creo que eso supondría un duro golpe para ellos y ya han recibido bastantes.

Se oye el zumbido de un avión que surca el cielo. En estos momentos preferiría estar ahí arriba.

Barro la cocina con la mirada y mis ojos se posan en cualquier cosa, en todo, en lo que sea con tal de no mirar a Jack o Megan. Entonces reparo en una fotografía enmarcada que hay junto al fregadero. Es la misma fotografía del dormitorio, la familia feliz: Jack, Megan, Holly y Ben.

De pronto soy consciente de la magnitud de mi decisión. He destrozado a esta

familia, no solo la vida de Holly, sino la de Jack, Megan e incluso la del pequeño Ben. Y ahora no hay forma de retroceder, de deshacer lo que está hecho.

—Lo siento mucho —murmuro—. Nunca... No quise... Ni tan siquiera sabía que Holly existía hasta anoche. Creía que el otro bebé había muerto y yo... solo quería encontrar a mis verdaderos padres...

Jack asiente con un gesto lento, pero no me mira.

—Tranquila, cariño. No pasa nada. —Megan me da unas palmaditas en la mano—. ¿Tus padres... o tus tutores saben que estás aquí ahora?

Niego con la cabeza.

—Cree que estoy viajando, no quería que se preocupara por mí. —Miro a Jack y se me cierra la garganta—. Pero... pero tenía que decírtelo. —Miro la fotografía y se me parte el corazón—. Tenía que decírtelo...

Jack asiente, sin levantar la mirada de la mesa.

—Porque hay más.

Alza la vista. Tiene el rostro cansado.

—¿Más?

Andy me estrecha el hombro.

—¿Crees que, sea lo que sea, podría esperar? —pregunta Megan—. De momento ya tenemos que asimilar mucho.

Niego con la cabeza, decidida a no dejar nada en el tintero. Sé que cualquier retraso solo causará más pena y más dolor.

—No. No, lo siento —digo con un suspiro—. Nunca habría irrumpido en vuestra vida de no ser por esto... Si no fuera importante.

Jack me dirige una mirada preñada de cansancio y temor.

—Te escucho.

Respiro hondo.

—¿Habéis oído hablar de la enfermedad de Huntington?

HOLLY

—DIME que me quieres.

Josh me mira, sorprendido, cuando cierro la puerta de su dormitorio con un fuerte golpe.

—¡Dime que me quieres! —le exijo, de pie junto a él. Las lágrimas me queman los ojos, me nublan la vista—. Dime que me querrás, pase lo que pase.

—Claro que te quiero, cariño. —Josh se pone en pie y me atrae hacia sí—. Eh, ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Me abraza y no puedo hablar. Llora desconsoladamente y sollozo con la cara pegada en su camisa.

—Eh, no pasa nada, preciosa. —Me abraza con más fuerza—. Chis. Venga, ¿qué ha pasado? ¿Es tu padre?

Mi padre. Los sollozos se vuelven más profundos y noto un dolor en la garganta. No... ¡no es mi padre!

—Eh, cariño, no pasa nada. —Josh me seca las lágrimas, con una mirada seria y triste—. No está de acuerdo, ¿verdad?

—¿Qué? —Frunzo el ceño, confundida—. ¡No! No es eso. —Trago saliva y le acaricio la mejilla—. No es por ti.

—Bueno... entonces ¿qué ha pasado? —Arruga la frente—. Sea lo que sea podemos solucionarlo, ¿vale? —Me calma y me mira a los ojos—. Te quiero. —Me besa con dulzura—. Siempre te querré.

—¿De verdad? —Lo miro a los ojos.

—Claro. —Sonríe y me aparta el pelo que me tapa la cara.

—¿También cuando sea vieja y tenga arrugas?

Sonríe.

—Aunque arrastres las tetas por el suelo y dejes un reguero de babas tras el caminador.

—¡Puaj! —Sonrío—. ¿Me lo prometes? —Me sorbo la nariz.

Josh me rodea la cara con las manos.

—Holly Marie Woods, te querré hasta que me muera.

Lo miro fijamente y siento un nudo en el estómago, más grande que nunca.

Holly Marie Woods...

Cierro los ojos con fuerza y empiezan a caerme las lágrimas por las mejillas mientras mi mundo se derrumba.

—¿Holly? —pregunta Josh, alarmado—. ¿Qué te pasa? ¿Holly?

Ese ni tan siquiera es mi nombre.

ROSIE

—GUAU —dice Jack cuando acabo. Se frota la frente y Megan le acaricia la espalda con un gesto dulce—. Guau.

—Lo siento mucho —murmuro, sin saber qué decir ahora que ya lo he echado todo. Andy me mira con una sonrisa tranquilizadora.

—Bueno, Holly... —dice Jack—. ¿Existe la posibilidad de que pueda desarrollar... esta enfermedad...?

—Un cincuenta por ciento de posibilidades, sí. —Aparto la mirada.

—Pero nunca ha tenido ningún problema de salud... Y es tan guapa... —Mira la fotografía que hay junto al fregadero—. Mi Holly-Berry...

Siento una punzada de culpa en el corazón.

—De acuerdo. —Traga saliva—. Entonces ¿qué hay que hacer si ha heredado la enfermedad? ¿Quimio? ¿Terapia? ¿Medicamentos? —Me mira.

Niego con la cabeza, abatida.

—Existen varios proyectos de investigación, hay avances, pero de momento... —titubeo—. Lo siento, no tiene cura.

—¿Qué? —Jack me mira—. ¡Tiene que haber un remedio, tiene que haberlo! —Da un puñetazo en la mesa y se levanta de la silla—. ¡Los demandaré! —Estalla—. Demandaré al maldito hospital, ¡esto es culpa suya!

Coge el teléfono y me da un vuelco el corazón. El pánico se apodera de mí.

—No creo que eso sirva de gran ayuda, Jack. —Megan intenta calmarlo y apoya una mano en la de su marido—. Además, primero convendría hacer todas las pruebas de ADN para asegurarnos de que Rose está en lo cierto.

Jack suelta el teléfono y se deja caer en la silla. Apoya la cabeza en las manos y se tira del pelo.

—No puedo... No puede... Es mi hija, mi niña...

Deja la frase a medias y se limpia las lágrimas con un gesto brusco. Megan lo abraza y lo besa en el hombro.

Ojalá no hubiera venido aquí, ojalá no hubiera averiguado todo lo que sé, ojalá no hubiera nacido. Este hombre se está derrumbando ante mí y es todo culpa mía. Algo me oprime el pecho y lo único que quiero hacer es salir corriendo.

—Pero existe un cincuenta por ciento de posibilidades de que Holly no esté afectada —dice Jack—, de que siga teniendo una salud de hierro. ¿No es así, Rose?

—Sí. —Asiento con gratitud—. Y aunque haya heredado el gen, es probable que esté perfectamente bien durante años, incluso décadas. Los síntomas pueden empezar a una edad muy avanzada, mamá tenía... —Dudo al recordar que pasamos por alto los síntomas iniciales—. No le diagnosticaron la enfermedad hasta que ya había

cumplido los cincuenta.

Jack me mira a los ojos fijamente.

—Tu madre... —Carraspea—. ¿La viste morir?

Siento una garra gélida que se apodera de mi corazón al recordar a mamá tambaleándose en el baile de la escuela, discutiendo con los vecinos, en la cama del hospital... Era ella y, sin embargo, distaba mucho de su verdadero yo.

Cierro los ojos, trago saliva y asiento.

—Sí.

Muy lentamente, Jack me coge la mano.

—Entonces soy yo quien lo siente.

Lo miro, a este hombre cuya vida ha quedado destrozada, y sus ojos reflejan una honda tristeza y compasión... por mí. Lo siente por mí. Se me hace un nudo en la garganta cuando me estrecha la mano.

—Lo siento mucho... —digo de nuevo, las únicas palabras que quedan en mi vocabulario. Las lágrimas que brotan de la nada anegan mis ojos.

Entonces, de pronto, me encuentro en sus brazos, impregnada de la fragancia a almizcle de su camisa, su abrazo fuerte, protector.

—No es culpa tuya —dice con tono tranquilizador, acariciándome el pelo—. ¿De acuerdo? No es culpa de nadie.

Cierro los ojos e intento convencerme de que tiene razón, de que no soy yo quien le ha destruido la vida, a él y a toda su familia. Que era lo que debía hacer, no solo por mí, sino por Jack, por Holly... Dirijo la mirada hacia la ventana y me quedo helada, paralizada por la culpa, al ver a Holly, que me mira fijamente, con los ojos desorbitados, pálida como un fantasma, apoyada contra el cristal.

HOLLY

—¡HOLLY! —me llama papá mientras bajo los escalones corriendo. Mi corazón late con la misma fuerza que mis pisadas—. ¡Espera, Holly! —dice de nuevo—. ¡Por favor!

Niego con la cabeza, intentando borrar la imagen de Rosie en sus brazos, su hija, su verdadera hija.

—Holly. —Me coge del brazo—. Entra en casa, por favor.

Me aparto.

—Holly. —Me corta el paso—. Por favor.

—Dile que se vaya —le pido, mordiéndome el labio para contener las lágrimas—. Dile que se vaya y volveré.

Me mira durante un largo instante con cara de pena.

Se me hace un nudo en la garganta y me aparto.

—Holly... ¿Adónde vas?

—¡Me voy con Josh! —digo sin volverme—. ¡Va a volver a la universidad y pienso acompañarlo!

—Espera, Holly, no puedes irte a vivir con tu novio.

—¡Es mi prometido! —le espeto—. Si te hubieras tomado la molestia de escucharme un momento, ya lo sabrías. Josh me pidió matrimonio en Nueva York, por eso volvimos antes de tiempo. Vamos a casarnos.

Me mira fijamente.

—¿Que vais a hacer qué? Holly... no puedes... ¡tienes dieciocho años!

—¡Puedo hacer lo que me dé la real gana y tú no puedes evitarlo! —le grito, con los ojos arrasados en lágrimas—. ¡Al fin y al cabo, no eres mi padre!

Se detiene, atrapado en la jaula de luz que arroja la ventana. Su rostro refleja un inmenso dolor.

Me vuelvo, con las mejillas encendidas, y corro, corro, tan rápido como me permiten las piernas. Abro la puerta del coche de Josh y me meto dentro.

—Vámonos.

—Holly... —Josh me atrae hacia sí—. Cariño, deberías haberme dejado que te acompañara. ¿Aún estaba ahí Rose?

—¡Oh, sí! —Me río y parpadeo con fuerza para intentar detener las malditas lágrimas que me corren por la cara—. Oh, ya lo creo que aún estaba ahí. —La imagen de los dos me escuece en los ojos.

Josh me acaricia la rodilla.

—Cariño, seguro que tu padre...

—¿Podemos irnos? —lo interrumpo—. ¿Por favor?

Me mira y pone el coche en marcha.

—Claro. —Arrancamos—. ¿Adónde quieres ir?

Me vuelvo, sorprendida.

—A Harvard. Contigo.

—¿Quieres quedarte conmigo? ¿En mi dormitorio? —Se ríe—. Créeme, no es un lugar para mujeres.

—Por favor —le suplico—. Ahora mismo no tengo donde pasar la noche.

Josh suspira.

—Te aseguro que nada me apetecería más que llevarte conmigo, pero ¿a la universidad? Te pasarías el día entero sola mientras yo estoy en clase. Además, huir no es la respuesta. Has de quedarte aquí y hablar del tema con tu padre.

—No es mi...

—Sí, sí que lo es. —Josh detiene el coche y me mira a los ojos—. Siempre será tu padre. Te crio, y lo hizo solo hasta que conoció a Megan. Y estoy seguro de que no debió de resultarle muy fácil porque cuando estallas puedes convertirte en una verdadera fiera...

—No soy... —Pero Josh me tapa los labios con un dedo.

—Sin embargo, si te interesa mi opinión, creo que ha hecho un gran trabajo. —Desliza la mano hasta mi mejilla—. Ahora, Holly, Minnie Mouse o Pato Donald... Seas quien seas: sigues siendo tú. —Se inclina hacia delante—. Y te quiero.

Me besa y siento que me derrito.

—Y tu padre también te quiere.

Me muerdo el labio.

—Así que, Donald, ¿adónde quieres que te lleve? Si aún no estás lista para volver a casa, estoy seguro de que a Melissa le encantaría tener una fiesta de pijamas improvisada y presumir de la que debe de ser la colección más grande en DVD de Johnny Depp de todo el estado.

—¿Quién necesita a Johnny Depp? —susurro y me inclino hacia él mientras me da un abrazo fuerte y cálido que me transmite seguridad.

—Bueno, eso es cierto. —Admite, y me besa en la cabeza—. Pero aún le quedan unas reservas de chocolate indecentes de Navidad, y sería un inconmensurable acto de bondad humana por tu parte ayudarla a comérselo. Yo lo he intentado, claro, pero ya sabes que un hombre tiene sus limitaciones. Ha llegado el momento de las profesionales.

Sonrío y le doy una palmada, en broma.

—Y luego, claro, está el plato fuerte: *Dumbledore*, el gato pedorrero que acabará llenándote la cara de babas...

—¡Acepto! —exclamo, entre risas, y me acurruco contra él.

—Todo va a salir bien, ¿vale? —susurra, acariciándome el pelo.

—Vale —suspiro y no hago caso del insistente zumbido del móvil en mi bolsillo.

ROSIE

—DEBERÍA haber ido a buscarla. —Jack deja el teléfono sobre la mesa con un fuerte golpe y camina de un lado a otro de la cocina—. Debería...

—No —lo tranquiliza Megan—. No, necesita tomarse su tiempo, eso es todo. Tiene que asimilar demasiadas cosas.

—Pero es mi hija, y ahora está ahí fuera, sola...

—Está con Josh —lo corrige Megan—, que cuidará de ella. Es un buen chico, Jack.

—¿Un buen marido? —replica él—. ¿Un buen marido para mi hija adolescente?

—Tiene dieciocho años, Jack...

—¡Eso ya lo sé! —le espeta él—. ¡No me corrijas sobre mi propia hija!

Megan aparta la mirada.

Jack suspira y se apoya en la encimera.

—Lo siento —murmura—. Es que... solo tiene dieciocho años. Es mi bebé... mi niña.

—Lo sé. —Megan le acaricia el pelo en un gesto de cariño—. Y ella también lo sabe. Sabe que eres su padre y te quiere.

Lo besa.

Miro a Andy, que asiente con la cabeza y carraspea.

—Esto... Creo que deberíamos volver al hostel —digo y me dirijo hacia la puerta.

—¿Queréis que os lleve? —Se ofrece Megan—. De todos modos tengo que ir a recoger a Ben a casa de mi madre.

—Gracias. —Sonrío—. Sería...

—No. —Jack levanta la vista—. No, no puedes irte... Es lo que me faltaba. —Me mira a los ojos—. Deberías quedarte aquí.

Dudo. No quiero irme, no ahora que lo he encontrado, pero una parte de mí quiere huir lejos de inmediato.

—Jack... —dice Megan.

—No creo que sea una buena idea —insisto, con las mejillas encendidas—. Holly y tú necesitáis tiempo para estar a solas, tenéis que hablar...

—Solo se van a un hostel, Jack, Rose seguirá en la ciudad —añade Megan.

—No —dice Jack con voz firme—. He pasado dieciocho años sin conocer a mi hija. —Traga saliva—. ¿No te parece que es suficiente tiempo?

Megan lo mira, luego a mí, cierra la boca y aparta la mirada.

Mi corazón late con fuerza en el silencio.

—Rosie —dice Jack con voz suave, los ojos verdes abiertos de par en par, muy

nervioso, muy vulnerable—. ¿Quieres quedarte?

HOLLY

—¡QUÉ GUAY! —exclama Melissa, que grita tapándose la boca con la almohada, la abraza, y asusta a *Dumbledore*, que salta de la cama y baja corriendo por las escaleras.

La miro con cara de enfado.

—¿Es que no me has prestado atención? ¿Qué parte de mi vida, que se está derrumbando, te parece guay?

Pone los ojos en blanco.

—No seas tan melodramática, ¡esto es increíble! ¿No lo entiendes, Holly? ¡Tienes una madre!

A pesar de todo, el corazón me late rápidamente. Mi madre.

—¡Holly! —grita Melissa, que me coge las manos y me las estrecha—. Seguramente tienes una familia entera en Inglaterra, la tierra de Shakespeare, de castillos y reyes y...

—No quiero otra familia, ¡quiero la mía! —le espeto. Aparto las manos y me abrazo las rodillas—. Quiero recuperar a mi padre.

—Holls. —Melissa me pone una mano en la rodilla—. Siempre será tu padre. Venga, si no pudiste librarte de él en el baile del instituto, ¿lo recuerdas? No quería irse a casa. Se ofreció a acompañarte de carabina. ¡A hacer de DJ!

Una leve sonrisa se dibuja en mis labios.

—No se va a ir, créeme. Mira cuántas veces te ha llamado esta noche. —Melissa pone los ojos en blanco y lanzo una mirada de culpabilidad a mi móvil, que tengo en silencio—. Pero ¿me estás diciendo que no quieres conocer a tu madre? ¿A tu verdadera madre? Durante todos estos años has creído que estaba muerta, has fantaseado sobre su aspecto, sobre cómo podría haber sido vuestra relación, y ahora... —Me aprieta las rodillas, sus ojos brillan de emoción—. ¡Está viva! ¡Holly, tu madre está viva!

—Siempre ha estado viva, ¿no lo entiendes? Durante todo este tiempo mi padre me ha mentado. Me ha dicho que había muerto.

—¡Bueno, sí! —Melissa pone los ojos en blanco—. ¿Qué iba a hacer? Esa bruja del contestador es una inútil. ¿Quién no preferiría tener una madre muerta antes que una que le dice a su hija que se largue cuando llama a su puerta? Menuda estúpida.

Jugueteo con un mechón de pelo y lo enrosco en el dedo. No se me había ocurrido.

—Holls, tu padre solo quería que no sufrieras. Imagina que hubieras ido a buscarla como ha hecho Rosie y que te hubiera dado con la puerta en las narices. ¿No te sentirías destrozada?

Me muerdo el labio e imagino la situación: la esperanza, la emoción, el rechazo demoledor. Sería devastador. Debe de haber sido devastador. Frunzo el ceño, reacia a sentir compasión por Rosie.

—Aun así no debería haberme mentado.

—Bueno —dice Melissa con voz suave—, es un hombre, ¿qué esperabas? Los sentimientos no son su punto fuerte.

—Y que lo digas. —Sonrío a pesar de todo—. Deberías haber visto cómo se puso cuando le dije que me iba a Harvard con Josh. «¡Tienes dieciocho años, eres demasiado joven para casarte!».

Melissa se queda boquiabierta y me mira.

—¡Venga ya! ¿Os habéis prometido?

Antes de que pueda reaccionar, Melissa se pone a gritar y a saltar delante de mí, y me da un fuerte abrazo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios míiiiiiiio! —Me suelta un instante—. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¡Espera! —Me dirige una mirada apremiante—. ¡Prométeme que me dejarás ser tu dama de honor! ¡Por favor, Holly! Nunca he sido dama de honor, y...

—¡Vale, puedes ser mi dama de honor! —Me río.

Melissa se me echa encima otra vez y grita aún más fuerte, si cabe.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Esto es fantástico! ¡Es el mejor día de mi vida! ¡Mi mejor amiga se va a convertir en mi cuñada, y por fin voy a ser dama de honor! —Me estrecha entre sus brazos—. ¡Y tú! ¿Qué demonios te pasa? Por fin vas a conocer a tu madre, a tu verdadera madre, que es inglesa y seguro que es muy guay, ¡y vas a casarte! ¡Tu madre podrá venir a la boda! ¡Eh, seguramente os podréis casar en un castillo, qué suerte!

—¡Eh, alto! —Me río—. ¡Paso a paso!

—Tengo que llamar a Josh. ¡No me puedo creer que no me lo haya dicho! —Melissa coge su móvil, marca el número, activa el manos libres y grita en cuanto su hermano responde—. ¡No me puedo creer que vayas a casarte! —chilla, y me da un fuerte abrazo mientras Josh ríe.

Todas mis preocupaciones se desvanecen y la emoción crece en mi interior.

¡Vamos a casarnos!

Melissa me estrecha con fuerza y sonrío de oreja a oreja cuando yo también grito. Tiene razón, soy muy afortunada. Tengo mis amigos, mi familia: a papá, Megan y Ben; tengo a Josh y la promesa de una nueva vida juntos, nuestra propia familia. Sonrío y abrazo mi secreto. Y en algún lugar, al otro lado del Atlántico, tengo una madre. Mi corazón late desbocado al pensar en ello. Mi verdadera madre. No una mujer que me dio a luz y que luego me abandonó. Fue un accidente, nos separaron por error. Ella nunca tuvo la intención de dejarme.

Y ahora me muero de ganas de conocerla.

ROSIE

—¿QUÉ haces?

Levanto la vista y veo a Ben, que me mira en el espejo del baño mientras me froto la parte interior de la mejilla con un bastoncillo de algodón. Me vuelvo y sonrío.

—Voy a hacerme una prueba —le digo—. De ADN.

—Ah. —Frunce la nariz—. ¿Es como ABC?

Me río.

—No.

Aunque, en realidad, es igual de sencillo. No me puedo creer que solo tengas que frotarte dos bastoncillos en la cara interior de las mejillas, meterlos en dos sobres de papel sellados, enviarlos por correo al laboratorio con un cheque y un formulario descargado de internet... y ya está: en menos de dos semanas recibes los resultados de la prueba del ADN, que tienen una fiabilidad del 99,9 por ciento.

Ben me observa con atención mientras meto los bastoncillos de algodón en el sobre que lleva mi nombre, y sonrío.

—¿Quieres probarlo?

Cojo un bastoncillo de la caja y me mira con recelo antes de abrir la boca y mostrarme una hilera de dientes blancos, pequeños y perlados. Con mucho cuidado, le froto el bastoncillo en la cara interior de la mejilla y se ríe.

—¡Me hace cosquillas!

—¡No me digas!

Suelto un grito ahogado y le hago cosquillas en las axilas. Se cae al suelo, retorciéndose, y su risa inunda el baño.

—¿Qué está pasando aquí? —Jack aparece en la puerta, sonriente, acompañado de Megan.

—¡Papá! —exclama Ben, que se le echa en los brazos.

—¡Hola, bicho! —Jack sonrío y frota su nariz con la de Ben—. ¿Cómo está mi monito?

—¡No soy un mono! —Se queja Ben—. ¡Soy Ben!

—Claro que sí. —Jack sonrío y lo besa en la frente—. ¿Y sabes quién es ella? —Me señala.

Ben niega enérgicamente con la cabeza y el flequillo le tapa los ojos.

—Esta es Rosie —le dice Jack, que le aparta el pelo y me mira—. Es tu hermana mayor.

Ben me mira, con los ojos muy abiertos, y se me corta la respiración.

—Podría ser tu hermana. —Se apresura a corregirle Megan—. Esperemos a que sea oficial, ¿de acuerdo? —Lanza una mirada severa a Jack—. Por eso estamos

haciendo las pruebas.

—Claro, claro. —Jack asiente—. ¿Has acabado?

Señala con la cabeza el sobre que hay en el lavamanos.

—Sí —respondo, y se lo doy—. Todo listo.

—Muy bien —dice Jack—. Voy a echarlo al buzón.

—¿Ahora? —pregunta Megan.

—Cuanto antes mejor, creo. —Jack esboza una sonrisa de cansancio—. Así sabremos la verdad.

Pasa junto a Ben y Megan y baja las escaleras corriendo.

Megan me dirige una mirada incómoda.

—Lo siento si parezco... —Titubea—. No quiero mostrarme escéptica, pero con los niños es mejor esperar a que las cosas estén claras antes de...

—Lo entiendo —le digo, y me abrazo—. ¿Tenéis noticias de Holly?

—No. —Megan suspira—. No responde al móvil, pero ha llamado la madre de su amiga. Está en su casa. Así que al menos sabemos que está bien.

—Genial. Es un alivio.

—Sí. —Megan asiente—. Bueno, es mejor que ponga al pequeño a dormir. —Le alborota el pelo a Ben—. Ha sido un día muy largo.

Asiento con la cabeza.

—Creo que yo también me iré a dormir temprano.

—Ya sabes dónde está todo. —Megan sonrío—. Buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Rosie.

Levanto la mirada y me da un vuelco el corazón al oír mi nombre en boca de Ben, que me dice adiós con la mano, mientras va a hombros de su madre. Sonrío y también me despido de él con la mano hasta que desaparecen por la puerta.

Lanzo un suspiro. Me invaden emociones contrapuestas. Abro la puerta de mi dormitorio y me dejo caer en los brazos abiertos de Andy.

—¿Estás bien? —me pregunta y me acaricia el pelo.

Asiento, aprieto la mejilla contra su pecho y clavo la mirada una vez más en la fotografía de familia que sigue en el marco roto: la sensación de calidez que se apodera de mí al mirar a mi padre, a mi precioso hermanito, se desvanece cuando miro a Holly, la horrible víctima de este encuentro. Cierro los ojos y siento náuseas.

—Has reaccionado muy bien ahí abajo —dice Andy—. Has demostrado tener agallas.

Sonrío a pesar de mi estado de ánimo.

—Sé que no era fácil, sobre todo después de la reacción de Kitty... —Me abraza con fuerza—. Pero lo has hecho. Has encontrado a tu padre y se lo has contado todo. Estoy orgulloso de ti. —Me besa en la cabeza y sus palabras me hacen cosquillas en la oreja—. Has hecho lo que habías planeado.

Abro los ojos.

—Ya está —susurro, y la sensación de mareo aumenta—. Y ahora ¿qué?

HOLLY

ALGO impacta en mi nariz y abro los ojos. Una pata blanca me golpea en la mejilla y una larga baba se mece peligrosamente sobre mi rostro.

—¡*Dumbledore!* ¡Baja, *Dumbledore!* —murmuro.

Me incorporo de inmediato y aparto al gato, que salta de la cama, con la cabeza en alto y el cascabel tintineando de forma malhumorada mientras se dirige hacia la siguiente víctima.

¡Puaj! Me limpio la mejilla. «¡Qué asco! ¿Por qué siempre me elige a mí?».

Miro el reloj de la mesita. ¡¿Son las cuatro y media de la madrugada?! Lanzo un gruñido y me dejo caer sobre la almohada, completamente despierta.

Miro la ventana, la tenue luz de la luna brilla a través de las finas cortinas. Las oscuras ramas de los árboles se balancean, mecidas por la brisa.

Son las cuatro y treinta y dos de la madrugada.

Miro a Melissa, que está despatarrada en la cama, roncando a pleno pulmón, ajena a todo. Típico de ella. Me doy la vuelta, entierro la cabeza bajo la almohada, inquieta y desvelada. ¡Esto no es nada típico de mí! Por lo general duermo como un lirón, y si me dejaran no haría caso del despertador y dormiría hasta el día siguiente. No como papá, que siempre se despierta al amanecer.

Papá.

De pronto, al recordarlo ahí de pie, herido, abatido, se me encoge el corazón. No ha sido justo. Él no lo sabía, durante todos estos años no tenía la menor idea de que no era mi padre... Ha sido un duro golpe para ambos. ¿Y cómo he reaccionado al averiguarlo? Mis propias palabras resuenan de forma dolorosa en mis oídos.

«¡No eres mi padre!».

Busco mi teléfono móvil. Quince llamadas perdidas. Se me cae el alma a los pies cuando oigo el primer mensaje:

—Holly... Holly, cariño, vuelve a casa, por favor. Te quiero mucho, vuelve a casa, por favor...

Cuelgo el teléfono, me pongo los vaqueros y bajo las escaleras corriendo. El aire frío me golpea en la cara como una bofetada, es mi despertador, y al cabo de un instante ya estoy corriendo por la calle, donde el viento me alborota el pelo y las farolas me sonrían.

Ya voy, papá, ya voy.

Vuelvo a casa.

ROSIE

ABRO los ojos y clavo la mirada en el techo, abatida. No sirve de nada. Llevo un buen rato aquí, completamente despierta, mientras los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas dan vueltas en mi cabeza y se niegan a dejarme dormir. Lo que han dicho, lo que he dicho, lo que no he dicho, lo que debería haber dicho... Si es que debería haber dicho algo...

Lanzo un suspiro y salgo de la cama sin hacer ruido para intentar no despertar a Andy, que ronca a mi lado. Me estremezco cuando piso el suelo y salgo al rellano.

Enciendo la luz del baño y me miro en el espejo.

De modo que esto es lo que ven. Esta es la chica que se ha colado en su mundo y lo ha puesto patas arriba. La chica que ha cogido todo cuanto conocían y lo ha tirado por la ventana. La chica que ha alterado sus vidas, su familia. Dejo escapar un fuerte suspiro y me tapo la cara con las manos.

Ahora depende de ellos. Todo depende de ellos. Yo ya he cumplido con mi parte. La nieve de la bola de cristal está agitada. Y quién sabe cómo volverá todo a su sitio esta vez... Si es que eso llega a suceder.

Cierro los ojos y acerco la cabeza al grifo para beber el agua fría, relajante y aturdidora que me moja los labios.

—¿Holly?

Doy un respingo al oír la voz, me doy un golpe en el labio con el grifo y me tiro agua por el pecho.

—¡Lo siento! —dice Jack, que sale del baño—. Lo siento, Rosie, no quería asustarte. Creía que eras... Lo siento.

—¿Qué hora es?

Bostezo y me fijo en los vaqueros y el jersey de lana que lleva puesto. Afuera, todavía está oscuro como boca de lobo y hace mucho frío.

—Las cuatro y treinta y tres —dice—. ¿No podías dormir?

Niego con la cabeza.

—No paro de pensar en todo lo que ha sucedido.

—Sí, bueno... ha sido un día agitado.

Asiento.

—¿Y tú?

Niega también con un gesto.

—He estado buscando información de la enfermedad de Huntington en internet, intentando asimilarlo todo. —Se frota los ojos—. Pero es imposible.

Y que lo diga.

—Si quieres hablar de ello, o tienes alguna pregunta...

—Gracias. —Asiente con la cabeza—. Pero ahora mismo necesito un poco de aire fresco... Me voy al mercado del pescado. No hay paz para los malvados. —Sonríe—. Buenas noches.

—Buenos días —digo con una sonrisa y me dirijo a mi habitación.

—Oye, Rosie... —Me sigue—. Rosie, ¿te gustaría...?

Andy suelta un gruñido y se da la vuelta.

—¡Ah! —Jack da un respingo y sale al pasillo—. Oh, vaya, lo siento...

—No pasa nada. —Cierro la puerta y lo sigo—. ¿Jack?

—Perdona, no lo sabía, solo quería... preguntarte si, como estamos despiertos...

—Carraspea—. Como te he dicho, pensaba ir al mercado y me preguntaba... —Arruga la frente—. Lo siento. Olvídalo y vuelve a la cama.

—Me encantaría acompañarte. —Sonrío.

—¿De verdad?

Asiento con la cabeza.

—Dame cinco minutos para vestirme y nos vemos abajo.

Me mira, sorprendido.

—Bien. ¡Genial! —Se vuelve para irse, pero no se mueve.

—Así que Andy y tú... —dice—, estáis muy unidos.

Sonrío.

—Sí, estamos... muy unidos.

Jack asiente y respira hondo.

—Bueno, me queda mucho que aprender. —Sonríe con timidez—. ¿Nos vemos abajo?

—Dentro de cinco minutos —le confirmo.

—De acuerdo.

Jack desaparece escaleras abajo y sonrío. Tiene razón, nos queda mucho por aprender. Somos padre e hija y no sabemos lo más básico del otro. Bueno, no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, aunque sea de madrugada ¡y haga un frío gélido!

HOLLY

SIENTO una punzada en el costado cuando por fin doblo la esquina de nuestra calle. Subo corriendo los escalones de la parte trasera de la casa, levanto el felpudo para coger la llave de recambio y entro en la cocina.

—¿Papá? —Busco el interruptor de la luz y tiro algo de la encimera—. ¿Papá? — Subo corriendo al piso de arriba—. ¿Papá?

—¡Holly! —Megan abre la puerta—. Qué susto me has dado. ¿Estás bien?

—¿Dónde está papá? —pregunto con apremio y miro la cama vacía.

—Se ha ido al mercado del pescado, cielo —dice Megan—. Es lunes.

El mercado del pescado. Qué desastre. Debería haberlo recordado.

—¿Estás bien? —pregunta, nerviosa.

—Sí —respondo, con la respiración entrecortada—. Estoy bien, es que... Tenía muchas ganas de verlo, de decirle...

—Oh, cariño, lo sabe. —Megan me da un fuerte abrazo—. Se alegrará mucho de verte. —Me besa en el pelo—. Yo me alegro muchísimo de verte.

—¿Holly? —Se abre la puerta del dormitorio de Ben, que se frota los ojos, medio dormido.

—¡Hola, Benji! —Sonrío y le doy un abrazo. Me impregno del dulce olor de niño que desprende—. ¿Cómo está mi monstruo favorito?

—¡Bien! —exclama. Me da un beso lleno de babas y me echa los brazos al cuello.

—Nos alegramos de que hayas vuelto a casa —dice Megan, que me acaricia el pelo con un gesto de ternura.

Todas estas muestras de cariño hacen que me derrumbe. El hogar.

—Sí. —Sonrío y me seco las lágrimas con el suave pijama de Ben, que apoya la cabeza en mi hombro, un gesto que permite que me impregne de su aroma cálido y familiar—. Yo también.

—¿Sabéis dónde está Rosie?

Levanto la mirada, sorprendida. El novio de Rosie aparece en la puerta de la habitación de los invitados. En pijama.

—Acabo de despertarme —dice—. No está.

Megan mira a Andy y luego a mí. Vacila.

Se me hace un nudo en el estómago.

—¿Ha ido con Rosie?

ROSIE

AÚN está oscuro cuando llegamos al mercado del pescado, pero el lugar es un hervidero de gente. Pescadores que descargan sus bienes resplandecientes mientras los clientes se arremolinan en torno a los distintos puestos, a la caza de los mejores ejemplares, y los más grandes, de la pesca matinal. Me parapeto en el anorak que me ha prestado Jack para evitar el frío penetrante ¡y el mal olor!

—Un aroma agradable, ¿verdad? —Jack regresa orgulloso con sus pescados, que relucen en su caja como un tesoro. La levanta e inspira—. ¡Humm! ¡Me encanta el olor del pescado fresco por la mañana! —Me lanza una sonrisa. Tiene las mejillas sonrosadas por el frío y le brillan los ojos—. ¡Brrr! Tenemos suerte de que no nieve.

Lo miro fijamente.

—¿Lo dices en serio? ¿También vienes aquí cuando nieva? ¿En mitad de la noche?

Jack se ríe.

—¡No es de noche, ya ha amanecido! ¿Ves? —Señala con la cabeza hacia la masa agitada de mar negro que rompe en la orilla y hacia el horizonte. Empieza a asomar el sol y el mundo recupera parte del color—. ¿No es precioso?

Siento un escalofrío y Jack se ríe.

—Venga —dice—, vamos a dejar el pescado y a tomar algo caliente. Aquí cerca hay un sitio donde hacen un chocolate delicioso.

—¿Con malvaviscos? —murmuro a través del anorak.

Mi nariz se ha convertido en un carámbano.

—¿Es que se puede tomar de otra manera? —Sonríe y echa a caminar.

HOLLY

—¿TODAVÍA sigue aquí? —Lanzo una mirada acusadora a Megan, que está sirviendo tres tazas de té—. ¿Ha pasado la noche? ¿Aquí?

—Voy a... Voy a buscar... —El novio de Rosie señala la puerta—. Me voy —dice y sube a la habitación.

—Era tarde, cariño. —Megan me da una taza y me acompaña a la sala de estar—. No tenía donde ir.

—¿Y qué tal si regresa a Inglaterra? —murmuro y tomo un sorbo de té, que me quema la lengua.

Megan se deja caer en el sofá y suspira.

—No pretendo entender cómo te sientes ahora. Sé que para ti ha sido una experiencia traumática, pero... cabe la posibilidad de que Rosie sea su hija.

—¡Yo soy su hija! —exclamo. Me escuecen los ojos—. ¿No le basta conmigo? —La miro fijamente, en actitud desafiante, esperando a que responda—. Quizá sea mejor que me vaya y que los deje tranquilos.

—No digas tonterías. Lo eres todo para tu padre. Tendrías que haberlo visto anoche, estaba preocupadísimo.

—Sí, tanto que ya ha encontrado una sustituta, ¿no?

—¡Holly!

—¿Qué pasa, no tengo razón? Ahora tiene una hija nueva. —Me abrazo las rodillas—. Ella es la buena.

—¡Eso no es verdad! Ni lo pienses. Tu padre te quiere tanto...

—Sí pero no es mi padre, ¿no?

—¡Siempre lo será!

—No es lo mismo, no es mi padre biológico. Ahora es el padre de Rosie.

—¡Eso aún no lo sabemos seguro! Anoche se hicieron la prueba. Esperemos a que lleguen los resultados antes de que...

—¿Para qué? —suspiro—. Él sabe que Rosie es su hija, la mira y ve a su madre, a Katharine, ¿no tengo razón? ¡Mírame! Soy pelirroja, ¡¿es que no te das cuenta de cómo llamo la atención?! No me extraña que no me quisiera, sabía que yo era un error, una impostora...

—Eso no tiene sentido.

—¿De verdad?

Me muerdo el labio con fuerza y enredo un dedo en un mechón de pelo, de mi pelo rojo, horrible, feo y traidor.

—Mírame —me ordena Megan de repente—. Mírame, Holly. No soy tu madre biológica, nunca lo he sido y nunca lo seré. —Me estrecha la mano—. Pero ¿crees

que por eso te quiero menos? ¿Que me importa lo más mínimo algo de lo que ha sucedido? ¿O que le importa a Ben?

Dirijo la mirada hacia Ben, que intenta construir una torre con las piezas de madera; va añadiendo una tras otra con meticulosidad, hasta que se derrumban y caen. Como mi vida. Siento una punzada de dolor en el corazón. Papá no es el único a quien podría perder...

—No es lo mismo —suspiro—. Ben no sabe la diferencia.

—Exacto. Exacto, Holly, ¡esa es la cuestión!

—¡No lo es! ¡Es distinto! —insisto—. Es distinto cuando es tu hijo, una parte de ti...

Siento un dolor atroz en el pecho que me impide acabar la frase.

—Vale —dice Megan con su voz dulce. Se inclina hacia delante y me mira a los ojos—. Vale, muy bien. ¿De verdad crees que te quiero menos que a Ben?

Miro a Megan, luego a Ben, y me abrazo las rodillas con fuerza.

—Sería lo normal, es tu hijo, lo diste a luz...

Megan niega con la cabeza.

—Cariño, no es algo tan fácil. Dar a luz no te convierte en madre —dice—. Fíjate en esa tal Katharine. Abandonó a su bebé, no es la madre de nadie. Pero tu padre... tu padre movería cielo y tierra por ti, y no solo porque creía que compartíais genes, sino porque te quiere muchísimo. El amor es lo importante, es lo que une a la gente. Sois un equipo. Sobreviviréis a esto.

Miro mi taza de té y me muerdo el labio.

—¿Y Rosie? —susurro—. ¿Cómo encaja en todo esto?

Megan suspira.

—Eso es algo que tendremos que averiguar.

ROSIE

NOS sentamos a una mesa junto a una ventana y me aferro a la taza de chocolate caliente. Poco a poco recupero la sensibilidad de los dedos, pero el olor persistente del pescado no nos abandona.

—¿No te parece espectacular? —Jack lanza un suspiro mientras mira por la ventana—. Es mi momento favorito del día.

Debo admitir que el amanecer escarlata es precioso, y más, incluso, ahora que no estoy a la intemperie y siento cómo los malvaviscos calientes se derriten en mi boca.

—Ojalá el sol saliera un poco más tarde —murmuro.

Jack sonrío.

—Lo siento. Es que estoy muy acostumbrado a levantarme temprano. Mi padre tenía un restaurante de *fish and chips*, y cuando acabé el bachillerato trabajé con él durante una temporada mientras intentaba decidir qué iba a hacer con mi vida. En cuanto despuntaba el sol me enviaba a comprar el mejor pescado, algo que a mí no me importaba. De hecho, me gustaba. Me enamoré del amanecer. De la paz. De la promesa de un nuevo día. —Mira hacia la luz dorada que se extiende por el horizonte—. De hecho, así es como conocí a Katharine.

Lo miro fijamente.

—¿En el mercado del pescado?

—¡No! —Suelta una carcajada sonora y reconfortante—. No, Kathy no iría al mercado del pescado ni muerta. No, había ido a ver el mar, me dijo. Estaba ahí de pie, en la playa, temblando con su minifalda y una chaquetita blanca. —Hace una pausa—. Siempre recordaré esa chaqueta...

Lo miro con atención.

—Lo siento. —Carraspea—. Divago. Hacía tanto tiempo que no hablaba de ella... —Niega con la cabeza—. Bueno, ¿qué te parece el chocolate?

—Háblame de ella, por favor —le susurro.

Jack me mira un momento, con recelo, y entonces coge aire.

—Era la chica más bonita que había visto jamás —suspira, mirando por la ventana hacia el pasado—. Tenía el pelo alborotado por culpa del viento, se le había corrido el rímel y, aún no sé cómo, pero había perdido los zapatos y estaba ahí, desnuda sobre los guijarros de la orilla, con la carne de gallina; se estaba helando, pero tampoco quería irse. Me ofrecí a llamar a un taxi, pero no quiso, me dijo que quería ver salir el sol, que no se iría hasta que lo hubiera visto.

—¿Había pasado la noche en la playa?

—Es lo que me dijo. Al menos, había pasado toda la noche fuera. Dudo que se hubiera puesto elegante solo para ir a la playa. —Jack sopla el chocolate caliente y

agarra la taza con fuerza—. De hecho, parecía algo disgustada, por lo que decidí hacerle compañía para asegurarme de que estaba bien.

—¿Y qué pasó?

—¡Me dijo que me fuera a tomar por saco! —Jack se ríe—. No la culpo, a fin de cuentas no debe de ser muy agradable que un desconocido se te acerque en mitad de la noche y se ponga a hablar contigo; sin embargo, me negué a irme, y ella también. Éramos tozudos como mulas. Al final nos pusimos a hablar. —Sonríe y mira hacia la mesa.

—Le pregunté cómo se llamaba varias veces, pero ella no quería decírmelo, no quería contarme nada. Me dijo que la noche era demasiado bonita para hablar de cosas vulgares de la vida diurna, de cualquier asunto serio, personal o real. Así que nos pusimos a hablar... de ningún tema en concreto. De los signos del zodiaco y de sueños... —Deja la frase a medias y toma un sorbo de chocolate—. Entonces, antes de que nos diéramos cuenta, salió el sol. Ella tenía que irse y yo llegaba tarde al mercado. Le di mi número de teléfono con la esperanza de que me llamara, pero para ser sincero, creía que no volvería a verla jamás. Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando bajé al mercado... ahí estaba.

Sonríe y siento el calor de la taza en mis manos.

—Y bueno, a partir de ese momento se convirtió en una especie de ritual: todas las noches iba a la playa, cada vez más pronto, y siempre la encontraba allí, mirando al mar. Empecé a llevar ropa de abrigo, café, incluso sacos de dormir y mantas, lo que fuera con tal de que entrara en calor. Siempre parecía que tenía mucho frío. La chaquetita que llevaba no abrigaba nada y se le helaba la piel. Así que nos tumbábamos en la playa, mirando las estrellas, hablando de cualquier cosa, o sin abrir la boca, hasta que salía el sol. —De pronto me lanza una sonrisa—. Durante dos semanas llegué tarde a la subasta y tuve que quedarme con el pescado que no quería nadie. Pero en el restaurante no se dieron cuenta. —Se ríe.

Lo miro.

—¿Dos semanas?

—Dos maravillosas semanas... —Suspira y agita la taza—. Entonces, una noche llegué y no estaba. La esperé hasta que amaneció. Pero no apareció. No volvió a dar señales de vida. Se esfumó.

—¿Intentaste encontrarla?

—¿Cómo iba a hacerlo? No sabía cómo se llamaba, dónde vivía, su número de teléfono. No sabía nada de ella. Solo su signo del zodiaco: Escorpión. —Suspira—. Fue como si no hubiera existido, como si hubiera sido un producto de mi imaginación, la chica de mis sueños...

»Entonces, el invierno siguiente, en mitad de la noche, recibí una llamada de teléfono. Era Kathy, estaba dando a luz a nuestro bebé y estaba asustada. Que si podía ir. No me lo pensé dos veces, lo dejé todo y cogí el coche. Fue un viaje de varias horas, de noche, y me cogió una tormenta muy fuerte, tanto que en algún momento

pensé que no llegaría a mi destino. Al final, cuando ya me acercaba al hospital, vi a Kathy por la calle. Tenía el mismo aspecto, la misma belleza frágil, la misma mirada de angustia y temor, aunque esta vez había algo más, una sensación de apremio.

»Paré el coche y se me quedó mirando un momento, paralizada. Entonces rompí a llorar. Abrí la puerta del coche y entré, se dejó caer en el asiento y no paró de sollozar. Le pregunté por el bebé. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué se había ido del hospital? Pero no respondió, se limitó a suplicarme que siguiera conduciendo, que la llevara a algún lado, donde fuera. Y eso hice. Fuimos hasta un pequeño parque y detuve el coche, pero Kathy no paraba de llorar, de decir una y otra vez que creía que yo no iba a presentarme, que la había abandonado. Intenté consolarla, le dije que nunca la había abandonado, que haría lo que fuera por ella. Entonces me miró. Me miró durante un tiempo que se me hizo eterno.

»Luego sonrió y me cogió la mano. Su precioso rostro estaba hinchado y surcado de lágrimas. “Eres padre” me susurró, y las palabras llenaron el espacio que había a nuestro alrededor, me hicieron sentir un cosquilleo en las orejas. “Te has convertido en papá”.

Se le saltan las lágrimas y trago saliva.

—Regresamos al hospital y entré con Kathy, pero se habían llevado al bebé a un hospital más grande para que pudiera recibir cuidados especiales.

Lo miro fijamente, con un nudo en la garganta. Kathy volvió a la clínica...

—De modo que nos fuimos al otro —dice Jack, con una expresión más cálida—. Cuando la vi no me lo podía creer: esa criatura diminuta, tan pequeña, tan frágil en la incubadora, luchando por sobrevivir.

»“Es tuya”, me dijo Kathy, mostrándome la pulsera de identificación, el nombre que había elegido. Holly Woods. “Es toda tuya”. La miré fijamente, ese pequeño milagro que llevaba mi apellido, y sentí que la tierra se movía bajo mis pies. Fue el momento más increíble de mi vida. De repente me había convertido en padre.

Me mira y sonrío. Una sensación de felicidad se extiende por mi interior.

—Kathy parecía muy aliviada —continúa—. Empezó a recoger sus cosas, a darme instrucciones. Yo estaba confundido, no entendía lo que estaba pasando. Entonces caí en la cuenta. Se iba y quería que yo me ocupara del bebé.

»Intenté convencerla de que todo iba a salir bien, de que cuidaría de ella y del bebé, pero se negó; me dijo que no podía ser madre, que solamente tenía diecisiete años. Yo no sabía que era tan joven... Se puso histérica, me dijo que nadie lo sabía, que nadie podía saberlo, que era nuestro secreto. Que confiaba en mí.

»Lo intenté, pero no pude convencerla. Kathy me dijo que si no me quedaba con el bebé lo daría en adopción, y punto. Estaba tan alterada que acepté. Claro que iba a quedarme con la niña, para cuidar de ella y quererla. Estaba convencido de que Kathy cambiaría de opinión. Creía que si me quedaba cerca de ella tiempo suficiente acabaría convenciéndola, que podríamos formar una familia...

»Y durante un tiempo pareció que funcionaba. Holly tuvo que permanecer

ingresada en la unidad especial del hospital, por lo que reservé una habitación en un hotel próximo y al día siguiente Kathy parecía mucho más tranquila, incluso la inscribimos juntos en el registro, así es como por fin averigüé su nombre. Katharine. —Sonríe—. Cuando pienso en ella siempre me viene a la cabeza Kathy, como la Cathy de *Cumbres borrascosas*, indomable y rebelde, y muy frágil...

»Yo iba a visitar a Holly a la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales todos los días, y a veces Kathy me acompañaba. Tenía la sensación de que estaba mejorando mucho, estaba convencido de que cuando empezaran a remitir los efectos de la conmoción que había sufrido, de que cuando Holly se hubiera recuperado por completo y pudiéramos llevarla a casa...

De repente lanza un suspiro.

—Pero el día que le dieron el alta a Holly y la llevé a casa, Kathy desapareció.

Lo miro, paralizada.

—Me dejó una nota, que lo sentía, que se había ido a California, que no intentara encontrarla, que, por favor, cuidara de Holly. —Se frota la frente—. No sabía qué hacer. Llevé a Holly a casa de mis padres, que se pusieron hechos una furia, me dijeron que había sido un idiota, ¿cómo sabía siquiera si era mía?, que no debía permitir que una zorra me arruinara la vida. Entonces, cuando les dije que pensaba quedarme con el bebé, me echaron de casa.

Suelto un grito ahogado.

Jack se encoge de hombros.

—No lo entendieron. Holly era mi hija, la quería más que nada en el mundo, salvo... —Traga saliva—. Así que me fui. Mis abuelos vivían en San Francisco, de modo que Holly y yo nos subimos a un avión, nos quedamos con ellos, y encontré trabajo en un restaurante de pescado mientras intentaba dar con Katharine. Estaba convencido de que por entonces habría entrado en razón, sabía que se arrepentiría de haber abandonado a su bebé... —Suspira—. Pero fue inútil. Había desaparecido. De nuevo. A medida que Holly se fue haciendo mayor y empezó a hacer preguntas, decidí decirle que su madre había muerto. En cierto modo, me pareció lo más fácil. Lo mejor...

»Entonces conocí a Megan. —Sonríe—. La chica del sol en el pelo. Y lo demás es historia. Sus padres vivían en la costa este, por lo que nos trasladamos allí, y cuando su abuelo murió, nos quedamos con el restaurante y nos casamos. —Sonríe—. Era tan guapa, tan simpática y tan divertida, y tan buena con Holly... Era como si todo encajara a la perfección.

»Hace unos ocho años, me llevé una sorpresa monumental cuando vi a Katharine en televisión. Se hacía llamar Kitty, —Kitty Clare—. No me extraña que no hubiera podido encontrarla. Fue todo muy surrealista, no me lo podía creer, después de tanto tiempo... —Niega con la cabeza en un gesto de incredulidad—. Le envié una carta a través de su agente en la que le decía dónde vivíamos y le envié fotos de Holly, pero no contestó. Tal vez no la recibió, me dije a mí mismo, de modo que seguí

intentándolo y me dediqué a mandarle cartas y fotografías un par de veces al año, a través de su agente, sus estudios... Estaba decidido a darle todas las oportunidades necesarias para que conociera a su hija. Sin embargo, después de varios intentos sin recibir noticias tuyas, supe que había hecho bien al mentirle a Holly. Es mejor tener una madre muerta que una que te abandonó, ¿no te parece?

Me mira, consternado.

—Lo siento, Rosie, quería decir...

—No pasa nada —digo en voz baja—. Sé a qué te referías.

Suspira.

—No estoy muy seguro de que Holly me entienda.

—Solo querías evitarle un disgusto —añado.

—Bueno, sí. —Admite Jack—. Pero ¿cómo te sentiste cuando supiste la verdad sobre tu madre, que no estaba muerta sino que vivía en el otro extremo del mundo?

—Me enfadé. Me dolió no haber sabido la verdad. Pero todo se mezcló con el temor a la enfermedad de Huntington, a la posibilidad de haberla heredado. No fue lo mismo. Holly nunca ha conocido a su madre, por lo que es probable que esté más enfadada contigo, debe de tener miedo de perder a su padre.

—Eso nunca pasará.

—Lo sé. —Sonrío—. Y estoy convencida de que, en el fondo, ella también lo sabe. Yo ya había perdido a mi madre cuando descubrí que no era mi madre biológica. Sin embargo, al final eso no afecta a lo que siento por ella. Sigue siendo mi madre, siempre lo será. Pero verla morir de Huntington... Con el temor de que me sucediera a mí... Siempre creí que habría preferido saber la verdad... de todo. Porque así puedes encontrar una forma de enfrentarte a lo que te sucede.

—¿Y ahora?

—Ahora... No lo sé. —Suspiro—. O sea, tu vida era mucho más fácil antes de que yo apareciera, ¿no? En cuanto a Holly...

Jack lanza un suspiro.

—Bueno, la noticia ha caído como una bomba para todos.

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Pero para Holly va a ser peor. Mi bomba fue descubrir que mi madre muerta no era mi madre, que la verdadera aún estaba viva y que yo no iba a heredar la enfermedad de Huntington. La bomba de Holly es que no eres su padre y que corre el riesgo de padecer una enfermedad de la que probablemente nunca haya oído hablar. ¿Tú querrías saberlo? ¿De verdad?

Jack medita la respuesta.

—¿No tiene cura? ¿Seguro?

—No —suspiro—. Aún no.

Hace una pausa.

—Y sin embargo querías estar segura y te hiciste la prueba.

Asiento.

—¿Por qué?

—Supongo que porque necesitaba saberlo con certeza para tomar decisiones bien fundadas... —Dejo la frase a medias—. Mi madre... —Se me entrecorta la voz—. Trudie... dijo que si lo hubiera sabido tal vez no habría tenido hijos.

Jack me mira durante un instante que se hace eterno, con una expresión inescrutable, y luego fija la mirada en su chocolate caliente.

—Bueno —dice con voz suave, deslizando el pulgar por el borde de la taza—, eso habría sido una tragedia.

Aparto la mirada, me arde el pecho y el nudo de la garganta es del tamaño de una sandía.

Jack suspira.

—Tengo que hablarle a Holly de la enfermedad de Huntington. Iremos a pasar el día juntos, los dos solos. Debo ser yo quien se lo explique. —Levanta la mirada—. Tiene que saberlo. —Asiente con la cabeza—. Tienes razón, debe tomar una decisión fundamentada. No puedo tomarla por ella, y no le mentiré más. —Esboza una sonrisa triste y mira por la ventana—. Mi pequeña está creciendo. —Me mira—. Las dos os hacéis mayores.

HOLLY

—**T**ODO irá bien —dice Megan por enésima vez.

Le da un vaso de leche a Ben mientras yo preparo las tortitas. La mantequilla fundida de la sartén me revuelve el estómago.

—Recuerda que en este caso ella es la persona de fuera. —Megan me estrecha el hombro—. Tu padre y tú... sois como una roca, tenéis una relación sólida. ¿De acuerdo?

Una roca. Trago saliva. Para mí la única roca es la que siento en el estómago, y que aumenta de tamaño cada minuto que pasan juntos a solas.

De pronto, oigo unos pasos en las escaleras de fuera y me quedo paralizada.

—¡Holly! —exclama papá, que se precipita por la puerta y me da un abrazo que me levanta del suelo—. ¡Holly-Berry, gracias a Dios que has vuelto!

Es un abrazo tan fuerte que no me deja respirar.

—Siento haberme ido, papá...

—¡Oh, cariño, me alegro tanto de que hayas vuelto a casa!

Cierro los ojos y la roca que siento en mi interior empieza a desmenuzarse a medida que me impregno del aroma salado y familiar de mi padre.

Estoy en casa.

—Voy a darme una ducha —dice Rosie, que tiene que apretujarse para pasar junto a nosotros. Me estremezco al notar su roce, al oír su voz.

—¿No te apetece desayunar un poco antes? —pregunta papá—. Holly hace unas tortitas deliciosas. —Me lanza una sonrisa.

—¡Están riquísimas! —Confirma Ben, con la boca llena, y fuerza una sonrisa.

«Que diga que no, que no. —Pienso, con la cabeza apoyada en la chaqueta de papá, aferrada a él y manteniendo la respiración—. Que nos quedemos solos nosotros».

—Gracias, pero no tengo mucha ham... —Su estómago lanza un gruñido y papá suelta una carcajada que me hace estremecer.

—Creo que tu estómago no está de acuerdo contigo —dice papá, con una sonrisa—. Venga, coge una silla. Ha sido una mañana muy larga.

Papá se aparta y se me cae el alma a los pies. Me entra frío a pesar de que estoy junto a los fogones.

Papá le acerca una silla a Rosie y me sonrío.

—¿Te apuntas, Holls?

Dudo porque no me apetece acompañarlos, aunque tampoco me apetece dejarlos a solas.

—¡Guau! —exclama Rosie, que toma un mordisco—. ¡Están buenísimas! —Me

sonríe.

La miro. Megan tiene razón. Debo recordar cómo se siente Rosie: que su madre le dio con la puerta en las narices, que está en un lugar nuevo, un país nuevo, que acaba de conocer a su padre...

¡Mi padre! Me dejo caer en la silla y clavo el tenedor en la tortita de mala gana.

—¿Tu padre nunca te hace tortitas, Rosie? —pregunto con inocencia—. Papá me las preparaba para desayunar a diario cuando era pequeña. —Corto un trozo y me lo llevo a la boca—. ¿El tuyo también?

Megan me mira, pero me da igual. Mastico la tortita pero no noto el sabor.

—No —responde Rosie en voz baja—. No, mi padre murió la noche que nació.

—Oh. —Trago la tortita, que aumenta la sensación de culpa que se apodera de mi estómago—. Oh, lo siento.

Rosie sonrío.

—No pasa nada. No llegué a conocerlo, y mi madre y yo nos las arreglamos bien solas, ¡aunque no le gustaba demasiado cocinar! Solo hacía tortitas el martes de Carnaval.

—¿Cuándo? —pregunto.

—El martes de Carnaval, cariño —contesta papá—, el día antes de que empiece la Cuaresma.

—Ah. —Frunzo el ceño. Una estúpida tradición británica.

—Mamá intentó hacer tortitas varias veces, pero siempre se le pegaban en la sartén, ¡o en el techo! —Rosie se ríe—. Así que al final tomábamos helado. Martes de helado, lo llamábamos, cortesía de san Ben y san Jerry.

Papá suelta una carcajada con la boca llena.

—Esos son los santos que me gustan —dice Megan, entre risas.

Ben también se ríe mientras se limpia el jarabe de la barbilla.

Corto otro pedazo de tortita de malas maneras.

—Pero hacía unas tostadas con huevo deliciosas —añade Rosie.

Arrugo la frente.

—¿Tostadas con huevos revueltos?

Rosie parece sorprendida.

—Ah, no, son como...

—Son una especie de torrijas, pero más sabrosas. —Papá sonrío—. Están riquísimas.

—¡Ah! —exclamo. De repente mis tortitas me parecen de lo más vulgares. ¡Otra vez los malditos ingleses!

—Si queréis podría hacerlas un día. —Se ofrece Rosie.

¿Un día? ¿Un día? ¿Hasta cuándo piensa quedarse?

Tomo otro bocado, que no me sabe a nada.

—¿Qué tal os ha ido en el mercado del pescado? —pregunta Megan y toma un sorbo de té.

—Ah, muy bien —responde papá—. Le he enseñado a Rosie los distintos tipos de pescado que hay, pero creo que no ha sabido apreciarlo. ¡Me parece que su sentido del olfato ha podido más que su curiosidad!

—¡Qué peste! —exclama, entre risas—. ¡No sé cómo puedes soportarlo!

—Te acostumbras. —Megan sonríe.

—Pues a mí me gusta —murmuro.

—Estaba pensando... —Papá toma otra tortita—. ¿Qué os parece si salimos a dar una vuelta en barco, a ver si pescamos algo?

Miro a Megan.

—¿Y el restaurante?

—Ah, estoy seguro de que Pete puede apañárselas solo un día. No para de decirme que quiere más responsabilidad. —Papá sonríe.

Clavo el tenedor en otra tortita. Genial. Papá nunca se toma un día libre, pero ahora hace una excepción para irse de pesca a solas con Rosie. Qué bonito. Es muy injusto. ¡¿Por qué ella puede viajar, pasar el día navegando con papá, o hacer lo que le dé la gana, mientras yo tengo que ir a la escuela, cuando tenemos exactamente la misma edad?!

—Y creo que en la escuela podrán sobrevivir sin ti un día, solo por esta vez. —Papá me guiña un ojo—. ¿Qué te parece, Holly-Berry? ¿Te apuntas?

Lo miro, sorprendida, pero luego me entran las dudas al imaginarme sentada en un barco con Rosie y papá todo el día. De hecho, creo que preferiría ir a la escuela.

—No sé... —digo mientras cojo el jarabe de arce—. Tengo unas pruebas de natación esta tarde y...

—Venga, Holly, te encanta navegar. No puedo ir solo, no me gustaría sentirme como un paria.

Levanto la mirada. ¿Solo?

—Pero creía... —Miro a Rosie.

—Megan tiene que acompañar a Ben a casa de un amigo, y Rosie tiene planes con su... amigo. ¿No es así?

Rosie asiente y sonríe sin dejar de masticar.

—Bueno, ¿qué me dices? —Papá sonríe—. Los dos solos. A menos que te dé vergüenza que te vean en público con tu viejo.

Sonrío, reconfortada por el calor que desprende la taza de té en las manos.

—De acuerdo.

—Esa es mi chica. —Papá me guiña un ojo.

Me vuelvo hacia Rosie, que fija la mirada en su plato.

«Bueno —pienso—, quizá debería darle una oportunidad». Tomo un sorbo de té.

—¿Por qué no me cuentas algo de tu madre, Rosie? —le pido, mientras noto el té caliente y dulce que desciende por mi garganta—. Aparte del hecho de que no es la mejor cocinera del mundo.

Rosie sonríe.

—La cocinera más peligrosa, diría yo. He perdido la cuenta del número de explosiones que hubo en nuestra cocina. ¡Una vez hasta tuvimos que llamar a los bomberos! —Se ríe—. Intentaba hacer patatas en su nueva olla a presión, ¡y explotó! ¡Nos pasamos varias semanas rascando trocitos de patata del techo! —Se le ilumina el rostro—. Sin embargo, convirtió el accidente en un juego: fingió que la patata era nieve, y hacíamos muñecos de patata y dibujábamos caras en las ventanas. Todo bastante asqueroso, pero yo era pequeña y me encantaba. —Se le dibuja una sonrisa nostálgica.

»Hacía que todo resultara divertido. Por ejemplo, nunca comíamos tostadas normales, siempre las cortaba en forma de animales o de caras sonrientes. ¡Cuando se le quemaban mucho las cortaba en forma de murciélago para justificar el color!

Fuerzo una sonrisa.

—¿Qué más? Háblame de ella.

Rosie sonríe y mastica mientras piensa.

—Bueno, aparte del hecho de que eres su viva imagen...

Noto que me sonrojo.

—Era ilustradora de libros infantiles, le encantaba pintar, dibujar, esculpir... Todo lo que le permitiera crear algo a partir de nada.

Pienso en mis esculturas hechas con la madera que he encontrado en la playa. Ahora entiendo de dónde me viene.

Rosie sonríe.

—Cuando iba a cumplir cinco años, lo único que quería era una casa de muñecas muy bonita que había visto en la tienda de juguetes, pero como era muy cara, mamá me hizo una. Una casa de pan de jengibre. Era maravillosa. Tenía lucecitas de colores en el tejado y el camino de entrada era de petazetas. Fue algo mágico. Me gustó tanto que no quería comerla.

Sonrío e imagino el parpadeo de las luces.

—Cuando era joven le gustaba mucho bailar. Mi abuela me dijo que una vez soñó con ser bailarina.

¿Abuela? Me da un vuelco el corazón. ¿También tengo abuela?

—Corría, nadaba, bailaba, lo que fuera con tal de liberar la energía. ¡No paraba!

El corazón me late con fuerza. A ella también le gustaba nadar.

—¡Y qué sentido del humor tenía! —Rosie se ríe—. Dios, me partía de la risa con sus chistes y sus bromas... Era tronchante. Y su sentido de la moda... Inimitable. Nadie podía decirle qué tenía que llevar.

—Parece que era una mujer maravillosa —murmuro, con voz soñadora.

—Lo era. —Rosie lanza un suspiro—. Ya lo creo que lo era.

Se me para el corazón.

¿La he oído bien?

La miro fijamente.

—¿Era? —pregunto con un susurro.

Rosie me mira y la sorpresa da paso a la confusión y luego al miedo. Mira a papá.
—¿Quieres decir que...? —balbuceo y soy incapaz de acabar la frase—. ¿Está muerta?

Rosie aparta la mirada.

—¿Mi madre está muerta?

Me invade una sensación de mareo. Todos los sueños resucitados de conocer a mi madre se funden como la nieve del año anterior, pisoteados hasta convertirse en tierra. No tengo madre. Sigo sin tener madre y nunca la tendré...

—Holly... —Papá me estrecha el brazo—. Lo siento mucho, cariño. Yo...

—¿Cómo? —pregunto bruscamente, y me vuelvo hacia Rosie—. ¿Cuándo?

Ella duda y mira a papá.

—Holly —dice él—. Creo que es mejor que no...

—¿Cuándo? —insisto, con la voz quebrada por las lágrimas—. Era mi madre. Tengo derecho a saberlo. —Miro a Rosie—. ¿Y bien?

—El mes pasado —dice en voz baja—. Murió justo antes de Navidad.

La miro fijamente. Hace muy poco. Hace un mes estaba viva. En mi habitación tengo un DVD, un regalo de Navidad, todavía envuelto en papel de celofán y sin abrir. Quizás estaba viva cuando lo compraron, cuando lo envolvieron. Agacho la cabeza con la mirada perdida.

—¿Cómo? —pregunto con un susurro.

Silencio.

—¿Cómo? —insisto.

Rosie mira a papá con una expresión de miedo.

—No puedo...

Doy un puñetazo tan fuerte en la mesa que Rosie se sobresalta.

—¡Cuéntamelo!

—¡No puedo!

—¿Por qué no? —le grito—. ¿Qué importa ya? ¡Seguirá muerta!

—Holly... —Papá me estrecha la mano y Ben se pone a gimotear.

Rosie aparta la mirada.

—No lo entiendes...

—Oh, sí que lo entiendo, lo entiendo perfectamente. —Le escupo las palabras—. Como tu familia murió ¿has pensado que podías cruzar el Atlántico y robarme la mía? ¿Creías que podías llegar aquí, elegir una madre en Nueva York, un padre en Nueva Inglaterra y que todo iría a las mil maravillas? —Me inclino hacia delante—. Pero las cosas no han ido como esperabas, ¿verdad? Tu madre no te quería. Nunca te ha querido. Te ha dado con la puerta en las narices...

Rosie se estremece.

—¡Holly! —grita papá.

—Y luego ¿has pensado que quizás era buena idea pasarte por aquí, no? —prosigo—. ¿A la tercera va la vencida? ¿Querías venir a mi casa, conocer a mi familia

y llevarte a mi padre?

Megan abraza a Ben al salir de la cocina.

—¡No es por eso! —replica Rosie con un tono de voz fuerte y sorprendente y unos ojos brillantes—. No es por eso, ni tan siquiera sabía que existías, ¡creía que estabas muerta!

—¡Vaya, eso te habría ido de fábula! —le espeto.

—Creía que estabas muerta —repite—, y cuando descubrí que no era así... Me entraron ganas de irme. Nunca quise hacerte daño...

—Entonces ¿por qué lo has hecho? —le grito—. Hay muchos aviones que salen a diario con destino a Inglaterra, ¡podrías haberte ido cuando hubieras querido! ¿Por qué no lo has hecho?

—No podía.

—¿Por qué? ¿Porque has encontrado a tu padre y eso era lo único que te importaba? Que les den a los demás, ¿a quién le importa cuántas vidas destrozas?

—¡No!

—Holly... —Papá me agarra del brazo.

—¡Sí! —le grito a Rosie, y me aparto de mi padre—. ¡Sí, eres una zorra egoísta!

—No. —Rosie adopta un tono de voz más suave pero firme. Me mira a los ojos—. Tenías que saberlo.

—¿Ah, sí? —exclamo con un tono preñado de sarcasmo—. Tenía que saber que mi padre no es mi padre, que toda mi vida es una gran mentira, salvo, ah, sí, ¡que mi madre sigue muerta! —La miro—. No podía seguir viviendo ni un segundo más sin saber eso, ¿verdad?

—Tenías que saber...

—Rosie... —le advierte papá.

—¡Tiene que saberlo! —exclama, con una mirada que refleja desesperación.

—¿Saber qué? —La fulmino con la mirada, mientras una sensación de pánico gélida me recorre la espalda—. ¿Papá? ¿Saber qué?

—Que Trudie murió... —dice Rosie.

—Sí, gracias, eso ya lo he entendido.

—... de la enfermedad de Huntington.

Me mira un instante, agacha la vista y cierra los ojos con fuerza.

Papá lanza un fuerte suspiro.

—¿Qué? —Arrugo la frente y miro a Rosie y a papá. ¿Me he perdido algo?—. Insisto, ¿y eso qué importa? —Miro a los dos con insistencia—. ¿Qué demonios es la enfermedad de Hunting?

—La enfermedad de Huntington. —Me corrige Rosie con voz suave, pero tensa, y sin levantar la mirada del suelo—. Es una enfermedad terminal que causa una degeneración de la mente, el cuerpo...

La miro, desconcertada. ¿Y?

Me mira, triste, arrepentida.

—Holly, lo siento...

No respiro. Veo que sus ojos se anegan de dolor y pena. Mi corazón permanece en vilo.

—Es hereditaria.

ROSIE

MIS palabras cortan el tenso ambiente de la cocina, como un golpe rápido, fuerte y brutal, y nos sumen a todos en un silencio sepulcral. Holly clava la vista en mí, aturdida, pero no me atrevo a mirarla a los ojos.

—Holly —susurra Jack.

Le coge la mano, pero ella no se mueve.

Tengo las mejillas encendidas y no puedo apartar la mirada del suelo. Ahora sé cómo se sintió Pandora.

—No pasa nada, cariño, todo va a ir bien —la tranquiliza Jack, que le acaricia la mano.

—¿Sí? —Holly le dirige una mirada inexpresiva—. Es hereditaria... ¿Voy a morir?

—No —responde Jack, con una mirada intensa y la voz entrecortada—. No, no vas a morir, ni tan siquiera es seguro que la hayas heredado, tan solo cabe la posibilidad de que así sea.

Holly lo mira fijamente.

—¿Qué posibilidades?

Jack duda y traga saliva.

—El cincuenta por ciento. ¿No, Rosie? —Me mira.

Asiento con un gesto distraído. Noto que Holly clava los ojos en mí, pero no me atrevo a levantar la vista.

—Eso es, solo el cincuenta por ciento. Tienes las mismas posibilidades de tenerla como de no tenerla. ¿De acuerdo? —dice con una voz preñada de firme esperanza y de miedo—. ¿De acuerdo?

Cierro los ojos con fuerza al recordar el momento en que me dijeron esas mismas palabras, y percibo el dolor de Holly a medida que asimila la noticia. Me equivoqué, saber siempre la verdad no es lo mejor. La ignorancia es una bendición, ¿no es eso lo que dicen? Y yo acabo de hacer añicos la ignorancia de Holly, su bendición, su vida, con esta maza vil que me ha dado la verdad.

Holly tiene razón. Soy una egoísta. Debería haberla dejado en paz, irme...

La silla chirría cuando la muevo hacia atrás y rompe el silencio.

—Lo siento. —Me pongo de pie, sonrojada, y me dirijo hacia la puerta—. Lo siento mucho. Es mejor que me vaya...

—Rosie... —dice Jack con voz suave pero dolida.

—Lo siento mucho. —Salgo por la puerta y subo corriendo las escaleras mientras me caen las lágrimas.

Tenía que saberlo, me digo a mí misma, mientras pestañeo con fuerza e intento

borrar esa imagen de Holly de mi cabeza, pálida tras la conmoción sufrida y con los ojos desorbitados mientras yo destrozaba su mundo. Tenía que saberlo...

¿No?

HOLLY

ROSIE se va y la miro, sube las escaleras con gran estruendo. Papá me mira, nervioso, agarrándome la mano con fuerza, esperando a que reaccione.

Pero no puedo.

Todo me parece irreal, como si me estuviera viendo a mí misma desde lejos, como si hubiera abandonado mi cuerpo. Como si ya estuviera muerta.

Ni tan siquiera el zumbido de mi teléfono hace que me sobresalte.

Miro la pantalla iluminada.

Josh.

Dios, Josh. Mi prometido. El prometido al que temía agobiar con la noticia de mi embarazo. Ahora resulta que también tengo una enfermedad terminal.

Miro el teléfono móvil, que vibra con fuerza sobre la mesa. Megan mira a papá, que lo coge y lo apaga.

—Holly... —dice papá—. Holly-Berry, dime algo...

Niego con la cabeza, un gesto apenas perceptible, pero que es lo único que puedo realizar.

—Todo saldrá bien, ya verás...

Niego con más fuerza y un sudor frío me recorre la nuca.

—Sí, te lo prometo. Probablemente no tienes ni la enfermedad, y aunque la hubieras heredado... ¡Holly!

Me precipito hacia el fregadero y se me doblan las rodillas cuando vomito sobre los platos sucios.

—Chis —susurra papá para calmarme. Me abraza y me aparta el pelo de la cara—. No pasa nada, todo va a salir bien...

—¿Cómo...? —murmuro entre sollozos, limpiándome la boca con la muñeca. Tengo la piel fría y húmeda, la garganta irritada—. ¿Cómo ha sucedido todo esto...?

Papá lanza un fuerte suspiro.

—No lo sé, cariño —dice, con una mirada de impotencia, la más triste que le he visto jamás—. Yo tampoco lo entiendo.

ROSIE

LAS gotas de lluvia se funden con mis lágrimas mientras dirijo la mirada perdida hacia la playa, hacia las algas azotadas por el viento, los barcos que se mecen en el mar gris y revuelto. Ojalá pudiera embarcarme en uno y huir muy, muy lejos de aquí...

—¿Rose? ¡Rosie! —Me vuelvo al oír la voz de Andy—. ¿Qué haces aquí fuera? ¡Está lloviendo! —Corre hacia mí con una mochila en cada hombro—. Toma, ponte esto. —Deja las mochilas en la arena y me da un impermeable—. He pensado que quizá necesitaríamos lo que habíamos dejado en el hostel —dice, con una sonrisa—. Parece que vamos a quedarnos.

Cierro los ojos.

—Bueno, cuéntame dónde has estado, madrugadora —dice—. ¡Me he despertado al amanecer y ya te habías ido!

—Lo siento —suspiro.

Son dos palabras que me resultan demasiado familiares.

—¿Dónde estabas? —pregunta—. He intentado varias veces llamarte al móvil...

—Lo siento, lo dejé en casa —digo, frotándome la cara—. Estaba con Jack, hemos ido al mercado del pescado.

—Vale. —Asiente—. Bueno, la próxima vez déjame una nota o algo, ¿de acuerdo? Estaba preocupado.

—¡Lo siento! —Me vuelvo hacia él—. Lo siento, lo siento, lo siento, ¿vale?

Me escuecen los ojos por culpa de las lágrimas. Aparto la mirada y mi pecho se estremece con la respiración entrecortada.

—Rosie... —Me rodea los hombros con un brazo—. ¿Qué te pasa? ¿Qué ha sucedido?

Lo miro y me embiste la desesperación.

—Holly lo sabe —le digo, abatida—. Le he hablado de mamá, de la enfermedad de Huntington. Jack me pidió que no lo hiciera, que quería ser él quien se lo explicara, pero, oh, no, ¡yo y mi estúpida boca!

—Eh —me tranquiliza Andy—. Tarde o temprano lo habría averiguado. En realidad no importa cómo...

—No. —Niego con la cabeza, desconsolada—. No estabas ahí, Andy, no has visto su cara... —Cierro los ojos—. Está... destrozada. ¡Y es todo culpa mía!

—No. —Replica Andy con firmeza—. No, Rosie, nada de esto es culpa tuya.

—¡Sí que lo es! —insisto—. ¡Les he arruinado la vida! Podría haberme ido, debería haberlo hecho. Ha sido un gran error. ¡Tengo que irme! —Cojo la mochila, me la echo al hombro y me pongo en pie.

—Vale. —Andy se levanta—. Vale, nos vamos. Podemos ir a casa de mi tía en Washington, solo tenemos que llamar a un taxi, despedirnos y...

—No. —Niego con la cabeza—. No puedo... No puedo volver a esa casa.

—Se lo debes a Jack. No puedes desaparecer sin decirle nada —insiste Andy con voz suave—. Es tu padre.

Hundo los zapatos en la arena y pienso en el mercado del pescado, en el café, en los cálidos brazos de Jack cuando me abrazó con fuerza. Mi padre...

—Al menos... dile adiós, y nos iremos de aquí, si quieres no tenemos ni que volver, ¿de acuerdo? —Andy me mira a los ojos—. Si es eso lo que de verdad quieres.

Respiro hondo y se me hace un nudo en la garganta cuando miro hacia la casa de tablones de madera, el restaurante con el cartel de madera que chirría agitado por la brisa salada...

Trago saliva.

—Es lo que quiero.

HOLLY

OBSERVO las gotas de lluvia que corren como lágrimas por la ventana mientras Megan me sirve otra taza de té.

—Bueno... —Miro el poso que se arremolina en la profundidad de mi taza—. ¿Cuánto tiempo me queda?

—Oh, cielo. —Papá suspira—. Las cosas no van así, tal vez ni tan siquiera...

—¿Cuánto tiempo? —Lo miro.

Papá mira a Megan y suspira de nuevo.

—Anoche estuve buscando un poco de información, y la mayoría de las páginas que vi decían que los primeros síntomas acostumbran a surgir en personas de mediana edad. Trudie no sabía que padecía la enfermedad cuando Ro... —Deja la frase a medias y me acaricia la mano—. Cuando naciste.

Asiento mientras asimilo su respuesta.

—Luego, ¿cuánto tiempo pasará hasta que muera? En cuanto empiecen los síntomas.

—No lo sé. —Admite—. Es algo que varía, creo, depende... —Frunce el ceño—. Deberías hablar con Rosie.

Lo miro rápidamente.

Me estrecha la mano.

—Ella lo sabe mejor que nadie —dice con voz suave—. Fue la persona que cuidó de su madre.

Lo miro fijamente. ¿Cuidó de su madre? ¿Voy a necesitar una cuidadora?

—Pero, cariño, ni tan siquiera sabemos si has heredado la enfermedad. —Se apresura a añadir en cuanto percibe mi miedo—. Si quieres, puedes hacerte la prueba para averiguar si tienes el gen...

—¿Si quiero? ¿Por qué no iba a querer?

—Bueno, hay gente que no quiere, que prefiere no saberlo, que tienen miedo de que el resultado sea positivo y altere demasiado sus vidas...

—¡Pues claro, si van a morir!

Suelto una carcajada, breve, estridente y amarga.

—No. —Replica papá—. Me refiero a su vida antes de la enfermedad. A sus trabajos, sus carreras, sus matrimonios...

—¿Por qué? —Frunzo el ceño—. ¿Por qué iban a verse afectados todos esos aspectos?

—Bueno... —Papá titubea—. Por lo que he podido leer en internet, hay gente que tiene miedo de que sus empresas los discriminen, o de convertirse en una carga para sus parejas...

—Josh no me abandonaría —le digo de forma tajante—. Me quiere.

—Estoy convencido. —Papá sonrío y me acaricia la mano—. Pero ¿quiere tener hijos?

—¿Por qué lo preguntas? —Me quedo paralizada—. ¿A qué te refieres?

—Cariño. —Traga saliva—. Hay gente que... decide... que tiene miedo de tener hijos... —Me mira con ojos tristes y añade con gran prudencia—. Es una enfermedad hereditaria...

De pronto noto que mi mano pierde toda la fuerza. Las palabras de papá forman un puño de hielo que me oprime el corazón.

Podría transmitirle esto a mi bebé...

—Rosie ha dicho que Trudie... —Se detiene—. Cariño...

—¿Qué? —Lo interrumpo—. ¿Qué ha dicho Rosie?

—Nada, da igual.

—Dímelo —le ordeno con voz temblorosa. Es la autoridad del enfermo terminal. Se revuelve, incómodo.

—Rosie ha dicho que si Trudie lo hubiera sabido... —suspira—, quizás habría decidido no tener hijos.

Cierro los ojos.

No habría tenido hijos... Yo nunca habría nacido...

—Pero que se alegró de haberte tenido —insiste papá, que me aprieta la mano—. Ese es un argumento para no hacerse la prueba, si lo miras desde ese punto de vista. Quizá sea mejor vivir la vida sin saber qué te puede pasar o no en el futuro. ¡A cualquiera puede atropellarnos un autobús!

Sus palabras me entran por una oreja y me salen por la otra. La cabeza me da vueltas y siento una punzada de dolor.

«Trudie no habría tenido hijos, yo no debería tener hijos, no debería tener este bebé...».

—Tiene razón, Holly —dice Megan—. Quizás es mejor no saberlo.

—¡Tengo que saberlo! —grito con más fuerza de la que pretendía—. Tengo que... es mi vida, mi futuro. —Mi bebé... Siento un escozor en la garganta—. Podría tener esta... enfermedad, y ni tan siquiera sé qué es, ¡nunca había oído hablar de ella!

—Tienes razón —dice Megan con voz suave, mirando a papá—. No sabemos nada de ella. Pero Rosie sí.

—¡No pienso hablar con ella, con esa zorra egoísta!

—Sé que es duro, pero ella sabe por lo que estás pasando. —Papá intenta tranquilizarme—. Puede ayudarte.

—¡No necesito su ayuda! —estallo—. ¡No necesito nada de ella, todo esto es culpa suya! —Cierro los ojos con fuerza por culpa del dolor insoportable—. Si ella no hubiera... Si no hubiéramos...

—Si no te hubieran cambiado por ella al nacer, habrías visto morir a tu madre de Huntington, tal y como le ha pasado a Rosie —dice papá sin perder los nervios—. Te

habrías preguntado a diario si ibas a heredarla, tal y como le sucedió a ella. Y ahora te encontrarías exactamente en la misma posición. Pero estarías sola —dice—. Como lo estuvo ella.

Aparto la mirada. Siento un nudo en la garganta.

—Nada de esto es culpa de Rosie. ¿Quién puede culparla por querer conocer a sus verdaderos padres? Recuerda que cuando te conoció le entraron ganas de huir corriendo. El único motivo por el que ha decidido quedarse es porque sabe lo horrible que es vivir con la incertidumbre. Rosie ya sabe a qué te enfrentas. Ha pasado por todo esto y creyó que tenías derecho a saberlo, a decidir por ti misma, a elegir.

Elegir.

Me vienen a la cabeza imágenes, fogonazos, de la clínica de planificación familiar. Elegir...

«Trudie dijo que no habría tenido hijos...».

—Tengo miedo —susurro. Las lágrimas me corren por las mejillas—. Tengo mucho miedo, papá.

—Lo sé. —Me abraza con fuerza y me planta un beso en la cabeza. Su barba de tres días me pica—. Lo sé. Yo también. —Sus lágrimas se deslizan por mi pelo, cálido y húmedo—. Saldremos adelante —me promete, con una voz entrecortada que me parte el corazón—. Lo lograremos. Ya lo verás. Juntos podemos conseguir lo que sea.

Me aferro a él con desesperación, como una niña que intenta creerlo.

—¿Estás bien, Holly?

Parpadeo cuando Ben aparece en la puerta, mirándome con preocupación.

Asiento con un gesto rápido y me muerdo el labio, incapaz de hablar. Ben se acerca hasta mí, se sube a mi regazo y me estrecha con sus bracitos mientras papá nos abraza a ambos, sin soltarnos. Atraigo a Ben hacia mí y noto una punzada de dolor en el corazón cuando me impregno de su olor; lo quiero con locura y tal vez sea el único niño al que podré abrazar así jamás, lo más parecido a tener un hijo propio... Lo beso en el pelo y se me saltan las lágrimas.

«Nunca conocí a mi madre; ahora es probable que jamás llegue a tener hijos».

—¿Por qué no me lo dijiste, papá?

—¿Qué? —susurra.

—Me refiero a por qué no me hablaste de mamá... De Kitty, quiero decir. —Trago saliva, un gesto que me resulta doloroso—. ¿Por qué no me dijiste la verdad?

—Oh, cielo, lo siento mucho. —Me besa en el pelo—. Creía que podría protegerte, creía... Nos abandonó, Holly-Berry. No te merecía. No sabía qué se estaba perdiendo...

—Aun así, era mi madre —susurro. Siento el calor que desprende Ben—. Quiero decir...

—Tienes razón. —Papá me aparta el pelo de la cara y me mira—. Lo siento, me equivoqué. Tenías derecho a saberlo. No volveré a ocultarte nada, cariño. Te lo

prometo. —Engarza su meñique con el mío, como hacíamos cuando era pequeña—. Basta de secretos, ¿de acuerdo? —Me limpia una lágrima de la mejilla—. A partir de ahora, nos lo contaremos todo. ¿Sí?

Miro sus ojos tristes y asiento mientras me corren las lágrimas por las mejillas. Cierro los ojos con fuerza y respiro hondo.

—Papá...

Alguien llama a la puerta trasera y se me corta la respiración. Rosie la abre lentamente. Lleva una mochila grande al hombro y detrás de ella aparece Andy.

—Lo siento, no quería interrumpir —balbucea. Está nerviosa y no puede apartar la mirada de mí—. Yo solo... Solo hemos venido a decir... —Traga saliva—. Hemos llamado a un taxi, nos vamos. —Nos mira a papá y a mí y las palabras se precipitan. Se le saltan las lágrimas—. Lo siento mucho, nunca fue mi intención... —Se le quiebra la voz y parpadea varias veces—. Lo siento mucho. —Se vuelve para marcharse.

—Espera —digo con voz ronca.

Se detiene cuando ya tiene la mano en el pomo.

—No es necesario... No es necesario que te vayas.

Duda y nos mira a papá y a mí, nerviosa. Niega con la cabeza.

—Debería...

—Quizá sea lo mejor, Holly-Berry —dice papá, que me acaricia el pelo—. Tal vez nos iría bien tener un poco de tiempo para nosotros.

—No —digo, con voz tajante—. No, no pasa nada.

No me puedo creer lo que estoy haciendo, lo que estoy diciendo. No la soporto, ni tan siquiera el mero hecho de pensar que va a estar en mi casa, mi hogar, pero... pero tengo que saber más.

—Deberías quedarte. —Trago saliva—. Si no te importa... Tengo algunas preguntas...

Me lanza una mirada de triste compasión.

—Claro —dice con voz suave, y deja caer la mochila al suelo—. Claro.

—Quizá deberíamos dejaros a solas —sugiere Megan, que me coge a Ben de los brazos y lanza una mirada elocuente a Andy—, para que podáis estar tranquilos y hablar...

—Buena idea. —Papá sonrío, agradecido.

Andy mira a Rosie, que asiente con un gesto distraído, sin apartar la mirada de mí, buscando mis ojos.

—Sí. —Andy asiente, mete las manos en los bolsillos y sigue a Megan hasta fuera—. Sí, buena idea.

La puerta se cierra tras ellos.

Y entonces nos quedamos los tres a solas.

—Bueno —dice Rosie con un suspiro y se deja caer en la silla—. ¿Por dónde quieres que empiece?

ROSIE

HABLAMOS durante horas, mientras las sombras se alargan lentamente en la cocina; Holly no para de jugar con un mechón de pelo y escucha en silencio.

Le hablo de mamá: de la vida antes y después de la aparición de los primeros síntomas claros; de la prueba, de las distintas fases de apoyo psicológico por el que pasé, lo que supuso la espera de los resultados. Intento hacer hincapié en los aspectos positivos, en que no es ni mucho menos seguro que haya heredado el gen, pero aunque así sea todavía podría disfrutar de una vida sana durante varios años, insisto en que no hay motivo para que no haga todo lo que siempre ha querido...

Sin embargo, en sus ojos lo veo todo: mi propio miedo, mi propia desesperación. En fondo, no son más que palabras. En el fondo, es su vida.

—Bueno —dice Holly al final—, creo que por el momento ya basta.

Asiento con la cabeza.

—Es demasiada información para asimilarla de golpe.

Holly dice que sí, pero tiene la cabeza en otra parte.

—¿Qué os parece si preparo una sopa calentita? —sugiere Jack con voz alegre—. No sé vosotras, ¡pero yo me muero de hambre! —Se vuelve hacia Holly—. ¿Qué te parece? Si quieres también puedo prepararte unos picatostes crujientes. —Le alborota el pelo.

—¿Qué? —Holly lo mira, desconcertada—. Ah, no me apetece, gracias.

—¿Estás segura? —Jack frunce el ceño—. ¿O prefieres mis famosos panecillos recién salidos del horno para mojarlos en la sopa?

Holly esboza una sonrisa.

—No.

—Bueno, puedo hacer lo que prefieras. ¿Pasta? ¿Chili? ¿Hamburguesas? ¡Ya lo sé! —Sonríe de oreja a oreja—. *Fish and chips!*

Holly fuerza una débil sonrisa.

—Gracias, pero no tengo hambre. —Aparta la silla de la mesa y se levanta—. Creo que voy a salir a dar un paseo en bicicleta, necesito un poco de aire fresco.

—¿Estás segura? —pregunta Jack, nervioso—. ¿Quieres que te acompañe?

—Si quieres me voy —digo—. No tienes por qué irte...

—Estoy bien, de verdad —insiste Holly, con voz dulce. Realiza movimientos lentos pero firmes—. Disfrutad de la sopa. —Sale por la puerta trasera y la cierra lentamente.

Jack lanza un suspiro y apoya la cabeza en las manos. Parece que ha envejecido una barbaridad en un solo día.

—Mi pequeña...

—Lo siento mucho —digo, impotente.

—No es culpa tuya —me asegura Jack, que levanta la vista—. Y gracias por hablar con ella. —Esboza una sonrisa. Su mirada delata el cansancio que ha hecho mella en él—. Estoy seguro de que para ti no ha sido fácil revivir todo el proceso, pero creo que ha sido de gran ayuda para Holly.

Niego con la cabeza.

—Es lo mínimo que puedo hacer después de... Haré lo que sea para ayudaros, lo que sea...

—No sé si podemos hacer mucho más por ella —suspira—. Aparte de estar a su lado siempre que nos necesite.

Asiento con la cabeza. Al menos eso puedo hacerlo.

—¡Y a mí puedes echarme una mano con la sopa! —Jack se levanta—. ¿Cuál te gusta? ¿De tomate? ¿Champiñones? ¿Minestrone?

—Me da igual mientras esté caliente. —Sonrío.

—Genial. ¿A Andy también?

Mierda. Andy.

HOLLY

PEDALEO con el piloto automático, concentrada en la respiración, los pedales, el viento que me agita el pelo, las palabras de Rosie arremeten contra mis pensamientos como las olas del mar.

«Corea».

«Cambios de humor».

«Discapacidad».

«Residencia».

«Hereditaria».

«Mortal».

Pedaleo con más energía para intentar dejar atrás todas esas palabras, para eliminarlas mientras avanzo entre las sombras que engullen el bosque. Pero siguen ahí. Nunca desaparecerán.

Huyo de los árboles y ahí están, el desierto infinito y ondulante de dunas, precioso y aterrador, azotado por el viento y yermo, y tan vacío y desolador como mi futuro.

Quizá sea este mi castigo por no haber sido ambiciosa, por no haber sido buena estudiante, por haber malgastado mi vida con deportes y esculturas, por no tener aspiraciones y metas reales. Si dejas tu futuro vacío, algo lo llenará, de eso no hay duda...

Pero yo sí tenía sueños. Parpadeo por culpa del viento y de las lágrimas. Tenía esperanzas. Quizá no muy académicas o vocacionales... Pero estoy prometida, ¿no significa nada eso?

Desciendo por una duna y al llegar abajo tengo que hacer un gran esfuerzo para subir por la siguiente, perdida en un mar de arena. Ahora ¿qué? ¿Qué me sucederá a mí? ¿Y a Josh? ¿Y a nuestra vida en común?

A nuestro bebé.

Me detengo, tiro la bicicleta al suelo y me dejo caer sobre la arena fría y suave, abrazándome las rodillas mientras contemplo el sol, que se sumerge en las aguas del océano infinito.

Todo irá bien, me digo a mí misma y me obligo a respirar hondo. Todo irá bien. Josh me quiere, me prometió que me querría hasta que nos separase la muerte...

Llegue cuando llegue.

Pestañeo varias veces y meto la mano en el bolsillo para coger el móvil; lo enciendo.

Siete llamadas perdidas. Todas de Josh. Pulso el botón de rellamada y contengo la respiración.

Suena unos cuantos segundos y luego salta el buzón de voz.

—Josh, llámame, por favor...

Me asaltan las dudas, no sé qué decir a continuación. Las palabras que debo pronunciar se deslizan peligrosamente en mis labios. Cierro los ojos, respiro hondo, pero no puedo, no puedo decírselo. No por teléfono.

—Te quiero —suspiro, y el viento me arranca estas palabras de la boca cuando cuelgo rápidamente.

Trago saliva e intento reprimir las preguntas, la sensación de miedo que crece en mi pecho.

¿Me quieres?

¿Hablabas en serio cuando dijiste que me querrías, pasara lo que pasase?

¿Aunque tenga la enfermedad de Huntington?

Cierro los ojos.

Y aunque esté embarazada.

ROSIE

LEO de nuevo el mensaje de Andy mientras subo la colina, en dirección al café del cartel de neón rosa, y con la bandera arcoíris que ondea con orgullo junto a la estadounidense. Provincetown no deja de sorprenderme con su mezcla, es un pueblo en el que conviven el encanto del pasado —las casas de tablonos de madera, las iglesias tradicionales y los monumentos a los peregrinos— con tiendas decoradas con grafitis de colores intensos, esculturas raras, galerías de arte vibrantes y locales de ambiente gay.

Echo un vistazo al móvil para asegurarme de que no me han llegado mensajes nuevos. Me ha enviado cuatro desde que nos hemos visto por última vez: el primero desde otro café, luego desde una galería de arte, después desde la biblioteca y el último desde aquí. Empujo la puerta de cristal y suena una alegre campanilla mientras barro con la mirada las mesas blancas de mimbre, los pufs y las hamacas iluminadas por un festival de farolillos de papel de diversos colores.

—He anulado el taxi.

Me vuelvo y veo a Andy sentado solo a una mesa, cerca de una lámpara rosa forrada de felpa, con la mochila tirada a su lado.

—¡Ahí estás! —Sonrío y me acerco hasta él—. No estaba segura de haber venido al lugar correcto. No parece un local que encaje mucho con tus gustos.

Se encoge de hombros.

—Está abierto y está seco. Casi todos los demás cerraban a las cinco.

—Lo siento —digo, y me siento en una silla—. He perdido la noción del tiempo. Holly quería hablar... de todo. Creo que la ha ayudado.

—Qué bien. —Sonríe, cansado.

—Sí, yo también me alegro. —Asiento con la cabeza—. Tengo que hacer lo que sea para que pueda sobrellevar la situación de la mejor manera posible, ¿no?

—Así es. —Asiente y me acaricia la mano—. Entonces, supongo que ahora no querrás irte.

—No. —Niego con la cabeza—. No, me necesitan.

Andy asiente.

—Son tu familia.

—Lo son. —Sonrío de oreja a oreja y me invade una agradable sensación de bienestar—. Y creo que podría hacer algo bueno por ellos, ayudar a Holly a enfrentarse a todo lo que le queda. Compensarlos de algún modo por todos los trastornos que les he causado.

—Está muy bien. —Andy me estrecha la mano y sonrío—. De verdad.

—Sí. —Sonrío, cansada y aliviada—. Bueno, es mejor que volvamos porque Jack

nos está haciendo sopa. ¡Espero que tengas hambre!

Me levanto, pero Andy no se mueve.

—¿Andy?

—Sí... —Titubea—. Sí... Creo que yo sí que voy a volver al hostel.

—¿Por qué? —Lo miro a los ojos—. Ya te lo he dicho, podemos quedarnos en su casa.

—Tú puedes quedarte —me dice—. Puedes quedarte, Rose, y deberías hacerlo. Por eso viniste, es tu familia, tu hogar. —Suspira—. Pero yo solo soy un estorbo.

—No es verdad —insisto. Me siento de nuevo y le cojo la mano—. No podría haber hecho todo esto sin ti.

—Pero ahora lo has conseguido —añade en voz baja—. Estás aquí. Les has contado toda la historia. Estás ayudando a Holly. —Sonríe—. Pero es una situación difícil, Rose. Todo es muy frágil y el hecho de que esté aquí... No ayuda.

—¡Me ayuda a mí! —me quejo—. Te necesito, Andy. Te quiero. Eres el único que me conoce, que me conoce de verdad. No me dejes sola.

—Me he pasado el día solo.

—Lo sé —digo—. Lo sé y lo siento.

—No pasa nada, lo entiendo —suspira—. Y sería distinto si creyera que me necesitas, o si pudiera ayudarte de algún modo. Pero no somos familia, no puedo echarte una mano, y debes admitir que te resulta más fácil hablar con Holly cuando yo no estoy.

Abro la boca para rebatir sus palabras, pero aparto la mirada, abatida.

—Holly no necesita público, Rosie. La situación ya es lo bastante difícil como para que encima yo la complique aún más. Sería mejor que desapareciera una temporada mientras os enfrentáis a todo lo que se os viene encima... Y eso sería fácil si aún estuviéramos en Nueva York, o en cualquier otra ciudad, pero este pueblo... La mayoría de comercios cierran en invierno, en los demás ya he estado y los únicos que abren hasta tarde son bares, ¡y no puedo entrar en ellos porque no tengo veintiún años!

—Lo siento. —Le estrecho la mano con desesperación.

—¡No es culpa tuya! —Andy suspira—. Tienes que hacer lo que estás haciendo, tienes que dedicar todo tu tiempo y tu energía a Holly sin preocuparte por mí. La situación ya es muy compleja para todos como para que encima yo lo complique todo aún más. —Me aparta el pelo de la cara—. ¿Qué te parece si os doy un poco de espacio para que podáis estar todos juntos, como una familia, y arreglar los asuntos pendientes? Me iré a Washington y me alojaré en casa de mi familia.

—¡No! —exclamo con vehemencia.

—Está a pocas horas de aquí, hay un tren directo a Boston... Si me necesitas puedo llegar enseguida. —Acaricia las arrugas que se han formado en mi frente—. Además, a ti no te interesan todos esos monumentos aburridos, ¿verdad? Y piensa también que así lograrás eludir el interrogatorio de mi tía Patty, que puede ser

implacable cuando se trata de sus chicos, si no, pregúntaselo a Lola. —Sonríe y su rostro adopta una expresión afable al mirarme a los ojos, lo que hace que mi corazón se conmueva—. Si quieres puedo venir a buscarte, o puedes ser tú quien vaya a Washington, y reemprenderemos el viaje cuando... —deja la frase a medias—, cuando sea.

Lo miro, abatida. ¿Cuándo sucederá eso? ¿Dentro de una semana? ¿De un mes? Tiene razón, no es justo que lo retenga aquí indefinidamente, y no estará muy lejos, pero... Se me encoge el corazón. Lo echaría muchísimo de menos.

—No —decido—. No, dame unos días más y lo zanjaré todo, te lo prometo. Mañana... Mañana pasaremos el día juntos, solos tú y yo —digo con desesperación—. Te compensaré por haberte dejado solo todo el día.

Andy suspira.

—Iremos... Iremos a ver ballenas, ¿vale? —Le cojo las manos—. ¿A la segunda va la vencida? ¡No puedes irte sin haber visto las ballenas!

—Rosie...

—Quiero estar contigo.

Lanza un fuerte suspiro.

—¿Y qué pasa con Jack? ¿Y con Holly?

Me asaltan las dudas.

—¿Lo ves? —dice con voz triste—. Es imposible.

—No lo es. —Niego con la cabeza tercamente—. No es imposible, te quiero... —Lo abrazo y me aferro a él. Andy me acaricia el labio inferior y me mira, preocupado.

—Bueno, ¿qué me dices? —Lo miro a los ojos, esperanzada—. ¿Mañana? ¿Los dos solos?

—¿Palabra de exploradora? —Enarca una ceja—. ¿Solos tú y yo?

—Palabra de exploradora —respondo con solemnidad—. Solos tú y yo... Y un montón de ballenas.

—Bueno —suspira, me atrae hacia sí y me besa—. Supongo que una noche no me hará daño.

HOLLY

MIRÓ el teléfono móvil cuando los primeros rayos de sol entran por la ventana.

Las 9.31.

Me siento como si llevara varios días aquí, viendo pasar los minutos de forma lenta y silenciosa. Tumbada. Respirando. Demasiado cansada para moverme, demasiado cansada para llorar.

Cojo el teléfono y compruebo que no esté en silencio.

No lo está.

Tiene cobertura. Tiene batería. No hay llamadas perdidas. No hay mensajes de texto, salvo los de Melissa, que me ha enviado una docena para saber por qué no he ido a la escuela, por qué no respondo al teléfono, y en los que me suplica que la ponga al día de las emocionantes noticias de mi maravillosa y nueva familia y de mi increíble y nueva madre.

Sí, pienso. Mi increíble y nueva madre, también muerta, y que probablemente me ha transmitido una enfermedad mortal...

Maravilloso.

Intento hablar con Josh, pero no responde, y decido no dejarle ningún mensaje. Con cinco mensajes de voz y diez SMS basta.

¿Dónde estás, Josh?

Quizás ha perdido el móvil. Quizá se lo han robado. Quizá lo está cargando, enchufado en la habitación mientras salía... toda la noche...

«Venga, Holls —me digo a mí misma—. Josh te quiere, ¡os habéis prometido! ¿Qué otra prueba necesitas?».

Miro el anillo de compromiso y el brillo de la gema verde me tranquiliza.

«Pero eso era antes».

Miro la pantalla del ordenador y cierro los ojos; los tengo irritados e hinchados de leer, navegar por la red, buscar información y llorar toda la noche mientras veo mi futuro exhibido en YouTube.

Son las nueve y treinta y dos.

Suspiro y cojo mi vaso de agua. Vacío. Cifras.

Sopeso mis opciones con apatía. Morirme de sed o levantarme y enfrentarme al mundo. Se parecen mucho.

Respiro hondo y me levanto de la cama, pero la sangre me sube a la cabeza cuando apoyo los pies en el suelo y la habitación empieza a dar vueltas, sin piedad. Respiro hondo de nuevo y abro la puerta.

No sucede nada.

No se forma ningún tornado que me traslade a Oz, no aparece un bosque nevado

al otro lado de la puerta, ninguna escena de destrucción y desolación. Tan solo veo el rellano, las escaleras y oigo a Megan en la cocina.

El mundo no ha cambiado en absoluto, no ha dejado de girar, no se ha detenido.

Entonces ¿por qué me siento como si me estuviera precipitando rápidamente por un agujero que conduce al centro de la tierra?

Llego sana y salva al piso de abajo y me dirijo lentamente a la sala de estar, donde encuentro a Ben viendo dibujos animados.

—Eh, Benji —lo saludo y le doy un beso en la frente mientras me siento a su lado.

—Hola —contesta. Se deja caer en mi regazo y me lanza una sonrisa que me levanta el ánimo.

—¿Quién gana, Tom o Jerry? —pregunto y le aparto el flequillo de sus ojos relucientes.

—Jerry. —Sonríe, señalando el televisor—. ¡Claro!

Claro. Sonríe y deslizo mis dedos por su pelo, con un gesto distraído. Ben está viendo dibujos animados, Jerry huye de Tom. Nada ha cambiado. Cierro los ojos y la música de los dibujos se desvanece.

Nada ha cambiado.

Un fuerte golpe me despierta antes de que pueda darme cuenta de que me he dormido.

Miro a Ben, pegado todavía al televisor. Quizás ha sido producto de mi imaginación.

Otro golpe y oigo a Megan, que corre hasta la puerta.

—Ah, hola. —El fuerte acento inglés de la mujer se cuele en casa—. Me pregunto si puede ayudarme. Estoy buscando a ¿Jack? Jack Woods. ¿Está en casa?

Frunzo el ceño al oír la voz desconocida que, sin embargo, me resulta extrañamente familiar aunque no puedo ponerle cara. ¿Cómo es posible que conozca a alguien de Inglaterra? Aparte del huracán Rosie.

Vuelvo la cabeza y miro por la puerta entreabierta de la sala de estar, pero solo veo a Megan.

—Ah, sí. Entra, por favor —dice, atusándose el pelo, y se mancha la frente con gotas de jabón. Se seca las manos con un trapo—. ¿Te apetece una taza de té? ¿Café?

—Me encantaría.

Megan se hace a un lado y me tapa la vista cuando la mujer entra. Sus tacones resuenan por el pasillo, en dirección a la cocina.

Preso de la curiosidad, dejo a Ben en el sofá y me levanto.

Entonces la veo.

Ahí, en la calle frente a mi casa, hay una limusina. Una auténtica limusina. La miro, cómo refulge en la acera, y me pellizco. Tiene que ser un sueño.

Aturdida, recorro el pasillo y miro a hurtadillas en la cocina.

Es una mujer muy guapa, parece una estrella de cine. Debe de tener unos treinta

años, pero desprende mucho *glamour* con su pelo negro cortado al estilo paje que brilla bajo el sol de la mañana, su maquillaje impecable y su vestido entallado color crema que se aferra a sus curvas de forma perfecta. Es una mujer deslumbrante. Y tengo la extraña sensación de que me resulta familiar...

—Café solo sin azúcar. —Sonríe a Megan—. Muchas gracias.

—Lo mismo, gracias —dice otra mujer.

Parpadeo, no me había dado cuenta de su presencia. Es un poco mayor, con las facciones más marcadas, un moño rubio muy apretado y un bolso Gucci muy grande. Me recuerda a Meryl Streep en *El diablo viste de Prada*, pero con Gucci.

—Jack debería estar a punto de llegar. —Megan sonrío, nerviosa, y las mejores tazas y platitos tintinean en sus manos—. Me llamo Megan, por cierto.

La estrella de cine da un paso hacia delante y le tiende la mano.

—Encantada de conocerte, Megan. Soy Kitty.

—Un placer —dice Megan, que se limpia la mano con la falda y le estrecha la mano—. Lo siento, tu cara me suena mucho, ¿nos hemos conoc...? —De pronto abre los ojos—. ¡Oh, Santo Cielo! —exclama, conteniendo un grito de sorpresa—. ¡Eres Kitty Clare!

¡Kitty Clare! ¡Oh, Dios mío! Se me acelera el corazón. Soy una tonta, claro que es ella, ¡sale cada semana en televisión! ¡*Rico o pobre* es la comedia favorita de papá! ¡Oh, Melissa alucinará cuando se lo cuente! ¡Kitty Clare está en mi casa! ¡En mi cocina! ¡Y yo aún llevo puesto el pijama de hipopótamos!

—¡Me encanta tu serie! —dice Megan, emocionada, con los rizos más alborotados que nunca—. Ese episodio en el que Mitch y tú os quedasteis atrapados en el ascensor... ¡Fue divertidísimo!

Kitty sonrío amablemente.

—Y luego, cuando por fin llegó el bombero y dijiste...

—¿Megan? —La llama papá, que irrumpe en casa por la puerta trasera—. Megan, ¿has visto mi...? —Se detiene en seco—. ¡Katharine!

Arrugo la frente, confundida, mientras Jack mira a Kitty Clare.

¿Katharine?

—De hecho... ahora me llamo Kitty. —Ella sonrío, con un destello de nervios en los ojos cuando se levanta para mirar a papá y se pone de espaldas a mí—. Hola, Jack. Cuánto tiempo.

Se miran fijamente y la cabeza empieza a darme vueltas. ¿Qué está pasando? ¿Cómo es posible que papá conozca a Kitty Clare? ¿Y por qué la llama...?

Se me para el corazón.

—¿Katharine?

Papá se vuelve, horrorizado.

—¡Cariño!

Me aparto de la puerta cuando Kitty empieza a darse la vuelta, en el mismo instante en que Rosie baja por las escaleras.

—¡Buenos días! —Me sonrío y entra en la cocina, ajena a todo lo que ha sucedido.

—Rosie... —exclama papá con apremio.

—¡Rosie! —grita Kitty, que se abalanza sobre ella—. ¡Oh, Rosie, cariño, gracias a Dios!

Me quedo helada, paralizada, al ver el fuerte abrazo que le da a Rosie.

Es ella. Katharine. Kitty. Kitty Clare. La madre que nunca me quiso.

La miro mientras colma de afecto a Rosie. Una sensación de mareo se gesta en mi estómago.

La madre que nunca me quiso.

ROSIE

LA miro fijamente, a esta mujer que me abraza como si su vida dependiera de ello. Es Kitty, es ella, de verdad, y sin embargo... Tengo que pellizcarme.

—Oh, Rosie —susurra, acariciándome el pelo—. ¡Gracias a Dios que no llego tarde!

Oigo unas fuertes pisadas que suben por las escaleras.

Oh, Dios: Holly. Veo cómo se va, pero no puedo hacer nada ya que Kitty me abraza con fuerza.

—¡Espera! —Jack hace el ademán de irse, pero antes me mira—: Enseguida vuelvo.

Sube corriendo las escaleras y Megan, pálida como la cera, mira a Kitty.

—Yo, esto... —balbucea—. Tengo que... Ben necesita... —Agacha la cabeza y sale de la cocina.

Kitty los mira y cuando ya se han ido, se vuelve hacia mí. El corazón me late con fuerza mientras intento asimilarlo todo.

—Rosie, cariño.

—No... No lo entiendo... —La miro fijamente. Todavía me cuesta creer que esté aquí—. ¿Por qué has vuelto?

—Rosie, yo... Solo quería verte, tenía que verte... —Lanza una mirada fugaz a la mujer que la acompaña—. ¿Por qué no nos sentamos?

Me ofrece una silla, pero no la acepto.

—Rosie, por favor... déjame que te explique, que me disculpe... Eres mi hija, mi... —Me coge la mano. Se le saltan las lágrimas—. Mi pequeña...

Algo me oprime el pecho cuando me doy cuenta de que tampoco puedo contener las lágrimas.

—Pero... pero cuando fui a verte, me dijiste que...

—¡No, por favor! —exclama, con una expresión de dolor—. No me recuerdes lo que dije entonces, por favor, ni el modo en que me comporté. —Se deja caer en la silla, abatida—. Me comporté de una manera horrible, Rosie. Y lo siento mucho, muchísimo. —Lanza un suspiro y niega con la cabeza—. Es que siempre tengo que ir con pies de plomo. Hay mucha gente que se pone en contacto conmigo y me cuenta historias extravagantes, sin sentido, que intenta chantajearme...

—¡Yo no quería chantajearte!

—¡Lo sé! —replica de un modo algo artificioso y me estrecha las manos—. Oh, Rosie, sé que, yo... Jamás esperé... Jamás soñé... después de tantos años... —Pestañea varias veces—. Hacía dieciocho años que no veía a mi hija. No creí que fuera a verte de nuevo...

Es incapaz de acabar la frase. Me mira con los ojos arrasados en lágrimas.

Me siento, aturdida.

—¿No se suponía que tenías que estar en Las Vegas?

—Sí. —Asiente—. Sí, es verdad. Tendría que estar rodando una película. Y estaba allí, pero cuando te fuiste...

—Cuando me echaste —la corrijo.

Sus rasgos perfectos se estremecen transidos de dolor cuando asiente. Las lágrimas le corren por las mejillas.

—Rosie, no puedo comer, no he dormido... No dejo de darle vueltas a la cabeza. Mi hija me ha encontrado. ¡Después de dieciocho años me has encontrado! Y en lugar de recibirme con los brazos abiertos... —Niega con la cabeza, desconsolada—. Nunca me perdonaré, Rosie. Y no te culparé si me dices que me vaya, que no quieres volver a verme... —Me mira con desesperación—. Pero tenía que venir, que encontrarte... Tenía que intentarlo. No habría tenido la conciencia tranquila si, al menos, no lo hubiera intentado, eres mi hija...

Se me encoge el corazón. Sus palabras me recuerdan las que pronuncié en Nueva York.

—Por eso estoy aquí. Por eso he venido desde tan lejos, por eso me he metido en problemas con mi director el primer día de rodaje de mi primera gran película, porque nada ansío más que estar aquí en este momento, contigo. Mi preciosa hija... —Me mira a los ojos y se me forma un nudo en la garganta.

—Y lo entenderé si no puedes perdonarme, si me dices que me vaya, de verdad... —Le tiemblan los labios—. Pero te aseguro, te aseguro de verdad, que nada me haría más feliz que una oportunidad, una segunda oportunidad, para pasar algo de tiempo contigo. Para conocerte... —Respira hondo, se muerde el labio—. Si me dejas.

La miro fijamente, sus ojos verdes reflejan los míos y los recuerdos de Nueva York se desvanecen cuando reconozco la esperanza no disimulada que refulge en ellos.

—Me gustaría —digo en voz baja.

—¡Oh! —exclama Kitty, que me da un fuerte abrazo y se le saltan las lágrimas—. ¡Oh, Rosie! ¡Gracias!

Le devuelvo el abrazo a esta desconocida que tiene mi pelo, mis ojos.

«Mi madre. —Pienso y se me acelera el corazón en el momento en que me envuelve su perfume, exótico y embriagador—. Ha vuelto... Otra vez...».

—No te arrepentirás, ¡te lo prometo! —exclama con entusiasmo—. Te voy a llevar a comer a un sitio fabuloso, la mejor marisquería que conozco, ¿te gusta el marisco? —Levanta la vista rápidamente.

—Sí. —Sonrío.

—¡Maravilloso! ¡Ya tenemos algo en común! —Kitty sonrío de oreja a oreja—. Oh, te encantará, está en un extremo del puerto de Boston y tiene unas vistas fantásticas.

—¿Boston? —La miro, sorprendida.

—¡Sí! Es un local magnífico, y los pasteles de cangrejo están deliciosos. ¡Espero que no te hayas hartado mucho en el desayuno!

La miro.

—¿Te refieres a ahora? ¿Hoy?

—¡Sí! —Sonríe—. ¡He reservado mesa a la una!

—Ah... —De repente pienso en Andy, en el día que íbamos a pasar juntos—. Hoy es un poco... un poco difícil...

—Ah. —Se le desencaja la expresión—. Ah, claro. —Se muerde el labio—. Es culpa mía... Debería haber llamado antes, no tendría que haber... —Se pasa una mano por su peinado perfecto y esboza una sonrisa triste—. Da igual, la próxima vez... Porque habrá una próxima vez, ¿no? —Me mira, acongojada.

—¡Por supuesto! —Sonríe—. ¿Y mañana? ¿La semana que viene?

—Oh, cariño, no puedo. —Parece abatida—. El director solo me ha dado dos días libres, tengo que volver mañana al rodaje.

—Ah. —Menudo disgusto—. Ah, ya veo. Bueno, entonces ¿cuándo...?

—Tengo una semana libre en marzo, antes de empezar de nuevo con el rodaje. —Me propone con alegría—. ¿Crees que podrías venir a verme entonces?

Me la quedo mirando.

¿En marzo? Eso es dentro de dos meses.

—Oh, cariño, es culpa mía. Es que creía... esperaba que pudieras dedicarme un par de horas. Ha sido una osadía por mi parte. —Suspira.

—No —digo y me sorprendo a mí misma—. No, no pasa nada. Puedo ir contigo.

—¿De verdad? —Se le ilumina el rostro como si estuviera saliendo el sol—. Oh, ¿estás segura? —Me da un fuerte abrazo—. Nos lo pasaremos muy bien, vamos a ir a comer, de compras... para pasar un rato juntas. —Sonríe y me acaricia la mejilla—. Tengo ganas de conocerte.

La miro y me doy cuenta de que sus ojos están llenos de esperanza.

Sonríe.

—Yo también.

HOLLY

ME encierro en el cuarto de baño con un portazo, me abalanzo sobre el váter y echo las entrañas entre sollozos estremecedores y dolorosos.

¿Está aquí? Después de todos estos años, de toda mi vida, ¿está aquí? ¿Ahora? ¿Y es una maldita superestrella de cine? ¡¿Es Kitty Clare?!

Me desplomo y caigo al suelo, temblando y helada, con la garganta irritada por el sabor amargo de la bilis.

Después de todos estos años, en los que ni tan siquiera me ha enviado una postal de felicitación por mi cumpleaños, ¡ni una carta...! Ahora resulta que descubre que Rosie es su hija ¿y de repente quiere hacerle de madre? ¿Y dónde está mi madre? ¡Muerta! Rosie ya ha tenido la suya y ahora también tiene a Kitty, ¡y a mi padre! Y yo, ¿a quién tengo? ¿Quién me queda?

En ese preciso instante suena mi móvil en el bolsillo, lo cojo con desesperación, tremendamente agradecida y aliviada de que justo en el momento en que más lo necesito Josh...

¡JODER! ¿Eso q hay en t casa es 1 limusina? ¡Q PASADA! ¡T ENVIDIO!

Mxx

Suelto un grito, lanzo el teléfono contra la pared y me tapo la cara con las manos, incapaz de contener las lágrimas que brotan a raudales y me escuecen los ojos, la garganta y las mejillas. Ella lo tiene todo. Rosie me lo ha quitado todo. No me queda nada...

—¿Holly? —Papá llama a la puerta con un par de golpes suaves e intento reprimir mis sollozos—. Cariño, ¿estás bien? ¿Puedo entrar?

«¡No! —grito en mi interior—. ¡No! ¡Eres un mentiroso! ¡Me dijiste que mi madre no me quería, que estaba muerta!».

—¡Estoy en la ducha! —respondo, con voz temblorosa mientras busco el grifo, lo abro y el estruendo del agua inunda el baño.

—¡Holly! —Llama de nuevo a la puerta—. ¡Por favor!

Cierro los ojos.

«¡Déjame en paz! ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Si me hubieras hablado de ella quizás hubiera ido a buscarla, quizá la hubiese encontrado... y ahora hubiera venido a buscarme a mí, y no a Rosie!».

—¡Dime algo, Holly! —me suplica papá—. No pienso moverme de aquí hasta que... ¡Mierda!

A pesar del estruendo del agua, oigo a Megan que lo llama desde abajo.

Cierro los ojos.

Papá llama de nuevo a la puerta.

—¿Holly? Cuando quieras salir, cuando quieras hablar, estaré abajo, ¿vale? —
Suspira—. Te quiero.

Oigo que se apoya en la puerta durante un instante, con todo su peso, antes de irse.

Es normal.

Apoyo la cabeza en la pared, aliviada de que se haya ido, enfadada conmigo mismo por sentirme tan dolida, tan decepcionada por el hecho de que no haya insistido más. Me ha dejado. Al igual que todo el mundo. Mi «colega», mi «amigo». Mi padre.

El vapor inunda mi cabeza, impregna el ambiente de humedad mientras me desnudo y entro en la ducha. Suelto un grito ahogado cuando el agua caliente corre por mi cuerpo. Cierro los ojos, me abrazo las rodillas contra el pecho, disfrutando del calor, del ruido y del dolor que me aíslan del mundo exterior, que lo arrastran consigo y se lo llevan por el desagüe.

¿Quién necesita a Kitty con su peinado perfecto y su ropa cara? Ni tan siquiera se molestó en quedarse a mi lado cuando nací. ¿Quién necesita a Trudie? Lo único que me dio fue la enfermedad de Huntington. ¿Quién necesita a un padre muerto o a un padre que miente, que ni siquiera es mi verdadero padre? ¿Y quién necesita a un prometido que ni tan solo se molesta en coger el maldito teléfono? Un prometido que siempre tiene la cabeza en los libros, que siempre está estudiando, que siempre aspira a algo más importante, a algo mejor...

... A algo mejor que yo, me doy cuenta. Vivimos en mundos distintos y hemos tomado caminos muy diferentes.

Sobre todo ahora...

Me muerdo el labio y las lágrimas se mezclan con el agua que corre por mi cuerpo.

Y ¿quién necesita tener hijos...? Dan más problemas que alegrías...

Me atraganto con mis propios sollozos mientras busco el champú a ciegas.

Cojo algo afilado y lo dejo caer de inmediato. Me lamo el pulgar, que me escuece. Noto el sabor cálido de la sangre en la boca. Cálido, dulce y, por extraño que parezca, reconfortante. Abro los ojos y veo mi maquinilla en el plato de la ducha.

Me agacho con cautela para cogerla. Las hojas relucientes brillan para mí bajo la luz trémula. Deslizo con cuidado el pulgar por ellas, observándolas, cautivada, mientras la sangre fresca y de un rojo intenso brota de los cortes y desaparece de inmediato arrastrada por el agua, que deja dos líneas limpias y que me escuecen. Me lamo el dedo de nuevo, deslizando la lengua por las heridas, saboreando su dulzor y sintiendo su dolor, lo que me permite olvidarme del mío.

Aprieto la maquinilla contra el antebrazo y siento el pulso de las venas y su

escozor; veo cómo me corre la sangre por el brazo, brillante, refulgente, escarlata, y desaparece por el desagüe con mi pena y mi dolor; mi brazo se tiñe de un rojo más intenso con cada corte, de un rojo escarlata... de un rojo rosa... Rosie...

Todo esto es culpa suya. Todo. Si no hubiera venido todo habría ido bien. Pero, oh, no, la sangre mana a borbotones ahora, oh, no, tenía que venir para levantar un gran revuelo, para llevárselo todo... ¡a todos! A mis dos padres, a mis dos madres, a mi hermano, ¡e incluso a la futura familia que podría haber tenido! Me lo ha robado todo y ¿qué me ha dejado? ¡Nada!

Extiendo el brazo y el dolor lacerante se convierte en alivio cuando el agua se lleva la sangre, limpiando y purgando mis heridas. Las toco con cuidado, deslizando las puntas de los dedos como si fueran letras en braille.

Sí, todo es culpa de Rosie y de su maldito ADN. Me lo ha quitado todo.

Bueno, quizás ha llegado el momento de que le devuelva algo.

ROSIE

—NO te olvides la bufanda —dice Kitty—. ¡En Boston hace mucho frío!

Me dirijo a las escaleras y estoy a punto de chocar con Jack, que baja corriendo.

—Eh —dice, al ver la puerta abierta—. ¿Qué pasa?

—No pasa nada, Jack —responde Kitty, que mira a Megan, quien desaparece en la sala de estar con Ben—. Le he preguntado a Rosie si le gustaría pasar el día conmigo, eso es todo.

—¿Eso es todo? —Jack suelta una risa amarga—. Kitty, abandonaste a nuestra hija hace dieciocho años y ahora apareces de la nada y... ¿qué? ¿Crees que lo va a dejar todo y que te perdonará así como así?

Kitty se sonroja.

—Las cosas no han ido así.

—¿Es que piensas retomar la relación como si no hubiera pasado nada?

—No, pero...

—¡Pues claro que no! ¿De verdad crees que después de dieciocho años, después de lo que pasó en Nueva York...?

—Rosie ha dicho que sí —dice Kitty en voz baja.

Se vuelve hacia mí, sorprendido.

—¿Rosie?

Me siento incómoda y no sé cómo ponerme.

—Rosie... ¿Cómo has podido? Después de todo lo que te ha hecho, ¿cómo puedes...?

—Es mi madre, Jack —replico, con impotencia—. Por eso vine aquí, para encontrarla.

—¡Sí, y mira cómo te trató cuando la encontraste! —exclama Jack—. Te echó a patadas, te abandonó cuando eras una recién nacida, ¡no ha querido saber nada de ti en dieciocho años!

—Pero ahora sí quiero —dice Kitty con desesperación—. Ahora es lo que más deseo en este mundo.

Jack da un resoplido.

—Sé que lo que hice está mal —añade Kitty, con un suspiro—. Tenía diecisiete años y estaba muy asustada. —Se muerde el labio—. Sé que no puede servir de excusa, pero lo que ahora intento es compensarla. Sé que no lo lograré del todo, pero... —Me mira y esboza una sonrisa—. Si Rosie tiene la bondad de darme una segunda oportunidad...

—No abandonaste solo a Rosie. —Replica Jack sin alzar la voz.

Ella lo mira.

—Jack...

Aprieta la mandíbula y mira hacia el colgador.

Me siento incapaz de levantar la mirada de los pies y se me encienden las mejillas en el largo silencio.

—Lo siento —dice al final Kitty—. Lo siento de verdad, Jack.

—Sí, bueno. —Jack carraspea, se pasa la mano por el pelo y mira a cualquier lado menos a Kitty—. Sean cuales sean nuestras diferencias, tienes razón, Rosie es lo primero. Como has dicho, la decisión es suya. —Me dirige una mirada tierna y a la vez triste—. Ya es adulta.

Ambos me miran y lo paso muy mal, me siento como si estuviera en medio de una batalla por mi custodia.

Miro a Kitty y a Jack alternativamente, desgarrada. Jack ha sido muy bueno conmigo, no quiero traicionarlo ni hacer nada que pueda herirlo... pero Kitty ha venido hasta aquí y es la única oportunidad que voy a tener de verla en varios meses...

—Mira, no pasa nada —dice Kitty, con un suspiro—. Jack tiene razón, no ha sido justo por mi parte que haya aparecido así, de buenas a primeras. Será mejor que nos veamos en otra ocasión, en otro momento, cuando todo se haya enfriado...

—No, espera —exclamo, cuando se vuelve—. Quiero ir contigo.

A fin de cuentas, Kitty es el motivo por el que he venido hasta aquí. No soportaría que se fuera sin saber cuándo volveré a verla.

—Si no te importa —añado, nerviosa, y me vuelvo hacia Jack—. Volveré pronto.

—Claro. —Jack sonrío, con expresión cansada—. Claro, si es lo que tú quieres.

—Gracias, Jack —dice Kitty con voz suave—. Por todo.

La mira durante un buen rato, con una expresión inescrutable, y traga saliva.

—Pero... cuida de ella —dice, antes de volverse y dirigirse hacia el pasillo.

—Adiós, Jack —susurra Kitty cuando él desaparece y lanza un suspiro. Entonces pestañea rápidamente, respira hondo y se vuelve hacia mí—. ¿Estás lista? —Sonríe de oreja a oreja—. ¡Nos espera una reserva para comer!

Subo las escaleras corriendo para coger la bufanda y me acuerdo de Andy. Mierda.

Intento abrir la puerta de ambos baños, pero están cerradas y oigo el sonido del agua al otro lado.

—¡Andy! —grito—. Andy, lo siento mucho, tengo que irme...

—¡No te oigo! —responde él—. ¡Estoy en la ducha!

—¡Abre la puerta! ¡Es importante! Tengo que...

—¡Diez minutos! —me dice.

¿Diez minutos? ¡No tengo tanto tiempo!

Suena la bocina del coche de Kitty. Me maldigo a mí misma, entro en mi habitación y cojo la libreta que tengo en el bolso.

*Andy. —Garabateo deprisa y corriendo—. Ha aparecido Kitty, solo tiene un día. He ido a Boston con ella. Volveré esta noche. Perdóname, por favor...
¿Mañana damos un paseo en barco?*

*Te quiero,
Rosie xxxx*

Dejo la nota sobre mi almohada y bajo corriendo las escaleras.

La puerta de la limusina me espera abierta. ¡Es tan grande que no me lo creo!
Algo aturdida, me deslizo en el asiento de cuero. Es como si estuviera en un sueño.
¡Voy a pasar el día en una limusina! ¡En Boston!
¡Voy a pasar el día con mi madre!

HOLLY

LA puerta de la calle se cierra con un fuerte golpe, contengo la respiración y escucho con atención.

Silencio.

Salgo del baño y me dirijo hacia las escaleras sin hacer ruido.

Aún nada.

Lentamente, con mucho cuidado, me acerco de puntillas hasta la puerta de la habitación de Rosie y la abro con suavidad.

Está vacía.

Me siento como una fugitiva en mi propia casa, pero aun así entro con sigilo y cierro la puerta.

Barro la habitación con la mirada, sin detenerme en los muebles que he visto un millón de veces, y me fijo en el neceser de Rosie que está en el escritorio, su bolsa en la cama, una nota sobre la almohada...

Me muerdo el labio. Cruzo la habitación en dirección a la cama y mi corazón late con tanta fuerza que no me deja oír nada más. Esto está mal, muy mal, pero no puedo parar.

Frunzo el ceño al ver la hoja de papel, su letra curva, su firma.

Rosie xxxx

Fuera se oye la puerta de un coche y me sobresalto. Me acerco a la ventana y veo la limusina, que se aparta de la acera y desaparece al doblar la esquina. Kitty y Rosie, sentadas en su acogedor interior, se muestran engreídas, como siempre.

Se me nubla la vista, cierro el puño y arrugo el papel, lo que provoca que se me abran los cortes. Guardo la nota en el bolsillo y cojo la bolsa de Rosie. Cuando la abro, un fuego nuevo fluye por mis venas. Echo todo el contenido y lo esparzo por la cama. Cae ropa, libros, clips para el pelo... Tiene que haber algo, debe tener algo que pueda utilizar contra ella... Cojo una libreta, la hojeo en busca de cualquier cosa, lo que sea... Veo una fotografía y la agarro con ansiedad.

Kitty me lanza una sonrisa que se me clava en el corazón como una puñalada.

La miro fijamente, sus ojos brillantes y refulgentes, y de pronto grito, rompo la fotografía en largas tiras, clavo las uñas en su cara perfecta, ¡en esa sonrisa petulante!

«¡No me quisiste! —Arranco una tira más de la fotografía. Me hierva la sangre—. Nunca me has querido, entonces ¿por qué ahora? ¡¿Por qué ella?!».

Arranco varias tiras más, presa de la ira, con ferocidad, cortando y haciendo

pedazos hasta el último rastro de ella. Esparzo los pedacitos por la cama como si fueran cenizas.

Cojo la ropa de Rosie, ávida de más destrucción, más alivio... y algo pequeño y rosa cae de un bolsillo. Es una libreta de direcciones.

—¿Qué haces?

Me vuelvo rápidamente y guardo la libreta en el bolsillo trasero del pantalón.

Andy está en el umbral de la puerta, metiéndose la camisa en los pantalones.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con cautela—. ¿Dónde está Rosie?

—Fuera —respondo en tono desafiante—. Ha salido. Necesita más tiempo para reforzar vínculos —añado con amargura.

Andy frunce el ceño.

—Eso es imposible, ella... nosotros... —Mira la cama y ve todas las pertenencias de Rosie esparcidas de cualquier manera—. ¿Qué demonios crees que haces, Holly? ¡Esas son las cosas de Rosie!

—¿Y qué? —le grito. Mis remordimientos se desvanecen a medida que aumenta mi ira—. ¿Y qué? Esta es mi casa. —Señalo la habitación con un gesto desafortunado—. ¡Estas son mis cosas! Me lo ha quitado todo, ¿por qué no iba quitarle yo algo a ella? —Cojo las cosas de Rosie, ropa, zapatos, libros, y las tiro por la habitación.

—¡Basta! —Andy me las quita de las manos—. ¡Basta, Holly!

Me agarra del brazo y me estremezco. Baja la mirada y luego la clava en mis ojos, horrorizado. Me aparto rápidamente, me bajo las mangas para taparme los cortes y me cruzo de brazos.

Andy se queda quieto, mirándome fijamente. De pronto ve la fotografía hecha trizas y aparta los pedazos. Se ha dado cuenta.

—¿Qué? —le espeto en tono desafiante, su compasión me enciende las mejillas—. ¿Qué? Era mía... Era mi madre. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Su mirada es como un potente foco que me quema la piel mientras cojo algunos pedazos de fotografía y los tiro en la papelera. Cuando me vuelvo, han desaparecido todos. Miro a Andy, que tiene las manos llenas de papel.

Me froto los ojos e intento contener un sollozo.

—¿Y bien? —le pregunto.

Para mi sorpresa, se dirige lentamente hacia la papelera y tira los pedacitos de la fotografía. Entonces coge algo de su bolsa.

Un encendedor.

Lo miro, sorprendida. Él sonríe y enarca las cejas.

—¿Alguna vez has pensado en la incineración?

ROSIE

CON un movimiento rápido de la muñeca, Kitty enciende el cigarrillo; la llama titila un segundo antes de desvanecerse cuando deja caer el encendedor en el bolso. Cierra los ojos y lanza un suspiro de felicidad al exhalar el humo, que forma una voluta y se alza como un remolino hacia el techo del coche. En ese momento pienso en Trudie y en la boquilla de cigarrillos.

—¡Lo siento! —exclama Kitty, que apaga el cigarro de inmediato—. He intentado dejarlo, pero hay momentos, cuando estoy muy estresada o nerviosa...

—No pasa nada, de verdad —le aseguro.

—No —dice, y lanza el cigarrillo por la ventana—. Es un vicio asqueroso. Hace años que intento dejarlo.

—Bueno, tampoco es que yo no... Lo probé una vez —digo con torpeza y me sonrojo.

—¿Ah, sí? —pregunta Kitty, abriendo de par en par sus ojos verdes—. Cuéntamelo.

Me encojo de hombros.

—Bueno, no hay mucho que contar.

—Por favor —dice, me acaricia la rodilla con sus dedos suaves y fríos, y me lanza una mirada insistente—. Hay tantas cosas que no sé de ti. Me he perdido mucho.

Me arden las mejillas y fijo la mirada en mi regazo.

—Estaba en la escuela. —Me encojo de hombros—. Algunas de las chicas estaban fumando y se iban pasando el cigarrillo... y ya sabes...

—¿No te gustó? —pregunta.

Frunzo la nariz.

—Sabía a... cenicero, a halitosis.

Suelta una risa cristalina y sonrío.

—Eres muy lista. Está claro que no has heredado mi cerebro. Yo habría preferido tener cáncer de pulmón antes de dejar que pensarán que no era guay.

Kitty sonrío, pero recuerdo la época del instituto y cómo me miraban los chicos guay de la clase; me sentía ridícula y rara. La ayudante de Kitty, Janine, me mira a los ojos, pero aparta la vista enseguida y abraza el bolso grande que tiene en las rodillas.

—¿Y qué me cuentas de los chicos? —Le brillan los ojos—. Mírate, eres preciosa. Seguro que has roto muchos corazones.

—En realidad, no —digo, lo que hace que me sienta aún más incómoda—. Andy es el único...

—Ah, ¿el chico que te acompañaba en el hotel? Es mono. —Sonríe—. Andy...

Asiento en silencio y me miro los pies. Andy. He vuelto a dejarlo tirado y he roto la promesa que le había hecho.

Janine carraspea.

—¿Qué más? —pregunta Kitty—. ¿Tuviste algún animal de pequeña? Seguro que te gustan los gatos, ¿verdad? Yo siempre quise tener uno, pero mamá se enamoró de un perro grande y tontorrón que vio... —Me mira rápidamente—. Oh, no, ahora me dirás que te gustan los perros, ¿verdad?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, nunca he tenido ningún animal de compañía.

—Ah, menos mal... —Titubea—. ¿Y qué aficiones tienes?

—Ninguna especial.

—¿Deportes?

Niego con la cabeza.

Se muerde el labio y le desaparece el brillo de la mirada.

—Bueno...

El silencio inunda el coche y miro por la ventana, las avenidas con hileras de árboles a ambos lados y las casas de tablas de madera. Entonces veo el reflejo de Kitty en la ventana y se me encoge el corazón. Tengo tantas cosas que decir, tantas preguntas... pero ¿cómo puedo hacérselas a esta mujer tan glamurosa y segura de sí misma? Se supone que es mi madre, pero aparte de nuestros genes, no nos parecemos en nada. Estamos sentadas a cincuenta centímetros la una de la otra, pero vivimos en mundos distintos.

Fuera, la gente señala y se queda mirando la limusina cuando pasamos a su lado, y entonces recuerdo el viaje a Brighton con Trudie y Sarah, lo bien que nos lo pasamos en nuestra limusina rosa, la ropa extravagante que nos pusimos, lo mucho que nos reímos...

Metó el dedo en un agujero de los vaqueros y miro a mi alrededor, el lujoso coche; me da miedo tocar algo; ojalá hubiera podido darme una ducha, vestirme con ropa más adecuada. Ojalá hubiera tenido algo más adecuado que ponerme.

Ojalá tuviera aquí a mi madre.

A Trudie.

HOLLY

EL fuego arde rápidamente en la papelera metálica, las llamas refulgentes convierten el pequeño montón de papel en ceniza y polvo.

—¿Te sientes mejor? —pregunta Andy.

Me encojo de hombros, pero una pequeña parte del dolor ha remitido, llevado por el humo que desaparece por la ventana.

Andy asiente, baja del alféizar de la ventana y cruza la habitación en dirección a la puerta.

—Bueno —dice, cogiendo su bolsa—. Que te vaya todo bien.

—¿Te vas? —pregunto, sorprendida.

Se detiene en el umbral.

—Es lo mejor.

—¿Adónde irás?

Se encoge de hombros.

—De momento volveré al hostel, y luego... no lo sé. —Suspira—. Se suponía que a estas alturas ya teníamos que estar en Washington.

—¿Washington? —Lo miro y medito sobre su respuesta. Respiro hondo y bajo del alféizar con un salto—. Vámonos.

—¿Qué? —Me mira, sorprendido.

—A Washington —añado—. Vámonos. Ahora.

Me mira un instante y se dibuja una sonrisa en sus labios mientras intenta decidir si bromeo.

Hablo en serio. Muy en serio.

—No. —Al final niega con la cabeza—. No puedes irte...

—Sí que puedo.

—Bueno, pues yo no.

—¿Por qué?

—No puedo dejar a Ro...

—¿Por qué? ¿Por qué no?! ¿Qué tiene de especial? —pregunto y noto que vuelven a arderme las mejillas—. ¿No se suponía que ibais a pasar el día juntos?

—Sí. Y lo harem...

—Andy, va a pasar el día entero fuera de casa. ¡La he visto! Se ha ido a Boston.

Me mira fijamente.

—¿Qué?

Asiento con la cabeza.

—¿A Boston? Pero ¿qué demonios...? No puede ser, me prometió...

Me encojo de hombros.

Andy abre los ojos y me mira con incredulidad. Niega con la cabeza.

—¿Se ha ido y ya está?

Asiento.

—¡Joder! ¡Maldita sea! Me prometió... Que iríamos a ver las ballenas...

Lo miro, sorprendida.

—¿Ballenas?

—Sí —suspira—. Si es que hay alguna, porque la última vez no vimos ninguna.

¿Iban a ver ballenas? ¿En enero?

—¿No visteis ninguna? —pregunto, intentando que no se me escape la risa.

Andy niega con la cabeza.

—No. La empresa se llamaba Avistamiento de Ballenas Wesley. Unos inútiles.

—Oh, no, dime que no fuisteis con ellos. —Me río—. ¡Tienen fama de ser unos timadores!

—Y que lo digas. —Gruñe Andy.

—Lo único que tienes que hacer es coger el transbordador de Boston —le digo. Las mentiras salen solas antes de que pueda evitarlo—. Pasarás frente al cabo Cod y verás cientos de ballenas.

Andy se me queda mirando.

—¿Cientos? ¿De verdad?

—Sí —respondo, evitando mirarlo a los ojos—. Venga, vamos.

—¿Cómo? ¿Ahora? —Me mira.

—¿Por qué no? —Lo miro durante un largo instante y el corazón me late con fuerza.

«Rosie no es la única que puede ir a pavonearse a Boston, no es la única que puede coger lo que no le pertenece...».

—A menos, claro está, que prefieras quedarte aquí sentado de brazos cruzados hasta que Rosie se digne volver —le digo—. Otra vez.

Me mira y deja caer su bolsa al suelo.

—Vámonos.

ROSIE

—MIRA hacia arriba —me dice Kitty, y obedezco.

Las luces brillantes hacen que me lloren los ojos. Desliza el pincel de rímel por mis pestañas e intento no parpadear. Estamos en los probadores de Chanel, ¡Chanel!, y me invade un miedo aterrador ante la posibilidad de que rompa algo caro y me echen en cualquier momento, pero Kitty se maneja como si estuviera en su casa. Ha elegido una docena de vestidos para que me los pruebe y ha insistido en maquillarme; debe de llevar una tonelada de maquillaje en ese bolso inmenso de Gucci que lleva a todos lados.

—¡Ya está! —Sonríe—. Listo.

Me levanto y me vuelvo hacia el espejo de cuerpo entero.

—Oh, Rosie. —Contiene un grito de emoción y posa su mano fría en mi hombro desnudo—. Estás preciosa.

—Deslumbrante. —Janine sonrío de oreja a oreja—. Y sé los zapatos que necesitas... —Le guiña un ojo a Kitty y desaparece tras la cortina de terciopelo negro.

Miro a la chica que se encuentra ante mí y debo hacer un gran esfuerzo para reconocerme. Mis labios son de un azul púrpura a juego con mi vestido, demasiado ajustado a la altura de las costillas para mi gusto; mi nariz ha desaparecido por completo bajo una capa de corrector y polvos, mientras que mis ojos se han convertido en dos halos verdes enormes, rodeados por una gruesa raya de perfilador de ojos y una sombra de ojos brillante. No me reconocería a mí misma. Parezco... Parezco alguien salido de... Entonces caigo en la cuenta.

Me parezco a Kitty.

Me sonrojo al comparar nuestros reflejos en el espejo.

Ahora entiendo a qué venía este cambio de imagen: la manicura y la pedicura que nos hemos hecho juntas, el maquillaje, la ropa nueva... Me está transformando en la hija que quiere que yo sea. Glamurosa, sofisticada, elegante.

La hija de Kitty Clare.

—Me encanta cómo te queda ese color. —Sonríe y acaricia mi vestido, que se riza como el agua con su tacto, y se me pone la piel de gallina—. ¿No es fantástico?

Me miro a mí misma. Esta no soy yo. En ningún aspecto. Todo esto es raro, es... Trago saliva, tiro del vestido e intento taparme, esforzándome para respirar.

—¿Rosie? —La fría mano de Kitty se apoya en mi hombro y me busca con la mirada—. ¿Estás bien?

Asiento con un gesto enérgico y aparto la mirada.

—¿No te gusta el vestido? Yo creo que es precioso.

—¡Lo es! —insisto—. Es maravilloso. El vestido, el maquillaje, es... ¡fabuloso! —exclamo con excesivo entusiasmo. Lanzo otra mirada fugaz a mi reflejo y trago saliva—. Menudo cambio, ¿eh?

Kitty me mira un instante y acerca un taburete.

—Mira, debo confesarte algo. —Suspira, se sienta y me mira a los ojos. Respira hondo—. Aquí me siento un poco desubicada...

La miro... ¿ella está desubicada?

—Dame un director de cine o un productor importante y no paro de reír. —Sonríe—. Es una situación por la que ya he pasado muchas veces. Sé fingir una sonrisa, ser encantadora, pero tú... eres mi hija. —Me coge las manos con timidez—. Mi hija —susurra—. Eres una parte de mí, pero al mismo tiempo eres algo más. Eres distinta, eres tú misma, una chica guapísima, y —se le saltan las lágrimas— no te conozco en absoluto.

Sus ojos, tristes y nerviosos, buscan los míos, y algo en mi interior cambia.

Kitty Clare, la estrella de cine, el no va más de la sofisticación, está tan nerviosa como yo.

—Y lo siento. —Prosigue—. Siento mucho todos los años que me he perdido, siento no saber qué decir o cómo reaccionar ante ti, siento disponer solo de un día para pasarlo contigo y, encima, haberlo estropeado... —Se le entrecorta la voz con un sollozo—. Y sé que es demasiado tarde para que pueda convertirme en tu madre... —No puede acabar la frase. Le brillan los ojos—. No obstante, Rosie, me gustaría mucho que fuéramos amigas.

Me agarra las manos con fuerza.

—¿Estás bien? —pregunta con dulzura, mirándome a los ojos—. ¿Has tenido una buena vida?

Asiento. Tengo la garganta seca.

—Y Jack y tú... —prosigue—. ¿Os lleváis bien?

—Sí. —Sonríe—. Es fantástico.

—Me alegro mucho. —Recupera una amplia sonrisa—. Sabía que sería un buen padre.

Entonces la miro y me doy cuenta de lo sucedido.

—Kitty... Jack no me crio —digo—. Nos hemos conocido hace unos días. Lo encontré después de dar contigo.

—¿Qué? —Me mira, atónita—. No lo entiendo...

—Es lo que intenté explicarte en Nueva York. Hubo una confusión en el hospital... —La miro—. Al nacer me cambiaron con otra niña.

A Kitty se le desencaja la mandíbula.

—Hace solo unas semanas que he llegado a Estados Unidos con el objetivo de encontrarte a ti, mi verdadera madre.

Se me queda mirando, pálida como la cera. La emoción se refleja en su rostro.

—No me lo puedo creer... Yo... —No encuentra las palabras—. Por eso tu

acento... Tu pelo... Tu nombre... —Me mira con los ojos desorbitados—. Creía que Jack te había cambiado el... —Niega con la cabeza, incrédula—. ¿Hubo una confusión?

Asiento.

—Entonces ¿quién...? ¿Jack tiene otra hija? —Frunce el ceño—. Quiero decir...

—Sí, Holly. La verdadera hija de mi madre, de Trudie. Jack la crio a ella en lugar de a mí. Y yo me crie con una familia distinta, en Inglaterra.

—Oh, Rosie... ¡Cielo! —Me abraza con fuerza y se le acelera el corazón—. ¡No... no tenía ni idea! Y tu... La familia que te crio... ¿No lo sabían? —Se aparta.

Niego con la cabeza y desvío la mirada.

—No llegué a conocer a mi padre —digo, con voz seca y gutural—. Murió justo antes de que yo naciera.

—¡Oh, Rosie!

—Pero mi madre, Trudie... —Sonrío y me invade una sensación cálida—. Solo puedo definirla como maravillosa.

Kitty esboza una sonrisa.

—Bueno —dice en voz baja—. Me alegro mucho. Debe de estar muy orgullosa.

—Eso espero. —Fuerzo una sonrisa y trago saliva—. Murió poco antes de Navidad.

—¡Oh, Dios! —Kitty se tapa la boca con las manos—. ¿Qué le pasó? ¿Estaba enferma?

—Sí. —Asiento—. Tenía la enfermedad de Huntington.

Me doy cuenta de que no la conoce, pero ahora no es el momento de entrar en detalles.

Kitty suspira. Sus ojos se han convertido en dos lagos verdes sin fondo.

—Lo que debes de haber sufrido... Y durante todo ese tiempo... —Niega con la cabeza—. No ha pasado ni un día en que no haya pensado en ti, en que no me haya preguntado cómo estabas, si eras feliz...

Cojo un hilo del vestido.

—Seguramente te resultará difícil creerlo. —Suspira—. Y no te culparía. Sabe Dios qué te habrá dicho la gente, Jack, y sé que no es una excusa... Pero yo solo era una niña cuando te tuve, era más joven que tú. Y estaba asustadísima. No sabía qué hacer. Intenté ocultar el embarazo, no se lo conté a nadie, ni a mi madre... Estaba aterrorizada. —Se muerde el labio—. Mi madre ya estaba preocupada por mi futuro, creía que iba a suspender los exámenes finales de secundaria. Durante todo el año no había parado de darme la paliza. Incluso me envió a casa de mi abuela en Semana Santa, creía que el hecho de desterrarme a un pueblo de la costa me convencería de que debía hincar los codos y estudiar más. Pero, en lugar de eso, conocí a Jack. — Levanto la mirada y Kitty sonrío—. Con él no era una negada, una fracasada. Con él podía olvidarme de mis problemas, ser quien yo quisiera... —Un velo de nostalgia cubre su mirada—. Y era muy dulce. Me hacía reír, me hacía sentir especial.

Suspira.

—Pero entonces tuve que volver a casa y a la dura realidad. Supe que había suspendido los exámenes después de hacerlos, y entonces con el bebé de camino... —Se le desenchaja el rostro, como el de un niño, y de pronto veo a la chica de diecisiete años, el pánico, la fragilidad—. Mi vida se acabó. Mis padres iban a matarme. Lo había estropeado todo. Estaba muy asustada... No se lo podía contar...

Se muerde una uña a pesar de la manicura, nerviosa.

—Entonces, como si fuera un milagro, me aceptaron en la Compañía Nacional Juvenil de Teatro... ¡Y de pronto mis padres empezaron a sentirse muy orgullosos de mí! —Niega con la cabeza con incredulidad—. Deberías haber visto a mamá... No sabía hablar de otra cosa.

Sonríó al recordar lo orgullosa que se mostró Pam al hablar de Kitty y de su glamurosa carrera.

—¡Me di cuenta de que no podía contárselo de ninguna de las maneras! —Se le quiebra la voz—. De modo que me fui a vivir a Londres, donde me resultaba más fácil no pensar en el bebé, sino dedicarme a los ensayos, las actuaciones, el espectáculo... Al cabo de poco conseguí un agente y empecé a tener más pruebas, ensayos, rodajes, actuaciones... Hasta que al final, a las veinte semanas, no fui capaz de ocultarlo más...

Cierra los ojos y veo que le tiembla el labio.

—Mi agente se enfureció, me dijo que había recibido una queja de un director de *casting*, que me había comportado con muy poca profesionalidad al no contárselo y que ya no podía seguir representándome. ¡Estaba jodida! —Suelta una risa amarga, con los ojos bañados en lágrimas—. No tenía agente, ni trabajo, ni ingresos, era demasiado tarde para abortar, aunque tampoco lo habría hecho, no podía... No podía volver a casa, no podía contárselo a mis padres... Por suerte aún me pagaban el alquiler, de modo que me inventé una serie de excusas para no ir a verlos, conseguí trabajo como telefonista en un centro de atención al cliente y trabajé muchas horas para intentar ahorrar algo de dinero para el bebé, para ti.

Su mirada empañada por las lágrimas se cruza con la mía y se me hace un nudo en la garganta.

—Entonces, alrededor de Navidad, me di cuenta de que... Ya no lo soportaba más. Mis compañeras de piso se habían ido a pasar las vacaciones a su casa y una de ellas incluso había encontrado trabajo en un canal de televisión, en Los Ángeles. Sin embargo, yo pasé Navidad y Año Nuevo sola y fue absolutamente horrible... Y sabía que sería aún más duro cuando tuviera que cuidar del bebé. Así que tomé una decisión, fue mi buen propósito de Año Nuevo. Había llegado el momento de volver a casa, de afrontar los hechos, de contárselo a mis padres... fueran cuales fuesen las consecuencias. No podía criar a un bebé sola.

Traga saliva y todavía parece asustada.

—Sin embargo, no sé si fue la tensión, el viaje en tren o qué, ¡pero rompí aguas

de camino a casa! —Se echa a llorar—. Me entró el pánico, era demasiado pronto, ¡aún no había salido de cuentas! Una ambulancia me llevó al hospital, pero yo estaba muy asustada, no sabía qué hacer, necesitaba a mi madre...

»A pesar de todo me di cuenta de que si lograba mantener el secreto unas horas más... Mis padres nunca llegarían a saberlo... Podía entregarte en adopción, y en ese momento me pareció la mejor solución para todos. Yo no estaba preparada para ser madre y tú tendrías una vida mucho mejor, con alguien que deseara un bebé de verdad y que no pudiera tenerlo.

Aparto la mirada y pienso en Trudie, en Sarah.

—Estaba aterrorizada. Iba a tener un bebé y estaba sola. No podía llamar a mi madre ahora que había tomado una decisión, y tampoco podía llamar a mis amigas, a nadie que conociera mi familia... Así que al final llamé a Jack, que era un chico divertido, cariñoso y amable, y cuyo número aún conservaba, que vivía a cientos de kilómetros de distancia, al que solo había conocido durante dos semanas. Lo cierto es que esperaba que me enviara a freír espárragos y, sin embargo, me dijo que se ponía en marcha incluso antes de que hubiera colgado... —Esboza una sonrisa—. Pero tardó varias horas en llegar. Di a luz al bebé, tuve que elegir un nombre para la pulsera y se lo llevaron de inmediato a la unidad de cuidados especiales mientras las enfermeras me limpiaban. Entonces volví a sufrir un ataque de pánico. Creí que Jack había cambiado de opinión, que le habían asaltado las dudas y que me había dejado sola. Aquello fue demasiado, no podía ser madre, no podía hacer frente a todo, así que... Hui.

Aparta la mirada y la vergüenza se refleja en sus mejillas sonrosadas.

—Sin embargo, de pronto apareció al volante de su coche. Jack, mi caballero de armadura resplandeciente. No podía creérmelo. Me prometió que cuidaría de nosotros, que formaríamos una familia. Pero yo... no podía. Lo intenté, de verdad que lo intenté, fuimos juntos al registro y también a verte al hospital, pero me aterraba la idea de arruinarle la vida tal y como había hecho con la mía. Ya estabas enferma, eras un bebé prematuro, y estaba convencida de que era culpa mía, el castigo que me habían puesto. No te merecía... —Traga saliva—. Así que cuando Jack te llevó a casa, me fui. Les dije a mis padres que me había salido un trabajo en Los Ángeles, me subí a un avión y un amigo me dejó dormir en el suelo de su apartamento.

Niega con la cabeza, destrozada.

—Tenía que irme, tenía que huir. Debes creerme, Rosie, yo no te convenía, era un desastre y aún lo soy... —Suspira, abatida—. Pero no creas que no te quería, que no pensaba en ti, que no me sentí fatal por lo que hice. He tenido que vivir con ello durante todos los días de mi vida, es algo que me ha corroído por dentro, que no he podido contar jamás a nadie.

—¿Tampoco a Luke? —pregunto con un susurro—. Estáis prometidos.

—Ah, no es verdad, en realidad no... ¡Luke es gay! Es todo un montaje para

darnos publicidad... ¡Mi vida entera es una farsa! Quizá te parezca muy glamurosa por los focos, el maquillaje... pero todo es cuento, Rosie. Nada es real. Tú eres lo único que ha sido siempre real. Tú y... y Jack... —Deja la frase a medias—. Al cabo de unos años, cuando recibí su carta, no me podía creer que me hubiera seguido hasta Estados Unidos...

Lanza una mirada triste.

—Pero ya era demasiado tarde —continúa, y se le empañan los ojos—. Era demasiado tarde. Él se había casado y yo no quería poner en peligro su matrimonio irrumpiendo de nuevo en vuestras vidas, a pesar de que era lo que más deseaba. Habían pasado demasiados años y aún me sentía muy avergonzada por haberte abandonado, me aterraba la posibilidad de que me rechazaras... Ni siquiera fui capaz de abrir las cartas que me envió luego, me resultaba demasiado doloroso ver las fotografías, ser consciente de todo lo que me había perdido. Estaba claro que a vosotros os iba muy bien sin mí, tenías un aspecto saludable, parecías muy feliz...

Cierra los ojos con fuerza.

—No sabía... —dice con un gemido—. No sabía que la niña de las fotos no eras tú... ¡no sabía que estabas en la otra punta del mundo! —Me mira, transida de dolor—. ¡Eres mi hija y no sabía que en el hospital me habían dado otro bebé! —Unas lágrimas negras se deslizan por sus mejillas—. ¿En qué tipo de persona me convierte eso? ¿En qué tipo de madre? —Niega con la cabeza, abatida, y se encoge sobre el taburete—. Oh, Rosie, ¿podrás perdonarme alguna vez?

La miro, vestida de punta en blanco, con los labios pintados de un escarlata muy poco natural, las mejillas manchadas de rímel y me deshago en un mar de lágrimas cuando pienso en lo duro que debió de ser pasar por todo ello sola, asustada y tan joven.

Respiro hondo y asiento con la cabeza.

Entonces se abalanza sobre mí, me da un fuerte abrazo y noto que se estremece entre sollozos.

Detrás de nosotras veo a Janine, que sonrío al ver nuestro reflejo a través de una rendija que hay entre las cortinas.

—Por fin unidas de nuevo —suspira, secándose los ojos—. Madre e hija.

Sonríó a pesar de las lágrimas y una sensación reconfortante crece en mi interior.

Madre e hija. Por fin.

HOLLY

—SIGO sin ver ninguna ballena —dice Andy con recelo, apoyado en la barandilla del barco y observando las tenebrosas profundidades del mar.

—Paciencia —le pido, reprimiendo una sonrisa—. Apenas hemos salido del puerto.

El aire salado impregna mi pelo y mi piel cuando las olas embisten el barco.

—Hoy el mar está un poco agitado. —Arrugo la frente.

—Espero que no te marees —dice Andy, con una sonrisa.

—Tranquilo, he tomado el transbordador miles de veces. Preocúpate por tu desayuno y por que no salga antes de tiempo.

—Tú verás. —Andy se ríe—. Es lo que me dijo Rosie antes de montar en la atracción *Nemesis* de Alton Towers. ¡Pero cuando el helado que había tomado antes decidió sin previo aviso que quería ser libre se le bajaron los humos! Y a mí también... ¡porque me vomitó encima!

—¡Puaj, qué asco! —Hago una mueca.

—Cosas del amor. —Suspira y fija la mirada en el mar.

Lo miro durante un largo rato y veo el dolor reflejado en sus ojos; tiene las mejillas sonrosadas por el viento. Me muerdo el labio. No debería haberlo traído hasta aquí con falsas excusas. Andy no tiene nada que ver en todo esto y yo solo quería vengarme de Rosie por todo el daño que me ha causado. Quería que sufriera como estoy sufriendo yo.

—Como tú y... Josh se llama, ¿no?

Se vuelve inesperadamente y me coge con la guardia baja.

Se me parte el corazón y agacho la mirada. Josh.

—Vais en serio, ¿no? ¿Estáis prometidos?

—Sí —digo y se me hace un nudo en la garganta—. Aunque no sé si durará mucho...

Andy arruga la frente.

—¿Por qué?

—Ah. —Me encojo de hombros, avergonzada de haber expresado el pensamiento en voz alta—. Por nada.

Miro fijamente al mar, escudriñando el horizonte en busca de ballenas imaginarias, intentando no hacer caso de la sensación de mareo que crece en mi estómago y de los fuertes latidos de mi corazón.

—Pero... —dice Andy sin acabar la frase—. Nada. Lo siento. No es asunto mío.

—¿Qué? —pregunto y me vuelvo hacia él.

—Bueno... —Respira hondo—. Solo espero que tus dudas no tengan nada que

ver con la enfermedad de Huntington. —Me mira a los ojos y aparto la mirada. Tengo las mejillas encendidas—. ¿Ya se lo has contado? —pregunta con voz suave.

—Tienes razón —respondo de forma brusca. Tengo calor a pesar del viento cortante—. No es asunto tuyo.

Asiente y dirige la mirada hacia el mar.

—Igual que Rosie —murmura.

—¿Qué?! —Me vuelvo hacia él, hecha una furia—. ¿A qué te refieres? ¡No me parezco en nada a ella!

Sonríe.

—Os parecéis más de lo que crees. —Lo fulmino con la mirada—. Nunca me habló de la enfermedad. Lo mantuvo todo en secreto. Incluso llegamos a romper porque le daba miedo contarme todo lo que le estaba pasando. —Me mira—. ¿Me estás diciendo que no sientes lo mismo? ¿Que no tienes miedo de contárselo a Josh?

Me muerdo el labio.

—Mira —dice con dulzura—, si me lo hubiera contado, aun sabiendo que tenía la enfermedad, no habría importado. Yo no habría huido asustado.

Lo miro, con incredulidad.

—¿No te habría importado?

Niega con la cabeza.

—Claro que no.

—¿No te habría importado que fuera a morir?

—Todos morimos.

Lo miro a los ojos.

—¿No te habría importado que al cabo de diez años, quizá veinte, hubieras tenido que darle de comer con una cuchara? ¿Que hubieras acabado convirtiéndote en su cuidador? ¿No te habría importado no poder tener hijos sin la preocupación constante de haberles transmitido la enfermedad?

Lanza un suspiro y arruga la frente.

—No. —Niego con la cabeza y se me revuelve el estómago por culpa de las olas—. No, te equivocas. Sí que importa.

—Holly —dice con voz suave—. Ni tan siquiera sabes a ciencia cierta que tienes la enfermedad de Huntington. Aún no debes preocuparte...

—¡Sí que debo! —replico. El barco se balancea cada vez más—. ¡No lo entiendes! —El viento gélido me azota en la cara y hace que se me salten las lágrimas—. Nadie me entiende, nadie sabe...

—¿Nadie sabe qué? —pregunta Andy, que tiene que esforzarse para hacerse oír por encima del rugido del viento y el estruendo de las olas que embisten el barco.

—Que yo...

Una fuerte y súbita sacudida del barco me lanza contra la barandilla y vomito al mar.

—Conque no estabas mareada, ¿eh? —Andy sonrío, se inclina y me frota la

espalda mientras me dejo caer en cubierta, entre escalofríos.

—No. —Suspiro e intento tragar saliva—. No estoy mareada.

Arruga la frente y me mira, desconcertado.

Respiro hondo y cierro los ojos. Me duele la cabeza.

—No estoy mareada —le digo y por fin logro pronunciar las palabras—. Estoy embarazada.

ROSIE

MIRO por la ventana del coche y estiro el cuello para intentar ver la parte superior de los edificios de piedra rojiza, pero son demasiado altos, se alzan hacia el cielo entre las nubes.

La gente que camina por la calle nos mira al pasar y tengo que recordarme que no pueden verme. Dirijo la vista hacia Kitty. ¿Cómo puede acostumbrarse alguien a esto?

—Venga, venga —murmura cuando nos detenemos en otro semáforo en rojo en nuestro camino al restaurante. Me dirige una sonrisa de disculpa—. Lo siento, moverse en coche por la ciudad es un incordio. —Lanza un suspiro, se reclina en el asiento, estira los dedos de las manos y se alisa la falda—. Casi sería mejor... Pues mira, ya verás. Jerry, para el coche. Aparca aquí.

Levanto la mirada, sorprendida.

—¿Cómo? —Janine la mira fijamente—. Pero aún estamos a casi dos kilómetros del restaurante.

—He cambiado de opinión. Jerry, déjanos aquí, por favor.

—¿Adónde vamos? —pregunta Janine, que se apresura a recoger sus cosas mientras se detiene el coche.

—Vamos a dar un paseo. —Kitty le lanza una sonrisa y le corta el paso—. Tú quédate aquí con Jerry y ya te llamaré cuando hayamos acabado. —Coge su bolso y me guiña un ojo mientras bajo del coche con cierta dificultad—. Creo que Rosie y yo podemos arreglárnoslas solas a partir de aquí.

—¿Cómo? Pero... —Protesta Janine, que parece ofendida cuando Kitty cierra la puerta de la limusina—. Espera, ¡no te dejes el bolso!

Le lanza el enorme bolso de Gucci por la ventanilla a Kitty, que la mira un instante y pone los ojos en blanco.

—No lo necesito. —Sonríe—. ¡Adiós! —les dice con la mano y la limusina se aleja. Janine nos mira con inquietud.

—Venga. —Kitty me lanza una sonrisa, se pone la bufanda y me coge del brazo—. ¡Tenemos que darnos prisa!

HOLLY

—OH, DIOS mío —dice Andy en voz baja.

—Lo sé —suspiro.

—¿Estás segura?

Asiento con la cabeza y me muerdo el labio.

—Hace unas ocho semanas, más o menos...

—Guau... ¿Felicidades? —pregunta, de modo inseguro.

Lo fulmino con la mirada.

—Quizá no. —Traga saliva—. ¿Y Josh qué piensa?

—No lo sabe —admito, abatida.

—¿Cómo? ¿Y tu padre?

Niego con la cabeza.

—No lo sabe nadie.

—¡Holly! —Me lanza una mirada elocuente—. ¿Estás de ocho semanas?

Asiento.

—Más o menos.

—Pero Holly... Los cortes del brazo... Podría ser perjudicial para el...

—Lo sé —admito, con las mejillas encendidas—. Ha sido una estupidez. No sé en qué pensaba. No volverá a ocurrir.

—¿Estás segura?

—Me sentía muy disgustada —murmuro y me ciño la chaqueta—. No volverá a suceder.

—De acuerdo —dice en voz baja—. Guau... —Respira hondo y se sienta a mi lado.

Cierro los ojos. El balanceo del barco es más suave, pero aún me siento mareada y no puedo contener los escalofríos.

Andy me echa el brazo sobre los hombros con un gesto algo torpe.

—Todo irá bien —dice con voz suave.

Lo miro a los ojos.

—¿Sí?

—Quiero decir...

—Tengo dieciocho años. Estoy embarazada. Ah, sí, y podría tener la enfermedad de Huntington —le espeto—. Dime, Andy, ¿cómo quieres que todo vaya bien?

—Me refería a... —Duda y me mira con sus ojos azules y profundos—. ¿Lo quieres? —pregunta con un susurro—. Me refiero al bebé.

Cierro los ojos y me saltan las lágrimas al recordar la clínica.

—Tan solo intento comprender por qué no se lo has contado aún a Josh —dice

con delicadeza—. Me refiero a antes de que apareciéramos Rosie y yo, y antes de que supieras lo de la enfermedad de Huntington.

Miro al suelo. Intento poner en orden mis ideas, mis sentimientos, pero tengo la sensación de que va a estallarme la cabeza.

—¿Tenías miedo de que Josh no lo quisiera? —Deslizo los dedos por las tablas de madera y acaricio los nudos—. ¿O te daba miedo que sí lo quisiera?

Levanto la cabeza bruscamente.

—¡Cómo te atreves! —Me vuelvo hacia él, enfurecida, aunque me asaltan las dudas—. No me conoces, Andy, no sabes nada de mí, ¿cómo te atreves a juzgarme?

—¡No te estoy juzgando! —replica.

—Sí, tenía miedo, ¿vale? Tenía miedo de estar embarazada, miedo de lo que eso significa, miedo de que Josh me abandonara o, peor aún, de que se quedara conmigo solo porque estaba embarazada. Desde que se fue a la universidad... temía que pudiera dejarme en cualquier momento.

—¿Por qué? —Andy arruga la frente.

—Es lo que pasa siempre, ¿no? Al menos es lo que les sucedió a algunas de mis amigas. Y Josh y yo... pertenecemos a mundos distintos. Él es muy inteligente, será un gran científico —le digo con orgullo, pero se me atragantan las palabras—. Llegará a ser alguien muy importante. No quería ser un estorbo para él, ¡no podía permitir que renunciara a sus sueños! —Niego con la cabeza—. No puedo dejar que haga eso.

Andy deja escapar un fuerte suspiro.

—Entonces... ¿qué pensabas hacer?

—No lo sé. —Me muerdo el labio—. Solo quería esperar, ver... —Fijo la mirada en mis pies—. Si íbamos a acabar rompiendo, me pareció que no tenía sentido contárselo.

Andy suspira de nuevo.

—Pero fuimos a Nueva York y me pidió que me casara con él y todo pasó a ser perfecto. —Sonrío, desconsolada—. Estuve a punto de decírselo entonces, debería haberlo hecho, pero pensé que era mejor no hacerlo, que debía elegir otro día, esperar a que estuviéramos en casa, a que hubiéramos anunciado nuestro compromiso... Porque habría sido perfecto. —Las lágrimas se entremezclan con mis palabras—. Pero ahora sé que nunca será perfecto, porque no se lo puedo decir, no le puedo contar lo de la enfermedad de Huntington porque ya estamos prometidos, ya está atrapado. Ahora nunca me abandonará. Y no le puedo decir que estoy embarazada porque podría...

Andy me abraza con fuerza.

—Y no sé por qué te estoy contando todo esto. —Inspiro entre sollozos—. ¡Apenas te conozco!

—No pasa nada —me dice para intentar tranquilizarme—. Pero creo que deberías contárselo a tu padre.

—No puedo —replico—. ¡Está demasiado ocupado corriendo detrás de la maldita Rosie! Y, aunque lo hiciera, ¡creería que es el verdadero motivo por el que Josh y yo queremos casarnos!

—Pero si hablaras con él —insiste Andy con dulzura—. Si se lo contaras todo...

—No puedo. —Niego con la cabeza—. No se lo puedo decir a nadie. —De repente levanto la cabeza y lo miro—. Y tú tampoco, Andy, júramelo.

—Holly...

—¡Júramelo! —le exijo—. Ni tan siquiera a Rosie. Sobre todo a ella.

—De acuerdo. —Levanta las manos—. Te lo juro. No se lo diré a nadie. Palabra de explorador.

Veo un atisbo de preocupación reflejado en su mirada clara.

—Gracias —digo en voz baja.

—De nada. Pero sigo creyendo que deberías hablar con alguien... Con un profesional.

Lo miro.

—¿Con un loquero?

—No. —Sonríe—. Con un asesor genético, con alguien que sepa de esto. Podrán ayudarte a decidir si debes hacerte o no la prueba...

—¡Pero quiero hacérmela! —grito—. ¡Tengo que hacérmela!

—De acuerdo —me tranquiliza—. Pero son los asesores los que se encargan de hacer las pruebas. ¿De acuerdo?

Asiento.

—De acuerdo.

—Así que en los próximos días tienes que averiguar dónde está la clínica más cercana y...

—¿Por qué no hoy? —pregunto súbitamente—. Dentro de media hora llegaremos a Boston... Tiene que haber una en la ciudad.

Sonríe.

—No quieres perder ni un minuto, ¿verdad?

—Andy —digo con mucha seriedad—, no puedo perder ni un minuto más.

ROSIE

LAS calles son un hormiguero de gente, pero a pesar del bullicio, Boston no se parece demasiado a Nueva York. Transmite una sensación más... civilizada. No sé si es la arquitectura colonial, con sus altas columnas y magníficas fachadas, o la gente en sí, pero Boston tiene un aire bastante europeo, más circunspecto y que refleja el paso del tiempo, lo que la distingue de la imagen rutilante que posee Nueva York.

Kitty me lleva por una calle adoquinada que parece sacada de una novela de Dickens, pasamos frente a varios artistas callejeros y llegamos a un parque inmenso.

—¡Me muero de hambre! —dice de repente, y se vuelve hacia mí—. ¿Alguna vez has probado la crema de almejas?

—¿La qué? —pregunto, desconcertada.

—La crema de almejas. —Kitty se ríe—. Es una especie de sopa cremosa muy rica. Te encantará. Ven.

Echa a andar en dirección a un restaurante de aspecto muy chic haciendo resonar sus tacones en la acera. Pero la emoción dura poco. Fuera hay una larga cola de gente vestida con trajes y vestidos elegantes. Miro mis vaqueros y mis zapatillas deportivas andrajosas y me arrepiento de no llevar el vestido púrpura que he probado en la tienda. Voy a llamar muchísimo la atención. Si llegan a dejarme entrar.

—Dos cremas, por favor.

Levanto la mirada, sorprendida. Kitty no está en la cola, sino frente a un puesto callejero a rayas. Se forma una nube de vapor cuando el vendedor levanta la tapa de una olla grande y metálica. Kitty sonrío y me da algo que parece una hogaza de pan crujiente.

—Creía que íbamos a tomar una sopa —pregunto, confundida.

—¡Es sopa! —Kitty se ríe y levanta la tapa de mi hogaza para que pueda ver la crema que contiene—. Es un cuenco de masa fermentada, ¡está buenísimo! Cuando acabas con la crema, puedes comerte el recipiente, es fantástico. —Sonríe de oreja a oreja—. Pero no se lo cuentes a Janine, en teoría no puedo comer hidratos de carbono. —Sonríe y se lleva un pedazo de pan a la boca—. Venga. —Me coge del brazo y nos dirigimos hacia el parque—. Vamos a buscar un sitio donde sentarnos.

HOLLY

LEVANTO la mirada para ver bien el imponente edificio gris que se alza ante nosotros. Sus ventanas refulgen en el sol de la tarde. Es este.

Es sorprendente lo fácil que ha resultado encontrarlo: primero lo hemos visto en Google, en el móvil de Andy, y ahora aquí está, en la calle. La gente pasa frente al edificio sin mirarlo, pero yo no puedo apartar los ojos de él. Es el lugar donde va a decidirse mi futuro.

Nuestro futuro.

—¿Estás bien? —me pregunta Andy—. Sabes que no tienes que hacerlo hoy si no quieres. Puedes volver en cualquier otro momento, cuando hayas podido reflexionar sobre el tema con más calma.

—No —digo, con una voz muy serena que me sorprende a mí misma—. No, tengo que hacerlo ahora.

Mi intención solo era pedir cita. Le pedí el teléfono a Andy porque el mío estaba en casa, destrozado después de estamparlo contra la pared, y marqué el número, con la esperanza de que nadie respondiera, o de colgar si lo hacían. A pesar de todo, pedí cita y ya habíamos quedado un día de la semana siguiente hasta que dije que estaba embarazada. La mujer al otro lado del teléfono se quedó en silencio, me preguntó de cuánto estaba y me puso en espera mientras una flauta de Pan interpretaba *Dancing Queen*. La mujer tardó tanto en regresar que creía que se había olvidado de mí. Me dijo que había un asesor que podía atenderme ahora, hoy, si podía ir.

Así que aquí estoy.

—¿Holly? —dice Andy y me saca del trance—. ¿Estás lista?

Respiro hondo y noto que me tiemblan las rodillas.

Sé que no voy a estar más lista de lo que estoy ahora.

La sala de espera está llena de gente y apesta a desinfectante. Me siento junto a una mujer que parece que tiene la necesidad imperiosa de ir al baño —no para de moverse, de balancearse hacia delante y hacia atrás, de mirar a su alrededor—, lo cual me pone aún más nerviosa. Me vuelvo y cojo una revista, cuando entra un hombre en la sala: mueve los brazos como si estuviera haciendo una especie de danza *new age* a cámara lenta. Miro a mi alrededor y empiezo a fijarme en los tics nerviosos y los movimientos bruscos que hacen las demás personas. También debe de ser la sala de espera del pabellón psiquiátrico. Un hombre me sorprende mirándolo y aparto los ojos rápidamente, fingiendo estar enfrascada en la lectura de mi revista sobre la pesca con mosca.

De pronto, Andy suelta un grito ahogado y levanto la vista en el instante en que una mujer borracha entra en la sala dando bandazos, hablando en voz alta, pero

arrastrando las palabras. La recepcionista la ayuda a sentarse en una silla, miro a Andy y estoy a punto de decirle que a mí tampoco me vendría mal un trago, pero se ha puesto pálido como la cera.

—¿Qué pasa? —le pregunto. Sigo su mirada y me doy cuenta de que no puede apartar la vista de la mujer.

Traga saliva y niega con la cabeza.

—Es que... nada.

—¿Qué? —insisto.

—Esa mujer... —Andy agacha la cabeza—. Me ha recordado un poco a... alguien.

—Vale... —Sonríó—. Alguien que ha pasado por demasiados bares...

Me lanza una mirada de... ¿qué? ¿Compasión? Aparta la vista y de repente lo entiendo todo. Trudie. Andy conocía a Trudie. Esa mujer le recuerda a ella...

Miro a mi alrededor y se me acelera el pulso.

Corea, trastornos del habla, psicomotrices... De pronto todas estas palabras cobran vida y su significado resulta más aterrador al verlas reencarnadas en estas personas. La mujer no está borracha y los demás no están locos. Toda esta gente es real.

Esto es la enfermedad de Huntington.

ROSIE

PASEAMOS por el parque, entre las farolas y los árboles estériles, hasta que llegamos a un estanque de patos.

—¡Perfecto! —exclama Kitty, que se sienta en un banco que parece húmedo.

Miro su abrigo color crema de forma insegura.

—¿De verdad quieres sentarte ahí?

—Es el mejor asiento del parque, ¿no te parece?

Sonríe y se quita los zapatos de tacón con los pies. Me quedo mirando a esta mujer que lleva un vestido de diseñador, con su elaborado corte de pelo alborotado por el viento, los Jimmy Choos tirados en el barro, encaramada a un banco del parque, bebiendo sopa de un cuenco de pan, y sonrío. Ahora parece una persona completamente distinta. Lanza unas cuantas migas a una familia de ruidosos patos que se pelean entre sí por el pan y se ríe, se reclina en el banco y me dirige una sonrisa cuando me siento.

—Dios, no sé tú, Rosie, pero de repente me siento... —Echa la cabeza hacia atrás, buscando la palabra adecuada—. ¡Joven, supongo! —Se ríe y se abraza las rodillas—. Es raro, ¿no? Lo lógico sería que al conocer a mi hija adulta me sintiera vieja, y en cierto sentido es un poco así. —Admite—. Pero al estar contigo me acuerdo de cuando tenía tu edad, de cuando vi todo esto por primera vez... —Abarca todo el parque, los edificios del entrono y las estatuas con un movimiento del brazo—. Es maravilloso. —Lanza un suspiro de felicidad.

—Es muy bonito —digo, tomando un sorbo de la crema caliente y salada. Miro a mi alrededor—. Boston tiene un aire... plácido, es como si fuera una ciudad que ha existido desde el inicio de los tiempos.

—Es verdad. —Sonríe, pensativa—. Esta ciudad tiene un arraigado sentido de la historia. El *Mayflower* atracó un poco más arriba, en Plymouth. Pero fue en Boston donde abrió fuego la revolución estadounidense, donde se fundó el primer periódico, la primera universidad... —Me mira y se ríe.

—No pongas esa cara de sorpresa, Rosie. No soy una cabeza hueca. Cuando iba a la escuela me gustaba mucho la historia, era como si fuese la hora del cuento, con todas esas historias y personajes increíbles, y todos verdaderos... más o menos. —Suelta un risita—. Nunca olvidaré a mi vieja maestra de historia: «¡Recordad, niños, que son los vencedores los que escriben los libros de historia!». —Se ríe—. Estaba loca. Por algún motivo estaba obsesionada con las sufragistas, la liberación de las mujeres y todo eso. ¡Nos obligó a hacer una escultura absurda con perchas, arcilla y papel maché! Fue horrible. ¡Espantoso! Pero a ella le encantó e insistió en que la pusieran en el patio para que sirviera de recordatorio a todos los alumnos. No

recuerdo de qué, exactamente. Creo que era en honor de Emmeline Pankhurst, o algo así, pero parecía un yeti gigante con tutú...

—¡Betty *el Yeti*! —exclamo, y me mira, asombrada.

—Sí —dice lentamente—. ¿Cómo lo has...?

—Fui a la misma escuela. —Sonríe—. Maybridge Grange.

—¡No! —vocifera—. Eres... —Me mira, patidifusa—. No serás una chica Granger...

Asiento y estalla en carcajadas.

—¡No puede ser! —chilla y me coge de las manos—. ¡Dios mío! ¿Cómo está la escuela? ¡Dime que la momia ya no da clase!

Asiento y me río al pensar en la señorita Bellchamber, bajita y toda arrugada, y que parecía aún más pequeña rodeada por montañas de libros de historia antigua.

—¡Han intentado sustituirla varias veces, pero se niega a jubilarse!

—¡Dios! —Kitty se ríe y se le empiezan a saltar las lágrimas—. ¡Es una institución! ¡Debía de tener sesenta y pico años cuando yo estudiaba allí! ¡Dime que ya no dirige el coro, por favor!

—Ah, sí, con las boinas y todo.

—¡Las boinas! —exclama Kitty—. Oh, Dios, ¿todavía os hacen llevar esas cosas naranjas tan horribles? ¡Puaj! ¡Eran espantosas!

—Pues la señorita Bellchamber no comparte tu opinión. —Carraspeo para imitar la voz chillona de la anciana mujer—. «Deberíamos estar orgullosos de nuestras boinas; el motivo por el que el príncipe de Gales habló con las Grangers cuando visitó Maybridge fue porque iban mucho más elegantes que las alumnas de las demás escuelas».

—¡Mentira! —grita Kitty, que derrama su sopa—. ¡Yo estuve presente! ¡Y el príncipe no paraba de reírse de nosotras!

—¡Lo sabía! —exclamo entre carcajadas—. ¡Siempre me he preguntado por qué parecía que estaba llorando en las fotos!

Kitty asiente, incapaz de contener las lágrimas de risa.

—Tardó cinco minutos en recuperar la compostura, el pobre. Tenía que reunirse con el alcalde, ¡pero no podía poner cara seria! ¡Al final, su asistente nos pidió que nos las quitáramos por si volvía a darle un ataque de risa!

Al final estallo en carcajadas y Kitty se ríe como una histérica. La sopa me llena el estómago y me hace entrar en calor.

—Dios mío, Maybridge Grange. —Kitty se seca los ojos y una sonrisa le ilumina el rostro—. Lo siento mucho, Rosie, no le desearía ni a mi peor enemigo que estudiara allí, mucho menos a mi hija. —Sonríe—. Es increíble que aprendieras algo. No me digas que luego fuiste también al instituto de Maybridge.

—No —respondo, alisando la servilleta que tengo en el regazo—. No, en un principio tenía que ir, pero mamá... —Le lanzo una mirada fugaz—. Trudie, quiero decir, me necesitaba.

A Kitty se le borra la sonrisa de la cara.

—¿Porque tenía la enfermedad de Huntington?

Asiento con la cabeza.

—Entonces ¿no pudiste hacer los exámenes de acceso a la universidad para cuidarla?

—Lo hice porque quise.

—Pero no debió de ser fácil —dice, con dulzura.

Me encojo de hombros, empiezo a arrancar migas de pan y veo cómo van cayendo al suelo.

Kitty me mira un instante y luego fija la vista en la sopa.

—Es horrible ver morir lentamente a alguien a quien quieres —dice en voz baja—. Mi abuelo murió de cáncer cuando era pequeña. —Una débil sonrisa se dibuja en su rostro—. Recuerdo que me acercaba a su cama y que no entendía por qué tenía un aspecto tan distinto, por qué había dejado de cogerme en brazos y de jugar conmigo. Era como si ya no fuese mi abuelo.

Asiento.

—Esa fue la peor parte. El modo en que Trudie cambió...

Kitty asiente con un gesto de compasión.

—¿La enfermedad afectó a su movilidad?

—No solo eso, también a su comportamiento. Su estado de ánimo, su carácter.

Frunce el ceño.

—¿Tenía arrebatos violentos?

—En realidad, no... Ella no lo hacía a propósito, pero se enfadaba por culpa de la frustración que sentía. Era la enfermedad, no ella.

—Oh, cariño. —Kitty me estrecha la mano—. Me resulta imposible imaginar todo lo que has vivido... Todo a lo que has renunciado...

—Eso no me importó —insisto—. Era mi madre.

Me mira.

—¿Y durante todo ese tiempo creías que podía llegar a sucederte lo mismo? ¿Que podías heredar la enfermedad?

Asiento sin apartar la mirada de la sopa. Estoy al borde de las lágrimas.

Kitty deja la sopa en el banco y me atrae hacia sí.

—Oh, Rosie —susurra y me besa el pelo—. Y pensar en lo distinta que habría sido tu vida... Que debería haber sido.

Se me encoge el corazón y lloro por la madre que he perdido, y por todos los años que no he podido disfrutar con la madre que he encontrado.

—Lo siento mucho. —Kitty suspira y me acaricia el pelo mientras me abraza con fuerza—. Lo siento muchísimo.

HOLLY

CIERRO los ojos. Esto es increíble. Una pesadilla... Me pellizco, con la esperanza de despertarme.

—¿Holly? —Levanto la mirada y veo a una mujer sonriente que lleva un vestido verde—. ¿Te importaría seguirme?

Nos conduce por un largo pasillo hasta una pequeña consulta que huele a naranjas, y cierra la puerta.

—Hola. —Me estrecha la mano—. Me llamo Charlotte Atkins. Soy asesora genética. Sé que suena a algo muy técnico, pero significa que estoy aquí para explicarte cuanto necesites. —Se vuelve hacia Andy—. Y has traído a un amigo. Fantástico.

—Andy —dice, y le estrecha la mano de forma torpe.

—Bueno —dice la mujer, que se sienta y mira los papeles que tiene en la mesa—. ¿Estás pensando en la posibilidad de hacerte la prueba de la enfermedad de Huntington?

Asiento con la cabeza.

Me mira.

—Y me han dicho que estás embarazada, ¿no es así? —pregunta con voz dulce.

Asiento de nuevo.

—De unas ocho semanas.

—Sí. —Hace un gesto afirmativo con la cabeza. Toma nota en sus papeles con mirada de preocupación—. Bueno, ya hablaremos de eso más tarde. ¿Siempre has sabido que existía la posibilidad de que hubieras heredado la enfermedad?

—No. Lo he averiguado hace poco. Mi madre murió... y tenía la enfermedad de Huntington.

—Debe de haber sido una situación dura. —Charlotte arruga la frente—. ¿Fuiste su cuidadora?

—No, en realidad... No llegué a conocerla... —Dudo y miro a Andy—. Me crio otra familia.

—¿Fuiste adoptada?

La miro y asiento con la cabeza. Ahora no es el momento de entrar en detalles. La situación ya es lo bastante complicada de por sí.

Charlotte me lo explica todo sobre la enfermedad de Huntington. La mayoría ya lo sabía gracias a Rosie, pero siempre va bien oírlo en boca de un experto, y de alguien a quien no odio.

Me confirma que si he heredado la enfermedad de Huntington de Trudie, lo más probable es que los síntomas empiecen a manifestarse alrededor de la misma edad

que ella, cuando ronde los cuarenta o cincuenta años, y que mi bebé tiene un veinticinco por ciento de posibilidades de heredarla, que aumentarían hasta el cincuenta si mi prueba da positivo.

La escucho con atención mientras jugueteo con un mechón de pelo y me lo enrosco en el dedo.

—Bueno, Holly. —Charlotte se inclina hacia delante—. ¿Es el embarazo el motivo principal que te ha impulsado a considerar la posibilidad de hacerte la prueba? Asiento, con tristeza.

—Es decir, si la prueba da positivo, tengo que sopesar... —No puedo acabar la frase.

—Y, Andy, ¿estás de acuerdo con Holly? —pregunta la asesora.

—Esto... Yo... —balbucea.

—No, Andy solo es un amigo —digo, avergonzada.

—Bien. —Charlotte sonrío—. Ya veo. De hecho, es mejor así. No te conviene más presión —me dice—. Mi trabajo no consiste en decirte qué decisión debes tomar, eso es algo que nadie debería hacer. La decisión es tuya y de nadie más, ¿de acuerdo?

Asiento y enrosco el dedo con fuerza en el mechón de pelo.

—Pero si el embarazo es la principal preocupación, podemos realizar un prueba prenatal para analizar el ADN del bebé directamente.

—¿Se puede hacer la prueba antes de que nazca? —pregunto con incredulidad.

—Sí. Se puede realizar una biopsia de corion entre las diez y las doce semanas, o una amniocentesis un poco más tarde.

—Entonces, eso es lo que quiero —le digo—. Quiero saber si mi bebé tendrá la enfermedad.

—De acuerdo —dice—. Pero te aconsejamos que te sometas a la prueba antes.

—¿Por qué? —pregunto—. No necesito saber mis resultados ahora mismo... Quiero saber los del bebé.

—Te entiendo —añade Charlotte con calma—. Sin embargo, conviene que tengas en cuenta que este tipo de pruebas conllevan un riesgo de aborto de casi el uno por ciento.

Cierro los ojos.

—Obviamente, si tus pruebas dan negativo, no hay ningún motivo para poner en peligro el embarazo. Y soy consciente de que tal vez ahora no pienses así, pero si el resultado es positivo, tal vez decidas que al final no quieres realizar la prueba prenatal.

Suspiro.

Charlotte se inclina hacia delante.

—Lo más importante de todo es que entiendas que si la prueba prenatal da positivo, no tendrás la elección de no saber tu propio futuro. Sabrás que ambos sufriréis la enfermedad de Huntington.

Me muerdo el labio.

—Entiendo.

—Holly —dice Charlotte con voz suave—. El único verdadero motivo para someterte a una prueba prenatal de la enfermedad de Huntington es si estás considerando la posibilidad de abortar si el resultado es positivo.

Me mira y agacho la cabeza. Sus palabras quedan flotando en el aire y enrarecen el ambiente.

—¿Estás dispuesta a hacerlo?

ROSIE

LA limusina dobla la esquina lentamente y veo aparecer el restaurante de Woody. El cartel de madera cruje a merced de la brisa del atardecer y los faroles brillan con fuerza en las ventanas.

—Ojalá no tuviera que irme —dice Kitty, con un suspiro, y me abraza—. He pasado un día maravilloso. Muchas gracias.

Le devuelvo el abrazo y se me hace un doloroso nudo en la garganta cuando aspiro su intenso perfume y me empapo de él. «No te vayas —suplico en silencio—. No te vayas, acabamos de conocernos».

—Prométeme que vendrás a verme. —Me pide—. Llámame y lo organizaré todo. ¿Me lo prometes?

Digo que sí con la cabeza, al borde de las lágrimas.

—Y da igual lo que suceda, o lo que haya sucedido, pero quiero que sepas que te quiero. —Me abraza sin reservas—. Y lo siento muchísimo... —Se estremece y me abraza aún con más fuerza, durante un buen rato antes de besarme en la mejilla—. Ahora márchate. Antes de que se me corra el rímel. —Sonríe—. Otra vez.

La miro con indecisión, sin ganas de irme.

—Vete, venga —susurra, cogiendo un pañuelo de papel del bolso. Pone los ojos en blanco—. No me hagas caso, soy una actriz. Siempre tengo las emociones a flor de piel. Estoy bien. —Me dedica una sonrisa calurosa—. Vete, vete.

Salgo del coche y me vuelvo mientras baja la ventanilla.

—Nos veremos dentro de poco —le prometo.

—Más te vale. —Fuerza una sonrisa con los ojos bañados en lágrimas—. Adiós, Rosie —susurra y me agarra la mano.

—Adiós —murmuro, con los ojos anegados en lágrimas, cuando Kitty me suelta la mano y el coche se pone en marcha.

Lo miro hasta que dobla la esquina, apesadumbrada pero tranquila.

«Adiós, mamá».

Me siento como si estuviera en un sueño. Me parece imposible que hoy mismo por la mañana no la conociera, que creyera que no quería saber nada de mí, y que ahora... Sonrío. Es mi madre. Es decir, Trudie siempre será mi mamá, Kitty nunca ocupará su lugar, pero ahora tengo la oportunidad de conocer a mi verdadera madre, mi madre biológica, una mujer nueva y maravillosamente distinta. Subo corriendo los escalones de la casa, rebosante de emoción y estoy a punto de chocar con Megan cuando entro por la puerta.

—Lo siento. —Sonrío—. ¿Has visto a Andy?

—¿Andy? No... ¿Has visto...?

—¿Holly? —La llama Jack, que irrumpe en la cocina—. ¡Rosie! —Se frena en seco—. ¿Cómo ha...? ¿Dónde está Kitty?

—Tenía que irse, pero, oh, Jack, ¡hemos pasado un día maravilloso!

—¿De verdad? —Sonríe, aliviado—. Estaba muy preocupado.

—¡Es fantástica! —exclamo entre risas—. Es increíble, es tan...

—Es tu madre. —Jack sonríe.

—Sí. —Lo miro y esa palabra brillante, reluciente e increíble hace que hasta la última fibra de mi ser se estremezca—. Lo es. ¡Es mi madre!

—Es fantástico, Rosie. Después de tanto tiempo... —Jack sonríe, pero algo empaña su alegría.

—Y me ha pedido perdón. Por habernos abandonado. Por abandonarte, dice que se ha arrepentido toda la vida.

Me mira y le cambia la expresión de la cara, en la que la sorpresa deja paso a otra emoción, más suave.

—¿Eso ha dicho? —pregunta con un susurro.

Asiento con la cabeza.

—Me ha dicho que tenía miedo. Miedo de arruinarnos la vida, y luego miedo de volver... de que la rechazáramos.

Arruga la frente.

—Nunca la habría rechazado —murmura, mirándome a los ojos—. Es... es tu madre.

—Lo sé. —Le lanzo una sonrisa—. También me ha dicho que nunca ha estado preocupada por mí porque sabía que estaría bien contigo. Sabía que serías un padre maravilloso.

Me dirige una mirada inescrutable.

—Tenía razón. —Sonrío y se me forma un nudo en la garganta.

Las emociones se reflejan en el rostro de mi padre.

—Gracias —susurra, con voz áspera—. Gracias, Rosie.

HOLLY

EL muelle aparece ante nosotros antes de que pueda darme cuenta de que hemos vuelto. Lo miro, desorientada, sin saber exactamente cómo he llegado, cómo debo continuar.

—¿Estás bien? —me pregunta Andy, y me vuelvo, sobresaltada. Había olvidado que estaba conmigo.

Asiento con un gesto rápido.

—Sí, sí, perdona, es que tenía la cabeza... en otra parte.

—Es comprensible —dice y baja del barco—. Te has pasado el trayecto de vuelta sumida en una especie de trance. No has visto las ballenas.

Levanto la mirada, sorprendida.

—Ah, sí —dice—. Había muchas, y eran enormes.

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Mentiroso.

—Nunca lo sabrás. —Me guiña un ojo y enfilamos la colina.

—Gracias, Andy —le digo—. Por todo. Ha sido...

—Horrible. —Acaba la frase por mí.

Sonrío.

—Horrible —admito, mientras busco las llaves—. Y gracias también por prestarme el móvil.

—Quédatelo hasta mañana —me dice—, por si llaman de la clínica para decirte algo de la visita.

—¿Estás seguro? ¿Y si te llama alguien?

—Nadie tiene mi número; excepto Rosie, claro. Compré especialmente la tarjeta SIM para poder llamar en Estados Unidos. Quédatela.

—Gracias. —Sonrío pero la expresión de alegría se congela en mi cara cuando veo una limusina negra que dobla la esquina y se dirige hacia nosotros.

—¿Holly? —Andy me mira—. ¿Qué pasa? —Dirige la vista hacia el coche.

Me quedo paralizada y no puedo apartar los ojos del coche.

—Es ella.

Andy frunce el ceño.

—¿Quién?

Trago saliva.

—Kitty.

—¿Kitty? —Se queda mirando la limusina—. ¿Qué demonios? ¿Qué hace aquí?

El corazón me late con fuerza y se me pone la piel de gallina a medida que se acerca el coche... hasta que pasa de largo.

Cierro los ojos.

Se ha ido.

—¿Holly? —pregunta Andy en voz baja—. ¿Estás bien?

Asiento lentamente y tengo que hacer un gran esfuerzo para respirar hondo.

Ya se ha ido.

Andy me abraza con afecto.

—¿Estás segura?

Asiento de nuevo y trago saliva.

—Lo único que quiero es irme a casa.

Andy asiente y me estrecha los hombros mientras doblamos lentamente la esquina que da a mi calle. Llegamos al camino de mi casa, subimos las escaleras y entonces me detengo. De repente me siento exhausta. El mero hecho de pensar en dar otro paso, abrir la puerta, ver a papá y a Megan y tener que enfrentarme a todo, es abrumador.

—Creo que no puedo hacerlo —murmuro.

—No pasa nada —me tranquiliza Andy—. Recuerda, la decisión depende de ti.

Me muerdo el labio. Soy yo quien debe tomarla. Y es la más difícil que se me ha planteado en toda la vida.

—Ven aquí —dice y me da un fuerte abrazo.

Me dejo engullir por su calor, cierro los ojos e intento fingir que todo ha sido un sueño, una pesadilla de la que me despertaré dentro de poco.

—Oh, Rosie. —La voz de papá atraviesa la ventana abierta de la cocina y me quedo inmóvil—. Nunca perdí la esperanza, no dejé de intentarlo... Escribí muchas cartas...

Deja la frase a medias y contengo la respiración. Me vuelvo y veo a papá a través del cristal, abrazando a Rosie con fuerza.

—¿Holly? —Andy me mira, nervioso.

No puedo respirar. Soy incapaz de apartar la mirada de ellos. Mi padre. Con su hija. Su verdadera hija. Su hija sana.

—Si nos hubiera dado una oportunidad, si lo hubiera intentado... Podríamos haber formado una familia...

Algo me oprime el pecho cuando mi padre le acaricia el pelo.

—Oh, Rosie, podría haber sido... Todo debería haber sido tan distinto...

Se me para el corazón.

«¿Acaba de decir eso? ¿De verdad que acaba de decir eso?».

—¿Holly? —pregunta Andy con frialdad—. ¿Te encuentras bien?

«¿Y qué pasa conmigo, y con Megan, y con Ben? Somos su familia. O al menos, ellos lo son...».

«Pero yo no. —Me doy cuenta y me flaquean las piernas—. Yo nunca lo he sido».

Miro fijamente a Rosie, rodeada por los brazos de mi padre. El mundo gira a su alrededor, como ha sucedido siempre. Está ocupando el lugar que me corresponde.

Que me había correspondido hasta ahora.

«Me lo ha quitado todo».

—¿Holly?

El rostro de Andy aparece ante mí. Intenta mirarme a los ojos. Su mano suave en mi mejilla. Su mirada clara y azul.

De pronto me inclino hacia delante y lo beso, con pasión, me aferro a él como si mi vida dependiera de ello.

Él se aparta y me mira. Le devuelvo la mirada. Me escuecen los labios, tengo el pulso acelerado y casi no puedo creer lo que acabo de hacer.

—¿Andy? —pregunta Rosie con un hilo de voz, vacilante.

Su cara no tiene precio: una mezcla de conmoción y sorpresa tiñen sus mejillas con una preciosa sombra gris.

Quizás ahora sabrá lo que se siente.

—Rosie... —dice Andy—. Rosie, yo...

—¿Holly?

Me quedo paralizada al oír la voz familiar.

Lentamente dirijo la mirada al pie de la escalera, al lugar donde se encuentra Josh, que me mira con ojos desorbitados. De su mano cuelga, lacio, un alegre ramo de margaritas; una imagen de lo más inapropiada, dada la situación.

ROSIE

—¿QUÉ está pasando? —pregunto sin alzar la voz y se me hiela la sangre cuando miro a través de la ventana a Andy, luego a Holly y de nuevo a Andy, que aparta la mirada—. ¿Y bien...?

Andy dirige la vista a Holly y luego a mí.

—¡Oh, que os den a las dos! —murmura, hecho una furia.

Aparta a Holly, irrumpe en la cocina y pasa de largo.

—¡Andy! —grito mientras sube las escaleras. Miro hacia fuera, a Holly, que no aparta los ojos de Josh y sale corriendo tras él—. ¡Andy!

Lo encuentro en el dormitorio, metiendo su ropa en la mochila.

—¿Qué haces?

—Me voy, ¿recuerdas? Quise irme antes, pero me suplicaste que me quedara, me dijiste que me necesitabas. Y te creí como un estúpido. —Se pelea con la mochila; la ira y las prisas hacen que sus dedos se muevan con mayor torpeza.

—¿Qué te pasa? —pregunto con calma—. ¿Qué ha ocurrido?

—Tú eres lo que me ha pasado, Rosie. Tú. —Aplasta la ropa, la aprieta y golpea mientras se pelea con la cremallera—. Te lo advertí, te advertí que no sabías lo que hacías, del dolor que podías causar, de que pondrías sus vidas patas arriba... Pero, oh, no, Rosie lo sabe todo. —Por fin logra cerrar la cremallera, ciñe la cinta, suspira y se aparta el pelo de la cara, con los ojos cerrados—. Esto es un desastre, lo has puesto todo patas arriba, joder...

Quiero acercarme a él para abrazarlo, para aplacar su furia, pero algo me impide moverme.

—¿Todo esto es por Holly? —pregunto con un hilo de voz. Las palabras se abren paso por sí solas y me queman la lengua—. ¿Has...? ¿Ha pasado algo?

—¡Ah, ya estamos! —Andy se ríe y levanta la mochila de la cama.

—Solo pregunto —me defiende, y me abrazo a mí misma—. ¿Has pasado el día con ella?

—¿Por qué? —Se vuelve hacia mí de forma brusca—. ¿Por qué? ¿Dónde estabas? Lo miro a los ojos.

—Yo...

—Se suponía que ibas a pasar el día conmigo, que íbamos a ver ballenas, ¿lo recuerdas? —Me fulmina con la mirada—. Pero cuando salí de la ducha: sorpresa, sorpresa, Rosie había se había esfumado. Otra vez.

—¡Lo siento! —grito—. Pero es que Kitty ha aparecido de repente... Tenía que irme. ¡Te he dejado una nota!

—¿De verdad? ¿Una nota? —Se ríe—. ¿Dónde? ¿Dónde, Rose? Yo no veo

ninguna nota. ¿Y tú? —Abarca toda la habitación con un gesto del brazo—. Y aunque me la hubieras dejado, me prometiste que pasaríamos el día juntos. Me lo prometiste. —Me fulmina con la mirada—. Pero no. Me has dejado. Otra vez. ¡Y ni tan siquiera ha sido por Holly! Me has dejado por Kitty... ¡Kitty! Después del modo en que trató en Nueva York, del mensaje que dejó en el contestador, ¿le basta con chasquear los dedos y acudes corriendo junto a ella? ¿Estás loca?

—¡Es mi madre!

—No, tenías una madre, Rosie. Una madre fantástica, que te quería, que se preocupó por ti, y sí, ha muerto, pero déjame que te diga una cosa: si crees que Kitty va a ser una especie de sustituta mágica, ¡te llevarás una gran decepción!

—¡No es eso lo que creo!

—Bueno, ya no sé lo que crees ni lo que haces. No entiendo qué quieres ni adónde pretendes llegar. Primero dices que vienes de viaje conmigo, luego no. Quieres encontrar a tu madre, luego no. Pasas el día conmigo, luego no... ¡Ya no lo soporto! —Lo miro, sin habla—. ¡Estoy harto! —Deja caer la mochila al suelo—. Desde julio he ido encadenando trabajos de mierda para ahorrar para este viaje. ¡Es mi año sabático! ¡Ahora mismo debería estar viendo lugares interesantes, cavando pozos en pueblos de mala muerte o pasándomelo en grande en una fiesta de la luna llena en alguna playa tailandesa, en lugar de tener que perseguir a chicas trastornadas, con un sinfín de problemas, que no paran de tomarme el pelo y de darme por saco a la mínima!

Se me encienden las mejillas.

—Eso no es justo.

—Ya, pues ¿sabes qué? La vida no es justa. No fue justo que Trudie muriera, no fue justo que resultara no ser tu madre. Pero lo que no puedes hacer es robarle los padres a otra persona porque los tuyos hayan muerto y luego encima regodearte yéndote de pesca, y dándote abrazos y subiéndote a limusinas... ¡No es justo, Rosie!

—¡Son mis padres! —exclamo—. ¡Kitty es mi madre! ¡Y Jack es mi padre!

—¡Es el padre de Holly! —Se vuelve hacia mí—. ¡Ha sido su padre durante dieciocho años, y ahora le has arruinado la vida!

—¿Yo? —Lo miro, boquiabierta. La ira se va apoderando de mí y relega la sensación de culpabilidad y la vergüenza—. Ni tan siquiera sabía de la existencia de Jack. Fuiste tú quien lo encontró, quien me trajo aquí. Yo quería irme, dejar en paz a todo el mundo, pero me obligaste a contárselo a Holly. ¡Me dijiste que no tenía elección!

—Bueno...

—No, Andy, estás tan metido en todo esto como yo, pero es más fácil echarme la culpa, ¿no? Largarte cuando las cosas se complican, como haces siempre, ¿verdad? ¡Sin embargo, lo cierto es que no estaríamos aquí de no ser por ti!

—Bueno, pues entonces quizá todo te iría mejor sin mí. —Replica—. Tienes razón, me equivoqué. —Se encoge de hombros—. Es mejor que me vaya.

Se echa la mochila al hombro y se cala la gorra de béisbol de los Yankees.

Se me encoge el corazón, que late desbocado. Fui yo quien le regaló esa gorra en Nueva York... Cuánto nos reímos.

—¡Espera, Andy! —Lo agarro del brazo—. ¡Por favor!

—¿Por qué? —Me fulmina con la mirada.

—Yo...

—No me necesitas, ahora ya tienes a tu familia. Por eso viniste hasta aquí, ¿lo recuerdas? —me pregunta con la mirada encendida.

—Andy...

—Adiós, Rose. —Abre la puerta—. Espero que haya valido la pena.

Miro cómo se marcha sin poder hacer nada, paralizada por sus palabras, por la verdad, y cierra de un portazo.

HOLLY

—¿HOLLY? —Josh me mira—. ¿Qué está pasando?

No puedo mirarlo a la cara, no me atrevo. Tengo las mejillas encendidas y siento náuseas.

—¿Holly? ¿Puedes bajar, por favor?

Cierro los ojos y bajo las escaleras lentamente, aferrándome a la barandilla, sin apartar la mirada del suelo.

—¿Y bien? —dice cuando llego junto a él—. ¿Quieres contarme qué está pasando?

—Nada —murmuro sin levantar los ojos del camino—. No está pasando anda.

—Vale —dice y asiente con un gesto pensativo—. Recibo una docena de llamadas perdidas, además de varios mensajes de texto, me dejaste otros tantos en el buzón de voz suplicándome que te llame, que tienes que contarme algo de forma urgente, y sin embargo cuando intento llamarte hoy no coges el teléfono, ¡vengo hasta aquí para verte y te encuentro besando a otro chico!

Cierro los ojos.

—Cuéntamelo, Holly, ¿qué era eso tan urgente? ¿Qué tenías que contarme?

Me mira y aparto la vista, respiro hondo y deseo con todas mis fuerzas que lleguen las palabras, la verdad imposible y horrible que me cambiará la vida.

Josh suelta una risa amarga.

—Supongo que es una pregunta estúpida.

Arrugo la frente.

—¿A qué te refieres?

—¿Es esto lo que tenías que contarme con tanta urgencia? —pregunta—. ¿Que vas a dejarme por otro?

Lo miro con incredulidad mientras la sangre fluye desbocada por mis venas. La importante noticia que tengo que darle se apodera de mí de forma abrumadora y miro a Josh cada vez más nerviosa, indignada. De pronto me río, suelto una carcajada crispada y tensa.

—Sí, Josh —le digo—. Eso es exactamente lo que ha pasado. He conocido a otro chico. Estoy enamorada de Andy.

—¿Qué? —Me mira con incredulidad—. ¿Quién diablos es Andy?

—Lo siento. —Cierro los ojos y me obligo a pronunciar las palabras con gran dolor—. Se ha acabado.

—Holly...

Me alejo de él.

—Espera, Holly...

Me muerdo el labio, no me vuelvo.

—¡Holly! —Me agarra del brazo—. ¿Qué está pasando? ¿Qué ha sucedido?

—¡Se ha acabado! —le digo y lo aparto bruscamente—. ¿Es que eres tonto? ¿Quieres que te lo ponga por escrito? —Lo miro a ojos, el corazón me late acelerado, fuera de control—. Se ha acabado, Josh. He cambiado. Asímelo, ¿vale? Eres libre, puedes tirarte a todas las universitarias que quieras.

—¿Qué? —Josh me mira a los ojos—. Holly...

—¿Por qué no cogiste el teléfono, Josh? —le pregunto, abatida—. ¿Dónde estabas?

—¿Cómo?

—Sabías lo disgustada que estaba, lo mucho que te necesitaba y, sin embargo, no me dejaste que te acompañara, no respondiste a mis llamadas... —Unas lágrimas cálidas se deslizan por mis mejillas—. Te necesitaba, Josh. Te necesitaba y no has estado a mi lado.

—Holly, cariño, lo siento, pero ahora estoy aquí...

—Ya es demasiado tarde. —Me doy la vuelta—. Llegas muy tarde.

—Holly... —Suspira—. No vi tus llamadas, por eso no pude responder. No tenía el móvil, me lo había dejado... en la habitación de un amigo, y cuando me lo devolvió te llamé... ¡Y he venido de inmediato!

Me muerdo el labio.

—¡Caray, Holly, solo ha pasado un día!

¿Un día? ¿Eso es todo? Un día y mi mundo se ha venido abajo.

Me mira un instante y lanza un fuerte suspiro.

—Mira, Holly, no sé qué ha pasado, qué ha cambiado, pero...

—Todo —murmuro—. Todo ha cambiado. Yo... —Suspiro—. No lo entiendes.

—Entonces ayúdame a entenderlo. —Me coge la cara con manos temblorosas—.

Holly... Mírame. ¿Qué te pasa?

Lo miro y veo nuestro futuro reflejado en su rostro. Los sacrificios que tendría que hacer Josh, los sueños que destruiría.

—Yo... —Respiro hondo y tiemblo al borde del precipicio—. Yo... No estoy enamorada de ti.

Me vuelvo, cierro los ojos para no ver el dolor que se refleja en su rostro y para que no vea la mentira del mío. Dejo una estela de horrible silencio y me estremezco, asustada y dolida, al pensar en el enorme abismo que he creado mientras me alejo de Josh, de nuestra vida juntos.

—No... No te creo —dice Josh, con un deje de pánico en su voz—. Holls, no te creo. Holly... ¡Soy yo! —Me agarra del brazo—. Vas a destruir nuestro futuro.

Sus ojos son dos pozos que rebosan pena.

—Holly... ¿Todo esto tiene algo que ver con el beso? ¿Con el beso que le has dado a ese otro chico?

Cierro los ojos.

—No pasa nada, sé que no ha sido importante, lo entiendo...

Niego con la cabeza, desconsolada.

—No lo entiendes.

—Holly, sí... —dice con voz temblorosa—. Sí que lo entiendo.

De pronto parece dolido, consternado.

—Mis amigos... Me dijeron que estaba loco por prometerme tan joven e insistieron en llevarme de fiesta una noche, a beber, de discotecas... Querían enseñarme todo aquello a lo que iba a renunciar, lo que iba a perderme, y... —Suspira y arruga la frente—. Por eso no pude contestar a tus llamadas... Tenía el móvil...

—En la habitación de un amigo —repito sus palabras y me quedo pálida.

—No es lo que piensas, no pasó nada, ¡no pude! ¡Te quiero!

Aparto la mirada.

—Lo siento. —Niega con la cabeza—. Me doy asco a mí mismo. En cuanto recuperé el móvil vine para aquí. No he comido, no he dormido...

—Seguro. —Me muerdo el labio tan fuerte que me sangra.

—Holly... —Niega con la cabeza, desconsolado y con los ojos arrasados en lágrimas—. No pasó nada, ¡te lo juro! Me fui antes de que sucediera algo. Me di cuenta de que era un error. Como tú y él, ¿no?

Me vuelvo y se me saltan las lágrimas.

—Es el compromiso, que nos ha alterado a los dos, nos ha vuelto locos, ¡eso es todo! —insiste con desesperación—. Sabía que estabas asustada, que estabas preocupada por nuestro futuro cuando me fui a la universidad. Por eso te llevé a Nueva York, para demostrarte que no ha cambiado nada, que soy tuyo, y que lo seré hasta que tú quieras.

Cierro los ojos.

—Y esos días que pasamos en Nueva York... Fueron tan increíbles, tan perfectos... Vi al vendedor de anillos y me di cuenta de que podía convencerte de una forma que me permitiría demostrarte mi firme compromiso contigo de una vez por todas... —Suspira—. Pero somos demasiado jóvenes, Holls, somos unos adolescentes, ¡por el amor de Dios! Ha sido demasiado, ahora lo entiendo... Por eso ambos nos hemos asustado, ha sido una reacción instintiva, nos hemos derrumbado, ¿verdad? —Me lanza una mirada de súplica, desesperada—. ¿Por qué no damos un paso atrás? Sin anillo, sin presión. Solos tú y yo. Estamos muy bien juntos, ¿por qué no volvemos a ser tal como éramos?

Tal como éramos...

—Por favor, Holly. —Me suplica—. Solos tú y yo. Te quiero.

«Solos tú y yo».

Niego con la cabeza.

—Es demasiado tarde.

—No —insiste, y me estrecha las manos—. No es demasiado tarde, por favor. En

el fondo sigues siendo la misma persona, y yo también, y te quiero mucho... —Las lágrimas le corren por la cara—. Perdóname, por favor. Por favor. —Se le quiebra voz, lo que me rompe el corazón—. Te quiero, Holly Woods.

Las lágrimas me nublan la vista cuando lo miro, y tengo que morderme los labios para que dejen de temblarme. Ahí está, mi excusa para dejarlo, para liberarlo, me la ha servido en bandeja él mismo. Sin embargo, eso no me lo pone más fácil.

—Te perdono —digo, cierro los ojos y las lágrimas me corren por las mejillas—. Pero es demasiado tarde. —Trago saliva y me aparto lentamente—. Se ha acabado.

Me vuelvo y subo corriendo las escaleras sin mirar. Paso junto a Andy, que sale a la calle, entro en casa y me encierro en mi habitación antes de cambiar de opinión, antes de que pueda volver y lanzarme en los brazos de Josh y le arruine la vida para siempre.

«Es lo mejor —me digo a mí misma—. Es mejor así. Es lo correcto. Para ambos». Me dejo caer en la cama y formo un ovillo.

«Para todos nosotros».

Entonces ¿por qué me siento como si fuera el fin del mundo?

ROSIE

MIRO con impotencia por la ventana de la habitación mientras Andy baja las escaleras para salir de mi vida.

De pronto Holly pasa corriendo junto a él, Andy le lanza una mirada fugaz, como si estuviera indeciso, antes de seguir bajando los escalones. Llega hasta Josh, le dice algo y entonces Josh se vuelve y le da un puñetazo en la cara. Suelto un grito ahogado. Los ojos de Josh brillan salpicados de lágrimas, se vuelve, echa a andar y tira las margaritas al suelo.

Andy se queda paralizado un momento, mirando a Josh, con la mano en la barbilla. Una parte de mí quiere bajar corriendo para consolarlo, pero entonces levanta la vista, me mira, frunce el ceño y desaparece al doblar la esquina.

Cierro los ojos y una abrumadora soledad se apodera de mí mientras acaricio el precioso collar de piedra natal que me regaló, y que cuelga junto a mi corazón.

«Se ha ido. Esta vez se ha ido de verdad».

«Y es culpa mía».

Tengo la garganta seca e irritada, por lo que bajo a la cocina a tomar un vaso de agua.

Andy se equivoca, tengo derecho a estar aquí. Es lo que quiere Jack... Y Kitty. Son mis padres, me quieren... Debo quedarme.

Estoy a punto de abrir el grifo cuando oigo la voz de Megan, que grita enfurecida.

—¿Es esto lo que pretendías, Jack? ¿Durante todos estos años? ¿Encontrar a Kitty? —grita Megan.

Me quedo paralizada y soy incapaz de apartar la mirada de la puerta cerrada de la sala de estar.

—¿Por eso viniste a Estados Unidos? Joder, Jack, ¿por eso te casaste conmigo, para poder quedarte en el país?

—No digas tonterías. —Replica Jack en voz baja y a la defensiva.

Dejo el vaso vacío con gran cuidado.

—¿Te parece una tontería? —pregunta Megan, chillando; no se parece en nada a la Megan despreocupada que he conocido en los últimos días.

—Entonces ¿por qué nunca me hablaste de ella? ¿Por qué me soltaste el mismo rollo que a Holly, de que su madre había muerto... cuando no has dejado de enviarle cartas? ¡Incluso cuando ya estábamos casados!

A pesar de que mi cabeza me dice lo contrario, me acerco al pasillo, como una mariposa que se siente atraída por la luz que la destruirá.

—¡Eso no es así! Solo le enviaba fotos de su hija, ¡de Holly!

Megan suelta una risa amarga.

—¿Su hija? ¿Olvidas que no había visto a su madre hasta hoy por la mañana, que creía que estaba muerta? ¿Olvidas que soy tu mujer, y la madre de Holly a todos los efectos, pero no se te ocurrió mencionar que su verdadera madre aún estaba viva, no muy lejos, que aparecía en nuestro televisor todas las semanas, por el amor de Dios, y que le enviabas información de forma habitual? ¿Que podía aparecer en nuestras casa un día cualquiera, y quedarse en nuestra cocina mientras yo no paraba de decir tonterías sobre su estúpida serie? —Suelta un resoplido—. ¿Tienes idea de lo humillada y traicionada que me siento?

—Megan... —Jack suspira—. Sí, le envié cartas, de acuerdo... Es la madre de Holly y quería darle la oportunidad de conocerla. Pero ella no la aprovechó. No quería tener nada que ver conmigo, ni con Holly. ¡Creía que no volvería a verla jamás!

—Pero ahora la has visto.

—Sí, la he visto.

Se hace una larga pausa y a continuación oigo la voz de Megan, clara y calmada.

—¿Aún estás enamorado de ella, Jack?

Contengo la respiración, pero el silencio es tan largo que estoy convencida de que no he oído su respuesta. Cuando por fin llega, es poco más que un suspiro.

—No digas tonterías. Te quiero a ti.

Megan suspira.

—¿Sabes qué? —dice ella al borde de las lágrimas—. Creo que necesito un poco de aire fresco. ¿Puedes encargarte de Ben? Ya sabes, tu segundo hijo, ese que dio a luz la mujer que elegiste como segunda opción.

—Megan...

Me dirijo rápidamente hacia las escaleras cuando la puerta se abre de golpe y Megan cruza el pasillo y sale por la puerta de la cocina, seguida de Jack, pero es demasiado rápida para él. Oigo los pasos precipitados en los escalones de fuera mientras Jack la mira por la ventana de la cocina, con la cabeza inclinada sobre el fregadero. De pronto le da un fuerte puñetazo y los cubiertos sucios se estremecen con un ruido metálico y mi vaso vacío se rompe en pedazos al caer al suelo.

Subo lentamente las escaleras y regreso a mi habitación, consciente de cada paso que doy sobre la suave moqueta. Pero la estela de destrucción continúa.

¿Cómo? Pienso. ¿Cómo ha pasado todo esto? Hace media hora entré en esta casa, contentísima, rebotante de emoción, con muchas ganas de hablarle de Kitty a Andy, encantada de que, aunque fuese increíble, todo empezaba a aclararse...

Sin embargo, en realidad todo se venía abajo. Le doy vueltas al collar, abatida. Andy tiene razón. Yo soy la causante de todo esto, la que ha provocado este desastre. Y ahora se ha ido. He dejado que se marche. De nuevo.

Pero no, esta vez no puedo permitir que se repita la historia. Cojo el móvil y marco su número con un millón de disculpas agolpadas en la punta de la lengua. Pero no responde. Lanzo un suspiro. No lo culpo.

—Lo siento mucho, Andy. —Le dejo un mensaje en el buzón de voz—. Tenías razón. Lo he estropeado todo. Sarah le dio un vuelco a mi vida cuando me cambió por Holly y, dejando a un lado que fuera un acierto o un error, debería haber actuado con mayor sensatez y asumir lo sucedido. Debería haber seguido adelante con mi vida y aprovecharla al máximo. Contigo. Te quiero. Te echo de menos. —Suspiro y agarro la piedra natal con fuerza—. Llámame, por favor.

Cuelgo y miro el teléfono, con la esperanza de que suene. Pero no es así.

Me tumbo en la cama hecha un ovillo; siento que me va a estallar la cabeza y una sensación de soledad se cierne sobre mí como una niebla fría.

«¿Qué he hecho?».

HOLLY

ME lanzo a la piscina y el agua fría me engulle entera; nado con todas mis fuerzas, bajo la superficie, sin apenas tiempo de tomar aire mientras me impulso hacia delante, batiendo las piernas cada vez más rápido, abriéndome camino con unas brazadas veloces y potentes. Me impulso con más fuerza hasta que de pronto subo a la superficie, jadeando en busca de aire, y la adrenalina fluye con energía por mis venas. Echo la cabeza hacia atrás y me doy cuenta de que no sirve de nada. Me froto los ojos por culpa del cloro. Antes podía eludir cualquier problema nadando, me evadía en el agua. Pero ahora no. Esta vez no puedo.

Respiro hondo y me sumerjo en el agua, el mundo se desvanece al instante, todos los sonidos de la piscina, la gente, la vida exterior, se difuminan mientras mi pelo flota ingrávido a mi alrededor como el de una sirena. Aquí abajo, todo sucede a cámara lenta, los sonidos están amortiguados, el agua azul y las luces que rielan en la superficie, qué paz...

«¿Es así como te sientes, bebé? —Pienso—. ¿Sientes la misma calma y el mismo silencio ahí dentro? ¿Tienes la misma sensación de seguridad?».

Me parece imposible que hace solo siete días fuera a la clínica; ha sido la semana más larga de mi vida. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta hasta ahora de lo largo que puede ser un segundo, del modo en que las horas se prolongan de forma interminable toda la mañana, abarcan la larga tarde y llegan hasta la noche negra y eterna? Día tras día y hasta el infinito. Pero el momento ya casi ha llegado. Mañana tengo la cita. Solo una noche de sueño más. Una noche interminable más. Luego llegará el momento de tomar la decisión.

«Piensa en ello», me dijo Charlotte. Y no he hecho otra cosa.

¿Y si...? ¿Y si fuera negativo? Entonces es fácil. Hurra, estamos a salvo. Mi vida puede regresar a la normalidad, más o menos, y puedo empezar a enfrentarme a mi embarazo como cualquier otra adolescente.

¿Y si...? ¿Y si fuera positivo? Un escalofrío me recorre la columna. Entonces ya sabré a qué me enfrento.

He leído mucho, he visto muchos vídeos desgarradores en internet. Sé qué me va a suceder exactamente. Lo que podría sucederle a mi bebé.

Me pican los ojos por culpa del cloro y noto una sensación de ardor en los pulmones mientras observo las burbujas de aire que suben flotando hasta la superficie.

¿Trataría a mi hijo de un modo distinto si lo supiera? ¿Si supiera su futuro? ¿Si supiera el mío? ¿Me tratará la gente de un modo distinto, me juzgará, empezará a hacer suposiciones si he heredado la enfermedad? Si se lo digo...

Charlotte me dijo que debía meditar la posibilidad de suscribir algún tipo de póliza que cubra los cuidados de enfermedades crónicas, antes de hacerme las pruebas, porque si dan positivo será más difícil, seguramente imposible. Podría afectar a mi carrera laboral, a mi seguro de vida, al seguro de mi bebé... A menos que encuentre quinientos dólares para pagar el coste de la prueba anónima.

Sin embargo, esta misma mañana me han ofrecido la solución a este problema en bandeja de plata, pienso con amargura, al recordar la carta de Kitty, la primera que me ha escrito, y que ha llegado hoy mismo. Después de dieciocho años, de repente me escribe, me pide perdón por haberse perdido toda mi infancia, me ofrece dinero, diez mil dólares, como una especie de compensación retroactiva por todos los cumpleaños y Navidades que se ha perdido.

Sí, como si eso fuera a compensar una vida entera de abandono.

Me hierve la sangre en las sienes.

No la necesito, no necesito nada de ella. Jamás. Puede meterse el maldito dinero donde le quepa. No puede comprar mi perdón, menos aún después de lo que hizo. Conseguiré el dinero de otro modo.

Cierro los ojos y floto como una estrella de mar en la superficie, mis pulmones estallan con la súbita bocanada de oxígeno, y las lágrimas me queman los ojos cuando me rindo y me entrego al agua. A mi destino.

Siempre creí que me gustaría ver el futuro, lo que me depararía la vida. Sin embargo, no me di cuenta de que algunas cosas estaban grabadas en piedra. No soy como Ebenezer Scrooge, que puede ver la miseria que le aguarda en el futuro y cambiar. En mi caso se trata de ADN. Es inalterable. No hay cura. Si tienes el gen mutado, padecerás la enfermedad de Huntington. Si no es así, eres libre. Hay un cincuenta por ciento de posibilidades. Todo o nada. Es como lanzar una moneda al aire.

Ojalá fuera tan fácil.

Charlotte me ha dado mucha información: testimonios de otras personas que se encontraban en la misma situación que yo. «La enfermedad de Huntington no es el fin del mundo —dice—; hay mucha gente que disfruta de una vida plena y feliz, incluso sabiendo que han tienen el gen. Científicos, atletas, académicos... Gente brillante que tal vez no habría cosechado tantos éxitos si los demás los hubieran tratado de un modo distinto, si sus horizontes hubieran quedado limitados por la enfermedad. Entre treinta y cuarenta años son muchos, dicen. Tienes la opción de vivir la vida mientras puedas, o comportarte como si fuera una sentencia de muerte prolongada, eclipsada por el futuro».

Sé que me ha dado toda esta información para consolarme, para que me sirva de inspiración, pero estoy embarazada, hay otra vida en juego. Sé que Charlotte dice que puedo abortar hasta las veinte semanas, pero, sinceramente, creo que no podría soportarlo. En estos momentos ya tengo la sensación de que el bebé casi forma parte de mí, de modo que debo tomar una decisión de inmediato. Antes de que se me

empiece a notar la barriga. Antes de que todo el mundo lo sepa. Debo tomarla ahora que aún puedo fingir que nada de esto ha sucedido.

«Cuéntaselo a la gente», me recomendó Charlotte. Pero ¿cómo voy a hacerlo? Melissa me llama continuamente y viene a casa, pero no puedo enfrentarme a ella, soy incapaz de contárselo. ¿Cómo puedo explicarle el motivo por el que Josh y yo hemos roto sin hablarle de la enfermedad de Huntington? ¿Cómo puedo hablarle del Huntington y ocultarle que estoy embarazada, de su hermano, que llevo a su sobrino en el vientre, mientras Josh ni tan siquiera lo sospecha?

Cuando aún estoy meditando la posibilidad de abortar.

No puedo. No puedo contárselo a nadie. Ni a papá. A pesar de que lo he intentado, de que quiero decírselo... Es demasiado. No puedo verter una gota y evitar que se abran las compuertas que provocarían una riada interminable porque me da miedo morir ahogada. Me da miedo que todos nos ahoguemos. Cierro los ojos con fuerza, mareada después de dar tantas vueltas en este círculo infinito, buscando la salida con desesperación. Me doy cuenta de que no hay salida, la carta que te permite salir de la cárcel no existe, solo puedo escoger entre permanecer a oscuras o saber hacia dónde me dirijo.

Hacia dónde nos dirigimos. Esto no me afecta solo a mí, sino también al bebé. Al bebé de Josh.

Josh. Dios, Josh. Pasó toda la noche sentado frente a mi habitación, suplicándome que hablara con él, luego me dejó una carta en la que me decía que entendía que necesitara un poco de espacio, un poco de tiempo para asimilarlo todo, pero que no pensaba irse, que me esperaría hasta que lo necesitara. Que me quiere...

Me escuecen los ojos.

Sé que tomé la decisión correcta al romper con Josh, lo sé. Lo he salvado, del mismo modo en que me gustaría salvar al bebé. De una vida triste, de un dolor interminable.

Fue la decisión correcta, la más dura de mi vida.

Hasta ahora.

Con un movimiento brusco, me vuelvo y salgo de la piscina, temblando de frío, bajo las luces deslumbrantes y el eco del mundo real.

Me envuelvo con la toalla, meto la mano en el bolso para coger mi libreta y saco la foto que llevo dentro. Para mi sorpresa, dos fotografías caen al suelo: la imagen de la ecografía y la fotografía de Trudie, con su melena castaña brillando bajo el sol, como la mía.

Se me encoge el corazón. ¿Cómo lo hizo Trudie? ¿Cómo pudo seguir adelante aun sabiendo que su hija, su pequeña, estaba siendo testigo de su deterioro, estaba viendo cómo moría y al mismo tiempo sabía que podía haber heredado la enfermedad? Acaricio la fotografía con el dedo, por el pliegue que tiene en la oreja, y me fijo por primera vez en el dedo enroscado en un mechón de pelo. Desenredo el mío con un gesto tímido y un curioso escalofrío me recorre la espalda. Ella también

lo hacía.

Hay tantas cosas que no sé, tantas preguntas que le haría. ¿Habría hecho algo de un modo distinto si lo hubiera sabido? ¿Se habría hecho la prueba? ¿Habría abortado?

Miro de nuevo la ecografía y siento una punzada de dolor cuando deslizo los dedos por la diminuta forma que aparece en la imagen.

«El único motivo para someterte a una prueba prenatal de la enfermedad de Huntington es si estás considerando la posibilidad de abortar...».

Los recuerdos de la clínica se agolpan en mi cabeza. «Aspiración manual...». Me estremezco.

¿Y si no soy capaz? ¿Y si no soy capaz de enfrentarme a ello, y si cambio de opinión? Siempre sabremos qué hay en la bola de cristal. Le habré quitado esa opción a mi hijo, que asistirá en vivo a un adelanto de lo que le sucederá, cuando yo empiece a tener los primeros síntomas.

Pero si aborto... Siento un dolor en el pecho. Le ahorraré a mi bebé un futuro desgraciado, un futuro predestinado de sufrimiento... Hace un tiempo apareció en las noticias una mujer que mató a sus hijos por culpa de los efectos de la enfermedad de Huntington, porque creyó que estarían mejor muertos...

Sin embargo, también le estaría robando a mi bebé entre treinta y cuarenta años de vida saludable...

¿Cuál es la opción correcta? ¿Y quién soy yo para decidir qué es lo mejor: una vida predestinada al sufrimiento... o que no tenga vida?

Quizá debería seguir adelante con el aborto. Así no tendría que tomar una decisión sobre mi prueba hasta dentro de diez o veinte años, sin presión ni prisas. Sería una decisión mía. Quizás eso es lo que debería haber hecho desde el principio, lo que me habría ahorrado toda esta tristeza, dolor y estrés. Al fin y al cabo, yo no quería quedarme embarazada, debería denunciar al maldito fabricante de preservativos, y ahora de repente aquí estoy, obligada a tomar todas estas decisiones de vida o muerte.

Y Kitty abandonó a su bebé, de modo que quizá los adolescentes no sean las personas más adecuadas para ser padres.

Me acaricio el vientre. Pero si la prueba da negativo, si no tengo la enfermedad de Huntington...

Cierro los ojos y la cabeza empieza a darme vueltas en círculos infinitos mientras me pongo la ropa para volver a casa.

Todavía contengo la respiración.

Todavía espero salir a la superficie.

ROSIE

NO me puedo creer que hace solo una semana estuviera en Boston con Kitty. Me parece como si todo hubiera sido un sueño, su aparición de la nada y luego la maravillosa tarde que pasamos en el parque. Y ahora ha desaparecido de nuevo, con la misma rapidez con que llegó. Sé que está ocupada, pero aun así la llamo y le envío mensajes de correo electrónico, cada dos por tres se me ocurren cosas nuevas que puedo contarle... Aún nos falta mucho para ponernos al día.

Pensándolo bien, menos mal que no ha vuelto llamar, pienso, y miro a Jack, que está preparando una langosta; la relación entre Megan y él parece haber mejorado un poco, gracias a Dios. Jack le ha regalado un ramo de flores todos los días y la casa huele de maravilla, aunque Megan se queja de que hay pétalos por todas partes. Sin embargo, a pesar de todo le encantan. Cuando Jack no está en casa, ella se acerca a los ramos, inspira su aroma y siempre está retocándolos. Por eso hay pétalos por toda la casa.

Al menos a alguien le van bien las cosas. Lanzo un suspiro. No dejo de llamar al móvil de Andy con la vana esperanza de que conteste, pero no lo ha hecho. Fui al hostel, pero se ha marchado. Ha desaparecido sin dejar ni rastro. Ni tan siquiera sé si se ha ido a Washington, ¿ni si está en el país aún! Lo más probable es que esté a un millón de kilómetros, viendo mundo, tal y como había planeado. Como habíamos planeado.

Me pongo bien el collar bajo la capucha y suspiro, decidida a aprender de mis errores. Nunca más volveré a huir de mis problemas. Soy la responsable de este desastre y voy a quedarme hasta que lo haya solucionado. Como sea.

Me he pasado la semana intentando echarles una mano en la medida de lo posible: haciendo de canguro de Ben, que es adorable, o echando una mano a Jack en el restaurante a diario porque tiene a la mitad del personal de baja por culpa de un virus.

Oficialmente, también es lo que tiene Holly, que lleva una semana sin ir a la escuela y que no ha salido apenas de su habitación. No habla con nadie, ni con su amiga Melissa, ni con Josh, que se pasó una noche entera sentado frente a su ventana, pero ni con esas quiso verlo. Y cuando sale, no le dirige la palabra a nadie, se va a nadar o dar largos paseos en bicicleta, sola. He intentado pensar en algún modo de ayudarla, pero después de la visita de Kitty, me temo que solo empeoraría la situación. No puedo forzarla. Debo tener paciencia, esperar a que quiera hablar, a que esté lista. Y cuando llegue el momento, estaré aquí, esperando. Tarde lo que tarde.

—Uuups, cuidado.

Jack señala una mancha de salsa de tomate que, de algún modo, ha saltado de la

sartén que tengo en las manos al suelo.

—Gracias —digo y me arrodillo para limpiarla.

Jack sonrío mientras le da los últimos retoques a una bandeja de hamburguesas de cangrejo que ha preparado el segundo de cocina.

—Las cosas bien hechas...

—Bien parecen —añado con una sonrisa, fregando las baldosas.

—¡Qué alegría, Holly! —exclama Jack de repente, mirando hacia la puerta.

Me quedo inmóvil para que no me vea mientras esté agachada.

—¡Hola, desconocida! —La saluda y se abalanza sobre ella para abrazarla—. Empezaba a olvidarme de tu cara. ¿Te apetece comer? Pareces un poco pálida. ¡El especial de hoy son arenques ahumados!

—No... No, gracias —dice Holly—. Ya he comido.

Asomo la cabeza por la encimera. Sí que está pálida, como un fantasma, como la cera, y tiene unas grandes ojeras.

—Papá... —Respira hondo mientras juguetea con un mechón de pelo—. ¿Crees que podrías prestarme un poco de dinero? Solo necesito un préstamo...

—Claro —responde Jack—. ¿Cuánto?

Holly duda.

—¿Quinientos dólares?

Jack lanza un silbido.

—Eso es mucho dinero, cariño. ¿Para qué lo necesitas?

—Es importante. —Se muerde el labio—. Es...

En ese instante entra un repartidor en la cocina, cargado de verduras.

—¿Señor Woods?

—El mismo —dice Jack, que firma el recibo—. ¿Para qué lo necesitas?

—Es que... He decidido... —Titubea y mira al repartidor—. Necesito una cosa muy importante.

—¿Y cuesta quinientos dólares? —pregunta Jack, que levanta la vista de los papeles del repartidor.

Holly asiente.

—Cariño, si voy a darte tanto dinero, me gustaría saber en qué vas a gastarlo —dice Jack, que firma el albarán y se lo devuelve al repartidor.

Holly se abraza a sí misma mientras observa al chico, que se va.

—Es que... —Duda—. Es que... Quiero hacerme la prueba.

Se me corta la respiración.

Jack la mira y traga saliva.

—¿La prueba de la enfermedad de Huntington?

Holly asiente con los ojos muy abiertos.

—Cariño... —Jack suspira—. ¿No crees que deberíamos hablar de eso? ¿Que deberías meditarlo con calma? No hay prisa...

Holly niega con la cabeza.

—Tengo que saberlo.

—¡Jack! —Una camarera irrumpe en la cocina—. Han llegado los Prescott y quieren hablar contigo sobre el banquete de una boda.

—Enseguida los atiendo —le dice Jack, que se vuelve hacia Holly en cuanto se va la camarera.

—Es una decisión muy importante, Holly-Berry. Deberíamos sentarnos y hablar de ello con calma, analizar todos los puntos de vista. No creo que sea algo que puedas decidir de forma precipitada...

—Pero, papá, tengo que hacerlo...

—No estás obligada a hacer nada, cariño, ¿de acuerdo? —Le acaricia el pelo y le recoge un mechón detrás de la oreja—. Pero si una vez que hayamos hablado del tema quieres seguir adelante... Puedes contar con el dinero, te lo aseguro, ¿de acuerdo?

—¡Jack! —Vuelve la camarera, parece disgustada.

—¿De acuerdo, Holly-Berry? —insiste Jack.

—De acuerdo.

Holly asiente sin levantar la vista del suelo. Jack le besa la frente antes de acompañar a la camarera a la sala.

Holly cierra los ojos y lanza un fuerte suspiro.

Respiro hondo y me levanto.

—¿Holly?

Abre los ojos rápidamente.

—¡Rosie! —exclama—. No te había visto.

—Lo siento, no quería asustarte. Es que estaba... limpiando el suelo. —Le enseño la bayeta—. Tu padre es un negrero.

Sonrío. «Tu padre», pienso. Me aseguro de utilizar el posesivo correcto.

—Sí. —Afirma y se abraza a sí misma—. Y que lo digas. —Esboza una sonrisa y sale por la puerta.

—Espera. —La sigo hasta fuera—. Mira, no deberías pagar para hacerte la prueba. No deberíais, ninguno de los dos.

Se vuelve hacia mí.

—Todo esto es culpa mía, soy la responsable, y... estoy en deuda contigo.

—No me debes nada, Rosie. —Replica con frialdad—. Y menos aún dinero.

«Genial, me he expresado fatal, como si estuviera intentando comprarla».

—No, no me refería... —Trago saliva y elijo las palabras con sumo cuidado—. Lo que quería decir es que... hay el dinero de la herencia de Trudie.

Me mira, sorprendida.

—Es tuyo, Holly. Te pertenece a ti, no a mí. Deberías quedártelo.

Se muerde el labio y duda.

—No puedo dártelo todo de golpe, claro, pero, mira, toma cincuenta dólares —digo, hurgando en mi bolso—. Más tarde iré al banco a sacar más. —Le tiendo los

billetes, pero vacila.

—Gracias —dice al final cuando lo coge—. Te lo devolveré.

Niego con la cabeza.

—Es tuyo.

Sonríe.

—Gracias.

Dobla los billetes con cuidado y se los guarda en el bolsillo de los vaqueros.

—Bueno. —Estoy nerviosa porque no quiero estropear el momento diciendo o haciendo alguna estupidez—. Es mejor que siga con lo mío. —Me dirijo a la cocina.

—Espera —dice de repente—. Rosie... ¿Tienes planes mañana?

HOLLY

A ROSIE se le iluminan los ojos de inmediato y me asaltan las dudas.

¿Es una locura? ¿Me falta un tornillo? ¿Qué estoy haciendo? De entre toda la gente que hay en el mundo...

Pero, claro, de entre toda la gente que hay en el mundo... ¿Hay alguien mejor que ella? Andy se ha ido y Rosie ya ha pasado por todo esto. Es mi otra mitad, el reverso de la moneda. Creyó que podía haber heredado la enfermedad y ahora sabe que no es así. Yo creí que estaba bien y ahora sé que no es así. Ella tuvo que enfrentarse a la enfermedad de su madre, y quizá deba hacer lo mismo con mi bebé. Rosie es la chica en el espejo de mi vida, pero al revés.

—No tengo planes —responde con entusiasmo—. En todo el día.

Su reacción me arranca una débil sonrisa.

—¿Y... tienes los historiales médicos de Trudie?

Me mira, sorprendida.

—No... Pero podría obtenerlos...

—Gracias —digo, algo incómoda—. Es que... Me iría bien tenerlos para averiguar si me espera alguna otra sorpresa genética, ya sabes.

Su rostro se transforma en una expresión de dolor.

—Creo que no había nada más aparte de la enfermedad de Huntington —añade en voz baja, con la mirada fija en la bayeta.

Asiento con la cabeza.

—¿Qué te hizo tomar la decisión de hacerte las pruebas? —le pregunto súbitamente, lo que provoca su cara de sorpresa.

—No... —Respira hondo y medita la respuesta—. No podía vivir con la incertidumbre —responde con sencillez—. Vi cómo mi madre, Trudie, quiero decir. —Se corrige de inmediato—. La vi sufrir y morir, y tenía que saber si iba a sucederme lo mismo.

Asiento con la cabeza una vez más.

—Pero hay mucha gente que prefiere no hacerse la prueba —añade—. Jack tiene razón, deberías tomarte un tiempo, meditar la decisión con calma...

—No pienso en otra cosa —replico—. Es lo único en lo que puedo pensar.

—Lo sé. —Afirma Rosie con tristeza—. Lo siento mucho, Holly, no debería habértelo dicho. Lo único que he conseguido es arruinarle la vida...

—No —digo, aunque me duela admitirlo—. No, Rosie. Hiciste lo adecuado. Tenía que saberlo.

«Tengo que saberlo».

Rosie clava la mirada en el suelo. La miro. Es mi reflejo.

—No es culpa tuya —le digo para animarla.

Levanta la vista y veo que se le saltan las lágrimas. Entonces se abalanza sobre mí y me da un fuerte abrazo, como si su vida dependiera de ello; esta chica que me ha robado la vida y que ha pisoteado mis sueños. Debería odiarla, pero ¿cómo puedo sentir odio por ella? Rosie fue yo, y ahora soy ella. El error que nos cambió a la una por la otra, que nos trasladó al mundo de la otra, que intercambió nuestras vidas, que nos unió para siempre. Ella es la única que me entiende.

Y, en realidad, no me robó la vida. No podría habérmela arrebatado aunque le perteneciera por derecho. Lo único que hizo fue traer la verdad y la dura realidad que esta arrastra consigo. Pero, no, no me ha robado mi vida.

Lo cierto es que soy yo quien ha vivido la suya.

ROSIE

ABRAZO a Holly con fuerza, a esta chica, esta chica increíble, cuya vida he arruinado yo sola, y que ha acabado aceptando mi rama de olivo. Solo es el principio, pero puedo estar a su lado, puedo entenderla... Jamás lograré compensarle el daño que le he causado, pero al menos tengo la oportunidad de hacerle algún bien.

—Si puedo hacer algo por ti, lo que sea, si quieres hablar, si necesitas alguna cosa...

—De hecho —dice, vacilante—. Mañana voy... He decidido que...

—¡Ahí estás! —exclama Jack, abriendo la puerta de la cocina—. Ha venido alguien a levantarte el ánimo.

Ambas levantamos la vista sorprendidas y sigo la mirada de Jack hasta el lugar donde se encuentra Andy, que parece algo incómodo.

Andy. El corazón me da un vuelco. Justo ahora, en el momento en que estoy haciendo las paces con Holly, regresa Andy. Ahí arriba hay alguien que me sonrío hoy.

—Hola —lo saludo con una gran sonrisa—. Has vuelto.

—Hola —dice, con las manos metidas en los bolsillos. Se le nota incómodo y lanza una mirada a Holly.

—Os dejo solos —dice Holly, que se dirige hacia la puerta.

—En realidad —añade Andy, que la para—, es a ti a quien he venido a ver.

HOLLY

—QUERÍA saber si sigue en pie lo de mañana —me pregunta Andy—. Te he dejado un millón de mensajes en el buzón de voz...

Me asaltan las dudas mientras Rosie empalidece.

—Bueno —dice Rosie, con voz tensa—. Bueno. Vale. Será mejor que os deje a solas. —Agacha la cabeza y se va.

Miro a Andy, que no aparta los ojos de los pies. Permanecemos en silencio durante un rato. Nos cuesta hallar las palabras.

—Creía que te habías ido —le confieso—. Me parece que todos pensábamos lo mismo.

—Es una posibilidad que se me había pasado por la cabeza —admite Andy—, pero quería estar aquí por si decidías, por si necesitabas que alguien te acompañara. Mañana. —Arrastra los pies—. Y tienes mi teléfono.

—Ah —digo, hurgando en mi bolso—. Es verdad. Lo siento, lo había olvidado por completo.

—¿Lo habías olvidado? —pregunta, sorprendido—. ¿Cómo puedes haberlo olvidado cuando no ha dejado de sonar?

—No es verdad —replico y lo saco—. No ha sonado ni una sola vez desde...

—Déjame lo —dice—. Está apagado. —Sonríe, pulsa un botón y la pantalla cobra vida—. Es mejor que escuches el buzón de voz, está lleno. —Me enseña el móvil para demostrármelo—. Creía que habías decidido no hacerme caso.

—¿Por qué iba a hacer eso? Soy yo la que... —Dejo la frase a medias y se me encienden las mejillas al recordar nuestro beso—. Lo siento mucho, Andy, no sé qué me sucedió la semana pasada, no debería...

Se encoge de hombros.

—Cosas que pasan. Soy un chico adorable. —Me lanza una sonrisa pícar.

—Lo que tú digas. —Sonrío y pongo los ojos en blanco—. Pero Rosie...

—Rosie y yo tenemos nuestros propios problemas. No te preocupes por nosotros, ya tienes bastante con lo tuyo —dice con una mirada dulce—. Bueno, ¿sigue adelante el plan de mañana?

Respiro hondo y asiento.

—He decidido que voy a hacerme la prueba.

—¿Estás segura?

Asiento.

—No quiero someter al bebé a un riesgo innecesario. Si el resultado es negativo, no tiene sentido hacerle la prueba. —Me muerdo el labio.

—¿Y si es positivo? —pregunta con voz suave.

Cierro los ojos y me estremezco.
—Aún no lo sé.

ROSIE

LA imagen de Andy besando a Holly me desgarró por dentro y me siento mareada.

Durante todo este tiempo, ¡durante todo este tiempo!, lo he llamado, le he dejado mensajes, le he suplicado que me dijera algo... Y durante todo este tiempo, ¿la ha llamado a ella...?

«Hay que tener cuidado con lo que se desea», pienso y pestañeo con rabia para derramar las últimas lágrimas mientas camino por la calle con paso acelerado. Durante toda la semana he rezado para encontrar la manera de reconciliarme con Holly, y he prometido que haría lo que fuera, que renunciaría a cualquier cosa por ella... Pero jamás me imaginé que sería Andy. Es mi futuro. Al menos, creía que lo era.

«¿Tal vez ha sido obra del destino?».

Trago saliva.

«¿Tal vez estaban predestinados a conocerse?».

Al fin y al cabo, si no nos hubieran intercambiado al nacer, yo me habría criado aquí y Andy y yo jamás nos habríamos conocido. Sin embargo, Holly y Andy vivirían en Bramberley.

Y ahora soy yo quien los ha unido. A fin de cuentas, Andy no estaría aquí de no ser por mí, si no lo hubiera arrastrado a esta montaña rusa.

Suspiro.

Sin embargo, la única culpable de todo soy yo.

HOLLY

MIRO por la ventana de la habitación, hacia el camino de la casa, que está a oscuras.

No hay rastro de Rosie.

Espero que esté bien, que no se esté escondiendo en algún lugar, disgustada.

«Espero que cumpla con su promesa...».

Suspiro. Sí, claro, seguro que me da los quinientos dólares después de que su novio apareciera de repente... para verme a mí.

Me dejo caer en la cama.

Pero la visita es mañana...

Me muerdo el labio. Podría intentar pedirle el dinero a papá otra vez cuando acabe de trabajar, pero...

Sin embargo él cree que deberíamos «sentarnos y hablar de ello con calma».

Recuerdo sus palabras, abatida. «No creo que sea algo que puedas decidir de forma precipitada, no hay prisa».

Pero ¿cómo puedo decirle que sí hay prisa, sin contarle que estoy embarazada...?

Cierro los ojos e imagino la nueva caja de Pandora que se abriría... algo que me sobrepasa por completo en una noche como esta. La situación ya es lo bastante complicada de por sí.

Me doy la vuelta y cojo la carta de Kitty del cajón:

Querida Holly:

Sé que nada de lo que diga podrá compensarte por lo que hice, ni por todos los años que me he perdido...

Y que lo diga.

Y sé que probablemente no me creerás, pero me arrepiento de todo desde el primer día.

Se me parte el corazón.

Ahora eres una mujer adulta, y aunque soy consciente de que he perdido la oportunidad de comportarme como una madre contigo, espero que aceptes este regalo de 10.000 dólares.

Traducción: Soy tan rica que puedo utilizar mi dinero para escaquearme de cualquier situación comprometida, y normalmente lo hago.

Me he perdido muchos cumpleaños, muchas navidades, y aunque sé que el dinero no puede compensar lo que hemos perdido, espero que pueda resultarte útil, que al menos sirva para hacerte las cosas un poco más fáciles en algún aspecto mientras avanzas hacia la vida adulta, la universidad, o cualquier otro camino que elijas.

Trago saliva. O cualquier otro camino que elija...

Lo último que desearía es complicarte aún más las cosas, pero temo que, ahora que nuestros caminos se han cruzado una vez más, los medios de comunicación intenten entrometerse en tu vida, tal y como hacen en casi cualquier otro aspecto de la mía.

Me estremezco al pensar en los periodistas arremolinados en torno a nuestra casa, desenterrando todos nuestros secretos, mis secretos, y publicándolos para que los vea todo el mundo...

Por lo tanto, creo que sería mucho mejor para todos que la prensa no se involucrara en este asunto, y me pregunto si tendrías la amabilidad de firmar el documento que te adjunto, que lo rellenaras con tus datos bancarios y que me lo devolvieras por fax para poder enviarte la transferencia.

Diez mil dólares... Miro el formulario: el espacio para los datos bancarios, el párrafo en el que prometo que no hablaré con la prensa y un recuadro para mi firma.
Diez mil dólares...

Querida Holly, tal vez no seas mi hija biológica, pero eres el bebé que sostuve en brazos, la niña cuyo nombre elegí, la hija a la que he echado de menos durante todos estos años...

Trago saliva.

Por favor, créeme cuando te aseguro que nunca me perdonaré por haberte abandonado. La única excusa que puedo ofrecerte es que tenía diecisiete años, que no conocía a ninguna otra chica embarazada y que estaba asustadísima.

Me muerdo el labio. De pronto me doy cuenta de que era casi como yo. La única diferencia es que tenía un año menos...

Me siento avergonzada por lo que hice y entendería que no pudieras perdonarme jamás o que no quisieras volver a verme ni dirigirme la palabra. Pero te estaría eternamente agradecida si aceptaras mi rama de olivo y si me permitieras ayudarte de esta modesta forma.

*Atentamente,
Kitty Clare*

Me quedo mirando la carta.

Por extraño que parezca, esta vez no me siento tan furiosa. Lo que hizo no me parece tan horrible. A pesar de todo, incluso siento un atisbo de compasión por ella, por esta mujer que me abandonó, y cuyos pasos estoy siguiendo sin querer.

Sí, Kitty abandonó a su bebé, pero era una adolescente, más joven que yo. Y acaso ¿no estoy haciendo algo parecido, incluso peor, al sopesar la posibilidad del aborto? Cierro los ojos.

Al menos Kitty intenta remediar sus actos. Es cierto, el dinero no es la mejor forma de hacerlo, sin embargo, es justo lo que necesito en estos momentos. Quizá Kitty no haya ejercido de madre durante todos estos años, pero ahora, por irónico que parezca, es la única persona que puede ayudarme, que puede darme el dinero que necesito sin hacer preguntas.

Y me lo ha ofrecido en bandeja.

A cambio de... ¿qué? ¿El perdón? ¿De dar la cuestión por zanjada? ¿De que le garantice que no iré corriendo a la prensa sensacionalista a vender mi historia? Como si fuera lo que más quiero. ¿Por qué iba a desear que los periodistas invadieran mi vida, que se publicaran mis secretos en una revista, un periódico o una página web?

Y, si bien no puedo perdonarla por completo, sin duda puedo tragarme mi orgullo por el bien de mi bebé, por los diez mil dólares que me permitirán hacerme la prueba anónima y proteger mi futuro, nuestro futuro.

¿Y por qué no iba a aceptar algo de Kitty después de todos estos años? Me lo debe. Y tiene razón, no solo me hará la vida más fácil, sino que me permitirá tomar decisiones más fácilmente...

Miro el formulario un instante, cojo un bolígrafo, lo relleno y lo envío por fax. Tal vez acabe saliendo algo bueno de esta horrible situación.

ROSIE

OIGO el susurro del viento en torno a mis hombros mientras levanto la mirada hacia el enorme árbol de Navidad de dos pisos de alto, hecho con las nasas para pescar langostas, con sus alegres luces que brillan con determinación, a pesar de la noche oscura y gélida, a pesar del hecho de que no hay nadie más aquí que pueda verlo, a pesar de que hace casi un mes que fue Navidad.

Los bonitos lazos rojos ondean agitados por la brisa mientras me tapo con la capucha, congelada de frío, pero no por culpa del viento. Aún no me veo con ánimo de volver a casa, no si Andy sigue ahí. Tengo suficientes escenas imaginarias de él con Holly flotando en mi cabeza como para correr el riesgo de añadir alguna imagen real si entro en casa antes de tiempo.

Me abrazo con fuerza y noto el dinero de Holly guardado dentro del jersey. Todavía es suyo, después de todo; lo merece, pase lo que pase con Andy. Por lo que he podido oír, ni tan siquiera responde a sus llamadas, al «millón de mensajes de voz» que le ha dejado, recuerdo con amargura.

Me doy cuenta de que estoy jugueteando con el collar de piedra natal y aparto la mano bruscamente. Dirijo la mirada hacia las luces, que se dividen y difuminan como reflejos en el mar.

De pronto desaparecen casi por completo.

—Eh —dice Andy sin levantar la voz.

Aparto la mirada.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No lo sabía.

—Ah.

Me estremezco y me odio a mí misma por haberme alegrado de su presencia para, acto seguido, ser aplastada de nuevo. No ha venido a verme. Solo es una coincidencia. Estamos en un pueblo pequeño.

—Pero ya había mirado en los demás sitios —explica Andy, que se sienta a mi lado en el banco—. No había tantos lugares donde buscar. Sobre todo en temporada baja. —Sonríe con ironía pero no levanto la mirada—. Y he recordado lo mucho que te gustó este árbol cuando lo descubrimos.

Levanto la cabeza y miro la alegre langosta roja de plástico, reina por una vez, en lo alto de las nasas adornadas con cintas, intentando no hacer caso del calor que siento al notar el cuerpo de Andy cerca del mío.

—Rosie —dice con un suspiro—. Siento lo que dije. Me equivoqué. —Me mira—. Hiciste bien en venir aquí, en contárselo... —Respira hondo—. Holly debía saberlo.

Me miro los pies.

—Todo lo que le está ocurriendo, lo que le ha sucedido, no es culpa tuya... Nada de esto lo es. —Niega con la cabeza—. Y has demostrado una gran valentía al quedarte aquí, enfrentarte a las consecuencias y asumir la responsabilidad... Es algo que no se me da muy bien. —Sonríe arrepentido—. Pero he vuelto para intentarlo de nuevo.

Me coge la mano con la suya y no la aparto.

—Estoy orgulloso de ti, Rose. Eres muy fuerte. Cuando pienso en todo lo que has pasado... Eres la chica más fuerte que he conocido en toda mi vida.

Me estrecha la mano y noto el calor de su palma rodeando la mía.

Le devuelvo el gesto.

—Gracias, Andy.

—Y Holly necesita esa fuerza, te necesita, aunque no siempre le guste admitirlo.

Aparto la mirada. Vuelvo a sentir frío a pesar de que no me ha soltado la mano.

—Holly. —Asiento con la cabeza—. Has vuelto para estar con ella.

—No digas tonterías. —Replica Andy con un suspiro, y me acaricia el pelo, alborotado por el viento—. Solo... intento echarle una mano, seguir tu ejemplo. —Me rodea la cara con las manos y me mira a los ojos—. Entre Holly y yo no hay nada. —Me acaricia la mejilla con ternura—. Para mí solo existes tú. Solo has existido tú.

Lo miro y sus ojos, insondables en la oscuridad, brillan con el reflejo de las pequeñas luces.

—Creía que no ibas a volver —susurro.

—Prometí que volvería. —Me recuerda—. No podía dejar las cosas tal y como habían acabado, tenía que disculparme, decirte que tenías razón. —Sonríe—. Parece que estás haciendo grandes avances con Jack y con Holly...

Asiento.

—Eso espero.

—Y, créeme, no te has perdido nada del otro mundo en Washington. Ni tan siquiera fui al Smithsonian; la tía Patty fue implacable y me arrastró por toda la ciudad para que conociera a sus amigos y vecinos... Te has librado de una buena.

Esbozo una sonrisa.

—Has hecho bien en quedarte —dice con dulzura—. Te necesitaban.

Lo miro a los ojos.

—¿Y tú...? —pregunto tímidamente.

—Me quedaré si es lo que quieres —me promete—. Pero no me necesitas, mira hasta dónde has llegado tú sola. Estás tendiendo puentes y no quiero entrometerme. —Me acaricia la cara—. Son tu familia, Rose, no hay nada más importante. Ellos son lo primero. Te necesitan, casi en exclusiva, y durante el tiempo que sea necesario. —Me estrecha la mano.

Asiento con un gesto lento, miro nuestras manos entrelazadas e intento adivinar

de quién es cada dedo.

—Y eso ¿en qué situación nos deja?

—No lo sé —suspira—. Te quiero, Rosie Kenning. —Me coge la mano con fuerza y me invade una gran pena—. Me alegro mucho de que te vaya bien con Kitty, con Jack, con Holly... Me hace muy feliz. —Me mira fijamente y veo un brillo especial en sus ojos—. Pero en estos momentos... Creo que hemos tomado caminos distintos.

Andy lanza un suspiro.

Trago saliva y siento una punzada de dolor en el estómago cuando me levanta la barbilla.

—Cuando todo se haya calmado, cuando llegue el momento adecuado, cuando ambos estemos listos... Nuestros caminos volverán a cruzarse y sabremos que ha llegado nuestra hora... —Se le saltan las lágrimas—. Llegará nuestro momento, lo sé. —Sonríe abiertamente y se me hace un nudo en la garganta—. Y por fin podremos ir juntos de viaje. Solos tú, yo, la playa y el mar, sin presión... sin preocupaciones... y será... increíble. —Sonríe—. A juzgar por cómo nos fue en Nueva York, ¡será fantástico!

Le brillan los ojos y se me escapa una débil risa.

—Te quiero, Rosie —me dice con voz ronca, mientras besa una lágrima que me corre por la mejilla—. Pero por ahora, solo por ahora, tu familia te necesita más.

Asiento con gran dolor y la cara de Andy se difumina en la oscuridad.

Me atrae hacia sí y cierro los ojos, intentando memorizar las sensaciones que despierta el roce de su cuerpo con el mío, hasta el último centímetro de su cálida piel... Hasta que al final se aparta.

—*Au revoir*. —Sonríe, me besa dulcemente y se aleja despacio.

Y aunque tengo frío sin él, siento un fuerte escalofrío en la plaza vacía, lo veo desaparecer engullido por la noche, y aunque el futuro es oscuro y no sé cuándo volveré a verlo, en mi interior arde una llama.

HOLLY

EL sol ardiente empieza a asomar por encima de las casas de los vecinos, bañando en oro los tejados y ahuyentando las sombras, mientras me limpio la suciedad de las rodillas y me acurruco en el rincón lleno de polvo. Es más pequeño de lo que recordaba, más oscuro, más húmedo. Pero no podía ser de otra manera; hacía más de ocho años que no subía a la casa del árbol.

Me ciño la chaqueta para protegerme del aire frío de la mañana mientras miro a mi alrededor, las fotografías descoloridas y los juguetes abandonados. En el rincón hay un baúl de juguetes que se está pudriendo, olvidado desde hace mucho tiempo, la pintura brillante se ha desteñido, como la moqueta húmeda que hay bajo mis pies. Han pasado muchos años, toda una vida, pero sigue siendo mi lugar. El cuarto de los juguetes que me construyó papá; la guarida donde Melissa y yo compartíamos nuestros secretos y espiábamos a los chicos de las casas vecinas, la atalaya desde la que los observábamos mientras se tostaban al sol e imaginábamos nuestros primeros besos.

Me apoyo en la pared y mis manos acarician algo suave. Lo cojo y le quito el polvo, sorprendida. Tiene el pelo áspero y basto debido al paso del tiempo y a las aventuras que vivió, pero los ojos de color chocolate intenso del osito de peluche me sonríen en un gesto cómplice, y su aroma resulta maravillosamente familiar. Fue mi juguete favorito desde bebé.

Bebé. Me acaricio el estómago, que empieza a hincharse.

«¿Jugarás alguna vez aquí, mi bebé? ¿Abrazarás al osito de peluche, le leerás estos libros, treparás por la escalera de cuerda...?».

De pronto la escalera se tensa y doy un salto, sorprendida, al ver aparecer la cabeza de papá entre las tablas del suelo.

—Eh. —Sonríe, tambaleándose en los escalones—. Lo siento, no quería asustarte. Te estaba sonando el móvil. —Me lanza el teléfono de Andy y miro la pantalla de inmediato, podrían llamar de la clínica. Se me ha olvidado consultar los mensajes de voz.

—¿Puedo entrar? —pregunta.

Me encojo de hombros, me froto los ojos y me aparto antes de que entre en la diminuta casa. Tiene que sentarse con las piernas dobladas bajo la barbilla.

—Me gusta cómo te ha quedado. —Bromea y mira el polvo acumulado y las telarañas.

Sonríe sin muchas ganas. Tiene un aspecto ridículo, parece un gigante encogido en la casa de un enano.

—¡Vaya! —exclama al ver el oso de peluche—. ¡Tu osito! ¿Cómo estás, viejo

amigo? —Le acaricia las orejas con un gesto de cariño—. Creía que lo habíamos perdido hace varios años, pero no me atreví a decírtelo porque la única vez que lo perdiste, y fue solo durante un día, no pudimos consolarte. ¡No conseguimos animarte de ninguna manera, y eso que te dimos helado para desayunar, comer y cenar! ¡Lloraste tanto que acabaste teniendo dolor de cabeza, lo cual fue una suerte, porque cuando fui a coger los analgésicos lo encontré, escondido en el armario de los medicamentos! —Se ríe.

—Nunca olvidaré la cara que pusiste cuando entré en tu dormitorio con el osito en los hombros. Me miraste como si fuera tu héroe, como si pudiera solucionarlo todo. —Una sonrisa nostálgica se dibuja en su rostro—. Eso me encantaba. Venías a buscarme cuando te hacías un corte, un arañazo o cuando tenías pesadillas, entonces te daba un beso y lo solucionaba todo con un toque de mi varita mágica. Era la sensación más maravillosa del mundo. —Sonríe de oreja a oreja, pero entonces se le nubla el rostro—. Siento no poder solucionar esto, Holly-Berry. —Lanza un fuerte suspiro—. Daría lo que fuera, lo que fuera con tal de cambiar las cosas, de poder cambiarme por ti...

Lo miro. Por primera vez en mi vida me parece un hombre mayor.

—¿Has perdido la varita mágica? —bromeo, con voz alegre.

Papá esboza una sonrisa triste.

—Sí, supongo que sí la he perdido.

Miro al suelo, la madera nudosa que se astilla bajo nosotros y, sin embargo, aguanta nuestro peso, al menos de momento.

—Pero aún tengo algún poder mágico.

—¿Ah, sí? —Enarco una ceja.

—Ajá. Tengo unos hombros superblandos y megafuertes y resistentes, además, poseo la habilidad supersensible y comprensiva de escuchar a los demás.

—No está mal. —Le dedico una amplia sonrisa; él intenta imitarme, pero se contiene.

—Bueno... Josh y tú...

Me encojo de hombros.

—No funcionaba.

—Lo siento —dice con sinceridad—. ¿Qué ha pasado?

—Simplemente... no funcionaba —insisto.

—Vale. —Asiente con la cabeza—. Solo espero que no tenga que ver con la enferm...

—Es lo mejor —lo interrumpo bruscamente.

—Vale. —Asiente y ambos fijamos la mirada en el suelo—. También tengo unos poderes supersónicos para cerrar la boca a la velocidad de la luz... —dice en voz baja—. A veces...

Fuerzo una sonrisa.

—Pues no los usas muy a menudo.

—No. —Admite, con una sonrisa.

Respiro hondo.

—¿Y no tienes poderes de abrazo sobrehumano?

—Esos, justamente —dice mientras me pone un brazo sobre los hombros y me atrae hacia sí—, son mi especialidad.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en su hombro. Siento su fuerte abrazo, y el olor a húmedo de su viejo jersey de lana me resulta cálido y familiar.

—Oh, Holly-Berry —suspira, meciéndome en brazos como a una niña—. Parece que era ayer cuando no eras más que un bebé y te daba tu osito de peluche para que te durmieras. —Me mira—. ¿Sabías que había sido mío cuando yo era pequeño?

Lo miro a los ojos.

—¿En serio?

Asiente con la cabeza.

—Le tenía tanto cariño que iba con él a todos lados, creía que nunca podría separarme de él. —Me mira—. Pero al final resultó que sí pude, porque llegó a mi vida otro ser a quien quería muchísimo más. Mi primera hija.

El desánimo se apodera de mí con la misma rapidez que la felicidad hace tan solo un instante.

—Entonces no era para mí, ¿no? —pregunto, apartando la mirada—. Era para ella. Para Rosie. —Como todo lo demás.

—No, Holly-Berry —dice papá con voz suave—. Siempre lo guardé para ti. Eres tú quien lo necesitaba, quien no podía dormir sin él. Quien tanto lo quería. —Me aparta el pelo de la cara—. Algunas cosas son tuyas porque naces con ellas, como el ADN o el color de los ojos, y otras se convierten en tuyas porque forman parte de ti, de quien tú eliges ser, y eso es muchísimo más importante. —Suspira—. La enfermedad de Huntington... tanto si la tienes como si no... Tú no eres Huntington. La enfermedad no te define.

Aparto la mirada.

—Tú eres las decisiones que tomas. Las cosas que haces. La gente a quien quieres y que te quiere. Esas son las cosas que te hacen ser como en realidad eres. —Sonríe—. Por eso el oso de peluche siempre será tuyo, al igual que la casa del árbol, que la cicatriz de la rodilla que te hiciste al caer del triciclo. —Entrelaza su meñique con el mío—. El oso de peluche forma parte de tu ser. Estáis entrelazados. Sois inseparables. Y eso no podrá quitártelo nadie. Nunca. —Posa sus ojos profundos y expresivos en los míos—. Siempre será tuyo.

Me embarga una gran felicidad.

—Hasta que decidas dárselo a tu hijo algún día. —Sonríe, me da el oso de peluche y me estrecha en sus brazos—. Ser padre es una locura —me susurra, con la boca pegada en mi sien—. No te das cuenta de lo mucho que puedes llegar a querer a otra persona, del hecho que otra vida puede ser mucho más importante que la tuya... Hasta que de pronto caes en ello.

Miro el oso de peluche y trago saliva. Ahora es el momento.

—Papá...

—Lo sé, lo sé. —Sonríe—. Soy un sensiblero, pero algún día me entenderás, cuando llegue el momento.

—Papá...

—¡Ya sé que falta mucho para ese momento! —se ríe—. Poderes supersónicos para cerrar la boca activados.

—No, papá... —Me asaltan las dudas, pero tengo que hacerlo—. Papá, ¿recuerdas esa habilidad supersensible para escuchar a los demás?

—Habilidad supersensible y comprensiva. —Me corrige.

—Papá.

—Perdona. Activada. Dispara.

Lo miro y el corazón me late con fuerza. De repente sonrío, segura de que todo va a ir bien.

—Papá, yo...

—¡Jack! —grita Megan desde el jardín.

Papá mira hacia fuera y posa los ojos de nuevo en mí.

—Sigue.

—Yo... —Empiezo de nuevo.

—¡Jack!

Se mantiene firme y no deja de mirarme.

Respiro hondo.

—¡Jack! —grita Megan de nuevo—. ¿Dónde estás?

Miro hacia abajo y veo que camina de un lado a otro del jardín. Se me acelera el pulso. No puedo hacer esto con prisas.

—Es mejor que respondas —le digo, con tristeza.

Asoma la cabeza por la puerta.

—¡Megan! —La llama—. Estoy en la casa del árbol con Holly. ¿No puede esperar?

Megan se acerca corriendo con un gran sobre en la mano.

—Me temo que no, no puede esperar —dice, apartándose el pelo alborotado de los ojos—. Jack, tienes que ver esto —dice, pálida como la cera—. Y tú también, Holly.

ROSIE

ABRO el grifo de la cocina y bebo directamente con las manos. El agua fría me refresca tras el paseo por el puerto. Tengo las mejillas encendidas a pesar del frío que hace por la mañana.

—Bueno, ¿qué demonios podemos hacer al respecto?

La voz de Jack retumba en la sala de estar y me sobresalta. Me embarga la tristeza. Cierro el grifo con cuidado y me dirijo hacia las escaleras para subir a mi habitación. Lo único que no quiero es entrometerme en otra discusión.

—Rosie. —Sale al recibidor. Su pelo es un nido de rizos alborotados—. Has vuelto.

Asiento.

—Pero no os molestaré —me apresuro a decir.

—No, Rosie. —Suspira—. Cariño, es mejor que vengas a ver esto.

Bajo las escaleras lentamente y una sensación de inquietud se apodera de mí.

Jack está sentado, encorvado en un sillón. El contenido de un sobre está esparcido en la mesa de centro.

—Necesito un poco de aire —murmura Holly, que pasa junto a mí y me aparta de un empujón.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras la miro marchar.

Siento pánico, un hormigueo irreprimible. La tensión de la sala pende sobre nosotros como carámbanos de hielo a punto de caer.

—Han llegado hace un rato —dice Megan con calma, y me entrega un montón de fotografías.

Las miro, sorprendida. Aparezco yo, Kitty y yo en el centro de Boston... probándome ropa... haciéndonos la manicura... abrazadas entre lágrimas...

—No... No lo entiendo... —Arrugo la frente—. ¿Cuándo las...? ¿Cómo...?

—Las ha enviado una tal Janine Lithgow. —Jack suspira—. La publicista de Kitty.

—Janine... —Pierdo el hilo. Janine, ¿la ayudante? ¿La publicista de Kitty?

—No lo entiendo —repito, mirando a Megan en busca de ayuda—. No sé cómo se tomaron las fotografías.

Entonces, de pronto, recuerdo a Janine y su enorme bolso de Gucci... aferrada a él en el coche... mirándonos por entre la cortina del probador de Chanel... el modo en que le lanzó el bolso con desesperación a Kitty cuando bajamos de la limusina...

—No... lo entiendo... —Me dejo caer en una silla—. ¿Por qué lo ha...?

—Esto ha llegado con las fotografías. —Me interrumpe Jack—. Es un borrador del artículo: «Mamma Mia, por fin reunidas: cómo encontré a la hija que perdí hace

años».

—¿Cómo?

Miro la página y las palabras y las frases me saltan encima. «¡Bebés intercambiados! ¡Reunión entre lágrimas! Vidas desgraciadas y dolorosas...

»Se me revuelve el estómago cuando leo mis propias palabras: “Ella no era violenta a propósito, era culpa de la enfermedad, y durante todo ese tiempo tenía miedo de haberla heredado”».

—¿Qué es esto?

Jack suspira.

—Me temo que es un montaje publicitario. Kitty se está reinventando a sí misma como la Madre Teresa, al parecer —dice—. O *Mamma Mia*; aquí dice que es la principal candidata para el nuevo reparto de Broadway y corre el rumor de que, ojo a esto, ¡su verdadera hija también participará! —Lanza el sobre a la mesa—. Nunca debería haberte dejado ir con ella. —Gruñe—. Menudo desastre.

Miro el artículo, las fotografías, la cara sonriente de Kitty. ¿Es todo una farsa? ¿Un montaje para darse publicidad? Recuerdo sus lágrimas cuando se fue, el amor que reflejaban sus ojos, el arrepentimiento. Me pareció todo tan real... Fue real. O al menos yo lo juraría.

Sin embargo, no puedo olvidar que Kitty es actriz. Así es como se gana la vida: engañando a la gente, haciéndole creer que es alguien que en realidad no es, en eso consiste su trabajo. En escena, en la televisión, su relación amorosa... ¡Dios, hasta me lo dijo!

«Es todo un montaje para darnos publicidad... ¡Mi vida entera es una farsa! Nada es real...».

Salvo cuando no hay focos, ni cámaras, ocultas o no: entonces aparece la verdadera Kitty. Y me doy cuenta con gran dolor de que yo la vi. A la verdadera Kitty, que es la que conocí en Nueva York, la que no quería saber nada de mí... Hasta que se dio cuenta de que podría sacarle provecho.

Dios, ¿cómo he podido ser tan estúpida? Miro de nuevo la página y resuenan en mis oídos las palabras que me dijo en la habitación del hotel: «Necesito un gancho, ya sabes, para atraer la imaginación del público, el interés de los medios de comunicación, para potenciar mi imagen...». Bueno, ¿qué mejor gancho que una hija que aparece de repente y a la que no veía desde hacía muchísimos años? Una hija que fue intercambiada con otro bebé en el hospital, nada menos, un escándalo. Una hija que hará posible la existencia de fotografías del dichoso momento del reencuentro.

Cierro los ojos, mareada, al darme cuenta de todo, de su traición, de mi estupidez...

Todo ha sido un montaje. Ella nunca me ha querido como madre... Andy tenía razón, debería haber caído en la cuenta, debería haber recelado de ella cuando apareció de golpe, colmándome de sonrisas y abrazos. Sin embargo, fui una estúpida, piqué y me lo tragué todo: el anzuelo, el sedal y el plomo.

Pero, claro, es lo que yo anhelaba perdidamente.

—Me han pedido que dé mi opinión sobre esta triste historia antes de que la envíen a la prensa el lunes. —Gruñe Jack—. Me atrevería a decir que hará que la publique uno de esos periódicos sensacionalistas, o una revista de famosos quizás, o en internet...

—¡No! —exclamo y se me para el corazón—. ¡No puede hacerlo!

—Oh, me temo que sí. —Jack lanza un fuerte suspiro—. Ya sabes que publican cualquier cosa que lleve el nombre de un famoso.

—¡No! —grito y cierro los ojos con fuerza—. ¡Oh, Dios! La abuela, mi abuela, no lo sabe...

—¿Qué es lo que no sabe, Rosie? —pregunta Megan.

—¡No sabe nada! —respondo con desesperación—. No sabe que nos intercambiaron al nacer, que nos confundieron, ¡no sabe nada! —El frágil rostro de la abuela aparece ante mí—. ¡Una noticia así acabaría con ella!

Megan lanza una mirada fugaz a Jack, mientras leo el artículo; ojalá pudiera viajar al pasado, ojalá nunca hubiera venido aquí, ojalá nunca hubiera oído hablar de Kitty Clare.

—Tal vez no lo publiquen en el Reino Unido, ¿no? —pregunto con desesperación—. Kitty no es famosa en Inglaterra. Estas revistas y periódicos, esta historia, solo se publicará en Estados Unidos, ¿verdad?

—Supongo... —responde Megan lentamente—. Pero, cariño, y ¿los tribunales?

—¿Qué? —Frunzo el ceño—. ¿Qué tribunales?

—Rosie —dice Jack—. Kitty quiere poner una demanda.

—¿Qué? —Lo miro, paralizada.

—Va a demandar al hospital en el que naciste —añade—. Todo forma parte de la campaña de «Madre del año». Quiere que se rectifiquen los datos del registro, vuestras partidas de nacimiento, quiere que la reconozcan oficialmente como tu madre, a pesar de que durante dieciocho años nunca ha mostrado el menor interés en...

—¡No! —Lo miro y el pánico fluye por mi cuerpo como un río de lava ardiente. Sarah...

—Al menos demuestra que te quiere —dice Megan—. Después de todo este tiempo.

—¡No demuestra nada de eso! —replica Jack—. Solo es una campaña publicitaria. No es consciente de las consecuencias. ¿Sabes lo que podría significar esto para todos nosotros? Dejando a un lado que nos asediaría una marea de periodistas día y noche, ¡las vidas de Rosie y Holly cambiarán de arriba abajo!

Lo miro, estupefacta. De pronto me parece que el mundo a mi alrededor se derrumba.

—Vivís en países distintos, por el amor de Dios, no es tan fácil cambiar de golpe dieciocho años de la vida de dos personas. Tenéis pasaportes distintos, carnés de

conducir distintos, la lista es infinita... ¡Y ahora van a investigarlo todo para corregir los errores y que Kitty pueda ganar una fortuna con la historia del año!

—Oh, Dios... —Me siento mareada—. Kitty no puede demandar... No puede... ¡Lo negaré! —exclamo—. ¡Diré que es todo una invención suya!

—Ha hecho pruebas de ADN, cariño —dice Megan con voz dulce.

—¿ADN? ¿Qué ADN? ¿Cómo?

—Lo dice aquí, tus uñas...

—¿Mis uñas?

Recuerdo que Janine insistió en que nos hiciéramos la manicura y la pedicura juntas en cuanto llegamos, dijo que era el momento perfecto para que reforzáramos vínculos, ¿y lo hizo solo para poder coger mis uñas?

—¡No! —exclamo—. ¡Tenemos que detener todo esto!

—Pues no sé cómo vamos a hacerlo, Rosie. —Jack lanza un suspiro—. Después de todo, Kitty tiene razón: es un error muy grave intercambiar a dos bebés.

Cierro los ojos con fuerza. Pero no fue... Oh, Dios, si lo investigan... Sarah... Dios, Sarah... Siento náuseas.

Jamás se me habría ocurrido una situación tan horrible. Como la abuela lo descubra, le dará un ataque; podrían detener a Sara y enviarla a la cárcel... ¡Y todo por mi estupidez y por mi culpa!

—Es culpa mía —admito entre sollozos y con la voz quebrada—. Es culpa mía...

—No —dice Megan con firmeza—. No, Rosie, no lo es. Tú eres la víctima. Holly y tú. Ha sido un error, un horrible accidente.

—No lo ha sido. —Las palabras de Holly me hielan las lágrimas y me congelan la respiración.

—Holly. —Jack suspira—. Siéntate, cariño, estás disgustada.

—No, papá —responde con voz calma—. Sé de qué hablo. No fue un accidente. Fue deliberado.

La miro con los ojos arrasados en lágrimas: está de pie, en el umbral, y tiene algo pequeño y brillante en la mano. Tardo unos instantes en reconocerlo.

—Nos intercambiaron a propósito —insiste, con una mirada fría y clara. El teléfono de Andy reluce en sus dedos—. ¿No fue así, Rosie?

HOLLY

LA verdad se refleja como una sombra en los ojos de Rosie: la veo y Megan también. Y papá.

Rosie tiembla bajo nuestra atenta mirada. La buena samaritana ha sido desenmascarada y ahora está sometida a la luz escrutadora de su propia mentira.

—No lo entiendo —dice Megan—. ¿A qué te refieres? ¿Cómo...?

—Creo que es mejor que se explique la propia Rosie —sugiero y tomo asiento—. Después de todo, Sarah es tu amiga, ¿no? —pregunto y la miro con frialdad.

Se estremece al oír mis palabras, cierra los ojos y veo cómo se desmorona.

—¿Rosie? —dice Megan con voz suave—. ¿Quién es Sarah?

Rosie apoya la cabeza en las manos en un gesto de abatimiento.

—¿Rosie?

Respira hondo.

—Sarah —dice lentamente con una voz ronca e irreconocible—. Sarah es... mi vecina, una amiga de la familia... —Se hace un silencio abrumador y cierra los ojos con fuerza—. Y trabaja de comadrona.

Papá la mira y yo también. El mensaje de voz que Rosie dejó en el móvil de Andy resuena en mis oídos: «Sarah le dio un vuelco a mi vida cuando me cambió por Holly y, dejando a un lado que fuera un acierto o un error...».

—Pero... ¿cómo? O sea, ¿por qué? —Megan frunce el ceño—. ¿Por qué os cambió?

—Creyó... —Le cuesta encontrar las palabras adecuadas, si tal cosa es posible—. Creyó que estaba haciendo lo correcto...

—¿Cómo? —pregunta papá—. ¿Cómo es posible que creyera...? —Se frota la cara con la mano, un gesto que le alisa y arruga las facciones—. ¡Dios!

—Sarah me dijo que... que Kitty no quería el bebé —explica Rosie, con la voz rota. Sus palabras están colmadas de dolor—. Que iba a abandonarlo...

Papá le dirige una mirada intensa y furibunda. Aparto la vista y Rosie hace lo mismo. Le tiemblan los labios.

—Creía que el bebé de Trudie no iba a sobrevivir —continúa, con la voz entrecortada—. Mi padre había tenido un accidente de camino al hospital... había muerto, y... y Sarah creía que mamá... que Trudie no podría soportar un golpe como ese.

Se detiene cuando el torrente de lágrimas se lleva las palabras por delante y yo aparto la mirada, cruzando los brazos con fuerza, con la firme determinación de tragarme mi compasión.

De tal palo, tal astilla. Es igual que Kitty, nos suelta el dramón para que sienta

pena por ella, para hacerme creer que es como yo, que de verdad quiere reparar el daño...

Sin embargo, está claro que desde un principio, lo único que querían ambas era comprarme: Kitty con sus diez mil dólares, Rosie con los quinientos que deslizó por debajo de la puerta de mi habitación anoche. Está claro que desde un principio lo único que han hecho ha sido ocultar la amarga verdad.

Rosie siempre ha sabido que el cambio fue deliberado, y Kitty, me hiere la sangre, Kitty me ha utilizado. La primera carta, el primer contacto que tuve con ella en toda mi vida ¡era una mentira! ¡No quería disculparse, no quería compensarme por todo lo que había hecho, no quería reparar el daño o evitar que la prensa se entrometiera en nuestras vidas! Solo quería comprarme, comprar mi silencio, para que ella pudiera vender su versión manipulada de los hechos, hacerse pasar por la víctima, por la madre perfecta, sin temer que yo fuera a contarle al mundo la verdad, la horrible y sórdida verdad sobre la novia de América y el anhelado y maldito reencuentro familiar.

Y yo me lo tragué todo.

Pero ya no.

—De modo que Sarah os cambió —dice papá con un tono frío y carente de emoción. Tensa la mandíbula—. Lo hizo por tu madre. Por Trudie.

Rosie asiente, abatida.

—Estaba desesperada, creía que el bebé de Trudie iba a morir...

—De modo que, entonces, ¿me robó el mío? —pregunta—. El bebé de su amiga iba a morir, ¿de modo que me robó el mío?

Da un puñetazo en el reposabrazos del sillón y me sobresalto. Aparto la mirada. Tengo las mejillas encendidas. Nunca lo había visto tan enfadado.

—Jack —dice Megan sin alzar la voz.

—¡Joder! —exclama, mesándose el pelo—. ¡Joder! —Niega con la cabeza—. Entonces, cuando llegué al hospital... ya había pasado. —Cierra los ojos—. ¡Dios!

—Sarah no quería... Creía que estaba haciendo lo adecuado... —dice Rosie, hecha un manojo de nervios.

Papá abre los ojos bruscamente.

—No puede ser... Rosie, lo hizo a propósito ¿y todavía intentas protegerla? —Incrédulo, la fulmina con la mirada—. ¡¿Después de todo lo que nos ha hecho pasar, de verdad quieres protegerla?! —Se levanta y se lleva las manos a la cabeza—. ¡Joder, Rosie!

—Lo... Lo siento mucho —murmura Rosie.

—Me robaron a mi hija, te robaron a ti, Holly nunca conocerá a su madre, y todo es culpa de esta mujer... ¡de tu amiga! ¿Y crees que no teníamos derecho a saberlo? —La atraviesa con la mirada y Rosie se va haciendo cada vez más pequeña en su asiento.

—Jack. —Megan lo coge del brazo—. Venga, siéntate.

—No puedo. —Traga saliva. Está pálido—. Lo siento, pero ahora mismo soy incapaz de quedarme aquí.

Se va con un portazo y los adornos de cristal tiemblan sobre la repisa de la chimenea mientras baja pisando con fuerza los escalones.

El silencio es atronador.

No levanto la mirada del regazo. El teléfono frío y brillante de Andy descansa en mi mano y las palabras de papá resuenan en mi cabeza. «Cambiadas». «Abandonadas». «Deliberado». «Robada».

Rosie gimotea a mi lado.

—Holly —susurra, con la voz entrecortada y frágil—. Lo siento mucho... —Hace el ademán de dirigirse hacia mí.

—¡No! —Me estremezco—. No me hables. —Me abrazo a mí misma y me dirijo hacia la puerta—. No vuelvas a dirigirme la palabra.

Cruzo la cocina con el piloto automático. Sé qué es lo que tengo que hacer ahora. Cojo la chaqueta y el bolso y salgo por la puerta trasera, bajo las escaleras y paso junto a Andy, que sonrío.

—No te molestes —le digo, y le lanzo su móvil.

No necesito más mentirosos ni más mentiras. Confiaba en Andy y empezaba a confiar en Rosie. Creía que era como yo, que ambas éramos las víctimas de este horrible error, que nos había unido. Pero no fue un error. ¡Y ella lo ha sabido desde el principio!

Y Andy también.

Echo a correr en dirección al muelle y las lágrimas cálidas se deslizan por mis mejillas. Tengo que saberlo ahora. La verdad. Sea la que sea. La verdad puede hacer daño, pero las mentiras son atroces. Yacen ocultas en tu interior, listas para atacar sin advertencia previa, sin que tan siquiera sepas que están ahí.

Hasta que ya es demasiado tarde.

ROSIE

MEGAN y yo permanecemos sentadas, envueltas en un silencio infranqueable.

Me siento como una esponja vacía, como si me hubieran exprimido hasta la última gota de energía, de verdad, y me hubieran dejado seca, vacía y frágil. Se acabó. Todo ha sido en vano. He perdido a Jack y a Megan, he perdido a Holly y a Ben, y ahora la abuela y Sarah están a punto de ser arrastradas al agujero negro.

Debería llamar a Sarah y advertirla. Debería llamar a la abuela... Pero por algún motivo no puedo moverme, no puedo hablar...

—Rosie... —dice Megan, que lanza un suspiro. No encuentra las palabras. O no sabe por dónde empezar—. Rosie, yo... Caray, ¿tan tarde es? —Se levanta y se va, pero se detiene en la puerta—. Mira, Rosie —dice con voz suave—, tengo que ir a recoger a Ben, pero... pero cuando vuelva...

—De acuerdo.

Asiento. La entiendo a la perfección. Cuando vuelva... no quiero que estés aquí.

—De acuerdo. —Esboza una sonrisa incómoda y hace una pausa antes de salir por la puerta.

Cierro los ojos.

Se ha acabado.

HOLLY

SE ha acabado.

Siento un escalofrío cuando me bajo la manga y veo mi sangre, de un rojo intenso, en el tubo de ensayo. Se acabó. Todo está en manos de los médicos, los técnicos de laboratorio y los genetistas. Ahora depende de ellos, bebé. Depende de ellos saber si he heredado la enfermedad de Huntington o no. Si vivimos o morimos. Lo único que podemos hacer es esperar.

Fácil, ¿eh?

Ha sido sorprendentemente rápido... Pensándolo bien, ha sido un simple pinchazo. Todas esas conversaciones, los nervios, las dudas y preocupaciones, y al final todo se ha reducido a unos cuantos segundos y una aguja.

Al principio me han hecho muchas preguntas, luego he tenido que seguir un bolígrafo con la mirada, caminar pegando el talón a la punta del otro pie, y jugar a una variante rara de piedra, papel, tijera: he tenido que copiar las acciones del neurólogo en el orden en que las ha hecho. He tenido que concentrarme mucho para hacer cosas sencillísimas, lo que ha hecho que me sienta como si estuviera en la guardería. Daba un poco de miedo, la verdad, ¿se supone que son las cosas que no podré hacer dentro de diez o veinte años?

He visto a Charlotte, que me estaba esperando. Se ha sorprendido al verme aparecer sola, pero le he dicho que Andy no ha podido acompañarme. En los últimos tiempos me resulta sumamente fácil mentir. Charlotte me ha ofrecido la posibilidad de cambiar la fecha de la prueba, pero le he dicho que no, que ya estoy embarazada de nueve semanas y que necesito saber los resultados para tomar una decisión sobre la biopsia de corion antes de las doce semanas. Le he dado los quinientos dólares para que las pruebas sean anónimas; luego me han extraído la sangre. Fácil. De principio a fin. El asunto ya no está en mis manos.

Me siento entumecida mientras nos dirigimos hacia la salida. Creía que sentiría alivio, y en cierto sentido es así. Se han acabado las preocupaciones, ya no tengo que darle más vueltas a la cabeza sobre qué es lo adecuado. Ahora ya está hecho y solo puedo esperar. Dos semanas, me ha dicho Charlotte, aunque intentarán acelerar el proceso lo máximo posible dada mi situación. Solo dos semanas y se decidirá mi destino. Nuestro destino.

Abro la puerta de la calle con un gran esfuerzo y la luz del sol me ilumina la cara, su calor me deslumbra y ciega hasta que algo se mueve ante mí.

—Holly. —Andy me mira entre sombras.

Lo miro y me abandonan las últimas fuerzas. Me fundo en sus brazos, oscuros en contraste con la luz, firmes en contraste con el mundo que se desmorona.

ROSIE

NO tardo en hacer la mochila. Echo un último vistazo a la habitación, que ha quedado limpia y ordenada. Casi como si no hubiera pasado por aquí. Suspiro. Ojalá fuera igual de fácil llevarme los recuerdos de las últimas semanas y devolver a todo el mundo al estado en que se encontraba antes de mi llegada. Feliz. A salvo. Una familia.

Miro por la ventana. Aún no ha llegado el taxi. No sé adónde voy a ir. A casa, supongo, si todavía puedo llamarla así. Si no ha sido arrasada cuando llegue. Lanzo un fuerte suspiro, cierro la puerta de la habitación y bajo las escaleras.

—¿Jack? —Megan irrumpe por la puerta trasera, con Ben en brazos. Me mira, sorprendida—. Rosie.

—Lo siento, creía que el taxi ya habría llegado —digo precipitadamente, con las mejillas encendidas—. Esperaré fuera.

—¡Un momento, Rosie! —dice—. No tienes que irte. Podemos solucionarlo y superarlo como una familia...

La miro. Su melena rebelde intenta escapar de la cinta elástica que la sujeta. Ben se chupa el pulgar en sus brazos. Niego con la cabeza.

—He destruido a esta familia.

—No es verdad. —Replica—. Nada de esto es culpa tuya.

—Gracias, Megan. —Esbozo una sonrisa—. Por todo.

—Rosie... —Parece incapaz de continuar. Paso junto a ella y cruzo la cocina—. Mira, al menos espera hasta que llegue Jack, ¿de acuerdo? No puedes irte sin despedirte.

Niego con la cabeza.

—Rosie, por favor... ¡Nada de lo que ha pasado es culpa tuya! ¡Las responsables son Sarah... y Kitty! —Escupe el nombre—. Es Kitty quien ha empezado todo esto, es la causante y ahora quiere arrastrarnos a todos con ella... —Deja la frase a medias, se acerca a la encimera y pulsa un botón del contestador.

—«Primer mensaje: viernes, cinco de enero... ¿Hola? —La voz irritada de Kitty rompe el silencio—. ¿Hola? ¿Jack? ¿Estás ahí? ¿Jack?».

Me estremezco. No necesito que me recuerden cómo empezó todo esto. Me echo la mochila al hombro y abro la puerta.

—¡Espera, Rosie!

Algo en la voz de Megan hace que me vuelva, aunque me resulte doloroso.

Le brillan los ojos.

—Tengo una idea.

HOLLY

EL mismo sol que he visto salir por la mañana se desangra ahora en el mar, cuando bajo del transbordador. Pero la tierra aún se mueve.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta Andy.

Asiento con la cabeza.

—No ha cambiado nada, ¿no? —razono—. Siempre ha existido la posibilidad de que tenga la enfermedad de Huntington. Y aún no lo sé, pero estoy un poco más cerca de saber la verdad, eso es todo. Y es mejor saberla. —Lanzo un fuerte suspiro—. Por mucho que duela.

Me mira con una expresión de dolor.

—Lo siento, Holly...

—No lo sientas. —Me encojo de hombros y me abrazo a mí misma—. Da igual. Ya nada importa.

Andy mira al suelo.

—Puedo quedarme un poco más... Estar aquí cuando obtengas los resultados...

—No. —Sonrío—. Gracias, pero ha llegado el momento de contárselo. Ha llegado el momento de que sepan la verdad.

—De acuerdo. —Asiente—. Bueno, si cambias de opinión, tienes mi número. No me iré de Estados Unidos hasta dentro de unos días.

—Gracias —le digo—. Gracias por todo.

—Llámame cuando quieras —insiste—. Buena suerte, Holly.

Me da un abrazo de despedida y le digo adiós con la mano mientras se aleja, esta persona que conoce todos mis secretos y, sin embargo, a duras penas me conoce a mí. Respiro hondo y regreso caminando lentamente a casa. Mi casa. La misma casa en la que he vivido desde que tengo uso de razón. Con el mismo cartel chirriante de madera, los mismos escalones que crujen y que he recorrido miles de veces.

Nada ha cambiado.

Salvo yo.

ROSIE

ESPERO en la sala de estar, mirando mi mochila que está preparada y aguarda junto a la puerta. Quiero estar lista en caso de que esto no funcione, en caso de que Jack no cambie de opinión, en caso de que el mundo llegue efectivamente a su fin.

En la cocina, Megan le pone el mensaje a Jack y le cuenta su idea. Miro a Ben, que juega con sus camiones en la moqueta, delante de mí, y me entran ganas de llorar. Lo echaré muchísimo de menos. A él y a todos. Mis ojos se deslizan por la sala y recuerdo el día que llegué, hace menos de dos semanas, en que quedó grabada la habitación en mi memoria: las esculturas de madera, la marina sobre la chimenea, el *collage* de fotografías...

Las fotografías me gritan en tono acusador. «¡Mira! —gritan—. ¡Mira lo que has destruido!». Y como si de un accidente de coche se tratara, no puedo apartar la mirada.

Ahí está Holly, sonriendo, con unos dos años, a hombros de Jack; una Holly nerviosa, emocionada y orgullosa con Ben recién nacido en brazos; Holly mirando por la ventana de su casa del árbol con Melissa; Holly sonriendo bajo un cartel de su decimosexto cumpleaños mientras Jack sostiene un pastel cubierto de velas, listo para que pida un deseo...

Cierro los ojos con fuerza. Deseo. Espero. Rezo. Si hago chocar los tacones tres veces, ¿apareceré en casa? ¿Se habrá convertido todo esto en un sueño? ¿En una pesadilla en technicolor?

Algo me roza la mano y abro los ojos. Es un libro. *Los tres cerditos*.

Ben me mira, expectante.

—¿Cuento, Rosie?

Sonrío a pesar de todo.

—Claro —le digo, y se sube al sofá junto a mí, como si estuviera atacando la cima de una gran montaña. Abro el libro y, en un abrir y cerrar de ojos, ya lo tengo en mi regazo. Lo miro, noto su peso cálido sobre las piernas, sus ojos azul pálido muy abiertos mientras me observa. Mi hermano pequeño. El corazón me da un vuelco y cunde en mí el desánimo. Lo echaré mucho de menos.

—Érase una vez —dice Ben para que empiece.

Sonrío, vuelvo la cabeza hacia el libro y paso las páginas hasta llegar a la primera.

—Érase una vez —repito—, había tres cerditos.

Y así empiezo a leerle el cuento, a este niño que, de algún modo, y por increíble que parezca, es una parte de mí. Pasa las páginas y, obedeciendo sus órdenes, hago las distintas voces de los cerditos cuando corren para huir del lobo grande y malo, que intenta destruir sus casas y sus vidas.

Hasta que al final recibe su merecido.

HOLLY

RESPIRO hondo y abro la puerta de casa. Me parece oír a Megan, que le está leyendo un cuento a Ben en la sala de estar, y cierro los ojos; imagino a mi hijo, permitiéndome el lujo de soñar...

Suspiro. La verdad, pienso al abrir los ojos. Tengo que contárselo. Voy a hacerlo ahora para quitármelo de encima. Así luego podremos empezar a recoger los pedazos para intentar recomponerlos, para intentar descubrir el aspecto que tendrá la nueva fotografía.

Trago saliva y abro la puerta.

—Y fueron felic...

Rosie levanta la mirada a media frase. La miro y el hecho de ver a Ben sentado en su regazo me deja sin aliento.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—Estamos leyendo un cuento. —Rosie sonrío con nerviosismo—. *Los tres cerditos*.

—¡Mi favorito! —Ben sonrío.

—Creía que tu favorito era el de *Los tres cabritillos*. Ya sabes, el del troll grande, gordo y feo. —Miro a Rosie.

Ben niega con la cabeza.

—No, me gusta el lobo malo. Rosie hace muy bien las voces. —Sonrío.

Siento náuseas.

—¿Dónde está papá? —pregunto con voz crispada.

—Está en la... —dice Rosie.

—¡Rosie! —exclama papá con una sonrisa, que irrumpe en la sala de estar seguido de Megan—. ¡Ha funcionado!

He dejado de existir.

—¿De verdad? —Rosie lo mira como si su vida dependiera de ello.

—Ajá. He llamado a esta tal Janet... Janice... o como se llame... y le he dicho que si publican la historia yo también enviaré a los medios de comunicación la cinta de Kitty, y entonces le he puesto el mensaje.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Rosie con impaciencia.

—Bueno, no ha dicho nada durante unos treinta segundos, ¡y luego ha pronunciado una palabrota y ha colgado! Eso debe de ser una buena señal, ¿no?

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—¡Holly! —Papá sonrío y se vuelve hacia mí por primera vez—. ¡Cariño, todo va a salir bien, el artículo no se publicará y tampoco saldrá adelante la demanda! —Me da un abrazo—. Se ha acabado. Se ha acabado todo. Podemos volver a la normalidad.

Normalidad.

—¿Estás seguro? —pregunta Rosie—. ¿Te lo ha dicho Janine?

—Bueno, no creo que Kitty pueda seguir adelante con su campaña de la Mejor Madre del Mundo si sale a la luz que abandonó a su propia hija, ¿no? Además, tenemos la cinta y si la hiciéramos pública sería el fin de su carrera. —Sonríe—. ¡Al parecer, existe algo llamado mala publicidad!

Papá abraza a Rosie, a la misma chica a la que ni tan siquiera quería mirar hace unas horas.

—Bueno, ¿qué os parece si salimos a cenar una *pizza* para celebrarlo? —Sonríe de oreja a oreja—. Como una familia.

—Es una gran idea —dice Megan.

—¡Pepperoni, pepperoni! —canta Ben, y Rosie se ríe.

—¿Holly? —pregunta papá—. Podemos compartir una mexicana de carne con el borde relleno. —Me guiña un ojo—. ¿Con extra de jalapeños...?

—Id vosotros —le digo—. No me encuentro muy bien, creo que iré a echarme un rato.

—¿De verdad? —Papá frunce el ceño y me pone la mano en la frente—. ¿Estás bien? ¿Quieres que nos quedemos?

—¡No! ¡Pepperoni! —exclama Ben.

—No, id vosotros. —Fuerzo una sonrisa—. Estoy bien.

—Bueno, vale... Te traeremos un par de raciones, ¿vale? Sé que te gusta más para desayunar.

Cierro los ojos y el mero hecho de pensar en el olor de la *pizza* fría hace que se me revuelva el estómago.

—¡Ben, las botas! —le ordena Megan.

—¡No, más cuento! —se queja Ben, enseñándole el libro a Rosie.

—¡Lo siento! —Se disculpa ella entre risas. Lo coge en brazos y le hace cosquillas—. No habíamos acabado, ¿verdad? ¿Hasta dónde habíamos llegado?

«Y fueron felices y comieron perdices», pienso con amargura mientras me vuelvo y cierro la puerta con fuerza al salir de la sala.

«Increíble». Aprieto los dientes, intentando no perder los estribos.

Siempre igual, maldita sea. Siempre logra salirse con la suya, llevarse el gato al agua, sacar tajada y dejar a los demás con un palmo de narices. ¡Es increíble, joder!

Pobre Rosie, la chica que no ha dejado de mentir desde que llegó, que lo ha tenido todo, que lo tiene todo, ¡ahora es objeto de toda la compasión porque no quiere meter en problemas a su amiga! ¡No quiera Dios que la mujer responsable de todo esto, que me arruinó la vida, reciba su castigo! ¡Y están ayudándola! Merece ir a la cárcel, al infierno, por todo lo que ha hecho. Me llevo las manos al estómago. ¡Ni tan siquiera puedo decirles que estoy embarazada porque están demasiado ocupados, de celebración con la maldita Rosie!

Ella ha tenido madre, no ha heredado la enfermedad, nos ha mentado a todos y ¿se

queda también con el final feliz? ¿Es la que puede jugar a la familia feliz?

Lanzo la chaqueta contra el perchero y fallo. Típico. La cojo y encuentro el resto del correo del día sin abrir, abandonado tras el paso del huracán Rosie, como todo lo demás. De pronto me fijo en un logotipo verde.

AhorADN.

Genial. Perfecto. Justo lo que necesito: una puñalada en el estómago con los resultados de ADN que me han arruinado la vida. Cojo el sobre y subo a mi habitación. Seguro que esto sería la cereza del pastel de Rosie. Los resultados de la prueba de ADN, su billete dorado para un final feliz en mi familia, ¡mi vida! Me los imagino ahora, sentados a una mesa de Pisa Pizza, la madre, el padre, el hijo y la hija perfecta y sana. El paradigma de la familia feliz. Me dejo caer en la cama y noto que me escuecen los ojos.

No son míos, nunca lo han sido, esa es la verdad. Ha sido todo un movimiento calculado, un cambio deliberado hecho por una comadrona tarada con la intención de que su amiga se quedara con Rosie y de que me dieran por muerta. Soy la enferma, la condenada. No contaban con que sobreviviera.

Me agarro a la almohada y mis dedos encuentran algo duro debajo. Lo saco y se me parte el corazón mientras observo mi anillo de compromiso. Hasta eso se ha acabado. ¡Todo se ha ido al traste por culpa de Rosie y su maldito ADN!

Miro el sobre, lo abro y saco la hoja de papel doblada. Todo se ha ido al infierno, ¿por qué no voy a ponerle la guinda ya que estoy en ello? ¡Venga, va!

Miro la carta y los números y la jerga científica flotan ante mis ojos. Entonces la leo de nuevo, convencida de que me ha confundido toda la palabrería y la terminología científica. Cuando a la tercera vez dice lo mismo, dejo de respirar.

«Negativo».

La miro fijamente.

«No existe coincidencia genética entre los sujetos».

Rosie no es la hija de papá...

ROSIE

—¿NO crees que deberíamos esperar a tener noticias de Kitty? —pregunto, nerviosa, mientras ayudo a Ben a recoger sus camiones—. De momento lo estamos dando por sentado, pero aún no sabemos a ciencia cierta qué hará...

—Es imposible que siga adelante con la historia. —Jack se ríe—. O con la demanda... ¡Sería un suicidio profesional!

«Sí. —Pienso, pero hay una vocecita en mi interior que no deja de insistir—: Pero ¿y si me quería de verdad...?».

Intento quitármela de la cabeza, pero no puedo evitar cierto sentimiento de culpabilidad. ¿En qué pienso? ¿En que quiero que demande a Sarah para demostrarme que me quiere a pesar de todo?

—Rosie tiene razón —dice Megan—. Sabemos que cuando se empeña en algo... Tal vez se le ocurra alguna forma de evitar los problemas que le causaría el mensaje del contestador si se hiciera público...

La interrumpe el tono estridente del teléfono. Todos lo miramos.

—Vaya, qué rapidez —dice Jack.

—¿Dejamos que salte el contestador? —bromea Megan—. Para tener pruebas.

Jack descuelga el aparato con cuidado.

—¿Diga?

Lo miro fijamente. ¿Es ella?

—Ah, hola, Pete.

Me dejo caer en una silla sin darme cuenta de que había contenido la respiración hasta que expulso el aire.

—No, no pasa nada —dice Jack—. Sí. El viernes está bien. De acuerdo, me alegro de que te encuentres mejor. Adiós.

Cuelga el teléfono, que vuelve a sonar de forma casi inmediata. Jack lo mira, sobresaltado.

—Se admiten apuestas. —Bromea.

—Cógelo, por el amor de Dios. —Lo apremia Megan.

—¿Diga? —dice Jack—. Ah, hola.

Lo miro, se lleva un dedo a los labios y se le borra la sonrisa de la cara mientras se dirige a la cocina.

Es Kitty.

Esta vez contengo la respiración de forma consciente y cruzo los dedos con fuerza hasta que me duelen.

«¡Por favor —suplico—, que no siga adelante con la demanda! ¡Que se acabe todo!». Cierro los ojos y empleo todas mis fuerzas para silenciar la vocecita de mi

interior que desea justo lo contrario.

HOLLY

NO es su hija.

Miro la página y todavía me cuesta creerlo.

«Toda esta pesadilla... Estas dos semanas horribles y espantosas han sido un error... ¡Un error monumental! ¡Rosie no es su hija!».

«¡Lo que significa que yo sí lo soy!».

Suelto una carcajada de incredulidad. Me siento como el señor Scrooge, que se ha despertado el día de Navidad y ha descubierto que el pequeño Tim todavía está vivo, y que todo ha sido un sueño... ¡Que no ha sido real! El cambio de los bebés, la enfermedad de Huntington, que no tengo y nunca tendré, que es imposible, ¡porque Rosie se equivocó! De algún modo se ha equivocado, de madre, de padre... Todo ha sido una gran y horrible pesadilla...

Y ahora ha llegado el momento de despertarse.

Estoy loca de alegría y una risa incontrolable bulle en mi interior: papá es mi verdadero padre, no estoy enferma, mi bebé tampoco, y Josh... Miro el anillo de plástico que llevo en el dedo y mi corazón rebosa alegría al recordar sus palabras: «Te quiero, Holly Marie Woods. Te querré hasta que me muera...». Y ahora nada se interpone entre nosotros: ninguna enfermedad, ya no tenemos que escondernos... Es el momento. ¡Tengo que llamarlo ahora mismo y decirle que va a ser padre!

Cojo el supletorio que tengo junto a la cama temblando de emoción y, cuando ya estaba a punto de marcar, me detengo al oír una voz al otro lado de la línea.

—Por favor, Jack. —Suplica Kitty—. Déjame hablar con Rosie. Debe saber que nunca quise... No me di cuenta... No fue idea mía. Janine...

—¿Qué pasa? —pregunta papá con frialdad—. ¿Te obligó?

Sonrío y paladeo el momento. Ahora es mi madre y puedo decirle dónde puede meterse su falsa demanda, que quedaría como una estúpida si acudiera a la prensa con una mentira tan flagrante, y lo que opino de ella como madre...

—No... Yo solo quería encontrar a Rosie, tener otra oportunidad. —Kitty suspira—. El artículo fue idea de Janine.

Respiro hondo mientras la adrenalina fluye por mis venas.

—¿Y la demanda? —pregunta papá con frialdad—. ¿Y la prueba de ADN?

Me quedo paralizada.

Kitty también se ha hecho una prueba de ADN...

Y el resultado ha sido positivo.

—Mira... dile a Rosie que lo siento, ¿vale? —Kitty suspira—. He tenido que retirar la demanda.

Positivo...

—¿Y el artículo? —pregunta papá.

—En la papelería, Jack, ya lo sabes —dice con amargura—. No puedo correr el riesgo de recibir toda esa publicidad negativa...

Cierro los ojos con fuerza mientras intento asimilarlo todo.

—Gracias —dice papá.

—No me las des. —Replica Kitty—. Tampoco tenía opción. A fin de cuentas, Rosie es mi hija, tengo derecho. Y no me gusta que me chantajeen.

Rosie es la hija de Kitty...

—Te entiendo —dice papá—. Pero tengo que proteger a mi hija, y no me pareció que estuvieras haciendo lo más correcto.

Pero no es la hija de papá...

—¿Ah, sí? Dios, te lo tienes muy creído, Jack... Estás convencido de que lo sabes todo, ¿verdad? Pues no es así.

—No me digas...

—Sí, porque tengo una noticia para ti, Jack Woods —dice Kitty con desdén—. ¿Esa preciosa hija tuya? ¿Esa a la que afirmas estar protegiendo? ¿Rosie? No es hija tuya. Cuando te conocí ya estaba embarazada.

Miro el teléfono con ojos desorbitados, completamente aturdida. De pronto los resultados del análisis encajan.

«Papá no es el padre de Rosie...».

—Ah, Kitty —dice papá con voz serena y sin perder la calma—. ¿Creías que ibas a sorprenderme? Lo he sabido desde siempre.

Suelto un grito ahogado.

—¿Kitty? —pregunta papá de pronto.

Cuelgo rápidamente y todo me da vueltas. Cierro los ojos y sus palabras se agolpan en mi cabeza.

«Rosie es hija de Kitty, lo que significa que la cambiaron con otro bebé al nacer, conmigo. Luego me entregaron a Kitty y papá me acogió porque creía que era la hija de Kitty, pero él nunca fue el padre del bebé de Kitty, de Rosie...». Abro los ojos bruscamente.

«Lo que significa que tampoco fue mi padre...».

«Y que siempre lo ha sabido».

ROSIE

—¿**Y** bien? —le pregunta Megan a Jack mientras este cuelga el teléfono lentamente—. ¿Qué te ha dicho?

Jack se vuelve poco a poco y cuando veo su cara pálida se me encoge el corazón.

—Va a retirar la demanda. —Esboza una sonrisa—. Y tampoco publicará el artículo. Tenía razón, sería un suicidio profesional.

—¡Es maravilloso! —exclama Megan, que me da un fuerte abrazo.

La estrecho con fuerza en mis brazos y esa vocecita que oía en mi interior se apaga por fin, arrastrada por la corriente de buenas noticias. No necesito a Kitty. Nunca la he necesitado. Y ahora sé que estoy mucho mejor sin ella. No me puedo creer que haya arriesgado tanto para encontrarla, que haya estado a punto de perderlo todo... Cierro los ojos y se me corta la respiración cuando pienso en ello. Es un milagro. Va a retirar la demanda. No publicará el artículo en la prensa y no demandará a nadie. Sarah está a salvo y la abuela no tendrá que saber la verdad... ¡Gracias a Dios!

—¡Deberíamos contárselo a Holly! —dice Megan de repente—. Seguro que tiene ganas de saber lo que ha pasado...

—¡Yo me encargo! —se apresura a decir Jack—. De hecho, es mejor que os adelantéis, cojáis mesa en el restaurante y pidáis la *pizza* más picante que tengan... A ver si puedo tentarla con las buenas noticias para que nos acompañe. —Empieza a subir las escaleras.

—Os esperamos —dice Megan con una sonrisa.

—No es necesario, seguro que os atraparemos. Vais a paso de tortuga.

Jack le lanza una sonrisa a Ben.

—Echaremos una carrera. ¡El último se queda sin helado!

—¡Vamos, vamos, vamos! —grita Ben, que me agarra de la mano y echa a correr en dirección a la puerta mientras Jack desaparece en el piso de arriba.

HOLLY

«NUNCA ha sido mi padre...».

Miro el teléfono sin comprender. Eso significa...

Cierro los ojos y mi mundo se viene abajo una vez más.

«No ha sido un sueño, ni un error... Es verdad, todo es verdad, el intercambio de bebés, la enfermedad de Huntington...».

Me dejo caer al suelo mientras mi mundo se derrumba de nuevo, pero esta vez con mayor violencia, lo que me provoca un dolor un millón de veces más espantoso, tras un fugaz atisbo de esperanza.

¿Y él lo sabía?

Durante todo este tiempo, toda mi vida, me ha criado, me ha educado... ¿aun sabiendo que no era mi padre?

Me cuesta respirar.

Entonces, cuando Rosie llegó y afirmó que era yo, afirmó que era la hija de Kitty, que Jack era su padre... ¡Él se lo permitió! ¡Le permitió que me arrebatara mi familia, mi vida, mi padre... y ni tan siquiera es su hija!

¿Y él lo sabía!

De pronto se abre la puerta y papá irrumpe en la habitación.

—¡Holly! —exclama—. ¿Estabas escuchando por el supletorio hace un momento?

Me muerdo el labio.

—¡Holly! —Me mira fijamente, con los ojos desorbitados, nervioso.

Asiento con la cabeza, aparto la mirada y rompo a llorar.

—¡Cariño! —Me estrecha en sus brazos. Este hombre que no es mi padre y que nunca lo ha sido.

—¿Lo sabías? —susurro con incredulidad—. ¿Lo sabías desde el principio?

—¡No! —Me acaricia la cara con ambas manos y me mira a los ojos—. Oh, cielo, no: lo he dicho porque Kitty... —Vacila y traga saliva—. No lo sabía —repite, con una mirada de pena—. Pero en ocasiones... Me lo he planteado... —balbucea—. Todo sucedió muy poco después de que Kitty y yo nos conociéramos, y no estuvimos juntos durante muchos días. —Me suplica con la mirada que lo comprenda—. Pero Kitty me dijo que eras mía y la creí. ¡Quería que lo fueras! Te quiero con locura; siempre has sido mi hija, lo sabes. Los lazos de sangre no nos importan. Ya te lo hemos demostrado, ¿no? —Me mira, atemorizado—. ¿No?

—¿Los lazos de sangre no importan? —pregunto, con voz temblorosa.

—No —me promete, y me atrae hacia sí—. No, nunca nos han importado. No significan nada cuando se trata de tú y yo.

—De acuerdo. —Asiento. Los pensamientos se me agolpan en la cabeza—. De acuerdo, si eso es cierto...

—Lo es, cariño, sabes que lo es.

—De acuerdo. Entonces, cuéntaselo a Rosie.

Se queda paralizado.

—¿Qué?

—Si los lazos de sangre no importan... Si no supone ninguna diferencia... —Lo miro con el corazón desbocado—. Entonces deberías contárselo.

—Holly... —Se aparta un poco y me mira—. ¿Por qué?

—No eres su padre biológico —digo, mirándolo a los ojos—. Del mismo modo en que no eres el mío. Si no importa, deberías decírselo. Y si importa... Tiene derecho a saberlo.

Papá cierra los ojos y se frota la cara con las manos.

—Holly, yo...

—Tiene derecho a saber la verdad —le digo.

Papá niega con la cabeza y aparta la mirada.

—Holly... Ni tan siquiera sabemos si es verdad. Cabe la posibilidad de que Kitty nos haya mentado. De hecho, ¡es lo más probable! Está enfadada, es rencorosa y lo único que quiere es hacernos daño. Solo quería hacerme daño, por eso le he dicho que ya lo sabía; es el único motivo por el que lo he hecho. ¡No hay pruebas de que esté diciendo la verdad, y ningún motivo para creerla!

—Sí que las hay.

—¿Qué? —Arruga la frente, confundido, y dirijo la mirada hacia la carta, tirada en el suelo. Me agacho, la cojo y se la doy lentamente.

—¿Qué es esto?

Echa un vistazo a la hoja y veo cómo empalidece.

—Tienes que decírselo —insisto en voz baja—. Pero si no lo haces... —Respiro hondo—. Lo haré yo.

—Holly, no. —Me coge las manos—. Por favor. ¡No puedes!

—¿Por qué no? —grito, furiosa—. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—¿Tienes la menor idea de cómo se sentiría al averiguar una cosa así?

—¡Pues claro! —Se me atragantan las palabras—. ¡Sé exactamente cómo se sentiría!

—Holly... —Me dirige una mirada desgarrada—. Lo siento, Holly, pero eso fue un caso distinto.

—¿Por qué?

—Ella te lo contó porque no tenía elección... ¡Debías saber que existía la posibilidad de que hubieras heredado la enfermedad de Huntington!

—¡Pues menuda suerte! —Suelto una risa amarga.

—Holly, si le dijeras la verdad... —Deja la frase a medias y niega con la cabeza—. Te pido que recapacites, cariño. Tus padres biológicos te querían... Te quieren.

Imagina cómo se sentiría Rosie al saber que sus verdaderos padres no la quisieron, que ambos la abandonaron. ¡Mira todo lo que le ha pasado con Kitty!

—¡Me da igual! —exclamo—. ¡Es la verdad!

—¡Holly! —Se levanta y empieza a caminar de un lado a otro de la habitación, mesándose el pelo—. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Hacer daño a Rosie? ¿Te sentirías mejor si supiera que no soy su verdadero padre?

—¡Sí! —exclamo. La verdad estalla bruscamente como uno de esos muñecos ocultos en una caja sorpresa, tan horribles y de colores estridentes—. ¡Sí! ¿Por qué vas a ser oficialmente su padre y no el mío? ¡Ni tan siquiera es tu hija biológica! ¡No es justo!

—¡La vida no es justa, Holly! —grita papá de repente, pálido—. ¿Crees que fue justo que la mujer a la que amaba ya estuviera embarazada de otro hombre? ¿Crees que fue justo que la amara tanto que no me importara, que no pusiera en duda su reacción y que las acogiera a ambas? ¿Que luego me abandonara y regresara al cabo de años como una polilla que acude a la luz? ¿Que yo la siguiera, por el amor de Dios, que me ocupara de su hija, que la colmara de cariño y que a ella no le importara lo más mínimo?

Lo miro a los ojos.

—¿Crees que todo esto es justo? —pregunta, cansado—. ¿Para cualquiera de nosotros?

Me muerdo el labio con fuerza.

—Pero ya basta, de momento. Se acabaron las revelaciones que puedan hacer daño a la familia. Me da igual que sea la verdad. Estamos saturados. Estamos hartos.

Aparto la mirada y se me saltan las lágrimas cuando me llevo las manos al estómago en un gesto instintivo.

«Se acabaron las revelaciones...».

—No voy a decírselo a Rosie, Holly. —Suspira—. Y tú tampoco.

Agacho la mirada, el corazón me late con fuerza y me escuecen los ojos.

—Entonces no puedo quedarme aquí.

—Holly-Berry.

—No, papá —le digo—. Lo siento. No puedo quedarme si ella sigue aquí. —Lo miro a los ojos—. No puedo si no se lo dices.

—¡Holly! —Niega con la cabeza—. Decírselo sería un gesto de rencor, de venganza... Tú no eres así, no te he criado así...

—No deberías haberme criado de ninguna manera —le espeto—. ¡No eres mi padre!

Jack suspira.

—Holly...

—Del mismo modo en que no eres su padre —añado—. Pero eres incapaz de separarte de ella. Preferirías que fuera tu hija. ¿Es porque se parece a Kitty?

—¡No digas tonterías!

—¿O es porque no tiene problemas de salud, porque es «normal»?

—¡Holly! —Me observa, horrorizado—. Nunca la elegiría antes que a ti.

—Entonces, demuéstramelo —le exige—. Dile la verdad.

Me mira durante un buen rato y luego se frota la cara con las manos.

—No —dice con la voz quebrada y lanza un fuerte suspiro—. No puedo, cariño.

—Entonces ya has tomado una decisión. —Abro la puerta y puedo oír el pulso de la sangre en mis oídos—. Ahora vete.

—¡Holly!

—¡Vete, papá! ¡Corre, ve con ella!

—Hablemos de esto, por favor.

—¿Vas a contárselo?

—Holly...

—¿Lo harás?

Me mira con desesperación, con la frente surcada de arrugas; sus ojos reflejan el tormento que está padeciendo y se le saltan las lágrimas, pero no me importa. Ha elegido a Rosie antes que a mí, a la hija sana antes que a la enferma, a la hija nueva que se parece a su primer amor antes que a la chica que lo ha querido durante toda su vida.

—Vete —le ordeno.

—Ya... Ya hablaremos de esto más tarde. —Suspira e intenta abrazarme, pero me aparto—. Te prometo que...

—No estaré aquí.

Lo echo con un portazo, sin dejarle acabar la frase, mientras el mundo que me rodea se vuelve borroso.

«Rosie... No me puedo creer que haya elegido a Rosie...».

Miro la habitación, siento la dolorosa punzada del pulso en las sienes mientras mis ojos se deslizan por el papel de la pared que me puso papá, el teclado que le supliqué que me comprara cuando tenía doce años, el oso de peluche... Dondequiera que miro hay regalos, fotografías y recuerdos...

Un grito me desgarró la garganta mientras me abalanzo sobre estos objetos, los arranco y destrozo, rompo las fotografías de la pared, los pósteres, parto en dos las mentiras, los recuerdos de una vida que nunca debería haber sido la mía. Tiro libros y destruyo fotografías y derribo un montón de ropa de una patada, cuando algo pequeño y rosa me cae del bolsillo.

Lo cojo y estoy a punto de romperlo, hasta que de pronto me doy cuenta de lo que es.

La libreta de direcciones de Rosie.

Me había olvidado de ella. La abro y paso las hojas. Es de color rosa, de forma cuadrada y dura. Veo los nombres de toda esa gente que nunca he conocido. Que podrían haber sido mis amigos, mi familia... De pronto mi pulgar se detiene. Un nombre destaca entre los demás.

«Abuela Fisher».

Lo miro fijamente y deslizo el dedo sobre la tinta negra como si pudiera tocarla, verla.

A esta mujer que habría sido mi abuela, mi familia, de no ser por el error que nos separó.

Mi vida entera es un error monumental y horrible.

O más bien, no fue un error en absoluto...

De repente empiezo a escarbar entre las hojas de la libreta hasta que llego a la «S». Leo la lista de nombres pero todos son apellidos. Respiro hondo y empiezo por el principio; debo hacer un gran esfuerzo para avanzar lentamente, de forma concienzuda, pero se me acelera el pulso mientras mis ojos se deslizan por la páginas, buscando, buscando...

Hasta que la encuentro.

ROSIE

CUANDO JACK llega a Pisa Pizza ya nos estamos zampando los helados.

—Hola, ¿dónde estabas? —Megan se levanta para besarlo.

Ben tapa su plato en un gesto defensivo.

—¡No te doy, papá! —exclama—. ¡Has sido el último!

—Qué malo. —Jack esboza una sonrisa.

—Te hemos guardado unos trozos de *pizza*. —Megan sonríe—. ¿Y Holly?

—No va a venir. —Se deja caer en el asiento y se masa el pelo—. Se va de casa.

—¿Qué? —A Megan se le cae la cuchara.

Miro fijamente a Jack.

—¿Por qué? —pregunta Megan—. Creía que todo se había solucionado... ¡Kitty ha dicho que no hará nada!

—Lo sé. —Jack suspira—. Creo que necesita... pasar un tiempo a solas.

—¿Dónde está Holly? —pregunta Ben en voz baja.

Jack y Megan se miran.

—Se ha ido de vacaciones unos días. —Se apresura a responder Megan.

—¿A la playa? —pregunta Ben, expectante—. ¿Podemos ir con ella?

—Esta vez no. —Megan sonríe—. Se ha ido a un lugar muy aburrido y frío.

—¿Al Polo Norte? —pregunta Ben—. ¿Con los pingüinos?

Megan se ríe.

—Más o menos. ¡Brrr! —Le hace cosquillas y él también se ríe.

—Me gustan los pingüinos —dice Ben.

—¡Pues yo creo que no te gusta el helado! —exclama Megan y le coge la cuchara—. ¡Así que voy a tener que comerme el tuyo!

—¡No! —grita Ben, cogiendo una cucharada.

—Buen chico. —Le alborota el pelo y lanza una mirada nerviosa a Jack.

No puedo apartar los ojos del helado, que se derrite en mi plato, y la galleta, que cae de lado. La pongo derecha con la cuchara, pero por mucho que intento apuntalarla, siempre acaba sumergiéndose de nuevo en una piscina cada vez más grande.

HOLLY

—¡GUAU! —exclama Melissa cuando se lo he contado todo, o casi todo.

Tal vez sea mi mejor amiga, pero también es la hermana de Josh y aún no puedo decirle que estoy embarazada. No antes de que se lo diga a Josh. No hasta que sepa si el bebé corre peligro.

Hasta que sepa si voy a tenerlo.

—Caray. —Melissa niega con la cabeza—. Joder, menuda historia.

Asiento. Sus palabras lo resumen todo.

—No me lo puedo creer: tu padre... la enfermedad de Huntington... ¡Kitty Clare!

Levanto la mirada con un movimiento rápido.

—No puedes contárselo a nadie, Melissa. Júramelo.

—¡Te lo juro! —Me lo promete con sinceridad—. Caray, ¿por qué no me llamaste? Debo de haberte llamado un millón de veces.

—Lo siento, se me ha estropeado el móvil.

—Creía que me evitabas por lo que había sucedido con Josh... ¡Quería matarlo por arruinar nuestra amistad!

Le estrecho la mano.

—No fue él.

—Cuando fui a verte, tu padre me dijo que no te encontrabas bien, y como hace tanto tiempo que no vas a la escuela creía que tenías mononucleosis... ¡O algo peor!

Asiento. Peor. Mucho, mucho peor.

—Tranquila, te dejaré todos mis apuntes. —Sonríe—. Tampoco es que te hayas perdido mucho. Bueno, Natalie Van Pelt volvió de vacaciones con una nariz horrible, menuda chapuza le ha hecho el cirujano, aunque ella dice que tuvo un accidente esquiendo... ¡Sí, claro! —Levanta la vista, arrepentida—. Imagino que no te importará demasiado cuando tu vida se está yendo a tomar por saco, ¿no? Lo siento. —Me estrecha la rodilla.

—No, no pasa nada. —Sonrío. De hecho, me alegra poder pensar en algo distinto para variar—. ¿Qué otros cotilleos me he perdido?

Melissa sonrío con ojos brillantes y dedica la siguiente hora a ponerme al día con los últimos escándalos de la escuela, desde meteduras de pata en cuestiones de moda y citas desastrosas, hasta una hilarante historia de terror de una chica que le cortó la coleta a la chica más famosa de la escuela porque esta había tonteado con su novio, lo que me hace estallar en carcajadas al imaginar la expresión de pánico dibujada en el rostro perfecto de Kimberley cuando sus rizos de oro cayeron al suelo... ¡Para morirse de risa!

—Lo que demuestra —dice Melissa, guiñándome un ojo— que el dolor con dolor

se quita.

Sigo riendo y me seco las lágrimas de los ojos; de repente me doy cuenta de que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me reí, desde que pensé en algo que no fuera la enfermedad de Huntington, Rosie o el bebé.

Gracias a Dios que tengo a Melissa.

Justo entonces alguien llama a la puerta de su habitación y entra su madre.

—Hola, chicas. —Nos dirige una sonrisa incómoda—. Escuchad, sé que he dicho que podías quedarte, Holly, y sabes que siempre eres bienvenida... —Me estrecha la mano y se me cae el alma al suelo—. Pero acaba de llamarme tu padre, cariño. Está muy preocupado por ti. Creo que deberías volver a casa.

—¡Mamá! —exclama Melissa—. No puedes echarla... ¡Es mi mejor amiga!

—Y su padre está muy preocupado por ella. Lo siento, Holly, no puedo dejar que te quedes aquí. La última vez que te quedaste aquí sin su permiso, no es que tu padre se pusiera muy contento, que digamos...

—Mamá, tiene dieciocho años.

—Me da igual, Jack sigue siendo su padre.

No, no lo es, pienso. Nunca lo ha sido.

—Tienes que hablar con él y solucionar todo esto. —La madre de Melissa me dedica una agradable sonrisa—. Tienes que volver a tu casa.

—Lo siento. —Melissa lanza un suspiro cuando su madre cierra la puerta—. Esto es un rollo.

De nuevo, su análisis es perfecto.

«Mierda». Suspiro.

Si no puedo quedarme aquí, solo puedo ir a un lugar...

ROSIE

«SE está mejor en casa que en ningún sitio —repite Dorothy en la pantalla. Hace chocar los talones de color rubí tres veces, con los ojos cerrados, mientras Ben la imita—. Se está mejor en casa que en ningún sitio, se está mejor en casa que en ningún sitio...».

Cierro los ojos. «Se está mejor en casa que en ningún sitio...».

Ha pasado una semana desde que se fue Holly y esta casa no parece un hogar. Ha sido como vivir en una burbuja, todo el mundo caminando como zombis, esperando a que sonara el teléfono, a que volviera. Jack aún se maldice por haberle pedido a la madre de Melissa que la enviara a casa; al menos, antes estaba cerca. Pero aunque no le emociona que esté en Harvard, al menos está a salvo, y no quiere asustarla de nuevo, de modo que no le queda más remedio que esperar a que vuelva o llame cuando esté lista.

El tono estridente de mi móvil me sobresalta. Jack y yo lo miramos; Megan viene corriendo de la cocina.

Respondo de inmediato.

—¿Diga?

—¿Rosie? —Sarah tiene un tono de voz extraño, forzado.

—¡Ah, hola! —digo, sorprendida—. Un momento.

Jack me mira, nervioso, esperanzado, pero niego con la cabeza.

—Es una amiga de casa —susurro y veo cómo encorva los hombros mientras subo arriba.

Está así desde que Holly se fue, se sobresalta a la mínima que alguien llama a la puerta o cuando suena el teléfono. Lo está matando el hecho de que ella se haya ido. Mencionar a Sarah tampoco sería lo ideal teniendo en cuenta la situación.

—Hola —digo y cierro la puerta del baño detrás de mí—. ¿Va todo bien? ¡Debe de ser de madrugada en Inglaterra!

—Sí —responde con voz suave—. Acabo de llegar a casa.

—¿Sarah? —Un deje de su voz hace que me incorpore—. ¿Qué pasa? ¿Está bien la abuela...?

—La abuela está bien —suspira—. Al menos de momento...

—¿A qué te refieres? —pregunto. Me invade una sensación de pánico que me pone la piel de gallina—. ¿Qué pasa?

—Rosie... —Vacila—. Mira, no te culpo, de verdad que no, pero me habría gustado... Me habría gustado que me hubieras avisado antes, que me lo hubieras dicho tú misma. —Lanza un fuerte suspiro y me la imagino pasándose la mano por su pelo encrespado—. Rosie, alguien ha descubierto lo que pasó, el cambio de bebés, y

me ha demandado.

—¿Qué? ¡No! —le digo, y una sensación de alivio fluye por mis venas—. No, no pasa nada. Hubo... hubo un problema, pero ya está solucionado. Han retirado la demanda. —Ni tan siquiera sabía que Kitty la había presentado ya.

—¿De verdad? —pregunta Sarah con voz dubitativa y esperanzada—. De modo que ¿no tengo que preocuparme por el mensaje de correo electrónico que he recibido?

—No, se ha acabado —le prometo—. Kitty se ha echado atrás.

—¿Quién es Kitty?

—Mi... Mi verdadera madre... —respondo, algo incómoda—. Lo siento, Sarah, vine aquí a encontrarla, tenía que hacerlo... Pero llamó hace una semana y dijo que había retirado todos los cargos, no te preocupes.

Se hace una breve pausa.

—Rosie... —dice lentamente—. El mensaje de correo electrónico me lo han enviado hoy.

—¿Cómo? —Miro fijamente el teléfono—. Es imposible. —No puede haber cambiado de opinión, no puede ser...

—Compruebo el correo a diario —dice Sarah—. Me ha llegado hoy.

—¿Te lo han enviado directamente a ti? —Suelto un grito ahogado y contengo la respiración.

—Sí.

—Sarah... —digo lentamente, mientras una sensación de pánico se extiende por todo mi cuerpo como si fuese hielo—. ¿Quién te lo ha mandado?

HOLLY

SONRÍO mientras miro la pequeña libreta de direcciones rosa por enésima vez.

No sé por qué no se me había ocurrido antes. Después de todo, ¿por qué iba a permitir que Rosie se quedara con todo y yo sin nada?

Y Sarah... bueno, me encargaré de que reciba su merecido. Kitty tuvo una gran idea: hacerla pagar por su error, por haber provocado este desastre. Sin embargo, Kitty no se tomó suficientes molestias, para ella su valiosa carrera era más importante que la verdad. Pues bien, ahora seré yo quien cuente la verdad, igual que hizo Rosie cuando llamó a la puerta de mi casa, se comió mi pastel de cumpleaños y me robó la vida.

¿Qué decía la máxima? ¿La verdad os hará libres? A ver si Sarah opina lo mismo.

A fin de cuentas, Melissa tenía razón.

El dolor con dolor se quita.

ROSIE

«ESTO no puede estar pasándome», me digo mientras Jack se incorpora a la carretera principal y pisa el acelerador a fondo.

«No puede hacer esto, no puede demandar a Sarah, ahora no... No después de todo lo que nos ha hecho pasar Kitty...». Pero, claro que puede. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Al fin y al cabo está en su derecho... Ella más que nadie.

«Pero no puedo permitírselo, tengo que poner fin a esto y tengo que hacerlo ahora. Pero ¿cómo?».

Cuelgo el teléfono, abatida.

Sigue sin responder.

—¡Sigue intentándolo! —Me pide. Los faros de los otros coches iluminan las arrugas que le surcan la frente—. Tenemos que encontrarla y hacerle ver que demandar a Sarah no servirá de nada y que no beneficiará a nadie.

Da un manotazo en el salpicadero y pulso el botón de rellamada, pero el contestador salta una y otra vez durante el trayecto hasta Boston ya que Holly y Josh se niegan a responder.

Finalmente llegamos a nuestro destino, Jack aparca frente a un gran edificio de ladrillo rojo y baja del coche de un salto. Lo sigo y atravesamos un patio interior muy cuidado, en cuyo centro se entrecruzan dos caminos, y rodeado de árboles desnudos y que se estremecen a causa del frío.

Llama a la puerta cerrada con llave hasta que por fin responde alguien.

—¿Dónde puedo encontrar a Josh Samuels? —pregunta con un grito.

La chica se encoge de hombros, asustada.

—Lo siento, no lo...

—¿Cuál es su habitación? —Jack aparta a la chica—. ¿Dónde está mi hija?

—Eh. —Un chico musculoso se dirige hacia nosotros—. No puede entrar aquí así, por las buenas.

—¡Estoy buscando a mi hija! —exclama Jack con tono categórico—. ¡Está con Josh Samuels y tengo que verla ahora!

—Lo siento, señor, tendrá que irse. —El chico se acerca hasta Jack, con los puños cerrados en los costados—. Ahora.

Mierda.

—Jack... —Le tiro de la manga.

—No pienso irme —gruñe Jack, que mira de arriba abajo al chico— hasta que encuentre a Josh Samuels.

—¿De verdad? —El muro humano enarca una ceja.

—Jack, quizá deberíamos...

—Yo he visto a Josh.

Jack se vuelve y clava su mirada intranquila en el segundo chico.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Hum, hace media hora, más o menos...

—¿Dónde?

—Estaba montando en su coche con una chica pelirroja.

—¿Adónde iban? —pregunta Jack, nervioso.

—Ni idea. —El chico se encoge de hombros.

—Mierda —murmura Jack.

—Pero llevaba una maleta.

Jack levanta la mirada con un gesto rápido.

—¿Una maleta? —Se le suaviza la expresión—. Vuelve a casa...

—¿Y ahora ya se larga? —Gruñe el musculitos.

—Calma, muchacho. Nos vamos —murmura Jack, que lanza un suspiro de alivio mientras nos dirigimos hacia el coche—. Mi pequeña vuelve a casa.

Lo sigo en silencio y una sensación de desasosiego se extiende por mi estómago.

HOLLY

CASA. SE está mejor en casa que en ningún sitio.

Miro las luces de la ciudad que pasan fugazmente al otro lado de la ventanilla y sé que estoy haciendo lo correcto.

Sea lo que sea lo que ha sucedido, o lo que suceda, sigue siendo mi casa.

Es el lugar donde está mi corazón.

Donde está mi familia.

Al que pertenezco.

Sonrío.

Me muero de ganas por llegar.

ROSIE

OIGO el tono de llamada del teléfono antes incluso de llegar al coche y echo a correr para abrir la puerta.

—¡Rosie, por fin! —exclama Andy cuando respondo—. ¡Llevo más de una hora llamándote!

—Lo siento, es que intentaba hablar con Holly...

—¿Tiene un número de móvil nuevo?

—¿Qué?

—Rompió el suyo, ¿tiene uno nuevo? Tengo que ponerme en contacto con ella.

—No lo sé, estamos intentando encontrarla, está con Josh...

—No, no está con él.

Parpadeo.

—¿Ah, no?

Jack no me quita los ojos de encima y arranca el coche.

—No, pero... si lográis poneros en contacto con ella, decidle que me llame, ¿vale?

—Espera... ¿Cómo lo sabes?

—Lo siento, no puedo decírtelo... Se lo prometí.

—¡Andy, Holly se ha ido de casa y Jack está fuera de sí! Si sabes dónde está...

—No lo sé... —Andy duda—. Pero sé adónde va.

—¿Adónde?

Andy suspira.

—A Inglaterra.

—¿Inglaterra?

Jack me mira a los ojos.

—¡Mierda! El aeropuerto.

Me golpeo la cabeza contra la ventanilla y se me cae el móvil al suelo cuando Jack cambia de sentido y pisa el acelerador.

El pánico fluye por mis venas.

Inglaterra... Sarah...

La abuela...

HOLLY

—E.H. —Josh aparece junto a mí en la cola de facturación del equipaje, con una bolsa de caramelos—. He pensado que tal vez los necesitarías en el avión, cuando se te tapen los oídos. —Sonríe, mientras mastica uno—. Y que quizá también te apetezca alguno ahora.

Sonrío cuando me ofrece la bolsa que ya está abierta. No me he dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos hasta que he pasado unos días con él esta semana, cómo añoraba su calor, su risa, su presencia tranquilizadora a mi lado. Aunque debo admitir que ha sido un poco raro alojarme en su residencia. Es como si tuviera otra vida, llena de amigos a los que no conozco y de experiencias que no puedo compartir con él. Forma parte del equipo de debate, del periódico universitario ¡y hasta del coro! Mi Josh, al que nunca le había oído cantar. Está evolucionando, cambiando y creciendo ante mis ojos, se enfrenta a todos los nuevos retos y aventuras que le surgen y está adquiriendo más confianza en sí mismo. Encaja a la perfección en la universidad. Su mundo es este, su nueva vida.

Sin embargo, eso no le ha impedido estar a mi lado cuando más lo he necesitado. Sonrío. Tal vez encontremos una forma de superar todo esto, quizá no tenga que ser un todo o nada, la universidad o nosotros, el compromiso o la ruptura. Podemos salvar estas dificultades, podemos hacer que todo salga bien si lo intentamos con todas nuestras fuerzas. Al fin y al cabo, he conocido a todos sus amigos, y se ha comportado de un modo fabuloso conmigo: me ha prestado su teléfono para llamar a Charlotte, que se pondrá en contacto con una clínica inglesa cuando tengan mis resultados, y me ha escuchado sin juzgarme cuando por fin se lo he contado todo.

Bueno, casi todo.

Me muerdo el labio. Me siento fatal por no haberle hablado del bebé, pero teniendo en cuenta lo frágil que es nuestra relación tras el fracaso del compromiso, no quiero que se sienta obligado a estar conmigo solo porque estoy embarazada... Sobre todo cuando el bebé y yo podríamos haber heredado una enfermedad debilitante. Cuando aún no estoy del todo segura de si debería tenerlo o no...

Solo un secreto más. De momento.

Hasta que haya tomado una decisión.

—¿Estás bien? —me pregunta Josh con dulzura—. ¿Quieres que te acompañe?
¿Que compre un billete?

Lo miro a los ojos. ¿Lo haría? ¿Por mí? ¿Por la chica que lo abandonó? ¿Dejaría sus estudios y recorrería medio mundo conmigo para encontrar a mi familia?

Sonrío y le estrecho la mano. Claro que lo haría. Precisamente ese es el motivo por el que no puedo contarle que estoy embarazada. No puedo permitir que lo

sacrifique todo por mí.

—Gracias. —Sonrío—. Pero es algo que debo hacer sola.

—Vale. —Asiente, y un atisbo de preocupación le ensombrece el rostro—. Pero si necesitas algo, lo que sea, aquí me tienes. Siempre. No pienso apartarme de eso, ¿vale? —Me enseña su móvil y me entran ganas de llorar.

En ese preciso instante, el teléfono vibra cuando recibe otro mensaje de voz.

—¿Otra vez mi padre? —suspiro.

Asiente mientras escucha el mensaje, y se estremece por el tono de voz, que casi puedo oír yo misma.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —Arrugo la frente.

Josh me mira.

—Viene hacia aquí.

ROSIE

—¡VENGA, venga! —murmura Jack, que da un manotazo en el salpicadero cuando detenemos en otro semáforo en rojo—. ¿Qué terminal dice la página web?

Lo consulto en el móvil.

—Terminal E —le digo, revolviéndome en mi asiento, con los dedos de las manos y los pies cruzados y sin apartar los ojos del semáforo, que no hay forma de que se ponga en verde.

Tenemos que parar a Holly, tenemos que hacerlo. Esto es más grave que lo de Kitty. Ella solo buscaba publicidad, pero Holly quiere vengarse de mí y de Sarah... Cierro los ojos con fuerza. Tengo que detenerla.

Antes de que sea demasiado tarde.

Por fin llegamos al aeropuerto y me desabrocho el cinturón.

—Rosie, no puedo dejar el coche aquí...

—Tú aparca —le digo y abro la puerta—. Yo buscaré a Holly.

Cierro la puerta y echo a correr hacia el edificio de la terminal. Tengo que encontrarla. Entro en la terminal, con la respiración entrecortada, examinando, escudriñando el edificio como si mi vida dependiera de ello.

Porque así es.

HOLLY

¡VENGA, venga! Muevo el pie con impaciencia mientras el tipo de facturación escanea mi pasaporte.

—Es la primera vez que viajas al extranjero, ¿verdad? —Sonríe—. ¡Espero que no te marees!

Esbozo una sonrisa forzada y lanzo una mirada nerviosa hacia la entrada. Aún no hay ni rastro de papá, gracias a Dios... Esto será mucho más fácil sin una escena de por medio.

—¿Pasillo o ventanilla? —pregunta el tipo.

—¡Me da igual!

Me encojo de hombros sin apartar los ojos de las puertas, observando a todos los que entran. Josh me aprieta la mano y recuerdo que estoy conteniendo la respiración.

Por fin el tipo me da la tarjeta de embarque y miro mi bolsa, que desaparece arrastrada por la cinta transportadora. No hay vuelta atrás...

Me asalta una pequeña duda, pero no le hago caso. Estoy haciendo lo adecuado, sé que esto es lo adecuado; es mi abuela, mi familia... y merezco que me den algunas respuestas.

En cuanto a Sarah... Siento un escalofrío. Merece la que le va a caer encima. Ha llegado el momento de que asuma las consecuencias de lo que hizo, de que se enfrente a mí.

—Eh. —Josh me da un fuerte abrazo y me relajo un poco—. Cuídate mucho, ¿vale?

—Tú también —susurro, rodeada por sus fuertes brazos, como si no fuera a soltarme jamás.

—Tráeme un gnomo.

Río sin ganas.

—¿Un gnomo?

—Sí. —Sonríe—. Siempre he querido un gnomo. Que se llame Yoda.

Sonrío.

—Te lo prometo. —Le doy un beso en la mejilla.

Entonces se me borra la sonrisa de la cara.

ROSIE

—¡HOLLY! —grito con todas mis fuerzas.

Se vuelve y echa a correr, pero soy más rápida y la agarro del brazo.

—¡Espera, Holly!

—¡Eh! —exclama Josh mientras Holly intenta que la suelte.

—Escúchame, por favor. Solo quiero que me escuches. No lo hagas, por favor.

—¿Por qué no? —me espeta, fulminándome con la mirada—. ¿Por qué no debería hacerlo?

—Holly, por favor —le suplico—. ¡Sarah irá a la cárcel! Nunca quiso hacerte daño, fue un error. ¡Le arruinarás la vida!

—¡Ella me la ha arruinado a mí! —replica—. ¿Por qué no debería recibir su castigo? ¿Por qué no debería ir a buscar a mi familia? Es lo que tú hiciste. ¡Al fin y al cabo, es mi abuela!

—Porque...

La miro, presa de la impotencia, y un millón de motivos se agolpan en mi cabeza. Porque es una mujer mayor. Porque destruirías su mundo. Porque es mía...

—Porque no lo sabe —le digo, aunque yo misma me doy cuenta de lo débiles que suenan mis palabras.

—Yo tampoco. —Se vuelve y arrastra a Josh por la terminal.

—Holly, por favor. —La persigo, desesperada—. Tienes derecho a estar furiosa, ambas lo tenemos, ¡pero esto no resolverá nada! ¡No puedes volver atrás en el tiempo!

—Tú lo intentaste. —Replica Holly.

—¡Sí, y mira lo bien que me fue con Kitty! ¡Estaba mejor sin ella!

—¡Te resulta muy fácil decirlo! —me espeta—. Pero yo no podré saberlo. ¡Mi madre está muerta!

—Lo sé, Holly... ¡Soy yo quien la vio morir!

Se estremece.

—¿De verdad crees que mi vida ha sido tan fácil? ¿Que soy la más afortunada de las dos? —La miro con incredulidad y el pulso acelerado—. Era mi madre, mi mundo... Y no pude hacer nada, tuve que limitarme a ser testigo...

Aparta la mirada.

—Tú has tenido dieciocho años, Holly. Dieciocho felices y maravillosos años con un padre que te quiere más que nada en este mundo, una madrastra fantástica y un hermano pequeño adorable... ¿Y crees que soy yo la afortunada? —Se me saltan las lágrimas.

Holly se muerde el labio.

—¿No te das cuenta de que no hay ganadores? Somos iguales, yo nunca he tenido padre y tú nunca has tenido madre. Ambas somos las víctimas de este accidente, este error.

—¡No somos iguales! —me grita—. ¡Mis padres están muertos! ¡Nunca los conoceré! —dice con voz temblorosa y me mira a los ojos—. Nunca me conocerán, ¡y nunca tuvieron la oportunidad por culpa de Sarah!

—Holly. —Bajo la voz, porque la gente empieza a mirarnos—. Lo sé. Lo siento, no quería...

—Y no, no fue un accidente. —Gruñe, con los ojos encendidos—. No fue un error; tu madre no te quería. Te abandonó, huyó. ¡Eso fue lo que sucedió! ¡Si Kitty no te hubiera abandonado, no te habrías metido en este problema!

Me quedo helada al ver el brillo de sus ojos.

—Mi madre se moría de ganas de tenerme, tú misma me lo dijiste, me quería más que ninguna otra cosa en este mundo, pero alguien me impidió estar con ella, tu amiga me robó... ¡Esa es la diferencia!

La miro, atónita, mientras Josh la rodea con un brazo e intenta calmarla.

—No fue un accidente —repite, fulminándome con la mirada, con esos ojos cristalinos—. A ti te abandonaron —insiste con gran frialdad—. A mí me robaron.

Trago saliva y siento náuseas. Tiene razón. Kitty no me quería, nunca me quiso, me abandonó. En dos ocasiones...

—Aquí nadie fue abandonado —dice con voz calma Jack, que aparece detrás de mí.

Holly lo mira con la mandíbula tensa.

—Holly —dice Jack—. Rosie, ha habido mucha gente que os ha demostrado su cariño. Y que os seguirá queriendo. Esto no cambia nada, el ADN no importa...

—¡Ja! —exclama Holly con frialdad—. No esperaba que dijeras otra cosa.

Jack la mira, blanco como la cera.

—No eres mi padre, ¿verdad? —dice Holly con un tono distante—. Nunca lo has sido. —Entonces me mira, para mi sorpresa—. Y tú no eres...

—Holly, no. —La interrumpe Jack, que la agarra de los hombros, situado de espaldas a mí—. Por favor...

Holly lo mira con el rostro transido de dolor. Sacude la cabeza con un gesto de incredulidad.

—Incluso ahora —susurra—. ¿Incluso ahora?

—Holly...

—¡Apártate! —grita, y se aleja de Jack—. ¡No te atrevas! —chilla con la voz quebrada por las lágrimas—. ¡No te atrevas a decirme qué debo hacer, no eres mi padre, nunca lo has sido!

—Holly... —Jack lo intenta de nuevo.

—¡No me toques! —Holly retrocede y se sitúa detrás de Josh, que lanza una mirada incómoda a Jack.

La gente ya nos mira sin disimular y un guardia de seguridad se dirige hacia nosotros, pero Holly parece ajena a todo ello y mira a Jack con el rostro descarnado a causa de la emoción.

Se vuelve hacia mí, abre la boca, pero la cierra de nuevo y una cruda sombra le cubre el rostro. A continuación coge su bolsa, con la espalda recta, los hombros erguidos, y sin mediar palabra, coge a Josh de la mano y se van.

HOLLY

—¡HOLLY! —grita papá, que me sigue, pero continúa andando, concentrada en poner un pie delante de otro, en dirección al control de pasaportes.

Unas lágrimas cálidas se deslizan por mis mejillas y las seco con un gesto furioso, mientras Josh me agarra la mano con fuerza.

—¡Holly! —Papá me coge del brazo.

—Jack —dice Josh sin alzar la voz—. No puedes impedirselo.

Papá niega con la cabeza.

—No lo estoy intentando —dice con voz calma y perdida.

Me mira con gran tristeza.

—Si es lo que quieres, Holly, si esto es lo que verdaderamente quieres...

—Lo es —le digo con firmeza y la mandíbula tensa.

—Entonces te acompañaré.

Lo miro, sorprendida.

—Eres mi niña pequeña, Holly-Berry —susurra—. Por mucho que digas, siempre lo serás. —Me mira al borde de las lágrimas—. Solo quiero que seas feliz.

Lo miro a los ojos. ¿Vendría conmigo? ¿A buscar a mi familia? ¿A mi verdadera familia?

—No —respondo con voz temblorosa y negando con la cabeza—. Gracias, pero no... Tengo que... Tengo que hacerlo sola.

Me mira apesadumbrado, como si nos estuviéramos despidiendo por última vez.

—Lo entiendo.

Asiente y parpadea varias veces. Se frota la cara con un gesto brusco, coge su cartera, la abre y me pone un fajo de billetes en la mano.

—Buena suerte, cariño —susurra. Se inclina hacia delante y me besa en la frente. El aroma familiar de su chaqueta me embarga y me escuece en los ojos—. Te quiero.

Lo miro, con el corazón desgarrado.

¿Cómo he llegado hasta aquí?

Lo miro durante unos instantes que parecen eternos, hasta que su rostro se vuelve borroso y no puedo respirar... Entonces cierro los ojos, respiro hondo y me obligo a darme la vuelta para alejarme de todo lo que he conocido, lo que siempre he querido, y dirigirme hacia el futuro borroso que hay ante mí...

ROSIE

—¡ESTO es una locura! —le grito a la mujer de la compañía aérea—. ¡Tiene que haber algún vuelo, un asiento en lista de espera o algo así!

—Esta noche no, lo siento, señora —dice la mujer, con calma—. ¿Desea que le reserve un asiento en el vuelo del día treinta? Me temo que es la primera plaza disponible que tenemos en estos momentos.

—¡De acuerdo! —digo, tirándome del pelo—. De acuerdo, sí. Sí, por favor.

La observo, abatida, mientras realiza la reserva.

El treinta, cuatro días enteros. Tengo que esperar cuatro días enteros antes de poder tomar un avión. Cuatro días durante los que Holly podría acabar con mi mundo, con mi vida, con mi abuela... Y no puedo hacer absolutamente nada al respecto.

—Venga, Rosie —dice Jack con voz amable—. Vámonos a casa.

Casa. No estoy segura de que exista tal lugar en mi vida...

Lo sigo hasta el coche con el ánimo por los suelos.

No me puedo creer que le permitiera embarcar, simplemente se limitó a dejarla subir al avión...

Pero, claro, ¿cómo iba a detenerla? Suspiro. Holly solo está haciendo lo que hice yo. Cierro los ojos y pienso en la abuela, tan frágil, tan débil; en Sarah, tan cariñosa y buena. Ninguna de las dos merece nada de esto.

Y todo es culpa mía. Yo abrí la caja de Pandora y ahora todos los males se han dispersado por mi mundo y están destrozando cuanto amo, sin que pueda controlarlos. Lanzo un fuerte suspiro.

Pero aún no, Holly aún no ha llegado, me digo. Todavía tengo tiempo. Tardará seis horas en aterrizar. Quizá cambie de opinión...

Sí, suspiro. Y quizá las vacas vuelan.

HOLLY

ME despierto con una sacudida cuando se activan las señales luminosas del cinturón de seguridad. Me quito el antifaz y echo un vistazo a mi alrededor. Los primeros rayos de luz de la mañana se filtran por las diminutas ventanas y Londres se extiende a nuestros pies. Me froto los ojos y veo los lugares y edificios más famosos de la ciudad: el London Eye, el Big Ben, el Palacio de Buckingham... Es como un sueño.

Este es mi sueño, pienso con tristeza. Aquí estoy, por fin he emprendido mi viaje, pienso, y me acaricio el estómago. Aunque no ha ido tal y como había planeado...

Cuando llego al hotel estoy exhausta; el cambio horario, supongo. Estoy en Maybridge, la ciudad más cercana a Bramberley, pero tal vez sea mejor que posponga el encuentro hasta que me haya arreglado un poco. Me miro en el espejo del hotel y me alegro de haber tomado esta decisión: ahora mismo doy pena.

Me dejo caer en la cama y miro el pequeño libro de direcciones.

Abuela. La palabra me produce una sensación de hormigueo en la lengua. Está tan cerca ahora... En el siguiente pueblo, al otro lado de la línea telefónica...

Podría llamarla, creo, y contemplo la idea. Solo para asegurarme de que tengo la dirección correcta... Cojo el teléfono, marco los números con inseguridad, el código que desbloqueará mi historia, y contengo la respiración cuando empieza a sonar.

—¿Diga? —pregunta una voz agradable y melodiosa—. Residencia de Laura Fisher.

No puedo respirar, paralizada por el sonido de su voz.

—¿Diga? —insiste—. ¿Hay alguien ahí?

Cuelgo el teléfono, con el corazón desbocado. Es ella. Es real. Mi abuela... Y voy a verla. Mañana la veré.

Me muerdo el labio y una sensación mezcla de miedo y emoción se apodera de mí.

O quizá pasado mañana.

ROSIE

MIRO mi teléfono móvil mientras los rayos de sol empiezan a deslizarse por el techo. Son las 5.05 de la mañana.

Holly ya debe de haber llegado a Inglaterra, donde son cinco horas más. Tal vez ya esté incluso en Bramberley.

Se me pone la piel de gallina.

Miro fijamente el teléfono, intentando adivinar qué está sucediendo al otro lado del Atlántico.

Podría llamar a Andy por enésima vez, comprobar si ha logrado ponerse en contacto con Holly, convencerla de que no vaya a ver a la abuela...

Sí, claro. Como si hubiera alguien en el mundo capaz de convencerla de ello. Nunca había visto a nadie más empeñado en salirse con la suya. Además, me habría llamado si lo hubiera conseguido. Suspiro.

Siempre podría llamar a la abuela yo misma... Sería mejor que se enterara por mí, mejor, al menos, que saberlo por boca de Holly, una desconocida... aunque esa desconocida sea su nieta.

Cojo el teléfono y me tiembla la mano mientras marco el número familiar. Contengo la respiración cuando empieza a sonar.

Quizás ha salido. Quizá no esté en casa cuando Holly...

—¿Diga? —dice la abuela, con una voz cálida y dolorosamente familiar—. Residencia de Laura Fisher.

«Puedo hacerlo. —Cierro los ojos y el teléfono me tiembla en la mano—. Tengo que hacerlo».

Abro la boca pero soy incapaz de articular una sola palabra.

—¿Diga? —insiste, con impaciencia—. ¿Diga? ¿Quién es?

Se me forma un nudo en la garganta y, a pesar del gran esfuerzo que hago, no me salen las palabras. ¿Por dónde empiezo? ¿Cómo puedo explicarle semejante embrollo?

—¿Diga?

Cuelgo, suelto el teléfono como si fuera un pedazo de carbón ardiendo y hundo la cabeza en la almohada.

«No puedo... No puedo hacerlo... ¿Cómo voy a decírselo?».

HOLLY

MIRO el cartel al pasar de largo.

«Bienvenido a Bramberley, pueblo hermanado con Charmoines-sur-mer».

Siento un escalofrío. Es aquí. Mi ciudad natal, mi pueblo, más bien. Miro por la ventanilla del taxi cuando las colinas verdes y ondulantes dan paso a hileras de casas apiñadas, luego a un estanque de patos y, ¡no puede ser, un castillo de verdad! Sonrío. A Melissa le encantaría esto. Es como viajar al pasado, a un mundo distinto, lleno de campos de ovejas y vacas, cabañas con el techo de paja, *pubs* rústicos, un gran iglesia de piedra...

—¡Espere! —grito de repente, volviéndome hacia el taxista—. ¡Deténgase aquí, por favor!

Bajo del coche y contemplo el gran edificio de piedra gris, con sus enormes vidrieras de colores y la enorme esfera negra del reloj. Sigo el camino de grava hasta la verja de hierro y entro en un cementerio con el suelo cubierto de lápidas.

Se me corta la respiración al leer la inscripción de cada lápida...

Y, de repente, ahí está.

Hipnotizada, miro la lápida, grabada con letras claras y recientes.

«Gertrude Kenning, amada hija, esposa y madre».

Madre...

—¿Mamá...?

Se me encoge el corazón, aplastado por un enorme peso, al darme cuenta de que, da igual adónde vaya o lo que haga, nunca podré ir más allá de esta lápida, de este césped embarrado; esto es lo más cerca que estaré de mi madre.

Acaricio la tierra helada y mis lágrimas resplandecen sobre los pequeños brotes de hierba.

Era mi madre y nunca me tuvo en sus brazos. Nunca me conoció... Nunca me conocerá...

—Estoy aquí, mamá —susurro—. He vuelto.

Demasiado tarde.

La lápida se mueve antes mis ojos cuando me inclino hacia delante para tocarla: qué suave, qué dura, qué fría.

Solo unas semanas... Pienso desconsoladamente. No he podido conocerla por unas míseras semanas.

—Te echo de menos, mamá —le digo, con la voz quebrada, en el cementerio vacío—. Te echo muchísimo de menos.

Las palabras se difuminan cuando las acaricio con dedos temblorosos.

D - A - V.

Sorprendida, pestañeo y enfoco la mirada.

«David Kenning, amado hijo, esposo y padre».

Padre...

Es la lápida de mi padre y de mi madre... de mi padre biológico.

Cinco de enero...

Mi cumpleaños. El año en que nació.

Me embarga una sensación de culpabilidad sin previo aviso. Rosie nunca conoció a su padre. Nunca tuvo padre...

Tengo grabada a fuego en la cabeza la imagen de papá en el aeropuerto y siento una punzada de dolor en el corazón. Yo he tenido padre durante todo este tiempo, toda mi vida, un padre real y maravilloso como el que más, y nunca habría podido conocer a mi padre biológico porque murió la noche que nació...

La noche que nacimos.

Me estremezco al imaginar lo que debió de sentir Trudie, lo que sentiría yo si estuviera dando a luz y me dijeran que Josh había muerto, si mi bebé estuviera enfermo... si muriera...

Una abrumadora tristeza se apodera mí mientras observo la lápida.

Esto... Esto fue el desencadenante de todo. No la codicia, ni el egoísmo, ni una negligencia, sino esta tragedia. Por eso Sarah nos cambió. Este hombre, mi padre, murió. Si no hubiera muerto, si no hubiera habido una tormenta... Cierro los ojos e imagino lo que debió de sentir mi madre, la indefensión, la desesperación... Preocupada por su bebé enfermo y, al mismo tiempo, llorando la muerte de su marido...

Y ahora ella también está muerta. Ambos han fallecido. Y aquí estamos, peleándonos por ellos, cuando ya no están en este mundo.

Ambos los hemos perdido. Para siempre.

Y nada nos los devolverá.

ROSIE

ESTO no tiene sentido. Compruebo el móvil por enésima vez en el fin de semana. Que no haya noticias son buenas noticias, ¿no? Si la abuela lo supiera, me habría llamado.

O quizá no... Quizá no quiera dirigirme la palabra nunca más...

Siento una punzada de dolor en el estómago mientras observo el teléfono en silencio.

¡Esto es una tortura! He intentado no pensar en ello, distraerme con otras cosas, pero no puedo concentrarme, no puedo dormir, no puedo vivir así: sin saber lo que sucede, presa del pánico, esperando a que suene el teléfono y, al mismo tiempo, aterrorizada ante esa posibilidad... ¡Estoy volviéndome loca!

Respiro hondo y cojo el teléfono con determinación.

«Esta vez voy a hacerlo —me digo a mí misma—. Voy a decírselo. Tengo que hacerlo. Debe saberlo».

Si no lo sabe ya.

Me asaltan las dudas, pero marco el último número y me armo de valor cuando empieza a sonar el teléfono.

No voy a colgar, no voy a colgar, no voy a...

—Hola...

—¡Abuela! —exclamo antes de que pueda echarme atrás de nuevo—. Abuela, yo...

—Has llamado a la residencia de Laura Fisher. En estos momentos, no puedo atenderte. Por favor, deja un mensaje después de la señal.

¡Mierda! ¡No puedo decírselo con un mensaje!

Cuelgo y dejo caer el teléfono en la cama. Me pongo a caminar de un lado a otro de la habitación como un animal enjaulado, tirándome del pelo. ¡Qué desesperación! No puedo quedarme aquí sentada esperando, dándole vueltas a la cabeza, preocupándome... De repente veo mi mochila.

Cojo mis cosas y empiezo a meterlas dentro.

Al menos puedo esperar en un lugar más útil.

HOLLY

UN repique de campanas rompe el silencio y el súbito ruido me sobresalta y asusta también a una pequeña bandada de gorriones cantarines, que inunda el cielo como una lluvia de confeti. Un grupo de chicas sale de la iglesia entre risas, seguidas de unas madres jóvenes con sus cochecitos de paseo, y los niños pequeños corren y se persiguen entre las lápidas.

El torrente de gente que sale de la iglesia continúa. Los feligreses toman el camino que hay detrás de mí, hablan en voz alta y sus pasos crujen al pisar la grava. Agacho la cabeza cuando pasan a mi lado y me alejo de la multitud, del ruido, sin levantar los ojos del suelo, y cruzo la calle.

—¡Señora Fisher! ¡Laura!

El corazón me da un vuelco y me doy la vuelta. Miro a la multitud, con apremio, paso de una persona a otra rápidamente por miedo a perderla, aunque ni tan siquiera sé qué aspecto tiene.

Hasta que la veo.

Sé que es ella. Lo sé.

Su pelo blanco es una nube esponjosa alrededor de su rostro en forma de corazón, el abrigo y la falda lila realzan su cuerpo menudo, oigo su risa cálida y viva cuando se vuelve agradecida para coger la bufanda que había olvidado en la iglesia y que le entrega un niño pequeño.

Mi abuela. La miro y me empapo de todos los detalles. Me doy cuenta de que tiene mi nariz. O más bien, de que yo tengo la suya. Sigo caminando lentamente, pero intento no perderla de vista y me veo obligada a estirar el cuello para ver entre los feligreses que se interponen entre nosotras. Frustrada, cruzo de nuevo la calle. Los nervios se apoderan de mí y quiero verla mejor.

De pronto, me mira y me quedo paralizada, con el corazón en un puño.

La miro fijamente a los ojos y se me corta la respiración.

Ni tan siquiera me fijo en el coche que derrapa para esquivarme.

Hasta que de repente lo veo.

ROSIE

RESPIRO hondo, me echo la mochila al hombro y entro en la sala de estar.

Megan está leyendo y Jack hace un rompecabezas con Ben, por lo que tardan un poco en darse cuenta de mi presencia. Los observo en silencio y la imagen queda grabada en mi memoria. Me invade una gran pena.

Al final Jack levanta la mirada y se fija en mi abrigo y la mochila.

Deja la pieza que tiene en la mano.

—Creía que tu vuelo no salía hasta dentro de unos días.

—Así es —admito—, pero quiero esperar en el aeropuerto. Tal vez quede alguna plaza libre y si estoy ahí...

—Ya sabes que no tienes que ir si no quieres —dice con voz suave.

—Lo sé —suspiro—. De verdad. Pero quiero decírselo a la abuela en persona. —Pestañeo varias veces—. Si no es demasiado tarde ya.

Jack me abraza, me acaricia el pelo y cierro los ojos con fuerza, intentando recordar este momento para siempre.

Su afecto y su amor resultan reconfortantes y desgarradores a la vez.

Mi padre.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para apartarme, y trago saliva.

—¿Te importa que llame al taxi desde el teléfono de casa?

Niega con la cabeza.

—Te llevo yo.

—Creo que preferiría ir en taxi —insisto con delicadeza—. Podría tardar varias horas en conseguir un vuelo y... —Aparto la mirada—. No se me dan bien las despedidas.

Jack traga saliva, se frota la frente y asiente.

«Y si estás ahí —pienso, al pasar junto a él en dirección al teléfono—, tal vez no sea capaz de subir al avión».

HOLLY

ABRO los ojos y no tengo la menor idea de dónde estoy. Parpadeo unas cuantas veces, intentando enfocar la vista. Veo a gente con bata blanca, estoy tendida en una cama, me pesa todo el cuerpo y tengo la extraña sensación de que me han abducido unos extraterrestres.

Intento moverme, pero siento una fuerte punzada de dolor en las sienes y desisto de inmediato. Cierro los ojos con fuerza y, como un fogonazo, recuerdo el coche.

El bebé.

De pronto no puedo respirar. Intento incorporarme, me llevo las manos al estómago.

Lo he perdido, lo sé...

—¿Holly? —Una enfermera aparece a mi lado y me coge la mano—. Holly, me alegro de que estés despierta. —La miro con desesperación y me sonrío—. No pasa nada, el doctor va a examinarte. ¿Puedes decirme dónde sientes dolor?

—Mi bebé —le digo—. Oh, Dios, mi bebé...

—¿Estás embarazada? —pregunta y se le desencaja el rostro, pero enseguida vuelve a lucir una sonrisa—. Tranquila, te haremos un examen completo a ti y al bebé. —Me estrecha la mano—. Estás en el lugar más adecuado.

Asiento con un movimiento apenas perceptible. El pánico que me invade es tan intenso, tan real, que se me corta la respiración.

Mi bebé, mi querido bebé... Es culpa mía, no lo merecía; iba a abortar...

¡Abortar! Noto el sabor de bilis en la boca y cierro los ojos. Lo siento, lo he dicho demasiado tarde. Lo siento mucho...

—¿Te gustaría que llamáramos a alguien en especial? —pregunta la enfermera—. ¿Que les dijéramos que estás bien?

Niego con la cabeza y la enfermera se va. La observo y me siento muy pequeña e indefensa.

—A papá —digo con voz infantil y apenas audible—. A mi papá.

ROSIE

EL teléfono suena cuando estoy a punto de llamar al taxi. Lo miro, sobresaltada, y descuelgo.

—¿Diga?

—Hola —dice una voz lejana—. Hola, me gustaría hablar con el señor Jack Woods.

—Un momento. —Le doy el teléfono a Jack—. Es para ti.

—¿Diga?

Me siento de nuevo con la mochila entre las rodillas. Megan me da un fuerte abrazo y Ben se sienta en mi falda.

—Te echaremos de menos —susurra Megan, que me besa en la frente.

—Y yo a vosotros.

Los abrazo a ambos. Los echaré muchísimo de menos, a Megan y a Ben, y sobre todo a Jack. Lo miro mientras habla por teléfono y se me encoge el corazón. Mi padre...

Pero es algo que debo hacer.

Jack cuelga. Me levanto para coger el teléfono, pero me lo impide.

—No necesitarás el taxi, Rosie —me dice, frotándose la cara—. Iré contigo.

—Jack...

—A Inglaterra.

Megan lo mira con ojos desorbitados.

—¿Cómo?

—Me han llamado de un hospital —dice, pálido y demacrado—. Holly ha tenido un accidente.

Levanto la cabeza con un movimiento brusco.

—¿¡Qué?! —exclama Megan—. ¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

—Sí, está bien. —Asiente con un gesto ausente, sin dejar de mirar el teléfono—.

La enfermera ha dicho que está bien.

—¡Oh, gracias a Dios! —Megan lanza un suspiro y se dibuja una expresión de alivio en su rostro.

¡Gracias a Dios!

Jack levanta la vista, pálido.

—Y el bebé también.

HOLLY

—¿**V**A todo bien? —Miro a la comadrona con incredulidad—. ¿Está segura de que el bebé está bien?

—El bebé no tiene ningún problema. —Sonríe y me limpia el gel para ecografías de la barriga—. Ninguno. Eres una chica afortunada, solo te has hecho unos cuantos cortes y moratones. Otro gallo cantaría si el coche hubiera ido más rápido.

—Gracias a Dios.

Apoyo la cabeza en la almohada y me llevo la mano a la barriga, que está fría.

Gracias a Dios. No me lo puedo creer. No me puedo creer la suerte que he tenido.

—Ahora deberías descansar un poco. —Me aconseja—. Ha sido un día muy tenso, jovencita; el reposo os irá muy bien al bebé y a ti.

Asiento.

De repente el cansancio ha hecho mella en mí.

—De acuerdo.

—Y si te portas bien, intentaré conseguirte *mousse* de chocolate para la cena. Normalmente solo la servimos los lunes y va muy buscada, pero me llevo bien con las cocineras, así que ya veremos qué puedo hacer. —Me guiña un ojo—. Está riquísima.

—Gracias —le digo, y se me forma un nudo en la garganta de gratitud—. Muchas gracias.

—De nada. Ahora descansa, ¿de acuerdo? Por la mañana te darán el alta, así que aprovecha la estancia.

Me lanza una sonrisa y le devuelvo el gesto.

—¡Sarah! —La llama otra enfermera—. Sarah, ¿puedes venir un momento?

Se me congela la sonrisa.

—No hay paz para los malvados. —Me guiña un ojo—. No te muevas, enseguida vuelvo con la *mousse*.

La miro mientras se aleja y la sensación de incredulidad es más fuerte que nunca.

¿Sarah?

ROSIE

¿ESTÁ embarazada? ¿Holly está embarazada?

Oh, Dios, con la tensión a la que ha estado sometida, ¿y está embarazada?

Miro por la ventanilla mientras tomamos la pista de despegue; las últimas horas se convierten en un recuerdo vago y borroso, la cabeza aún me da vueltas después de la noticia e intento ver las señales que he pasado por alto: su estado de ánimo, sus actos, sus palabras...

De pronto me acuerdo de la prueba. Me hizo varias preguntas sobre la prueba...

Cierro los ojos. No puedo ni tan siquiera imaginar qué haría yo en su situación, lo que debe de haber sufrido durante todo este tiempo. Dios, ya es lo bastante difícil asumir todo lo relacionado con la enfermedad de Huntington, pero saber que tu hijo podría heredarla... Y no se lo ha dicho a nadie. Miro a Jack que, ausente, no aparta los ojos de la ventanilla del avión. Está conmocionado desde que sabe la noticia. Al menos hemos logrado que nos dieran unos asientos de lista de espera, ya estamos en camino. Pero él no lo sabía. Holly no se lo dijo. Ni a él ni a nadie. A no ser que...

Andy. Andy le prestó su móvil, fue a verla varias veces, pasó el día con ella... ¡Lo sabía! Holly debió de confiarle el secreto. Sonrío. Ojalá yo hubiera hecho lo mismo.

Miro el reloj. Seis horas y media. Dentro de seis horas y media ya estaremos allí. Jack estará con Holly, y yo, en casa. Se me encoge el estómago.

Quién sabe qué nos espera.

HOLLY

CRUZO la puerta del hospital, salgo a la calle y me ciega la luz del sol. Es un nuevo día, precioso, despejado y claro. Borrón y cuenta nueva, pienso; respiro hondo y noto el aire frío y fresco en mis pulmones. Una segunda oportunidad. Para ambos.

Veo una cabina telefónica, cojo unas monedas y cruzo los dedos mientras marco el número del móvil de papá. Que responda, por favor...

«Hola, has llamado al teléfono de Jack...».

Se me encoge el corazón al oír su voz, aunque sea en un mensaje grabado, y, de nuevo, no puedo creerme que decidiera irme de casa.

—Papá, soy yo... Vuelvo a casa. —Poco a poco me invade la felicidad—. Te quiero.

Cuelgo con una sonrisa en la boca e intento coger un taxi que acaba de dejar a una familia.

—¿Adónde vamos?

—Un momento.

Busco la dirección del hotel en mi bolso. Tengo que recoger mis cosas antes de irme al aeropuerto. Me muero de ganas de volver a casa, de sentir el abrazo de papá, de que me diga que todo va a ir bien ¡y que le hace mucha ilusión ser abuelo! De regresar junto con mi familia.

Veo la pequeña agenda rosa en un rincón del bolso, resplandeciente bajo la luz del sol.

Mi familia...

ROSIE

—BIENVENIDOS a Londres. Pueden desabrocharse los cinturones y encender los teléfonos móviles —anuncia la auxiliar de vuelo mientras Jack y yo salimos al pasillo y quedamos atrapados tras un grupo de gente que está cogiendo el equipaje de los compartimentos superiores con una lentitud exasperante.

—¡Venga, venga! —murmura Jack, mientras la cola avanza centímetro a centímetro.

Nos dirigimos hacia la terminal a toda prisa, pero nos vemos obligados a detenernos al encontrar más colas en el control de pasaportes, en la recogida de equipajes, en la aduana... Observo a Jack, que cierra los ojos, exasperado.

La gran tensión a la que ha estado sometido se refleja en las arrugas de su rostro.

Estoy a punto de dejarme las maletas.

Al final salimos de la terminal y tomamos un taxi que se aleja del aeropuerto a toda velocidad, en dirección sur. Jack mira por la ventana, con rostro inexpresivo, tamborileando con los dedos en la manija de la puerta. Parece que vamos a tardar una eternidad. Me recreo en la vista de los verdes campos, un *patchwork* de prados, mientras nos dirigimos a casa.

Resulta extraño encontrarme en este entorno familiar, atravesar esta ciudad que ya conozco, acompañada de Jack. Es como si estuviéramos fuera de lugar, como si Jack hubiera llegado aquí procedente de otro mundo, el suyo, aunque este, claro, también es su país, incluso ha estado en esta ciudad...

—Oh, Dios mío —dice de pronto, y lo miro. Está pálido como la cera.

—¿Qué? —pregunto, nerviosa—. ¿Qué pasa?

Entonces lo entiendo. Fuera, se alzan las enormes paredes blancas del hospital, altas e imponentes.

—Oh, Dios mío —digo, mientras el taxi se detiene fuera—. ¿Este es el hospital en el que la ingresaron? —Miro a Jack con incredulidad—. ¿Aquí?

Jack asiente y las arrugas que surcan su cara se vuelven más profundas.

—Debería haberme dado cuenta...

Niega con la cabeza mientras dejamos atrás el cartel familiar y nos detenemos en el aparcamiento.

Hospital St. Anne, Maybridge.

Aquí es donde empezó todo.

HOLLY

MIRO la casa y compruebo la dirección de nuevo. Es esta.

Detrás de mí, el taxi se aleja y desaparece al doblar la esquina. No hay vuelta atrás.

Observo la calle, las casitas, de aspecto immaculado, apiñadas como sardinas, con sus jardines delanteros idénticos. Hay un gnomo de plástico sentado, pescando en un estanque congelado, con una sonrisa amplia y alegre a pesar del frío. Sonrío y pienso en Josh. Yoda.

Respiro hondo y recorro el camino de entrada, pisando la grava traicionera, que revela mi presencia. Me muerdo el labio al llegar a la puerta y levanto la mano para llamar.

¿Y si esto es un error? Dudo, vuelvo a meter la mano en el bolsillo y miro la puerta. Hay una herradura de hierro que cuelga sobre el marco, y un pequeño cartel escrito a mano pegado en la cara interior de la ventana de cristal: «No se acepta publicidad, gracias», y una cara sonriente. Esto es real. Es la casa de mi abuela.

Cierro los ojos, toco la herradura para que me traiga suerte y antes de que me dé cuenta ya he llamado al timbre. Miro fijamente la puerta, con el corazón desbocado.

Nada.

Espero un minuto, con la respiración contenida. Me siento más valiente, pero albergo la esperanza de que no haya nadie en casa. Llamo una vez más, como un niño que ha hecho una apuesta con sus amigos a ver quién es más valiente y aguanta más tiempo. Miro por la ventana mientras el timbre resuena en la casa vacía. Cierro los ojos, me trago mi decepción, y siento una extraña sensación, a medio camino entre el mareo y el alivio.

Es una señal. No estoy destinada a conocerla, ni ella a saber la verdad.

Echo una última mirada larga y cariñosa a la casa, sonrío y me vuelvo, en el momento en que un coche se detiene en el camino de entrada.

Lo miro como si me hubieran pillado haciendo algo malo, paralizada. Se abre la puerta y baja una mujer bajita y con el pelo canoso, que lleva el bolso colgando del hombro. Es la mujer de la iglesia. Mi abuela.

—Hola. —Sonríe y cierra la puerta del coche antes de dirigirse hacia mí—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Ho-hola —balbuceo. Mis pies permanecen inmóviles como los del gnomo—. Soy...

¿Qué soy? Eh, sorpresa, ¿soy tu nieta, la que no conoces? Seguramente le daría un infarto, aquí mismo, en la calle.

—Perdone, ¿vive usted aquí? —pregunto para asegurarme—. ¿Es usted Laura

Fisher? —¡No quiero provocarle un ataque de corazón a la mujer equivocada!

—Así es. —Sonríe—. Perdona, tu cara me resulta familiar, pero... ¿te conozco?

—Soy...

La miro fijamente sin saber qué decir, estupefacta antes sus ojos azules y brillantes, su sonrisa fácil. Es mayor, mucho, y sin embargo sus ojos muestran un reflejo juvenil.

—Soy Holly —digo al final.

Me mira de nuevo y veo en su mirada que cae en la cuenta.

—¡Claro que sí! —Sonríe de oreja a oreja y se le ilumina el rostro—. ¡Hola, Holly! —Le brillan los ojos—. Estaba esperándote.

ROSIE

SE abren las puertas correderas y nos embiste una ola de aire caliente, pero Jack permanece inmóvil y con una expresión indescifrable.

—¿Jack? —pregunto con tacto—. ¿Estás bien?

Le toco el brazo y me mira, asustado.

—Sí —dice—, sí, estoy bien. Es que... —Titubea y mira hacia la puerta, la entrada, el mostrador de ingresos—. Caray, la última vez que estuve aquí...

Asiento con la cabeza.

—Lo sé —digo con un hilo de voz.

Los recuerdos se reflejan en su rostro con la misma claridad que nuestros reflejos en el cristal de la puerta al entrar en el hospital. El aire cálido me acaricia el pelo, nuestras pisadas chirrían en el suelo de linóleo brillante y me siento bombardeada con olores —de líquidos de limpieza, desinfectante y puré de patata—, y me sobrevienen un millón de recuerdos: brazos y tobillos rotos de pequeña... Esa horrible noche del baile... Las visitas a mamá... Mi encuentro con Jamila hace solo unas semanas... Miro a Jack, incapaz de imaginar lo que debe de sentir en estos momentos.

De algún modo logramos llegar a recepción.

—He venido a ver a mi hija —le dice Jack a la enfermera—. Holly Woods. Ha tenido un accidente.

La enfermera mira la pantalla del ordenador.

—¿Woods? —dice—. Lo siento, le hemos dado el alta a la señora Woods hoy por la mañana.

Jack la mira a los ojos.

—¿No está aquí?

La mujer niega con la cabeza.

—Lo siento.

—Bueno, ¿sabe adónde ha ido?

La enfermera mira a Jack y luego a mí.

—No, lo siento, no lo sé.

Jack parece a punto de estallar.

—Un momento... ¡Enfermera Willows! —El corazón me da un vuelco cuando vuelve la cabeza para llamar a la enfermera—. La señora Woods era tu paciente, ¿no? ¿Sabes adónde ha ido?

Ambos nos volvemos cuando una mujer nos mira, mientras se pone el abrigo por encima del uniforme.

Empieza a hablar y luego me mira.

—¡Rosie! ¿Qué haces...?

—Hola, Sarah —digo, con las mejillas encendidas y, hecha un manojo de nervios, miro a Jack, que se ha quedado pálido como la cera.

—¿Sarah?

HOLLY

ME quedo mirando a Laura, boquiabierta. ¿Me estaba esperando?

—Andrew me llamó hace unos días. —Sonríe, abre la puerta y me hace pasar—. Me dijo que tal vez vendrías a verme. Entiendo que conoces a Rosie.

—Sí, sí, la conozco.

La miro con inseguridad. ¿Qué le ha contado Andy?

—¡Pasa, pasa! —Sonríe—. ¡Hace mucho frío fuera!

La sigo, hecha un manojo de nervios. Tiene una casa cálida, acogedora y que huele a tostadas.

—Ve al salón y ponte cómoda. —Sonríe—. Voy a hervir agua.

Entro en la sala de estar, mis pies se hunden en la mullida moqueta roja y me quedo boquiabierta al ver las docenas de fotografías que cubren la pared. Deben de ser mis antepasados, mis bisabuelos... mi abuelo... mi padre... Se me para el corazón.

Ahí está ella. Me acerco lentamente, con la respiración entrecortada, y mis ojos saltan de una fotografía a otra: en todas brillan con luz propia los mismos ojos de color avellana.

Trudie.

Solo había visto la única foto que me dio Rosie, por lo que solo tenía una imagen suya de una edad en concreto, en un entorno, pero ahora la veo cuando era niña, adolescente, una mujer joven... sonriendo y posando, radiante el día de su graduación, riendo feliz el día de su boda. Y ahí está en el columpio de un parque, orgullosísima de la niña de pelo oscuro que sostiene en brazos.

Esa debería haber sido yo.

Me enrosco un dedo en el pelo, que siempre he odiado. Sin embargo, ahora se ha convertido en nuestro vínculo, en mi herencia, ambas compartimos el mismo color: un tono avellana rojizo.

—¿Avellana?

—¿Cómo? —Me vuelvo, sobresaltada.

Laura me ofrece una caja de galletas. Sonríe.

—Me temo que no hay mucho donde elegir: galletas de avellana o de chocolate.

—Oh, gracias. —Sonrío y cojo una de chocolate.

—Llamé a Andrew pero me salió uno de esos contestadores horribles —dice, y sigue mi mirada—. Es una fotografía preciosa, ¿verdad? —Sonríe y me ofrece una taza muy caliente y un plato—. Rosie no tenía ni dos años, pero ya era muy traviesa, ¡no podías perderla de vista ni un segundo! Pero cuando hacía algo malo, luego te sonreía con esos ojazos verdes, y no te quedaba más remedio que perdonarla. Parecía

como si no hubiera roto un plato en su vida.

Sonrío, insegura.

—Y esa es su madre, Trudie. Mi hija —dice con una voz cargada de ternura.

—Es guapísima —digo.

—Sí. —Laura sonrío—. Ya lo creo.

—¿Cómo era? —pregunto con un hilo de voz, conteniendo la respiración.

—Era adorable —dice, con un suspiro—. Por dentro y por fuera. Era la chica más cariñosa y amable que he conocido. Y fue una madre maravillosa.

Se me encoge el corazón.

—Rosie me dijo que murió hace poco.

—Sí. —A Laura se le ensombrece el rostro—. Estuvo muy mal. Tuvo la enfermedad de Huntington. —Me mira—. ¿Te lo contó Rosie? —pregunta lentamente.

Asiento con la cabeza.

—Lo siento mucho. Debió de ser horrible.

—Lo fue —digo—. Es una enfermedad horrorosa. Fue terrible verla sufrir, cómo se iba consumiendo. Y lo peor de todo fue que ni tan siquiera sabíamos que tenía el factor de riesgo; yo nunca había oído hablar del Huntington, y Charles... —Señala con la cabeza la fotografía de un apuesto policía—. Mi marido murió joven, por eso no sabíamos que era una enfermedad que afectaba a nuestra familia. —Suspira—. Nadie debería sufrir tanto, sobre todo tus propios hijos.

«No. —Pienso, y me llevo la mano al vientre—. No, nadie debería sufrir tanto».

—A pesar de todo, no se desmoronó. Era una actitud muy típica suya. Decía que de nada servía lamentarse, y siempre convertía las señales y los síntomas de la enfermedad en pequeñas bromas. —Sonrío—. Decía que era el mejor régimen que había seguido nunca, le encantaba atiborrarse de chocolate y pastel, y alardear de que tenía que comer alimentos con muchas calorías para compensar la pérdida de peso. ¡Para Rosie y para mí supuso un gran alivio que los médicos le prohibieran entrar en la cocina! —Suelta una pequeña carcajada—. ¡Por fin tenía una excusa que justificara sus pésimas dotes de cocinera y que fuera tan desordenada! «¡No me culpéis!», canturreaba, «¡Es culpa de Huntington!». —Laura se ríe—. Siempre veía el lado positivo de las cosas... Hasta cierto punto, al menos. —Se entristece de nuevo—. Sin embargo, lo que supuso una verdadera maldición fue que la enfermedad no le afectó solo a ella. A Trudie le preocupaba mucho la posibilidad de que se la hubiera transmitido a su hija. Si lo hubiera sabido... —Suspira y contengo la respiración—. Pero, bueno, no se puede cambiar el pasado, del mismo modo en que no se puede cambiar el futuro. —De pronto me dirige una sonrisa—. Y conociendo a Trudie, sé que habría seguido adelante con el embarazo, porque estaba desesperada por tener un hijo. Y debo admitir que, a buen seguro, habría hecho lo correcto. No creo que se pueda vivir así, atrapada en tu mundo para ir siempre sobre seguro. La preocupación es como una mecedora, te mantiene ocupada, pero no te lleva a ningún lado. Yo no

habría cambiado a Trudie por nada de este mundo aunque hubiera sabido lo de su enfermedad. Era mi Trudie, y aunque solo hubiera podido disfrutar de ella durante unos años, estaría agradecida por mi buena estrella. —La miro y me impregno de sus palabras, como una esponja—. Ella opinaba lo mismo, siempre decía que era muy afortunada, incluso cuando le diagnosticaron la enfermedad. Era un actitud muy típica de ella; cualquier otra persona se habría maldecido porque justo cuando había conseguido tener un hijo, sabía que iba a vivir menos años de lo esperado. Pero ella no. Decía que tal vez le quedaban menos años de vida, pero era muy afortunada por haber tenido una hija con la que compartir este tiempo.

Mira la fotografía con añoranza.

—Los hijos son lo más importante del mundo —dice en voz baja—. ¿No crees?

Me muerdo el labio.

Se vuelve hacia mí, con los ojos empañados.

—¿Cuándo sales de cuentas?

Me la quedo mirando y me llevo la mano al vientre.

—Oh, tranquila, no se te nota. —Se ríe—. Es intuición femenina.

Esboza una sonrisa y me la contagia.

—Cuando llegue a este mundo, cuando lo sostengas en brazos por primera vez, lo entenderás. Sé que lo entenderás. Este pequeño ser que está esperando conocerte dará un vuelco a tu vida, la pondrá patas arriba, y no recordarás cómo era antes de ser madre. Y no querrás volver al pasado. —Sonríe de oreja a oreja—. Lo querrás y lo cuidarás tan bien como sepas, es lo único que puedes hacer. *Qué será, será.*

Sonrío.

—¿Doris Day?

—¡Sí! —Suelta una carcajada—. ¡Ah, me encantan sus películas!

—A mí también —digo con una sonrisa en los labios.

—¿De verdad? —pregunta, sorprendida—. Creía que hoy en día a los jóvenes solo os gustaban las películas con mucha sangre y vísceras. A Rosie le gusta ver las películas de Cary Grant conmigo, bendita sea, pero no creo que le entusiasmen. No es un actor al que te imagines en la discoteca, ¿verdad?

Me río.

—No, la verdad.

—¿Y tu novio? —pregunta, con ojos brillantes—. ¿Es un Cary Grant?

—Es... —Se me encienden las mejillas y se me encoge el corazón a pensar en Josh, en nuestro incierto futuro, en nuestro bebé...

Laura me coge la mano y me la estrecha.

—Cariño, los hombres vienen y se van. —Sonríe—. Pero creo que eres una joven maravillosa. —La miro mientras me recoge un mechón de pelo detrás de la oreja. Sus ojos refulgen con un brillo especial—. Y estoy seguro de que serás una madre maravillosa. Mi Trudie se las arregló muy bien sola.

Miro la fotografía de nuevo, el amor que se refleja en sus ojos.

—El verdadero amor es una maravilla —dice con una amplia sonrisa—. Pero el amor entre un padre y un hijo... No hay nada más mágico en el mundo.

La miro. A mi abuela. Es tan cariñosa, tan sabia...

Le estrecho la mano y noto su calidez.

De pronto el tono estridente del teléfono rompe el silencio y ambas nos sobresaltamos.

—Oh, Dios mío, ¡menudo susto! —se ríe y se acerca al aparato—. ¿Diga? Residencia de Laura Fisher. —Me mira—. Claro. —Tapa el teléfono con una mano y me lo da—. Es para ti.

ROSIE

—¡AÚN no me lo puedo creer! —Jack camina de un lado a otro del aparcamiento mientras Sarah se abraza a sí misma, nerviosa—. ¿Eres Sarah? —Jack la mira con ojos desorbitados—. Eres... ¡¿La responsable de todo esto?!

Sarah no aparta la mirada de los pies. Parece extenuada, como si no durmiera desde hace varios días.

—No me lo puedo creer. —Jack niega con la cabeza en un gesto de incredulidad y se mesa el pelo—. ¿Cómo es posible que todavía trabajes en un...? ¿Cómo es posible que aún te confíen el cuidado de los recién nacidos después de...? —La mira hecho una furia—. ¿Cuántas veces? ¿Cuántos bebés robaste? ¿Cuántas vidas has destruido?

—Lo... Lo siento. —Sarah se desmorona ante él—. Solo sucedió una vez, con Rosie... —Me mira.

—¡Vaya, pues qué suerte la nuestra! —Estalla Jack—. ¿Y cómo te atreves a acercarte a mi hija otra vez? ¡Cómo te atreves!

—No... No sabía que era ella —responde Sarah, impotente—. No lo sabía...

—¿Qué le has hecho esta vez? ¿Infectarla con el SARM? ¿Le has extirpado un riñón?

—¡Jack! —le recrimino.

—Holly está bien —dice Sarah para tranquilizar a Jack—. Se ha recuperado bien.

—¡No gracias a ti, que la diste por muerta!

Sarah se estremece. Entonces respira hondo y dice con voz temblorosa:

—Tiene todo el derecho del mundo a estar enfadado, señor Woods...

—¡Por supuesto que lo tengo!

—Pero tiene que entender... Yo no... —Titubea—. Creía que estaba haciendo lo adecuado, estaba convencida de que Holly no sobreviviría...

—¡Eso es aún peor!

—Y creía que nadie volvería a buscarla —insiste Sarah—. Me dijeron que iban a entregarla en adopción, que su madre la había abandonado. Creía que no le haría daño a nadie.

—Pues ya ve que sí, ha causado un gran daño; ¿tiene la menor idea de lo que le ha hecho a mi familia? ¿A mi hija?

—Sí. —Asiente, destrozada—. Sí, lo sé... No he pensado en otra cosa desde que recibí el mensaje de correo electrónico de su hija. —Cierra los ojos con fuerza y su rostro refleja el tormento que está padeciendo—. Y Holly tiene todo el derecho del mundo a demandarme, a contárselo a la policía, a hacer lo que quiera, lo que usted quiera... —Es incapaz de proseguir y mira a Jack, desolada—. Lo siento muchísimo.

—¡Y de qué me sirve eso!

Jack la mira un instante y aparta la vista, muy alterado. Se frota la frente.

—Mire —dice Sarah, apenada—, podemos quedarnos todo el día aquí y darle vueltas a lo que hice, algo horrible, lo reconozco, y le daría la razón si me dijera que merezco varios castigos por todo el dolor que les he causado... —Dirige la vista hacia Jack, que la mira a los ojos, tensando y relajando la mandíbula—. O podemos dejar eso para más tarde... e ir a buscar a Holly para asegurarnos de que está bien.

Jack mira hacia el parquímetro. Sarah está muy preocupada, exhausta. Por fin, Jack se frota la cara con las manos y levanta la vista.

—¿Tienes coche?

HOLLY

MIRO a Laura, sorprendida.

—¿Para mí?

—Es Andrew. —Sonríe y se me encoge el corazón—. Creo que voy a preparar un poco más de té —susurra y cierra la puerta al salir.

«Andy. Genial. Seguro que Rosie lo ha puesto al día de las últimas novedades».

Suspiro y me llevo el teléfono al oído.

—Hola, Andy.

—Gracias a Dios que te encuentro, Holly, ¡ya no sabía cómo ponerte en contacto contigo!

—Mira, no es necesario que te preocupes —le digo, enfadada—. No he dicho nada y, además, tampoco es asunto...

—Holly —me interrumpe—, no te llamo por eso.

Titubeo.

—¿Ah, no?

—Me han llamado de la clínica; todavía tienen mi número de móvil para ponerse en contacto contigo.

Me quedo paralizada. ¿La clínica? ¿Tan pronto?

—Tienes que llamar a la clínica de Westhampton —me dice Andy—. Quieren verte. Hoy.

—¿Por qué? —pregunto y el teléfono me tiembla en las manos—. ¿Hay algún problema?

—No —responde Andy con prudencia—. No que yo sepa.

—Entonces... —El corazón me late con tanta fuerza que apenas me oigo—. Entonces ¿qué pasa?

—Holly —dice con voz suave—, ya tienen los resultados.

ROSIE

EN cuanto Sarah detiene el coche, bajo de inmediato y echo a correr por el camino de entrada de la casa de la abuela. Resbalo por culpa de la grava antes de llegar a la puerta; pulso al timbre y llamo con los nudillos en el cristal.

«¡Por favor —me digo—, que no sea demasiado tarde, por favor!».

—¡Rosie!

La abuela me mira con ojos desorbitados en cuanto abre la puerta. Se lleva las manos a la boca y la miro, paralizada. ¿Lo sabe?

—¡Oh, Rosie! —exclama, y me da un fuerte abrazo—. ¡No me lo puedo creer! ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Holly no me ha dicho que fueras a volver tan pronto!

Me quedo paralizada. Holly. De modo que he llegado muy tarde.

Cierro los ojos y siento que voy a desfallecer en sus brazos.

—Abuela. Oh, abuela, lo siento mucho, puedo explicártelo...

—¡Calla! —Me dice en tono recriminatorio mientras me acaricia el pelo—. No hay nada que explicar, es una sorpresa maravillosa.

—¿Cómo?

Me aparto y la miro. La confusión y el miedo libran una encarnizada batalla en mi cabeza.

—Hemos mantenido una conversación muy agradable y Holly... Es una chica adorable, ¿no crees?

Me la quedo mirando, atormentada.

—¡Oh, me alegro tanto de que hayas vuelto a casa!

Me abraza de nuevo y, de repente, me doy cuenta de que empiezo a relajarme. No lo sabe. Holly no se lo ha dicho. Ha estado aquí, pero no se lo ha dicho.

—Lo siento... ¿Y usted es?

La abuela sonrío y se vuelve hacia Jack.

—Jack Woods. —Le tiende la mano—. El padre de Holly. Quiero decir...

—¡Oh, es fantástico! —dice la abuela—. Pero me temo que no han coincidido por muy poco... Andrew la ha llamado y ella se ha ido corriendo y ha cogido un taxi.

¿Andy? ¿Andy ha llamado a casa de la abuela? ¿Ha impedido que Holly se lo contara todo?

—¿Sabe adónde ha ido? —pregunta Jack.

La abuela frunce el ceño.

—Sí, creo que ha dicho que iba a Westhampton.

«Westhampton... ¡La clínica genética!».

—Gracias, abuela. Enseguida vuelvo, ¿de acuerdo? Es que tenemos que encontrar a Holly.

—Ah, de acuerdo. ¿No sabe que habéis venido a verla? —La abuela le lanza una sonrisa a Jack—. ¡Es un día repleto de sorpresas!

Le doy un beso en la mejilla y regreso corriendo al coche de Sarah, que nos espera fuera.

Y que lo diga.

HOLLY

PAGO al taxista y me detengo ante el edificio de ladrillo rojo. Lo miro y soy incapaz de moverme. Al otro lado de la calle hay un parque. Qué irónico. Aparto la mirada al oír las risas de los niños, que es una tortura para mis oídos; me concentro en la respiración —inspiro, espiro, inspiro, espiro— y veo mi aliento, que forma volutas en el aire y desaparece.

Por fin llega el anhelado momento que acabará con la espera infinita.

Esta vez el resultado será... definitivo.

«No estás obligada a saber los resultados —me dijo Charlotte—. No estás obligada a venir a recogerlos, hay mucha gente que se echa atrás antes de recibirlos. —Dirijo la mirada hacia la clínica—. Tienes que estar preparada para vivir con el resultado, sea cual sea. Positivo o negativo».

Creía que estaba lista. He imaginado este momento en tantas ocasiones... tanto si eran buenas noticias como malas, creía que estaría preparada...

Pero aquí estoy. Ahora. Hoy. Miro hacia la clínica y el corazón me late con fuerza. Todas mis esperanzas, todos mis sueños se enfrentan a mis dudas y nervios, a punto de recibir la noticia más importante de mi vida.

En sentido literal.

Cierro los ojos e intento grabar este momento en mi memoria, predecir cómo acabará. Para ambos. Nuestro futuro. O no. Un cincuenta por ciento de posibilidades. Cara o cruz. Hagan sus apuestas.

Respiro hondo y tengo que hacer un gran esfuerzo para mover las piernas, lentamente, una tras otra; tengo que hacer un gran esfuerzo para respirar —inspiro, espiro, inspiro, espiro— y de repente me encuentro ante la puerta y mi aliento empaña el cristal. ¿Es mi última visita a la clínica? ¿O me harán socia vitalicia?

Aprovecho las últimas fuerzas y entro en recepción. Una oleada de aire caliente me provoca una sensación de mareo.

—Soy Holly Woods —le digo a la enfermera—. He venido a buscar unos resultados.

ROSIE

—VENGA, venga. —Jack apremia a Sarah.

Hemos dejado atrás Bramberley, Maybridge y nos dirigimos a Westhampton, a la clínica.

Miro por la ventanilla y desearía que la carretera estuviera desierta, que todos los semáforos se pusieran en verde.

Tenemos que llegar a tiempo, no puede pasar por todo esto sola, es demasiado duro.

—Todo saldrá bien —dice Sarah en voz baja, que mira a Jack por el espejo retrovisor—. Sea cual sea el resultado, os prometo que saldrá bien.

Jack aparta la mirada.

Cuando por fin llegamos a la clínica e irrumpo en la sala de espera, me invade una sensación de *déjà vu*, me golpea como si se tratara de un fuerte mazo, mientras observo a los pacientes que esperan, nerviosos, en las sillas de plástico rígido, leyendo las mismas revistas que hojeé hace unas semanas. Me mareo.

—¿Holly? —grita Jack al entrar por la puerta.

—No está aquí —le digo, abatida—. Ya debe de haber entrado.

Sola.

—¿En qué puedo ayudarlo? —pregunta la recepcionista.

—Estoy buscando a mi hija —responde Jack con la respiración entrecortada—. Holly Woods. ¿Está aquí? ¿Ya ha entrado?

La recepcionista me mira a mí y luego a Jack.

—Me temo que no puedo proporcionarle esa información, señor —dice la mujer con incomodidad—. Es una cuestión de confidencialidad de los pacientes.

—¡A la mierda con la confidencialidad! —Jack da un puñetazo en el mostrador que tira todos los folletos informativos al suelo—. Es mi hija, ¡mi pequeña!

La enfermera retrocede, asustada.

—Lo siento, señor.

—Soy su comadrona.

Me vuelvo, sorprendida, y veo a Sarah, que avanza con paso decidido hacia el mostrador, mostrando su tarjeta de identificación.

—Tengo que ver a mi paciente con urgencia. ¿Podría decirle que estoy aquí? —Mira de arriba abajo a la enfermera, que duda.

—Mire —dice la mujer lentamente—. Llamaré a los asesores para decirles que están aquí, ¿de acuerdo? Y si Holly se encuentra en la clínica, se lo comunicarán. ¿Sí?

Jack agacha la cabeza, exhausto.

—Gracias —dice, mientras la mujer coge el teléfono. A continuación mira a Sarah—. Gracias.

—No hay de qué —dice ella con una sonrisa.

—Siéntense. —Nos pide la enfermera.

Jack se deja caer en una silla. Lo imito en silencio. No hay palabras. No hay consuelo posible. Solo queda la espera. Siempre la espera. El peso.

Lanzo un suspiro y deslizo la mirada por la sala. Me siento incómoda e intranquila en este lugar, que me resulta demasiado familiar. Yo fui una de estas personas. Pasé por todo esto. Aquí es donde me senté mientras mamá se hacía las pruebas y cuando obtuvo los resultados; aquí es donde recibí los míos. El papel de la pared, el aire que huele a sacarina, todo me resulta muy familiar. Pero esta vez es peor. Esta vez hay mucho más en juego.

Dirijo la mirada hacia la ventana y veo la luz del sol, que se esfuerza por atravesar las pertinaces nubes. Al otro lado de la calle, los niños gritan y ríen mientras se persiguen por un parque de colores vivos. Me fijo en una niña que se aleja corriendo del fuerte de madera y se sube a un columpio; su padre la empuja con fuerza y ella vuela, cada vez más alto, y grita de felicidad, hasta que de repente decide bajar y echa a correr hacia el balancín, el tobogán, la siguiente aventura. El columpio sigue chirriando, balanceándose, todavía alegre, a pesar de su ausencia.

En el columpio de al lado, alguien se balancea sin entusiasmo, sin apenas moverse.

HOLLY

DOY patadas a las hojas al pasar por encima de ellas y observo cómo vuelan y viven un momento en la brisa, antes de caer, sin vida, en el barro.

Una hoja se aferra a la rama, por encima de mí. Ondeada, se agita y es zarandeada por el viento una y otra vez; pero, a pesar de todo, se aferra con tesón a la rama, y brilla bajo la luz del sol.

Probablemente acabará cayendo y quedará aplastada y pisoteada en el suelo embarrado. Pero tal vez una brisa clemente le evitará este fin y la transportará a la seguridad de un tejado o un nido. Quizá, de algún modo, se aferrará a su rama para siempre. Pero de momento brilla, cubierta por el velo dorado del sol invernal. Su destino aún no se ha decidido.

Observo a los niños que corren a mi alrededor, riendo y gritando, sus mejillas rollizas y sonrosadas por la emoción de la aventura, sus ojos relucientes ante el mundo de posibilidades que tienen ante sí; yo cierro los míos y dejo que me corran unas lágrimas cálidas por las mejillas. Me ciño el abrigo con más fuerza, como si pudiera proteger a mi hijo con esta coraza, aislarlo del frío y del peligro, y transmitirle el calor de mi corazón ardiente, de mi esperanza atormentada.

—¡Holly! —El viento susurra mi nombre y me hace cosquillas en las orejas—. ¡Holly!

Abro los ojos.

—¡Holly! —repite la voz, más fuerte—. ¡Holly!

¿Papá? Levanto la mirada lentamente, con el rostro entumecido por las lágrimas.

—¡Oh, Holly! —Papá corre por el césped, hacia mí—. ¡Holly, gracias a Dios!

—¿Papá? —Se me quiebra la voz cuando mi padre se arrodilla ante mí y me estrecha en sus brazos.

—Papá... —Lloro, envuelta en su abrazo, incapaz de asimilar que es él de verdad—. ¿Qué haces aquí?

Me aparta y me acaricia el rostro con ambas manos; sus ojos verde intenso, dos estanques desbordados.

—Tú estás aquí. —Se limita a responder. Me aparta el pelo de la cara y me colma de besos para limpiarme las lágrimas, que se mezclan con las suyas—. Tú estás aquí, Holly-Berry. ¿Dónde quieres que esté yo?

Desfallezco en sus brazos cuando, de repente, me doy cuenta de que el dolor es abrumador.

—Oh, cariño —dice él para calmarme, y me abraza con fuerza—. No puedo imaginar todo lo que has sufrido durante este tiempo, tú sola... —No puede continuar. Le brillan los ojos—. Pero ahora estoy aquí y todo irá bien.

—¡No va a ir todo bien! —Lloro desconsolada y las lágrimas impregnan mis palabras—. Papá, estoy embarazada, el bebé...

—Chis. —Me estrecha con fuerza para que no me desmorone—. Todo irá bien, te lo prometo... pase lo que pase, decidas lo que decidas.

Siento un dolor desgarrador en mi interior.

Decida lo que decida...

—He venido aquí por ti —dice con voz suave—. Te acompañaré a la clínica, te cogeré de la mano... Si eso es lo que quieres.

Lo miro, pero los sollozos me impiden hablar y tengo los ojos arrasados en lágrimas. Quiero ser fuerte, ser lo bastante valiente para enfrentarme a la verdad, a las consecuencias, pero... Me llevo las manos al estómago con desesperación. Pero no puedo...

Papá me limpia una lágrima de la mejilla.

—Si no es así, si has cambiado de opinión y aún no quieres saberlo, me parece bien —me promete y me besa en la frente—. No es demasiado tarde.

Cierro los ojos con fuerza, impotente e incapaz de detener las lágrimas que me corren como ácido por las mejillas; siento una punzada de dolor en la cabeza, estoy demasiado alterada.

—Es tu hijo, Holly —dice con una voz suave como el agua fría—. Tú decides. Te apoyaré hagas lo que hagas, ya lo sabes. —Me acaricia la mandíbula con el pulgar y me muerdo el labio—. Eres mi pequeña.

Lo miro y veo un rostro que resplandece de amor. Las palabras se me quedan pegadas en la garganta y me agarro con más fuerza a papá, a los brazos cálidos y fuertes que me rodean.

«Es mi padre», pienso y me derrito en su abrazo. Sea cual sea la verdad, la sangre o el ADN. Siempre lo ha sido. A pesar de que él sabía que existía la posibilidad de que no fuera así. Pero yo no lo sabía y era feliz. Apoyo la cabeza en su chaqueta y me impregno del olor familiar que conozco desde que soy una niña pequeña.

Me doy cuenta de que a veces no son las mentiras lo que te hacen daño, sino la verdad.

Cierro los ojos.

—Papá... —susurro y noto una punzada de dolor—. Quiero tener el bebé.

—De acuerdo. —Suspira y me engulle su calor—. Oh, cielo, me parece muy bien.

Me abraza con fuerza para protegerme del frío viento del invierno, del mundo, de la verdad.

—Últimamente has tomado muchas decisiones difíciles, ¿eh? —Mira hacia el aparcamiento, donde están Rosie y Sarah, y luego me mira a mí. Se le saltan las lágrimas—. Serás una madre maravillosa.

ROSIE

EL sol por fin atraviesa las nubes cuando doblamos la esquina al salir de la clínica. La veo desaparecer por el espejo retrovisor, tras los árboles, las farolas y las casas; entonces me reclino en el asiento, cierro los ojos y me alegro de dejarla atrás por última vez.

Así es como acaba, pienso, mirando a Jack, que rodea a Holly con un brazo en el asiento trasero. Mi padre. Sonrío. Lo he encontrado y es un hombre fantástico. Por fin estamos juntos. Somos una familia. Y ahora... Ahora todos regresamos a casa.

Poso la mirada en Holly, que tiene los ojos cerrados, exhausta, el reverso de mi moneda en muchos sentidos. Ella ha tomado la decisión que yo no pude. Ha decidido no saber. Prefiere vivir con la esperanza de que ocurra lo mejor, antes que descubrir un nubarrón que amenace su futuro. Tal vez tenga suerte, tal vez no haya heredado la enfermedad, tal vez nunca se le manifiesten los síntomas. Y si es así, aún tardarán muchos años en aparecer; quizás entonces ya exista un remedio. Tal vez viva muchos años, sin problemas de salud y con su hijo, y a mí me atropelle un autobús la próxima semana. ¿Quién sabe?

Miro a Sarah, en el asiento del conductor, y me doy cuenta de que ha envejecido una década desde que la vi por última vez, acechada por las repercusiones de una decisión tomada en una fracción de segundo, hace dieciocho años... Su mirada se cruza con la de Jack en el espejo retrovisor. Esta vez, él luce una sonrisa serena mientras le acaricia el pelo a Holly.

Después de todo, el pasado, pasado es. Ha llegado el momento de que avancemos, de que miremos al futuro.

Ha llegado el momento de las despedidas.

Suspiro cuando salgo del coche y miro la casa de la abuela. Se abre la puerta y me quedo paralizada al reconocer el rostro familiar.

Andy.

—Eh, forastera. —Me saluda y se dirige hacia mí—. Me alegro de verte aquí.

Sonrío y el corazón me late con fuerza. ¿Qué hace aquí? Debería estar en el otro extremo del mundo... ¿no?

Mira hacia el coche.

—Vine para acompañar a Holly, pero... —Duda—. ¿Ya ha...?

—No. —Niego con la cabeza—. Ha decidido no saber el resultado.

Parece aliviado.

—Pero ¿qué haces...? ¿Cómo...? ¿No se suponía que tenías que estar en... Camboya o por ahí? —balbuceo.

—Vietnam. —Andy asiente—. Sí, en teoría, sí.

—De modo que has venido hasta aquí... ¿por Holly? —pregunto.

—Bueno, no... —Confiesa con timidez, con las manos metidas en los bolsillos—. No exactamente...

—¿Entonces...?

—Bueno... —suspira y se acerca más a mí, arrastrando los pies entre las hojas—: me di cuenta de que me había dejado algo...

—¿Ah? —El aroma de su *aftershave* impregna la brisa a medida que se acerca.

—Es lo mismo que no me he llevado en otras ocasiones... Lo más importante de todo.

—¿Tu pasaporte? —susurro y su cálido aliento me acaricia la cara.

—No, tonta. Algo mucho más importante que eso. —Sonríe y me recoge el pelo detrás de la oreja—. Me refiero a ti.

El corazón me da un vuelco y se me pone la piel de gallina cuando noto el tacto de su piel.

—Creía que me estaba perdiendo muchas cosas al estar en Provincetown, que me estaba perdiendo el viaje, la aventura que había deseado y planificado durante tanto tiempo... —Suspira—. No lo entendía. Tú eres la aventura, Rose... ¡Tú eres el viaje! ¡Eres una puñetera montaña rusa! —Sonríe—. Eres lo que convirtió Nueva York en una experiencia tan increíble, eres el motivo que despertó en mí las ganas de viajar. Este es nuestro sueño. Vietnam, Camboya, Tailandia... no significan nada a menos que me acompañes.

Me mira fijamente a los ojos y se me acelera el pulso.

—No puedo ir sin ti, Rose. —Niega con la cabeza—. No tiene sentido, si no me acompañas prefiero no ir. Te esperaré para que podamos viajar juntos. —Me acaricia la cara con ambas manos y sonríe—. Cuando estés lista... Hasta entonces, te esperaré aquí —me promete. Me atrae hacia sí y me mira a los ojos—. Tardes lo que tardes.

Lo miro con la respiración entrecortada. Mi corazón late desbocado contra el suyo y, en medio, mi collar.

—Te amo, Rosie Kenning, quiero estar contigo. Y punto.

—Yo también te quiero. —Sonríe y me da un beso largo, apasionado y ardiente que hace que me estremezca y que la cabeza me dé vueltas, como solo Andy sabe hacer.

Le devuelvo el beso y lo abrazo con toda mi fuerza, como si no fuera a soltarlo jamás.

—¡Eh! ¿Qué es eso de darse el lote en la calle, jovencita? —grita Jack.

Me río, con las mejillas encendidas, y me vuelvo hacia él, que está junto a la puerta con la abuela, Holly y Sarah.

—No nos gustaría abusar de su amabilidad, joven, pero ¿sería tan amable de llevarnos hasta el aeropuerto? —pregunta.

—¡Por supuesto, señor! —responde Andy, que me besa de nuevo antes de abrir el coche.

Respiro hondo y me armo de valor, con un nudo en la garganta. No soporto las despedidas.

Echo a caminar hacia la casa y la miro con cariño, miro también a la abuela, que está en la puerta, y me invade una gran pena. Sé que estoy haciendo lo correcto.

Trago saliva y me vuelvo para despedirme de Jack y Holly. Ha llegado el momento de que todos volvamos a casa. Ellos a Nueva Inglaterra. Yo a mi antigua Inglaterra.

Más o menos.

Es muy raro, han pasado unas cuantas semanas, apenas un mes, desde que me fui, pero parece que ha sido una eternidad. Han sucedido y cambiado muchas cosas. Sin embargo, aquí no ha cambiado nada. El gnomo del jardín de la abuela sigue pescando en el estanque helado, el reloj del pasillo va dos minutos adelantado, el antiguo *collage* de fotografías familiares sigue colgado en la pared, algo torcido, y me apuesto lo que sea a que en el DVD hay una película de Cary Grant. Todo sigue tal y estaba, como ha estado siempre, desde que mamá era pequeña.

Mamá. Me embarga un intenso sentimiento de amor por ella. Mi madre, mi mamá. Siempre lo fue. Siempre lo será. Me regala su sonrisa desde un sinfín de fotografías, en las que su melena castaña resplandece bajo el sol del atardecer. Trudie.

—Oh, Rosie, me alegro mucho de que estés en casa.

La abuela sonrío, y de repente veo a mamá en sus ojos resplandecientes, en su sonrisa vivaz, en el cálido abrazo que me da, en su pelo suave como el algodón de azúcar que me roza la mejilla y en su amor, que se extiende por mi cuerpo como chocolate fundido.

—Yo también, abuela. —La abrazo sin reservas, su cuerpo queda empequeñecido por el mío, y el olor familiar de té y tostadas me rodea como si fuera una manta, me inunda de recuerdos.

Cierro los ojos con fuerza; imagino, aterrada, lo mal que podría haber acabado todo y me estremezco.

—¡Tienes la piel de gallina! —La abuela se ríe y me frota los brazos—. ¿Estás bien?

—Sí —respondo. Solo un secreto más, una mentira más...—. Es que tengo un poco de frío.

—¡Necesitas un buen tazón de chocolate caliente! —La abuela sonrío—. Te calienta por dentro y por fuera. —Me guiña un ojo.

La miro: es tan feliz, tan frágil, tan importante en mi vida...

—Me encantaría.

Intento forzar una sonrisa y ocultar la verdad en mi interior. Por primera vez entiendo cómo debió de sentirse Sarah, por qué no reveló el secreto durante tanto tiempo.

Algunas cosas son más valiosas que la verdad...

HOLLY

—**A**DIÓS, HOLLY —dice Sarah en voz baja, como si tuviera miedo de mirarme a los ojos ahora que sabe quién soy—. Cuídate.

—Adiós, Sarah —suspiro, mirando a la mujer que me cambió la vida y a la que creía que odiaría.

Esta mujer de aspecto cansado, mirada triste y rostro surcado de arrugas, que me llevó *mousse* de chocolate y se preocupó de mi bebé, que me apartó de mi verdadera madre y me entregó a mi maravilloso padre.

Sería incapaz de odiarla por eso.

—Cuídate tú también.

Laura me abraza y sonrío. Tenía razón. *Qué será, será*. Le devuelvo el abrazo e inspiro su delicado perfume. Resulta imposible predecir qué nos deparará el futuro... Para bien o para mal, sonrío pensando en Josh, que me estaba esperando en casa. Da igual que seas rico o pobre, y pienso en Kitty...

Por lo general hay un poco de todo. Pero lo importante es lo que tú haces. Y mis planes, ahora mismo, son aprovechar la vida al máximo.

Me separo de Laura, le digo adiós y respiro hondo mientras Rosie me acompaña al coche.

—Bueno —digo—. Supongo que ya está.

Asiente con la cabeza. Nos miramos con incomodidad durante un momento; entonces, le tiendo la mano.

—Adiós, entonces.

—Adiós —dice con un hilo de voz. Me estrecha la mano pero no me la suelta—. Sé que no es suficiente, que nunca lo será... —susurra, respirando hondo—. Pero, Holly, lo siento muchísimo —dice, mirándome a los ojos—. Todo lo que te ha pasado.

La miro y noto que se me encienden las mejillas a pesar del aire gélido, pero niego con la cabeza.

—No ha sido culpa tuya, Rosie. —Suspiro—. Ni de nadie, en el fondo.

—Aun así, lo siento.

La miro un instante.

—Yo también —admito—. Últimamente me he comportado como una idiota. —Rosie se ríe y niega con la cabeza—. Es culpa de las hormonas. —Sonrío.

—¡Felicidades! ¡Serás una madre fantástica!

Me abraza efusivamente, le devuelvo el gesto y siento que todo el resentimiento y el dolor que albergaba se desvanecen.

—Y, por si sirve de algo —susurra—, creo que has tomado la decisión correcta.

—Se aparta y me mira con sinceridad—. Creo que hay algunas cosas que es mejor no saberlas.

Asiento con un gesto lento de la cabeza y miro a Laura, que se encuentra junto a la puerta de su casa. Le aprieto la mano a Rosie y se me forma un nudo en la garganta.

—Creo que tienes razón. —Sonrío.

Rosie mira en la misma dirección y me da otro fuerte abrazo, con los ojos empañados.

—Gracias —susurra, abrazándome con efusividad—. Muchas gracias.

Sonrío.

—Ahora no quiero que te comportes como una desconocida —me ordena—. Ven a visitarnos cuando quieras, ya sabes dónde estamos.

—Hablando de eso... —Saco la pequeña libreta de direcciones rosa y se la devuelvo, con un gran sentimiento de culpabilidad—. Creo que esto es tuyo... Esto... Yo... Supongo que me hice un pequeño lío sobre quién era la verdadera propietaria de ciertas cosas...

Rosie sonrío y arranca una hoja.

—Toma, quédate esta —dice, y me da sus datos de contacto—. Así siempre sabrás cómo encontrarnos: mi casa es tu casa. —Se ríe al darse cuenta de lo irónico de la situación—. Literalmente.

—Tú también —le digo—. Tendrás que venir a conocer al bebé cuando nazca.

—¡Intenta impedírmelo! —Sonríe y me estrecha las manos—. Gracias, Holly.

«Sí. —Pienso, con una sonrisa en los labios, y se aleja—. Tiene razón».

La miro mientras papá le da un abrazo de despedida. Padre e hija.

Veo cómo se le ilumina el rostro a Laura cuando Rosie recorre el camino de entrada de la casa para reunirse con ella, con su abuela.

Sonrío cuando papá entra en el coche de Andy. Se sienta a mi lado y me aprieta la mano cuando nos ponemos en marcha y emprendemos el camino de vuelta a casa. Me atrae hacia sí y me besa en la cabeza.

Su hija.

Cierro los ojos y noto el calor de la sangre que me corre por las venas. «Sin diagnosticar...».

«Sí», pienso mientras papá desliza una mano sobre la mía, apoyada en el vientre, su mano grande, suave como una pluma, y que acaricia el lugar donde descansa mi hijo, que duerme plácidamente; su destino, su futuro desconocido, es una nueva hoja que brota en nuestro singular árbol genealógico.

«Sí, hay algunas cosas que es mejor no saberlas...».

EPÍLOGO

LA luz del sol baña los rizos pelirrojos de la pequeña, que mira a la cámara y abre sus ojos castaños de par en par cuando, de repente, ataca la pantalla con unos dedos manchados de chocolate.

La imagen se entrecorta y cuando recupera la normalidad lo hace en un ángulo inclinado, mientras la madre, de pelo castaño, intenta arrebatarse la cámara de sus férreas garras.

—¡Es preciosa! —le digo a Holly, y me río mientras ajusta la cámara.

—Igual que su madre.

Josh sonrío y apoya la cabeza en el hombro de Holly, que luce una amplia sonrisa de oreja a oreja. Está radiante. Ambos lo están.

—Bueno, no hay duda de que ha heredado mi pelo. —Admite—. ¡Menuda cabellera, pobrecilla! —Sonríe—. ¿Cuándo vendrás a visitarnos, Rosie? Tru se muere de ganas de conocer a su madrina.

Su comentario me arranca una sonrisa y al oír el nombre siento una gran alegría y honor. ¡No puedo creer que me hayan pedido que sea su madrina!

—Alerta roja, alerta roja... ¡Quiere arrastrarte hasta aquí para que hagas de canguro! —Jack aparece detrás de Holly haciendo muecas—. ¡Creo que Holly no soporta cambiar pañales!

—¡Huelen peor que tú! —le espeto.

—Eh, abuelo —digo con una sonrisa.

—¡Cuidado con lo que dices! —exclama Jack—. Ya me siento lo bastante mayor como para que, encima, me sueltes estas puñaladas. Bueno, ¿cuándo vienes?

—Me encantaría, pero dentro de dos semanas empiezan las clases en el instituto y aún me queda mucho para ponerme al día.

—¡Uf! ¡Y que lo digas! —Holly pone los ojos en blanco—. ¡Yo también tengo que leer una montaña de libros antes de empezar la universidad!

—Quizá podría ir en Navidad —digo—. ¿O por Pascua? Si hubiera boda sí que tendría que ir, claro... —Sonrío a Holly y a Josh—. ¿Aún no hay rastro del anillo de diamantes, Holls?

—Todavía no. —Holly le lanza una sonrisa a Josh. Ambos están cogidos de la mano, con los dedos entrelazados, como un bastón de caramelo—. Pero nunca se sabe lo que nos reserva el futuro...

Los miro y me alegro de que sean tan felices. Nunca se sabe...

Tiene razón. Hace un año no me habría imaginado que el futuro me depararía esto: que mi madre no era mi madre; que su verdadera hija vivía al otro lado del Atlántico; que yo descubriría que mi madre biológica era una estrella de la televisión

y que encontraría a mi maravilloso padre, mi guapísimo hermanastro y, a efectos prácticos, a mi hermana también... Sonríe. Ha llovido mucho. Y Holly tiene toda la razón del mundo: quién sabe qué encontraremos al doblar la próxima esquina, una boda, un tsunami, un remedio... Lo único que podemos hacer es aprovechar al máximo el tiempo del que disponemos, vivir la vida y valorar cada momento que pasamos con nuestros seres queridos.

El programa de videoconferencia emite un pitido.

—¡Ah! Tengo otra llamada —les digo—. Es la abuela.

—Dale recuerdos. —Holly sonrío—. Hasta pronto.

Me despido de ellos y conecto con la abuela. Aún me fascina que haya aprendido a utilizar el ordenador con tanta soltura. Maneja el Skype a su antojo, ella misma se compró la cámara ¡e incluso tiene su propia cuenta de Facebook para poder ver mis últimas fotos!

—Hola, cariño, he visto que estabas conectada y solo quería saludarte y confirmar que vuelves la semana que viene, ¿verdad? —Sonríe.

—El próximo sábado, a las dos y cuarto.

—¡Fantástico! Me muero de ganas de verte.

—Yo también.

Se está mejor en casa que en ningún sitio, sobre todo si has estado a punto de perderla. Todavía me estremezco al pensar cómo podría haber sido todo si la abuela hubiera descubierto la verdad, y tengo que contenerme cada vez que hablo de Holly o Jack. Supongo que es algo a lo que tendré que acostumbrarme, el último secreto que tendré que guardar.

—Recuerdos de parte de Holly —digo con cuidado.

—Qué amable, y qué bien está, ¿verdad? Gracias a Facebook estoy al día de las novedades; tiene una niña preciosa.

—Sí, es adorable. —Sonríe, pensativa. Tu biznieta. Me gustaría decírselo, pero no puedo—. Se encuentran muy bien.

—¡Y qué melena! Casi del mismo color que Trudie.

Me muerdo la lengua y asiento con la cabeza; la comparación es tan irónica que apenas puedo aguantarme.

—Holly dice que la tiene de nacimiento.

—Sí. —La abuela sonrío—. Ella era igual. Tenía unos mechones pelirrojos preciosos, y la oreja recortada, como si fuera un duendecillo. —Se ríe—. Igualita que su madre.

De repente frunzo el ceño.

—Abuela, tú no tienes la oreja...

—Y mírala ahora.

Se me corta la respiración y la miro fijamente: a la abuela le brillan los ojos y se me pone la piel de gallina.

—Abuela...

—Oh, Rosie, tengo que irme, han llegado las chicas. Vamos a jugar a los bolos.

—¿Qué? Espera, abuela...

—Ya soy mayorcita, Rosie, no es necesario que te preocupes por mí, en lo que se refiere a los bolos y a todo lo demás. —Me guiña un ojo—. No soy tonta.

La miro a los ojos.

—Mira, tengo que irme, ya hablaremos cuando vengas por aquí, ¿de acuerdo? Será mucho más fácil en persona. —Sonríe de oreja a oreja—. Puedes contarme todo lo que me he perdido. ¡Y ahora deja de preocuparte y ve a divertirte!

—De acuerdo pero...

—Te quiero, cariño... ¡Adiós!

—Te quiero...

Se corta la llamada, su nombre desaparece de la pantalla y me la quedo mirando durante un rato, aturdida.

Lo sabe...

El corazón me late desbocado.

¿Lo ha sabido siempre...?

Escarbo en mi memoria, y recuerdo que la abuela estaba en el hospital la noche que nací, que estaba con Sarah cuando se descubrió que Kitty había huido, que siempre se refería a mí como un milagro, que creía que Trudie no habría salido adelante sin mí... Y recuerdo que insistió una y otra vez en que me hiciera las pruebas lo antes posible, aunque no existe cura...

Salgo a la playa y me recibe un sol cegador y un aire denso y casi irrespirable.

¿Cómo sabía que Holly era pelirroja cuando nació y que tenía la oreja recortada...?

La arena se mueve bajo mis pies.

¿Siempre ha sabido que yo no era el bebé de Trudie?

¿O lo ha adivinado por sí sola...?

Andy levanta la vista de su guía gastada.

—¿Va todo bien?

Lo miro y la cabeza me da vueltas.

—Sí.

Una sonrisa se dibuja lentamente en mi rostro. «Sí. Por fin va todo bien».

«Da igual que lo sepa desde siempre, o que lo haya descubierto hace poco, la cuestión es que lo sabe. La abuela lo sabe, y no pasa nada... Todo va bien...».

Por fin podrá conocer a Holly, a Jack, a la pequeña Trudie... Por fin podremos ser una familia, una familia de verdad.

«Se acabaron los secretos y las mentiras...».

Le lanzo una sonrisa a Andy, mi Andy, relajado y bronceado, feliz como nunca lo había visto, tumbado en una playa tailandesa de arena dorada, esperándome. Noto la cálida luz del sol en el rostro, mi corazón henchido de alegría surca el cielo, como los pájaros que revolotean libres sobre nosotros, y me siento, a un tiempo, como si

estuviera soñando y acabara de despertarme.

—Todo marcha a la perfección.

—Genial. —Andy sonrío y deja el libro en la toalla—. ¿Estás lista para darte un chapuzón?

Las olas incitadoras me atraen, refulgiendo con promesas de placer hasta donde alcanza la vista: tan infinitas, bellas e insondables como el futuro.

—Por supuesto.

Sonrío de oreja a oreja y echo a correr por la playa, levantando una pequeña cortina de arena. El viento me alborota el pelo y grito de alegría mientras Andy me persigue hacia el agua brillante, las olas que rompen en la orilla, el horizonte infinito, y nuestras huellas, que se mezclan en la arena, detrás de nosotros...

NOTA DE LA AUTORA

LA enfermedad de Huntington (EH) es un trastorno hereditario terminal del sistema nervioso central, causado por un gen defectuoso (de tamaño anormal) del cromosoma 4. Debe su nombre al doctor George Huntington, quien describió por primera vez el trastorno hereditario en 1872. Esta enfermedad afecta a tanta gente como la hemofilia, la fibrosis quística o la distrofia muscular.

Los hijos de padres afectados por la EH tienen un cincuenta por ciento de posibilidades de heredarla. Si el niño no hereda el gen, no puede transmitirlo a sus descendientes, ya que este no puede saltarse una generación. Si, por el contrario, lo hereda, desarrollará la enfermedad en algún momento de su vida. En el año 1993, se aisló el gen de la EH y se creó una prueba genética predictiva directa que puede determinar con precisión si una persona posee el gen de la EH, aunque no la edad a la que empezarán los síntomas.

Estos acostumbran a desarrollarse entre los treinta y los cincuenta años, aunque pueden empezar mucho antes (existe una forma juvenil muy poco común de la enfermedad) o también más tarde, y pueden variar de una persona a otra, incluso en una misma familia. Asimismo, los síntomas pueden diferir entre distintas personas, pero entre estos se incluyen cambios cognitivos, afectivos y físicos.

Los cambios físicos consisten habitualmente en movimientos involuntarios (corea), torpeza y tropezones, dificultad en el habla y para tragar, y pérdida de peso.

Los cambios afectivos pueden derivar en terquedad, frustración, desinhibición, cambios de humor, paranoia, agresividad o depresión.

Los cambios cognitivos pueden incluir pérdida de memoria a corto plazo, pérdida de las habilidades organizativas, dificultad para realizar diversas tareas a la vez, y desgana y pérdida de la iniciativa, lo que puede malinterpretarse como pereza.

Los síntomas evolucionan lentamente en un período de entre diez y veinte años, y la muerte acostumbra a ser consecuencia de complicaciones como ahogo, infecciones, neumonía por aspiración (provocada por dificultades para tragar) o fallo cardíaco.

Como explica Rosie en la novela, se calcula que el número de afectados en Inglaterra y Gales y en Estados Unidos podría ascender al doble de los que constan en las cifras oficiales. Esto se debe a que quienes padecen la EH a menudo oculta su enfermedad por el estigma social que acarrea, por cuestiones familiares o de seguros, y en muchos casos sencillamente porque jamás llega a diagnosticarse. Muchas personas con casos de EH en su familia deciden no someterse a la prueba, porque la enfermedad no tiene cura en la actualidad. La gente que ignora la existencia de casos de la EH en su familia suele ser también víctima de diagnósticos erróneos, y su enfermedad se confunde con la demencia o la depresión.

Aunque todavía no se ha hallado una cura, la investigación científica se ha acelerado desde que se descubrió el gen responsable de la enfermedad, lo que nos ha permitido ampliar nuestros conocimientos sobre este trastorno y sus efectos.

Existen muchas formas de combatir los síntomas de forma efectiva. Para tratar los movimientos involuntarios, la depresión y los cambios de humor se puede emplear la medicación, mientras que la logopedia puede mejorar de forma significativa el habla y los problemas para tragar; asimismo, una dieta hipercalórica puede prevenir la pérdida de peso y mitigar síntomas como los movimientos involuntarios o los problemas de comportamiento.

AGRADECIMIENTOS

MUCHAS gracias...

A todos aquellos cuyas vidas se han visto afectadas por la enfermedad de Huntington, ya sea a nivel personal o profesional, y que me han ayudado de distintas formas, compartiendo su conocimiento, consejo e historias personales. En especial a: Matt Bower (máster en Ciencias, asesor genético titulado), Susan Walther (máster en Ciencias, asesora genética titulada), Phillip Hardt, Stacey Barton (máster en Trabajo Social, trabajadora social clínica titulada), al profesor Joseph Boyd Martin (doctor en Medicina), a Andrea Gainey (máster en Ciencias, asesora genética titulada), Bonnie L. Hennig (máster en Trabajo Social, trabajadora social clínica titulada), Dave Stickles, Christina Barnes, David Harbourne, a Gloria (la mujer de Frank Medina), a Bill Crowder, Karen Crowder y todos los miembros de la HDA, a Jean E. Miller, a Dave Hodgson, Hugh Marriott, Peter Webb, y a todos los miembros de la delegación de la HDA en Sussex, a Tracie Tuhill, Jean Morack, Fred Taubman, Jennifer Williamson (máster en Ciencias), Adam Coovadia (técnico de laboratorio médico de la Sociedad Canadiense de las Ciencias de Laboratorio Médico, licenciado en Medicina y experto en gobernanza clínica de la Sociedad Americana de Patología Clínica), Kristin Kitzmiller, Shelby Duffer (máster en Ciencias, asesora genética titulada), Kendell Aitchison, y sobre todo a Pat Leslie-Penny y Matt Ellison, dos personas excepcionales que han sido mi inspiración.

A Colleen Begg, por sus consejos sobre las salas de maternidad.

A la señorita Higgins, por animarme a escribir después de leer mi poema *El búho*.

A Ruth Moose, por sus fantásticas clases de escritura en la UNC, donde nació esta historia, y por hablarme de la maravillosa SCBWI (Sociedad de Escritores e Ilustradores de Libros Infantiles).

A la SCBWI, en especial a las fabulosas Sara Grant y Sara O'Connor, por organizar junto con Working Partners el extraordinario concurso «Voces Desconocidas», y dar así a escritores que aún no han publicado y no tienen agente la oportunidad de destacar entre el montón de manuscritos no leídos y hacer sus sueños realidad.

A mis maravillosas editoras: Michelle Poploff, Venetia Gosling, Jane Griffiths, Amy Black y Rebecca Short, por permitir que este sueño se hiciera realidad.

A mi magnífica y genial agente, Jenny Savill, de Andrew Nurnbery Associates Ltd., por creer en *La verdad de Rosie* desde el momento en que lo leyó por primera vez, y por ayudarme a recortar cuarenta mil palabras.

A Chris, por su amor y apoyo constantes durante el tiempo que he dedicado a perseguir este sueño, incluso en las épocas en las que no tenía ni dinero ni esperanzas, y por aguantarme cuando me ponía a escribir a horas intempestivas y en los lugares

más inesperados.

A mi abuelo, Charles, un auténtico caballero, por el amor desinteresado que ha profesado a toda la familia, y por sentirse siempre tan orgulloso de nosotros.

A mi adorable hermana, Caroline, por demostrarme que todos los días hay motivo para la alegría y las risas.

A mi otra hermana, Jenny, igualmente adorable, por su increíble sentido del humor y su valor al demostrarme que, aunque la vida no siga el camino que habías planeado, lo importante es lo que hagas con ella, ya que en ocasiones la mayor felicidad se encuentra en esos caminos inesperados que debemos tomar.

A mi preciosa sobrina Summer, mi pequeña payasa, que hace que el mundo sea un lugar infinitamente mágico, hilarante y maravilloso.

A mi fantástico padre, por su amor, su apoyo, su sabiduría y su humor infinitos, y por sus ingeniosas historias sobre «Moley».

Y, en último lugar, a mi increíble madre, por creer siempre en mí, por apoyarme y por ser motivo de inspiración todos los días de mi vida.

Gracias a todos, desde lo más profundo de mi corazón.

ALGUNAS DIRECCIONES ÚTILES

INTERNATIONAL HUNTINGTON Association

www.huntington-assoc.com

Huntington's Disease Lighthouse Families

www.hdlf.org

HD Buzz

www.hdbuzz.net

Información sobre la enfermedad de Huntington en lenguaje accesible.

Grupo Europeo de la Enfermedad de Huntington - EHDN

www.euro-hd.net/html/ehdn2012?set-language-to=es

Associació Catalana de la Malaltia de Huntington

www.acmah.org

Asociación Extremeña de Enfermos de Huntington

www.aexeh.es



KATIE DALE (Blackburn, Lancashire, Reino Unido) es actriz y escritora.

Graduada en Literatura Inglesa en la Universidad de Sheffield, se mudó a Londres para ir a la escuela de teatro Mountview, pasando los siguientes años viajando por diferentes países con una compañía teatral, a la vez que escribía.

Ha sido ganadora del SCBWI (Sociedad de Escritores e Ilustradores de niños) por sus libros infantiles.

Su primer libro, *La vida de Rose*, se publicó en febrero de 2012.